

La batalla de
Sharpe



Bernard Cornwell

Lectulandia

Tras un desastroso fracaso al ser atacado en un fuerte portugués por tropas de élite napoleónicas, en el que ha perdido a buena parte de sus hombres, la carrera del fusilero Richard Sharpe parece al borde de un abrupto y deshonoroso fin.

La única posibilidad de evitarlo y de redimirse está en el campo de batalla. Y ahí es donde Sharpe tendrá su oportunidad. La tremenda batalla de Fuentes de Oñoro, que duró tres días y en la que se luchó por cada palmo de terreno, incluso puerta por puerta, será una prueba memorable para Sharpe y sus hombres, aun cuando no se contaría entre los combates que más le gustaba recordar a Wellington porque cometió en ella un error estratégico garrafal sobre el que la historia oficial británica ha pasado de puntillas, pero que Sharpe no deja de señalar.

Por su parte, el autoproclamado «Hijo querido de la Victoria», el mariscal Masséna, fue convocado de inmediato a París como consecuencia de la batalla y Napoleón no tardó en sustituirlo por el mariscal Marmont en el mando de las tropas francesas en la Península.

Adaptada a la pequeña pantalla, con un desenlace distinto, La batalla de Sharpe se cuenta entre las novelas de la serie más valoradas y conocidas entre los aficionados.

Lectulandia

Bernard Cornwell

La batalla de Sharpe

Richard Sharpe - 12

ePub r1.0

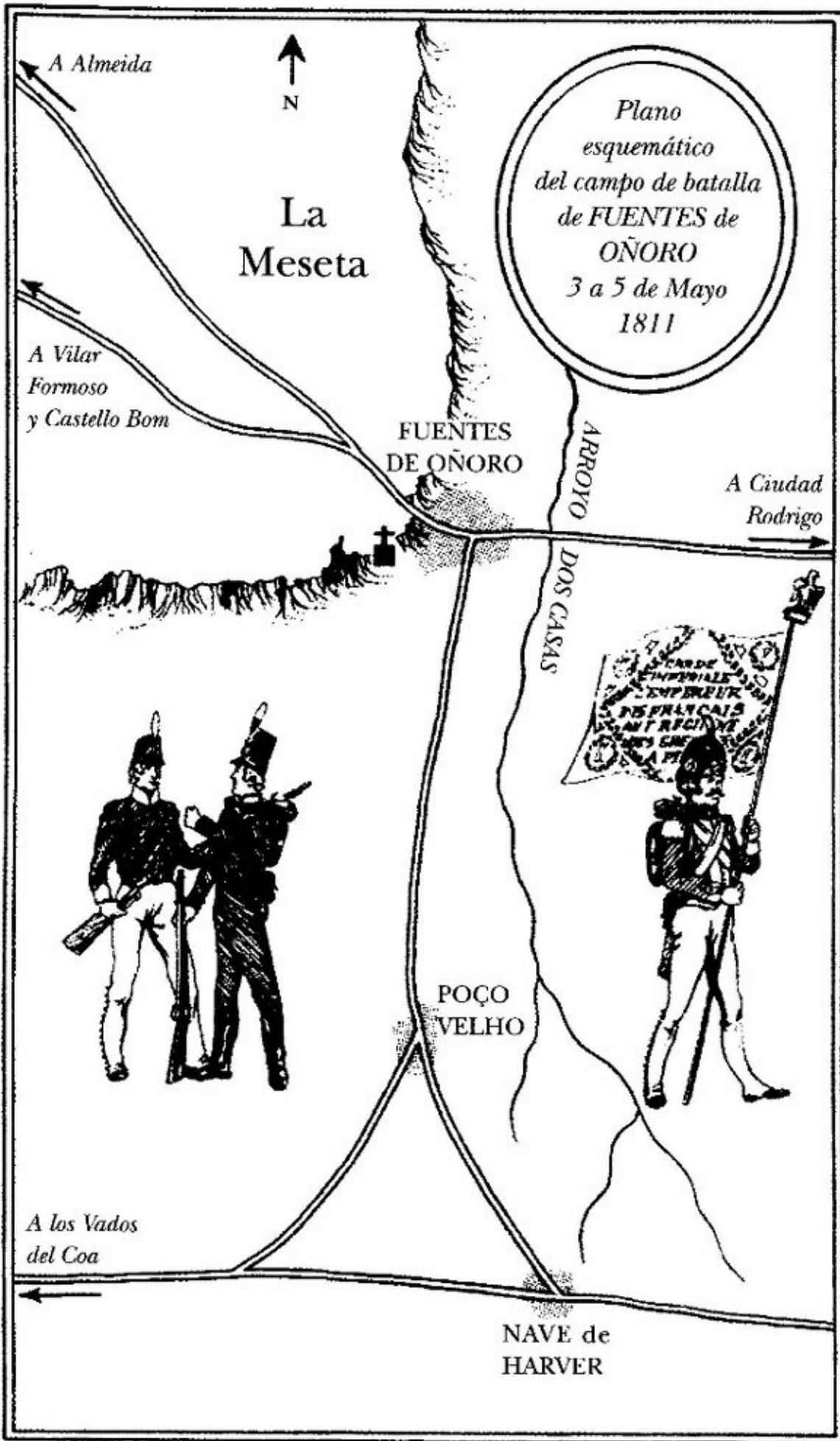
viejo_oso 03.04.14

Título original: *Sharpe's Battle*
Bernard Cornwell, 1995
Traducción: Carlos Valdés
Diseño de portada: Jordi Sàbat

Editor digital: viejo_oso
Escaneo del texto: maperusa
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

La batalla de Sharpe es para Sean Bean



PREFACIO

Éste es otro de los libros de Sharpe que fue escrito fuera de secuencia y, una vez más, a instancias de la Carlton Televisión, que quería una historia peninsular extra, aunque al final no fui capaz de enviar el libro terminado en el plazo previsto a los productores, y ésta es la razón por la que el capítulo de la serie *Sharpe's Battle* sigue bastante de cerca la primera mitad del libro, pero después ofrece un final alternativo.

El libro narra la historia de una batalla, la de Fuentes de Oñoro, que se libró entre el 3 y el 5 de mayo de 1811. Narra también la «guerra de fronteras» que consumió gran parte de los esfuerzos de Wellington en la fase inicial de la guerra peninsular. La frontera, por supuesto, era la de España y Portugal, y Wellington necesitaba asegurar las grandes fortalezas que bloqueaban aquella franja peninsular. La caída de las inmensas fortalezas españolas se cuenta en *Sharpe y sus fusileros*, pero este libro viaja un año atrás en el tiempo, cuando las defensas de la frontera aún frustraban a los ingleses. Los franceses controlaban los dos grandes baluartes españoles y uno de los dos portugueses, Almeida, que estaba bajo sitio de los ingleses. Masséna, el mariscal francés, intenta romper el sitio y, para detenerlo, Wellington combate en Fuentes de Oñoro, situado en la misma frontera.

Fue una batalla notable. En primer lugar, y de forma poco habitual para las guerras napoleónicas, duró más de un día. La duración de la batalla da fe de su importancia y ferocidad. En segundo lugar, fue, al igual que Waterloo, fruto de una impulsiva y genial maniobra militar. Wellington encaró una importante decisión en Fuentes de Oñoro. Podía proteger las calzadas por las que su ejército debería retirarse si perdía la batalla, o bien podía bloquear el camino a Almeida, pero no podía hacer ambas cosas. Intentó hacerlas y fracasó, y la decisión que tomó al final fue valiente y arriesgada. Masséna estuvo muy cerca de ganar la batalla con su espléndido movimiento envolvente por la izquierda, y la narración de cómo se retiró la División Ligera Inglesa por la llanura al sur de Fuentes de Oñoro, salvando así al ala derecha del ejército de Wellington, es extraordinaria. Como es natural, Sharpe está en medio de todo esto, así que dejaré que la novela cuente la historia.

Sin embargo, lo que diferenció Fuentes de Oñoro de todas las demás batallas de la campaña fue el combate en el propio pueblo. Fuentes de Oñoro era una localidad grande, construida en la ladera de una colina, una maraña de callejas, callejones, casas y edificios anejos. No había sitio para formaciones disciplinadas en semejante laberinto, ni para columnas ni líneas. Fue una lucha callejera, cuerpo a cuerpo, brutal y sangrienta. Ambos bandos soltaron a sus mejores hombres en aquel pueblo, que se convirtió en una caldera de horror. Como es natural, Sharpe también está allí.

La batalla puso freno al intento de Masséna de liberar Almeida del sitio inglés, aunque la mayor parte de la guerra de fronteras no fue tan dramática, sino más bien

una tarea de desgaste diario patrullando colinas vacías mientras se vigilaba al enemigo. En la novela, Sharpe es destacado durante un tiempo al fuerte de San Isidro, que me inventé, aunque a unos pocos kilómetros de Fuentes de Oñoro hay un lugar así, el fuerte Concepción, que está abandonado y medio desmantelado: los ingleses lo volaron para negarles sus muros a los franceses, y lo hicieron de forma chapucera, matando a algunos de sus hombres en la explosión. En su día, el fuerte Concepción debió de costar lo equivalente a un portaaviones nuevo, si bien ahora está vacío y es un sitio perfecto para una merienda campestre. Cuando, hace veinte años, hice un viaje sin un céntimo por España y Portugal para ver los lugares sobre los que esperaba escribir, nunca pensé en pasar más de una tarde en el fuerte Concepción, pero terminé pasando una semana acampado en su hornabeque. Entonces, ¿por qué no lo utilicé para la novela? Porque está en el lugar incorrecto. Si Sharpe hubiese estado destacado en el fuerte Concepción, probablemente nunca habría sido requerido en Fuentes de Oñoro, más bien se hubiera quedado donde estaba para proteger el ala izquierda del ejército; así que, para hacerle pasar por otro infierno, inventé un remoto fuerte llamado San Isidro. Pobre Sharpe.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Sharpe lanzó una maldición. Después, desesperado, volvió a dar otra vuelta al mapa.

—Daría lo mismo no tener ningún puñetero mapa —dijo—, éste no sirve ni para limpiarse el culo.

—Podríamos usarlo para encender fuego —sugirió el sargento Harper—. Es difícil encontrar buena yesca por estas colinas.

—No sirve para nada más —dijo Sharpe. El mapa trazado a mano mostraba un puñado de pueblos, unas pocas líneas vacilantes para los caminos, arroyos o ríos, y vagos sombreados para indicar las colinas, aunque lo único que Sharpe podía ver eran montañas. Ni caminos ni pueblos, sólo grises e inhóspitas montañas pedregosas con sus picos envueltos en la niebla, y valles que atravesaban arroyos blancos y crecidos por las lluvias primaverales. Había conducido a su compañía a las tierras altas de la frontera norte entre España y Portugal, y allí se habían perdido. Aunque a su compañía, cuarenta soldados con fardos, morrales, cajas de cartuchos y armas, parecía no importarle. Agradecían aquel inesperado punto muerto de las hostilidades, así que se sentaron o se recostaron junto al sendero cubierto de hierba. Unos encendían sus pipas, otros dormitaban, mientras el capitán Richard Sharpe volvía a darle la vuelta al mapa y después, enfurecido, lo convertía en una bola arrugada—. Nos hemos perdido —dijo y después, para ser justo, se corrigió—. Me he perdido.

—Mi abuelo se perdió una vez —observó Harper servicial—. Le había comprado un buey a un tipo de la parroquia de Cloghanelly, y decidió tomar un atajo a casa por las montañas de Derryveagh. Entonces se levantó la niebla, y mi abuelo no podía distinguir su izquierda de su derecha. Estaba perdido como un corderillo, cuando de pronto el buey rompió filas y salió disparado hacia la niebla y se despeñó por un barranco al valle de Barra. Mi abuelo contaba que pudo oír a la pobre bestia berreando mientras caía; después se oyó un golpe seco, como cuando tiras una gaita desde la torre de una iglesia, sólo que más fuerte, decía él, porque calculaba que debían de haber oído aquel golpe hasta en Ballybofey. Años después, solíamos reírnos de aquello, pero no en aquel momento. Por Dios, no, en aquel momento fue una verdadera tragedia. No podíamos permitirnos perder un buen buey. Nunca supo qué había empujado al buey a correr de esa forma...

—¡Por las lágrimas de Cristo! —interrumpió Sharpe—. ¡Yo no puedo permitirme perder a un maldito sargento que no tiene nada mejor que hacer que cotorrear sobre un puñetero buey!

—¡Era una bestia valiosa! —protestó Harper—. Además, nos hemos perdido. No tenemos nada mejor que hacer para pasar el rato, señor.

El teniente Price había permanecido en la retaguardia de la columna, pero ahora se reunió con su oficial al mando.

—¿Nos hemos perdido, señor?

—No, Harry, he venido aquí sólo por darme el gusto. Dondequiera que estemos —Sharpe echó un vistazo desganado al húmedo y sombrío valle. Se enorgullecía de su sentido de la orientación y de su habilidad para cruzar territorios desconocidos, pero ahora estaba completamente perdido, y las nubes eran tan espesas como para esconder el sol, de manera que ni siquiera podía saber en qué dirección quedaba el norte—. Necesitamos una brújula —dijo.

—¿O un mapa? —sugirió despreocupadamente el teniente Price.

—¡Ya tenemos un maldito mapa! —Sharpe lanzó el mapa arrugado a las manos del teniente—. El mayor Hogan lo dibujó para mí, y no consigo encontrarle ni pies ni cabeza.

—Nunca fui bueno con los mapas —confesó Price—. Una vez me perdí llevando a unos reclutas de Chelmsford a los barracones, y eso que era una carretera recta. También tenía un mapa aquella vez. Creo que debo de tener cierto talento para perderme.

—Mi abuelo era igual —dijo Harper orgulloso—. Se podía perder mientras entraba y salía por una puerta. Le estaba contando aquí al capitán lo de aquella vez que subió con un buey la Slieve Snaght. Hacía mal tiempo, ya ve, y él tomó un atajo y...

—A callar —dijo Sharpe con brusquedad.

—Tomamos el camino equivocado en aquel pueblo en ruinas —dijo Price, frunciendo el ceño mientras miraba el mapa arrugado—. Creo que debimos haber seguido por el otro lado del arroyo, señor —Price le mostró el mapa a Sharpe—. Si es que eso es el pueblo. Es difícil decirlo en realidad. Pero si es así, estoy seguro de que teníamos que haber cruzado el arroyo, señor.

Sharpe tenía la ligera sospecha de que Price estaba en lo cierto, pero no quería admitirlo. Hacía dos horas que habían cruzado el arroyo, así que sólo Dios sabía dónde estaban ahora. Ni siquiera sabía si estaban en Portugal o en España, aunque tanto el paisaje como el clima parecían más propios de Escocia. Se suponía que iban de camino a Vilar Formoso, donde su compañía, la Compañía Ligera del Regimiento de South Essex, quedaría asignada al alcalde de la ciudad como unidad de guardia, perspectiva que desanimaba a Sharpe. Su tarea en una guarnición de villorrio era poco mejor que la de ser preboste, y los prebostes eran el escalón más bajo de la vida militar, pero el South Essex andaba corto de hombres, así que el regimiento había sido apartado del frente de batalla y ahora lo asignaban a tareas administrativas. La mayor parte del regimiento escoltaba carros de bueyes cargados de suministros que embarcaban Tajo arriba desde Lisboa, o bien vigilaban a los prisioneros franceses de camino a los barcos que los llevarían a Inglaterra, pero la Compañía Ligera se había perdido, y todo porque Sharpe había oído un cañonazo distante que se asemejaba a un

trueno lejano y había decidido marchar hacia el sur, sólo para descubrir que sus oídos le habían jugado una mala pasada. El ruido de la escaramuza, si es que había sido de hecho una escaramuza y no un trueno de verdad, se había apagado, y ahora Sharpe no tenía ni idea de dónde estaba.

—No me atrevería a jurarlo, señor, pues como le he dicho no soy muy ducho leyendo mapas. Podría ser cualquiera de esos garabatos, señor, o puede que ninguno.

—Entonces, ¿por qué demonios me lo está mostrando?

—Con la esperanza de que le inspire, señor —añadió Price herido—. Estaba intentando ayudar, señor. Intentaba levantar los ánimos —volvió a bajar la mirada al mapa—. Puede que éste no sea un buen mapa —sugirió.

—Será bueno como yesca —repitió Harper.

—Una cosa es segura —dijo Sharpe mientras le quitaba el mapa a Price—, no hemos cruzado el riachuelo, lo que significa que esos arroyos deben de correr hacia el oeste. —Se quedó callado—. O es probable que corran hacia el oeste. A menos que el maldito mundo se haya dado la vuelta, lo que es probable en estos tiempos, pero seguiremos los puñeteros arroyos por si da la maldita casualidad de que no es así. Esto —le tendió el mapa a Harper—, para yesca.

—Eso es lo que hizo mi abuelo —dijo Harper, guardándose el arrugado mapa en su decolorada y raída casaca verde—. Siguió el curso del...

—Cállese —dijo Sharpe, pero esta vez sin enfado. Habló más bien con calma, y al mismo tiempo hizo un gesto con la mano izquierda para indicar a sus acompañantes que se agacharan—. Un maldito gabacho —susurró—, o lo que sea... Nunca había visto un uniforme como ése.

—Demonios —dijo Price, al tiempo que se dejaba caer a tierra.

Había aparecido un jinete a sólo unos doscientos metros del sendero. El hombre no había visto a la infantería inglesa ni tampoco parecía estar buscando enemigos. Con el caballo al paso, salió deambulando de un valle lateral y se detuvo; entonces el jinete se inclinó con pereza por encima de la silla de montar y se colgó las riendas en un brazo, mientras se desabrochaba los anchos calzones y orinaba en el sendero. El humo de su pipa se elevaba lentamente en el aire húmedo.

El fusil de Sharpe dio un chasquido cuando éste tiró del percutor hacia atrás. Todos los hombres de Sharpe, incluso aquellos que habían estado dormitando, estaban ahora alerta echados sobre la hierba, tan agazapados que aunque el jinete hubiese mirado en su dirección, probablemente no habría visto a la infantería. La compañía de Sharpe era una unidad experta en avanzadillas, curtida por dos años de combates en Portugal y España, y tan bien entrenada como cualquier soldado del continente.

—¿Reconoce el uniforme? —preguntó Sharpe a Price en voz baja.

—Nunca antes lo había visto, señor.

—¿Pat? —preguntó Sharpe a Harper.

—Parece un maldito ruso —dijo Harper.

El sargento nunca había visto a un soldado ruso, pero tenía la retorcida idea de que tales criaturas vestían de gris, y aquel misterioso jinete vestía un uniforme gris. Llevaba una casaca corta gris de dragón, calzones grises y un penacho de crin gris en su casco gris acerado. O quizá, pensó Sharpe, sólo era una cubierta de tela para evitar que el metal del casco reflejara la luz.

—¿Español? —preguntó Sharpe en voz alta.

—Esos señoritingos siempre van cargados de adornitos, señor —dijo Harper—. A esos no les gusta morir con ropas sin lustre.

—Puede que sea un partisano —sugirió Sharpe.

—Sus armas son gabachas —dijo Price—, y sus calzones también.

De hecho, el jinete meón iba armado igual que un dragón francés. Llevaba una espada recta, una carabina de cañón corto envainada en la funda de su silla y un par de pistolas enganchadas en su cinturón. También llevaba los característicos *saroual*, unos pantalones anchos muy del gusto de los dragones franceses, pero Sharpe nunca había visto que un dragón francés llevara unos grises como aquéllos ni, desde luego, una casaca gris. Los dragones enemigos vestían siempre casacas verdes, pero no el verde oscuro de cazador de los gabanes de los fusileros ingleses, sino un verde más claro y más brillante.

—¿Se estarán quedando sin tinte verde esos cabrones? —sugirió Harper, después se hizo el silencio mientras el jinete se abrochaba sus abolsados calzones y volvía a montar. El hombre escudriñó detenidamente el valle, no vio nada alarmante y espoleó su caballo hacia el lado oculto de la ladera.

—Estaba explorando —dijo Sharpe en voz baja—. Lo habrán enviado a ver si había alguien por aquí.

—Pues ha hecho un trabajo penoso —comentó Harper.

—Aun así —dijo Price con fervor—, sería bueno que lomáramos la dirección contraria.

—De eso nada, Harry —dijo Sharpe—. Vamos a ver quiénes son esos cabrones y qué están haciendo. —Señaló hacia lo alto de la colina—. Adelántese usted, Harry. Llévase a sus hombres y suba hasta la mitad de la ladera, después espere.

El teniente Price subió la empinada ladera con los casacas rojas de la compañía de Sharpe. La mitad de la compañía vestía las casacas rojas de la infantería de línea inglesa, mientras que la otra mitad, como el propio Sharpe, llevaba las casacas verdes de los regimientos de fusileros de élite. Había sido un accidente de guerra lo que había acabado con Sharpe y sus fusileros dentro de un batallón de casacas rojas, pero era la pura inercia burocrática lo que los mantenía allí y ahora ya resultaba difícil distinguir a los fusileros de los casacas rojas por lo raídos y descoloridos que estaban

sus respectivos uniformes. En la distancia, todos los uniformes parecían marrones por la barata tela portuguesa que los hombres se habían visto forzados a usar para los remiendos.

—¿Cree que hemos cruzado las líneas? —preguntó Harper a Sharpe.

—Es muy probable —contestó Sharpe con amargura, pues aún estaba enfadado consigo mismo—. Como si alguien supiera dónde están las malditas líneas —dijo en su defensa; y en parte tenía razón. Los franceses se estaban retirando de Portugal. El enemigo había permanecido todo el invierno de 1810 frente a las líneas de Torres Vedras, a sólo medio día de marcha de Lisboa, y allí se habían muerto de frío y de hambre en vez de retirarse a sus depósitos de abastecimiento de España. El mariscal Masséna sabía que esa retirada dejaría todo Portugal en manos de los ingleses, mientras que atacar las líneas de Torres Vedras sería un auténtico suicidio, así que simplemente había decidido quedarse allí, sin avanzar ni retirarse, muriéndose poco a poco de hambre durante el invierno y mirando los enormes terraplenes de las líneas, que habían sido destrozados y arrasados desde una cadena de colinas frente a la estrecha península al norte de Lisboa. Los valles entre las colinas habían sido bloqueados con inmensos diques o con intrincadas barricadas de espinos, mientras que en las cimas y sus prolongadas cuevas habían cavado trincheras con aberturas, armadas con una batería de cañones tras otra. Las líneas, una hambruna invernal y los incesantes ataques de partisanos habían dado finalmente al traste con el intento francés de capturar Lisboa, y en marzo habían empezado a retirarse. Ahora, ya en abril, la retirada se estaba demorando en las colinas de la frontera española, puesto que era allí donde el mariscal Masséna había decidido asentar su posición. Lucharía y derrotaría a los ingleses en las abruptas colinas cortadas por ríos, de modo que Masséna tendría siempre a su espalda las fortificaciones gemelas de Badajoz y Ciudad Rodrigo. Aquellas dos ciudadelas españolas convertían la frontera en un formidable dique de contención, si bien por ahora lo que preocupaba a Sharpe no era la desalentadora campaña de frontera que se avecinaba, sino más bien el misterioso jinete gris que se alejaba.

El teniente Price había alcanzado una zona de terreno yermo a media ladera, donde sus hombres se ocultaron mientras Sharpe indicaba a sus fusileros que avanzaran. Era una pendiente empinada, pero los casacas verdes la subieron de prisa porque, como todo hombre de infantería experimentado, sentían un miedo sano por la caballería enemiga, y sabían que las laderas escarpadas eran una barrera efectiva contra los jinetes, de modo que cuanto más alto subieran, más seguros y despreocupados se sentirían.

Sharpe adelantó al grupo de fusileros agazapados y siguió subiendo hacia la cresta de un espolón que separaba los dos valles. Cuando estuvo cerca de la cima, hizo un gesto para que sus fusileros se echaran cuerpo a tierra y después subió

arrastrándose hasta la cresta para echar un vistazo al pequeño valle en el que el jinete gris había desaparecido.

Y a unos sesenta metros por debajo de él, vio a los franceses.

Todos aquellos hombres vestían el extraño uniforme gris, pero Sharpe ya sabía que eran franceses porque uno de los hombres de caballería llevaba un pendón. Era una pequeña bandera de cola de golondrina portada en una lanza como marca de concentración en el caos de la batalla, y esta bandera en concreto, raída y desflecada, mostraba el rojo, el blanco y el azul del enemigo. El portaestandarte estaba montado en su caballo en medio de una pequeña aldea abandonada, mientras que sus compañeros desmontados registraban la media docena de casas de piedra y paja, que parecían haber sido construidas para dar refugio a unas familias durante los meses de verano, cuando los granjeros de las tierras bajas tenían que subir sus rebaños a pastar en los pastos altos.

Sólo había una media docena de jinetes en el poblado, pero junto a ellos estaba un puñado de soldados de infantería, que también vestían los monótonos y sencillos gabanes grises, en vez de su azul habitual. Sharpe contó dieciocho hombres de infantería.

Harper subió la colina a rastras hasta llegar junto a Sharpe.

—Jesús, María y José —dijo al ver la infantería—. ¿Uniformes grises?

—Puede que tuviera razón —dijo Sharpe—, puede que esos cabrones se hayan quedado sin tinte.

—Pues preferiría que se hubieran quedado sin balas de mosquete —dijo Harper—. Entonces, ¿qué hacemos?

—Nos largamos —dijo Sharpe—. No tiene sentido combatir por gusto.

—Amén a eso, señor —Harper empezó a deslizarse alejándose de la cresta—. ¿Nos vamos ya?

—Deme un minuto —dijo Sharpe y se llevó un brazo a la espalda para sacar su catalejo, que estaba en un bolsillo de su morral francés de cuero de buey. Después, con la visera del catalejo extendida para dar sombra a la lente externa y evitar así que el reflejo de la débil luz del día llegara colina abajo, lo orientó hacia las casuchas. Sharpe era cualquier cosa menos un hombre rico, aunque el catalejo era un instrumento delicado y caro fabricado por Matthew Berge de Londres, con ocular de latón, obturadores y una pequeña placa grabada montada sobre su tubo de nogal. «En agradecimiento», decía la placa, «AW. 23 de septiembre, 1803». AW eran las iniciales de Arthur Wellesley, ahora vizconde de Wellington, teniente general y comandante de los ejércitos inglés y portugués que había perseguido al mariscal Masséna hasta la frontera española; pero el 23 de septiembre de 1803, el honorable comandante general Arthur Wellesley cabalgaba en un caballo que fue alcanzado en el pecho, de manera que derribó a su jinete en las filas del frente enemigo. Sharpe aún podía

recordar los estridentes gritos de triunfo de los soldados cuando el general de casaca roja cayó entre ellos, aunque se acordaba de muy pocos segundos de lo que sucedió después. Sin embargo, habían sido aquellos pocos segundos los que lo habían catapultado de entre las tropas rasas y habían hecho de él, un hombre nacido en el arroyo, un oficial del ejército inglés.

Ahora enfocó el regalo de Wellington hacia los franceses de abajo, y vio a un soldado de caballería desmontado que transportaba un cubo lleno de agua desde el riachuelo. Por uno o dos segundos, Sharpe pensó que aquel hombre llevaba agua a su caballo, pero el dragón se detuvo entre dos casas y empezó a verter el agua en el suelo.

—Buscan comida —dijo Sharpe—, con el truco del agua.

—Menudos muertos de hambre —dijo Harper.

Los franceses habían sido expulsados de Portugal más por el hambre que por la fuerza de las armas. Cuando Wellington se retiró de Torres Vedras, dejó tras él un territorio devastado de establos vacíos, pozos envenenados y graneros llenos de eco. Los franceses habían resistido cinco meses de hambruna registrando toda aldea desierta y pueblo abandonado en busca de alimentos escondidos, y una manera de encontrar tinajas de cereal enterradas era verter agua en el suelo, pues donde el suelo había sido cavado y tapado de nuevo el agua siempre desaparecía más deprisa, y así mostraba dónde habían sido escondidas las tinajas.

—Nadie escondería comida en estas colinas —dijo Harper desdeñoso—. Nadie subiría hasta aquí más comida de la necesaria.

Entonces oyeron un grito de mujer.

Por unos instantes, tanto Sharpe como Harper pensaron que el sonido provenía de un animal. La distancia habría amortiguado y distorsionado el chillido, y no había señal alguna de civiles en el diminuto poblado, pero entonces el eco del terrible alarido fue devuelto por las lejanas laderas de enfrente, de forma que los dos hombres captaron todo su horror.

—Cabrones... —susurró Harper.

Sharpe cerró el catalejo.

—Ella está en una de las casas —dijo—. ¿Y dos hombres con ella? ¿Tres, quizá? Lo que quiere decir que no puede haber más de treinta de esos cabrones ahí abajo.

—Nosotros somos cuarenta —dijo Harper con recelo.

No es que le asustaran las probabilidades, pero tal ventaja no era tan aplastante como para garantizarles una victoria sin derramamiento de sangre.

La mujer chilló de nuevo.

—Vaya a buscar al teniente Price —ordenó Sharpe a Harper—. Dígale a todos que carguen y que se mantengan fuera de la cima —giró en redondo—. ¡Dan! ¡Thompson! ¡Cooper! ¡Harris! Suban aquí —los cuatro eran sus mejores tiradores—.

¡Mantengan las cabezas bajas! —advirtió a los cuatro hombres, después esperó hasta que llegaron a la cima—. En un minuto, me llevaré a los demás fusileros allí abajo. Quiero que ustedes cuatro se queden aquí y escojan a cualquier cabrón que parezca problemático.

—Esos cabrones ya se van —dijo Daniel Hagman. Hagman era el hombre más viejo de la compañía y el tirador más certero. Era un furtivo de Cheshire al que le habían ofrecido la posibilidad de alistarse en el ejército, en lugar de afrontar el destierro por haber robado unos faisanes a un terrateniente absentista.

Sharpe volvió a mirar hacia abajo. Los franceses se estaban marchando, o más bien la mayoría de ellos, pues a juzgar por la forma en que los de la retaguardia de la columna de infantería miraban atrás y gritaban hacia las casas, habían dejado a algunos de sus camaradas dentro de la casa donde la mujer había gritado. Con la media docena de soldados de caballería a la cabeza, el grupo principal avanzaba con dificultad riachuelo abajo hacia el valle más grande.

—Se están volviendo descuidados —dijo Thompson.

Sharpe asintió. Dejar hombres en el poblado era un riesgo, y no era propio de los franceses correr riesgos en terreno abierto. España y Portugal estaban plagados de guerrilleros, los partisanos que lanzaban escaramuzas cortas y letales, una forma de luchar mucho más amarga y cruel que las batallas más formales entre los franceses y los británicos. Sharpe conocía bien esa crueldad, pues el año anterior había cruzado el agreste territorio del norte para buscar oro español, y sus compañeros habían sido partisanos cuyo salvajismo le había resultado espeluznante. Una de ellos, Teresa Moreno, había sido amante de Sharpe, aunque ahora se llamaba a sí misma «la Aguja», y todo francés al que acuchillaba con su hoja larga y estrecha era una pequeña parte de la interminable venganza que se había prometido infligir a los soldados que habían abusado de ella.

Teresa estaba ahora muy lejos, luchando en las cercanías de Badajoz, y en ese momento, en el poblado a los pies de Sharpe, otra mujer estaba sufriendo las atenciones de los franceses, y el capitán se preguntaba una vez más por qué aquellos soldados de uniforme gris creían que era seguro dejar a unos hombres llevar a término su crimen en aquel pueblecillo aislado. ¿Tan seguros estaban de que no había ningún partisano al acecho en aquellas montañas?

Harper regresó, respirando pesadamente tras guiar a los casacas rojas de Price colina arriba.

—Dios salve a Irlanda —dijo mientras se dejaba caer junto a Sharpe—, pero esos cabrones ya se están largando.

—Creo que han dejado atrás a unos hombres. ¿Está preparado?

—Claro que lo estoy —Harper amartilló el percutor de su rifle.

—Morrales al suelo —dijo Sharpe a sus fusileros mientras se descolgaba el suyo

de los hombros, después se volvió para mirar al teniente Price—. Espere aquí, Harry, y esté atento al silbato. Dos pitidos significan que quiero que abra fuego desde aquí arriba, y tres que quiero que baje al pueblo —miró a Hagman—. No abra fuego, Dan, hasta que ellos nos vean. Si podemos llegar allí abajo sin que esos cabrones se den cuenta, será más fácil —levantó la voz para que los demás fusileros pudieran oírle—. Vamos a bajar deprisa —dijo Sharpe—. ¿Están todos preparados? ¿Tienen sus armas cargadas? ¡Pues vamos! ¡Ahora!

Los fusileros saltaron por encima de la cresta y se lanzaron colina abajo detrás de su capitán. Él siguió mirando a su izquierda, donde la pequeña columna francesa se replegaba junto al arroyo, pero ninguno de los de la columna se volvió, y el ruido de los cascos de los caballos y de las botas claveteadas de los infantes debía de suavizar sin duda el sonido de los casacas verdes al correr colina abajo. Aun así, justo cuando Sharpe estaba a unos metros de la casa más cercana, un francés se volvió y dio la voz de alarma. Hagman disparó en aquel mismo instante, y el sonido de su rifle Baker resonó, primero en la pendiente más alejada del pequeño valle, después en el remoto flanco del valle más grande. El eco siguió rebotando, cada vez más débil, hasta que fue ahogado cuando los otros fusileros de la cima de la colina abrieron fuego.

Sharpe avanzó el último tramo de un salto. Se lanzó al suelo al aterrizar, se levantó y pasó corriendo junto a un montón de estiércol apilado contra el muro de una casa. Sólo había un caballo atado a una estaquilla de acero, clavada en el suelo junto a una de las casuchas, en cuya puerta apareció de pronto un soldado francés. Aquel hombre llevaba una camisa y un gabán gris, pero iba desnudo de cintura para abajo. Levantó su mosquete cuando Sharpe apareció corriendo, pero después vio a los fusileros que venían detrás de él, así que dejó caer el mosquete y levantó las manos para rendirse.

Sharpe había desenvainado su espada cuando corría hacia la puerta de la casa. Una vez allí, apartó con el hombro al soldado con las manos alzadas y entró corriendo en la casucha, que sólo tenía una habitación de piedra desnuda con vigas de madera y techo de losas y hierba. El interior estaba a oscuras, pero no tanto para que Sharpe no pudiese ver a una chica desnuda arrastrándose por el suelo de tierra en un rincón. Tenía sangre en las piernas. Otro francés, éste con pantalones de caballería a la altura de los tobillos, intentó levantarse y alcanzar su espada envainada, pero Sharpe le dio una patada en las pelotas. Le golpeó tan fuerte que el hombre gritó, pero no pudo recuperar el aliento para gritar otra vez y se derrumbó en el suelo ensangrentado, donde quedó gimoteando y con las rodillas encogidas hacia el pecho. Había otros dos hombres en el suelo de tierra apisonada, pero cuando Sharpe se volvió hacia ellos con su espada desenvainada vio que los dos eran civiles y estaban muertos. Habían sido degollados.

El crepitar de los mosquetes resonaba en el valle. Sharpe regresó a la puerta,

donde el soldado de infantería francés estaba de rodillas con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

—¡Pat! —llamó Sharpe.

Harper estaba organizando a los fusileros.

—¡Tenemos a esos mierdas dominados, señor! —gritó el sargento en tono tranquilizador, adelantándose a la pregunta de su capitán.

Los fusileros se habían agachado junto a las casas y disparaban desde allí, recargaban y volvían a disparar. De las bocas de sus rifles Baker salían espesas volutas de humo blanco que olía a huevos podridos. Los franceses devolvían el fuego, y las balas de sus mosquetes alcanzaron las Casas de piedra cuando Sharpe reculaba de vuelta al interior. Agarró las dos armas de los franceses y las arrojó al exterior por la puerta.

—¡Perkins! —gritó.

El fusilero Perkins corrió hacia la puerta. Era el más joven de los hombres de Sharpe, o se suponía que era el más joven, pues aunque Perkins no conocía ni el día ni el año de su nacimiento, aún no necesitaba afeitarse.

—¿Señor?

—Si cualquiera de estos cabrones se mueve, dispáreles.

Puede que Perkins fuese joven, pero el gesto de su delgado rostro asustó al francés que no estaba herido, quien levantó una mano en son de paz como suplicando al joven fusilero que no le disparara.

—Vigilaré a estos cerdos, señor —dijo Perkins, y después caló su bayoneta de mango de latón en la boca del rifle.

Sharpe vio que la ropa de la chica estaba tirada bajo una mesa de tosca factura. Cogió las grasientas vestiduras y se las entregó a ella. La joven, apenas recién salida de su infancia, estaba pálida y aterrorizada, y sollozaba sin parar.

—Cabrones —dijo Sharpe a los dos prisioneros, después salió corriendo a la débil luz del exterior. Una bala de mosquete pasó zumbando por encima de su cabeza mientras avanzaba encogido para ponerse a cubierto junto a Harper.

—Esos mierdas son buenos, señor —dijo el irlandés a su pesar.

—Creía que ya los tenía dominados.

—Ellos piensan otra cosa al respecto —dijo Harper, después salió a descubierto, apuntó, disparó y volvió a agazaparse—. Esos mierdas son buenos —volvió a decir mientras empezaba a recargar.

Y los franceses eran en verdad buenos. Sharpe tenía la esperanza de que el pequeño grupo de franceses se alejara a la carrera del fuego de los rifles, pero en vez de hacerlo se habían desplegado en una línea de escaramuza, convirtiendo así el blanco fácil de una columna en marcha en una serie desperdigada de difíciles objetivos. Al mismo tiempo, la media docena de dragones que acompañaba a la

infantería había desmontado y empezaba a disparar de pie, mientras uno de ellos sacaba al galope los caballos del alcance de los rifles, y la mezcla de mosquetes de los dragones y carabinas de infantería amenazaba con superar a los fusileros de Sharpe. Los rifles Baker eran mucho más certeros que las armas de los franceses, y podían matar a una distancia cuatro veces mayor, pero eran desesperantemente lentos de cargar. Las balas, cada una envuelta en un parche de cuero ideado para que se ciñera al interior del cañón, tenían que ser empujadas con fuerza por las estrías y campos del cañón, mientras que una bala de mosquete podía empujarse con facilidad en un cañón de ánima lisa. Los hombres de Sharpe ya estaban abandonando los parches de cuero para cargar más deprisa, pero sin el cuero el ánima rayada no podía imprimirle su giro a la bala, así que se le quitaba al rifle una gran ventaja: su letal precisión. Hagman y sus tres compañeros seguían disparando desde la cresta, pero eran demasiado pocos como para marcar cualquier diferencia, y lo único que estaba evitando que los fusileros de Sharpe fueran diezmados era la protección de los muretes de piedra que rodeaban las casas.

Sharpe sacó un pequeño silbato del bolsillo de su bandolera y lo sopló dos veces; luego descolgó su propio rifle, se asomó por la esquina de la casa y apuntó hacia la humareda que flotaba valle abajo. Disparó. Notó el fuerte retroceso del rifle justo cuando una bala de mosquete francés se incrustaba en el muro junto a su cabeza. Una esquirla de piedra arañó su mejilla llena de cicatrices, haciéndole sangrar, y no le alcanzó un ojo por muy poco.

—Esos mierdas son realmente muy buenos. —De mala gana, Sharpe repitió como un eco el elogio de Harper; poco después, una estruendosa andanada de mosquetes anunció que Harry Price ya había alineado a sus casacas rojas en lo alto de la colina, y éstos estaban disparando a los franceses.

La primera descarga de Price bastó para decidir el combate. Sharpe oyó una voz francesa dando órdenes y, un segundo después, la línea de escaramuza del enemigo empezaba a replegarse y desaparecía. Harry Price sólo tuvo tiempo para una andanada más antes de que el enemigo de uniforme gris hubiese salido de su campo de tiro.

—¡Green! ¡Horrell! ¡McDonald! ¡Cresacre! ¡Smith! ¡Sargento Latimer! —Sharpe llamaba a sus fusileros—. Formen una línea de piquete a cincuenta pasos valle abajo, pero vuelvan aquí a toda prisa si esos cabrones regresan a por más. ¡Muévanse! Los demás que permanezcan donde estén.

—¡Jesús, señor, debería ver esto! —Harper había abierto la puerta de la casa más cercana con la punta de su pistola de siete cañones. El arma, que en origen había sido diseñada para ser disparada desde las cubiertas de los navíos de guerra ingleses, era un conjunto de siete cañones de media pulgada que disparaba un único pedernal. Parecida a un cañón en miniatura, sólo los hombres más fuertes podían disparar

aquella pistola sin causarse un daño permanente en los hombros. Harper era uno de los hombres más fuertes que había conocido Sharpe, pero era también uno de los más sentimentales, y ahora el enorme irlandés parecía estar al borde de las lágrimas.

—Oh, alabado sea Jesucristo nuestro señor —dijo Harper mientras se santiguaba—, malditos cabrones...

Sharpe ya había oído la sangre y ahora, al mirar más allá del sargento, sintió que el asco le ataba un nudo en la garganta.

—Por Dios... —dijo en voz baja.

La casucha estaba embebida en sangre, sus paredes salpicadas, y esparcidos sobre su suelo empapado yacían los cuerpos inertes de unos niños. Sharpe intentó contar los pequeños cadáveres, pero no podía distinguir dónde terminaba un cuerpo ensangrentado y dónde empezaba el otro. Era evidente que habían desnudado a los niños y después les habían rajado las gargantas. También habían matado un perrito, y su cuerpo, con el rizado pelaje apelmazado por la sangre, había sido arrojado sobre los niños, cuya piel parecía de una blancura antinatural en contraste con las intensas salpicaduras de sangre casi negra.

—Oh, alabado sea el Señor —dijo Sharpe mientras se apartaba de las sombras malolientes para tomar una bocanada de aire fresco. Había superado su límite de contemplación de horrores. Hijo de una ramera pobre, nacido en una calleja de Londres, había seguido los tambores ingleses de Flandes a Madrás por las guerras indias, y ahora desde las playas de Portugal a la frontera de España, pero nunca, ni siquiera en las cámaras de tortura del sultán Tipu en Seringapatam, había visto niños degollados apilados en un montón como si fueran animales en un matadero.

—¡Aquí hay más, señor! —avisó el cabo Jackson. Jackson acababa de vomitar a la entrada de una casucha en la que los cuerpos de dos ancianos yacían en un charco de sangre. Habían sido torturados de mil formas, era demasiado evidente.

Sharpe pensó en Teresa, que estaba combatiendo a los mismos malnacidos que destripaban y atormentaban a sus víctimas; después, incapaz de soportar el torrente de imágenes que revolvían sus pensamientos, formó una bocina con las manos y gritó hacia lo alto de la colina.

—¡Harris! ¡Baje aquí!

El fusilero Harris era el hombre culto de la compañía. Antes había sido maestro de escuela y llegó a ser respetado, pero el aburrimiento le había llevado a la bebida y la bebida había sido su ruina, o al menos la causa por la que se unió al ejército, donde aún le encantaba demostrar su erudición.

—¿Señor? —dijo Harris al llegar al poblado.

—¿Habla usted francés?

—Claro, señor.

—Hay dos gabachos en esa casa. Averigüe a qué unidad pertenecen y qué hacían

aquí los muy cabrones. ¡Y Harris!

—¿Señor? —El melancólico y pelirrojo Harris se volvió hacia atrás.

—No hace falta que sea comedido con esos cabrones.

Incluso Harris, que estaba acostumbrado a Sharpe, parecía sorprendido por el tono de voz de su capitán.

—No, señor.

Sharpe volvió a atravesar la pequeña era situada en el centro del poblado. Sus hombres habían revisado las dos casas en la parte más alejada del arroyo, pero allí no encontraron cuerpos. La masacre se había reducido evidentemente a las tres casas de la orilla más cercana, donde el sargento Harper permanecía con un gesto vacío y herido en su rostro. Patrick Harper era un tipo del Ulster, de Donegal, que había llegado a las filas del ejército inglés impulsado por el hambre y la pobreza. Era un hombretón un palmo más alto que Sharpe, que pasaba del metro ochenta de altura. En combate, Harper era una figura imponente, aunque en realidad era un individuo afable, divertido y tranquilo cuya benevolencia ocultaba la contradicción que gobernaba su vida, puesto que no sentía aprecio alguno por el rey por el que luchaba, y muy poco por el país cuya bandera defendía, aunque había pocos soldados mejores que él en todos los ejércitos del rey Jorge y ninguno que fuese más leal con sus amigos. Era por esos amigos por quienes Harper luchaba, y su amigo más cercano, pese a su diferencia de rango, era el propio Sharpe.

—Sólo eran unos críos —dijo ahora Harper—. ¿Quién haría algo así?

—Ellos —Sharpe movió su cabeza en dirección al pequeño valle donde el arroyo se unía al caudal mayor. Los franceses de uniforme gris se habían detenido allí; demasiado lejos para estar a tiro de los rifles, pero aún lo bastante cerca para ver qué sucedía en el poblado en el que habían robado y asesinado.

—Algunos de estos chiquillos han sido... violados —dijo Harper.

—Ya lo veo —dijo Sharpe sombrío.

—¿Cómo pudieron hacerlo?

—No hay una respuesta, Pat. Sólo Dios lo sabe —Sharpe se sentía mareado, exactamente igual que Harper, pero preguntarse sobre las raíces del pecado no vengaría a los chiquillos muertos ni mantendría la cordura de la chica violada, y tampoco enterraría a los muertos empapados en sangre. Y menos aún ayudaría a encontrar un camino de regreso a las líneas inglesas para la pequeña compañía ligera que, Sharpe lo comprendió ahora, estaba peligrosamente expuesta al borde de la línea de avanzadillas francesas—. Pídale una respuesta a algún maldito capellán, si es que alguna vez puede encontrar alguno más allá de los burdeles de Lisboa —dijo Sharpe con crudeza, después se volvió hacia las casas de la matanza—. ¿Cómo demonios vamos a enterrarlos a todos?

—No podemos, señor. Bastará con que derribemos los muros de las casas encima

de ellos —dijo Harper. Echó un vistazo valle abajo—. Podría matar a esos cabronazos. ¿Qué vamos a hacer con esos dos que hemos capturado?

—Matarlos —dijo Sharpe cortante—. Conseguiremos una o dos respuestas —dijo al ver que Harris salía agachado de la casa. Harris llevaba uno de los cascos grises de dragón, y Sharpe vio que no estaba cubierto de tela, sino que estaba fabricado en metal y llevaba un largo penacho de crin de caballo gris.

Harris pasó su mano derecha por el penacho mientras caminaba hacia Sharpe.

—Ya sabemos quiénes son, señor —dijo al acercarse más—. Pertencen a la brigada Loup, la brigada lobo. Se llama así por su comandante en jefe, señor, un tipo llamado Loup, brigadier general Guy Loup. Loup significa lobo en francés, señor. Dicen que son una unidad de élite. Su tarea fue mantener abierta la carretera que cruza las montañas este invierno pasado, y lo hicieron masacrando a los paisanos. Si moría alguno de los hombres de Loup, él mataba a cincuenta civiles en venganza. Y al parecer eso era lo que estaban haciendo aquí, señor. Dos de sus hombres cayeron emboscados y fueron asesinados, y éste es el precio —Harris indicó con un gesto las casas de los muertos—. Y Loup no anda lejos de aquí, señor —añadió a modo de advertencia—. A menos que esos estén mintiendo, cosa que dudo. Dejó aquí un destacamento y se llevó un escuadrón para atrapar a unos fugitivos en el valle vecino.

Sharpe miró el caballo de uno de los soldados, que seguía atado en medio del poblado, y pensó en el soldado de infantería que había capturado.

—Esa brigada Loup —preguntó—, ¿es de caballería o de infantería?

—La brigada tiene soldados de ambas armas, señor —dijo Harris—. Es una brigada especial, formada para luchar contra los partisanos, y la de Loup tiene dos batallones de infantería y un regimiento de dragones.

—¿Y todos ellos visten de gris?

—Como lobos, señor —dijo Harris en tono amable.

—Pues ya sabemos todos qué se hace con los lobos —concluyó Sharpe, después se volvió cuando el sargento Latimer dio la voz de alarma.

Latimer estaba al mando de la pequeña línea de piquete que permanecía entre Sharpe y los franceses, pero no era un nuevo ataque lo que había hecho que el sargento diera la alarma, sino más bien el acercamiento de cuatro jinetes franceses. Uno de ellos portaba el pendón tricolor, aunque ahora la pequeña bandera de cola de golondrina quedaba oscurecida a medias por una sucia camisa blanca que había sido clavada en la punta de lanza del pendón.

—Al parecer, esos cabrones quieren hablar con nosotros —dijo Sharpe.

—Yo hablaré con ellos —refunfuñó Harper, al tiempo que amartillaba su pistola de siete cañones.

—Espere, Harper —dijo Sharpe—. Vuelva con la compañía y dígame a todo el mundo que no abran fuego, y es una orden.

—Como ordene, señor —Harper bajó el percutor; después, con una mirada ceñuda hacia los franceses que se acercaban, fue a avisar a los casacas verdes para que controlaran su temperamento y apartaran sus dedos de los gatillos.

Sharpe, con su rifle colgado al hombro y su espada al costado, avanzó hacia los cuatro franceses. Dos de los jinetes eran oficiales, mientras que los de los flancos eran portaestandartes, y la proporción entre banderas y hombres era tan desequilibrada que resultaba impertinente, casi como si los dos oficiales que se aproximaban se considerasen mejores que el resto de los mortales. El pendón tricolor habría sido estandarte suficiente, pero la segunda bandera era extraordinaria. Era un águila francesa con alas doradas extendidas posada en lo alto de un asta, que tenía un travesaño clavado justo debajo del pedestal del águila. La mayoría de las águilas llevaban una tricolor de seda en el asta, pero a ésta la acompañaban seis colas de lobo enganchadas en el travesaño. En cierto modo, el estandarte resultaba bárbaro, pues recordaba los días lejanos en que ejércitos paganos de soldados a caballo atronaban las estepas para violar y arrasarse a la cristiandad entera.

Y si el estandarte de las colas de lobo había hecho que a Sharpe se le helara la sangre en las venas, no fue nada comparado con el hombre que espoleó su caballo para adelantarse a sus acompañantes. Lo único que no era gris eran sus botas. Su gabán era gris, su caballo era gris, su casco estaba coronado con un espléndido penacho gris, y su pelliza gris estaba ribeteada con piel de lobo gris. Unas bandas de piel de lobo rodeaban la parte de arriba de la caña de sus botas, sobre la silla de montar llevaba un pellejo gris, la larga vaina de su recta espada y la funda de su carabina estaban ambas cubiertas de piel de lobo, mientras que la hociguera de su caballo estaba hecha con una tira de piel gris. Incluso la barba de aquel hombre, una barba corta, pulcra y cuidada, era gris, pero el resto de su rostro, salvaje y despiadado y lleno de cicatrices, parecía de pesadilla. Un ojo inyectado en sangre y el otro velado y de un color lechoso miraban desde aquel rostro curtido por la intemperie y endurecido por las batallas cuando el hombre detuvo su caballo junto a Sharpe.

—Me llamo Loup —dijo—, brigadier general Guy Loup del ejército de su majestad imperial. —Su tono de voz sonaba extrañamente suave, su entonación cortés, y su inglés tenía un ligero acento escocés.

—Sharpe —dijo el fusilero—. Capitán Sharpe. Del ejército inglés.

Los otros tres franceses se habían detenido unos diez metros más atrás. Vigilaban mientras su comandante sacaba el pie del estribo y se dejaba caer al suelo con ligereza. No era tan alto como Sharpe, pero aun así era un hombre grande, muy musculoso y ágil. Sharpe supuso que el brigadier francés tendría unos cuarenta años, seis años más que él mismo. Loup sacó ahora dos cigarros de su portapliegos con ribetes de piel y le ofreció uno a Sharpe.

—No acepto obsequios de asesinos —espetó Sharpe.

Loup soltó una risotada para indignación de Sharpe.

—Usted se lo pierde, capitán. ¿Es así como lo expresaría un inglés? ¿Usted se lo pierde? Fui prisionero, ya ve usted, en Escocia. En Edimburgo. Una ciudad muy fría, pero con mujeres hermosas, muy hermosas. Algunas de ellas me enseñaron los rudimentos del inglés, y yo les enseñé cómo engañar a sus aburridos esposos calvinistas. Los oficiales en libertad condicional vivíamos en las inmediaciones de Candlemaker Row. ¿Conoce el lugar? ¿No? Debería visitar Edimburgo, capitán. A pesar de los calvinistas y la cocina, es una ciudad de primera, muy educada y acogedora. Después de que se firmara la paz de Amiens, estuve a punto de quedarme allí —Loup se calló para golpear eslabón y pedernal, después sopló sobre el trapo carbonizado de su caja de yesca, hasta conseguir una llama con la que encendió su cigarro—. Casi me quedo allí, pero ya sabe cómo es eso. Ella estaba casada con otro hombre y yo soy amante de Francia, así que aquí estoy yo y allá está ella, y no tenga dudas de que sueña conmigo mucho más de lo que sueño yo con ella —suspiró—. Pero este tiempo me recuerda a ella. Solíamos quedarnos en la cama a ver la lluvia y la niebla pasar por las ventanas de Candlemaker Row. Hoy hace frío, ¿eh?

—Pero usted está vestido para aguantarlo, general —dijo Sharpe—. Lleva tantos pellejos como una puta en Navidad.

Loup sonrió. No fue una sonrisa agradable. Le faltaban dos dientes y los que le quedaban estaban teñidos de amarillo. Se había dirigido a Sharpe con bastante amabilidad, incluso con encanto, pero era el encanto zalamero del gato a punto de matar. Volvió a chupar su cigarro, haciendo que la punta se enrojeciera brillante, mientras su único ojo, inyectado en sangre, miraba con dureza a Sharpe desde debajo de la visera gris de su casco.

Loup veía a un hombre alto con un rifle usado al hombro y una maltrecha espada con la hoja mellada en la cadera. El uniforme del inglés estaba raído y lleno de manchas y remiendos. El cordón negro de su casaca colgaba hecho jirones entre botones de plata, alguno de los cuales pendía de un hilo. Debajo de la casaca, Sharpe llevaba un mono reforzado con cuero de la caballería francesa. Los restos de un fajín rojo de oficial rodeaban su cintura, y alrededor del cuello llevaba un fular negro atado sin apretar. Ése era el uniforme de un hombre que había dejado atrás hacía ya tiempo los adornos del soldado en tiempos de paz, para sustituirlos por la comodidad pragmática del hombre de combate. Un hombre duro, desde luego, supuso Loup no sólo por la prueba de la cicatriz de la mejilla de Sharpe, sino también por la forma de conducirse del fusilero, incómoda y cortante, como si Sharpe prefiriese luchar a hablar. Loup se encogió de hombros, se dejó de cortesías y fue directo al grano.

—He venido a recoger a mis hombres —dijo.

—Pues olvídense de ellos, general —replicó Sharpe. Había decidido que no honraría a aquel francés con el tratamiento de «señor» o «*monsieur*».

Loup levantó las cejas.

—¿Están muertos?

—Lo estarán.

Loup apartó con la mano una mosca persistente. Las correas chapadas en acero de su casco colgaban junto a su rostro, parecidas a las *cadettes* o trenzas que a los húsares franceses les gustaba llevar en las sienes. Volvió a dar una chupada a su cigarro y después sonrió.

—¿Debería recordarle, capitán, las normas de la guerra?

Sharpe dedicó a Loup una palabra que sin duda el francés no habría oído mucho entre la cultivada sociedad de Edimburgo.

—No acepto enseñanzas de asesinos —continuó Sharpe—, no en cuanto a las normas de la guerra. Lo que sus hombres hicieron en ese pueblo no tiene que ver con la guerra. Fue una fiesta de salvajes.

—Claro que tiene que ver con la guerra —dijo Loup sin alterarse—, y no necesito que me dé lecciones a ese respecto, capitán.

—Puede que precisamente necesite eso, general, una maldita lección.

Loup soltó una risotada. Se volvió y caminó hacia la orilla del riachuelo donde estiró los brazos y bostezó ruidoso, después se agachó para llevarse un poco de agua a la boca. Se giró hacia Sharpe.

—Déjeme que le explique en qué consiste mi trabajo, capitán, y póngase después en mi lugar. Puede que de esa manera deje a un lado sus irritantes certezas morales inglesas. Mi trabajo, capitán, es patrullar estas montañas y asegurar así el paso de carretas para suministrar la munición y los alimentos con los que planeamos empujarles a ustedes, los ingleses, de vuelta al mar. Mi enemigo no es un soldado de uniforme con un color determinado y un código de honor, sino más bien una chusma de civiles a la que le molesta mi presencia. ¡Bien! Dejemos que se molesten, ése es su privilegio, pero si me atacan, capitán, entonces me defenderé, y lo haré de forma tan feroz, tan despiadada y tan contundente que se lo pensarán mil veces antes de volver a atacar a mis hombres. ¿Sabe lo que es esa estrategia superior llamada guerra de guerrilla? Es el horror, capitán, el auténtico horror, así que me aseguro de ser más horrible que mi enemigo, y mi enemigo en esta zona ya es bastante horrible. ¿Ha oído hablar del Castrador?

—¿El Castrador? —preguntó Sharpe.

—Así se lo conoce, porque eso es lo que les hace a los soldados franceses; se lo hace mientras aún están vivos, y después deja que se desangren. El Castrador, lamento decirlo, aún está vivo, pero le aseguro que ninguno de mis hombres ha sido castrado en tres meses, ¿y sabe usted por qué? Porque los hombres del Castrador me temen más de lo que lo temen a él. Lo he derrotado, capitán, he hecho que estas montañas sean seguras. De toda España, éstas son las únicas colinas en las que los

franceses pueden cabalgar seguros, ¿y por qué? Porque he empleado la estrategia de los guerrilleros contra ellos. Los castro igual que ellos me habrían castrado a mí, excepto que yo uso un cuchillo sin afilar —Loup dedicó a Sharpe una sonrisa enfermiza—. Ahora, dígame, capitán, si estuviera usted en mi lugar y si sus hombres hubiesen sido castrados, cegados, destripados y desollados vivos, y después abandonados a una muerte segura, ¿no haría usted lo que hago yo?

—¿A los niños? —Sharpe señaló el pueblo con el pulgar.

El ojo de Loup se abrió sorprendido, como si encontrara la objeción de Sharpe impropia de un soldado.

—¿Le perdonaría la vida a una rata sólo porque fuera joven? Las alimañas son alimañas, capitán, sea cual sea su edad.

—Pensaba que había dicho que las montañas eran seguras —dijo Sharpe—, ¿para qué seguir matando entonces?

—Porque la última semana dos de mis hombres cayeron en una emboscada y fueron asesinados en un pueblo no lejos de aquí. Los familiares de los asesinos vinieron hasta aquí en busca de refugio, pensando que no daría con ellos. Los encontré y ahora le aseguro, capitán, que ni uno más de mis hombres sufrirá una emboscada en Fuentes de Oñoro.

—No si yo los encuentro allí.

Loup movió la cabeza entristecido.

—Es usted muy rápido en sus amenazas, capitán. Pero si se enfrenta a mí creo que aprenderá a ser prudente. Por ahora, devuélvame a mis hombres y nos iremos.

Sharpe se quedó pensando en silencio, después se encogió de hombros y se volvió.

—¡Sargento Harper!

—¿Señor?

—¡Traiga a esos dos gabachos aquí!

Harper remoloneó como si quisiera saber qué pretendía Sharpe antes de obedecer su orden, pero después volvió a regañadientes hacia las casas. Un momento después, apareció con los dos cautivos franceses, ambos aún desnudos de cintura para abajo, y uno de ellos encogido todavía por el dolor.

—¿Está herido? —preguntó Loup.

—Le di una patada en las pelotas —dijo Sharpe—. Estaba violando a una niña.

A Loup la respuesta le pareció divertida.

—¿Es usted remilgado con las violaciones, capitán Sharpe?

—Extraño en un hombre, ¿no es así? Pues sí, lo soy.

—Tenemos algunos oficiales así —dijo Loup—, pero un par de meses en España los curarán enseguida de sus escrúpulos. Aquí las mujeres pelean igual que los hombres, y si una mujer se cree que sus faldas la protegerán, está muy equivocada.

La violación es parte del horror, pero también sirve a un propósito secundario. Permita a sus soldados que violen y ya no les preocupará pasar hambre o que su paga lleve un año de retraso. La violación es un arma como otra cualquiera, capitán.

—Me acordaré de eso, general, cuando marche sobre Francia —dijo Sharpe, después se volvió hacia las casas—. ¡Deténgase ahí, sargento! —Los dos prisioneros habían sido escoltados hasta el murete que rodeaba parte del villorrio—. ¡Y sargento!

—¿Señor?

—Deles sus pantalones. Haga que se vistan como es debido.

Loup, satisfecho por cómo estaba resultando su misión, sonrió a Sharpe.

—Está siendo usted sensato y eso está bien. Odiaría tener que luchar contra usted de la misma forma en que lucho contra los españoles.

Sharpe miró el uniforme pagano de Loup. Era un disfraz, pensó, para asustar a un crío, el disfraz de un hombre lobo de pesadilla, pero la espada de aquel hombre lobo no era más larga que la de Sharpe, y su carabina era mucho menos precisa que el rifle inglés.

—Supongo que le resultará difícil luchar contra nosotros, general —dijo Sharpe—, somos un ejército de verdad, ya ve usted, no un grupo de mujeres y niños desarmados.

Loup se puso tenso.

—Ya verá usted, capitán Sharpe, que la brigada Loup puede luchar contra cualquier hombre, en cualquier lugar y de cualquier manera. Yo no pierdo, capitán, contra nadie.

—Entonces, si no pierde nunca, general, ¿cómo fue hecho prisionero? —dijo Sharpe con desprecio—. ¿Estaba dormido o qué?

—Viajaba hacia Egipto, capitán, cuando el barco en que iba de pasajero fue capturado por la marina real. Eso apenas se puede considerar una derrota —Loup observó cómo sus dos hombres se subían los pantalones—. ¿Dónde está el caballo del soldado Godin?

—El soldado Godin no va a necesitar un caballo allí adonde va —dijo Sharpe.

—¿Puede caminar? Supongo que sí puede. Muy bien, le cederé mi caballo —observó Loup, magnánimo.

—Va al infierno, general —dijo Sharpe—. Permito que se vistan porque aún son soldados, e incluso sus asquerosos soldados merecen morir con los pantalones puestos —se giró hacia el poblado—. ¡Sargento! ¡Póngalos de cara al muro! Quiero un pelotón de fusilamiento, cuatro hombres por cada prisionero. ¡Carguen!

—¡Capitán! —gritó Loup, y su mano se dirigió hacia la empuñadura de su espada.

—No me asusta usted, Loup. Ni usted ni su disfraz de gala —dijo Sharpe—. Desenvaine esa espada y enjugaremos su sangre con su bandera de tregua. Tengo

tiradores en esa cresta que podrían sacarle el ojo sano de la cara a más de ciento ochenta metros, y uno de esos tiradores le está apuntando ahora mismo.

Loup miró a lo alto de la colina. Podía ver a los casacas rojas de Price allí arriba, y a un casaca verde, pero era incapaz de distinguir con certeza cuántos hombres había en la partida inglesa. Volvió a mirar a Sharpe.

—Usted es capitán, nada más que capitán. Lo que significa que tiene ¿qué? ¿Una compañía? ¿Quizá dos? Los ingleses no le confiarían más de dos compañías a un simple capitán, pero en un radio de menos de un kilómetro yo tengo al resto de mi brigada. Si matan ustedes a mis hombres, serán perseguidos como perros y morirán como perros. Me saltaré las normas de la guerra, capitán, igual que usted se propone saltárselas con mis hombres, y me aseguraré de que muere de la misma forma que mis enemigos españoles. Con un cuchillo muy poco afilado, capitán...

Sharpe pasó por alto la amenaza y se volvió hacia el pueblo.

—¿Está listo el pelotón, sargento?

—Está listo, señor. ¡Y ansioso por disparar!

Sharpe volvió a mirar al francés.

—Su brigada está a varios kilómetros, general. Si estuviera más cerca, usted no estaría aquí hablando conmigo, sino dirigiendo el ataque. Ahora, si me perdona, tengo que encargarme de una ejecución.

—¡No! —dijo Loup con tanta brusquedad como para hacer que Sharpe se girara—. Tengo un acuerdo con mis hombres. ¿Entiende lo que es eso, capitán? Usted es un líder, yo soy un líder, y he prometido a mis hombres que nunca los abandonaré. No me haga romper mi promesa.

—Me importa un carajo su promesa —dijo Sharpe.

Loup ya esperaba ese tipo de respuesta y encogió los hombros.

—Entonces puede que también le importe un carajo lo que le voy a decir, capitán Sharpe. Sé quién es usted, y si no me devuelve a mis hombres, pondré precio a su cabeza. Le daré una razón a todo hombre de Portugal y España para perseguirlo y atraparlo. Mate a esos dos hombres y firmará su propia sentencia de muerte.

Sharpe sonrió.

—Es usted mal perdedor, general.

—¿Y usted no?

Sharpe se alejó.

—Nunca he perdido —le respondió por encima del hombro—, así que no puedo saberlo.

—¡Es su sentencia de muerte, Sharpe! —gritó Loup.

Sharpe levantó dos dedos. Había oído que, en Azincourt, los arqueros ingleses, amenazados por los franceses con la pérdida de los dos dedos que usaban para disparar sus arcos al final de la batalla, primero habían ganado la batalla y después

inventaron el gesto burlón sólo para mostrar a aquellos cabrones arrogantes quiénes eran mejores soldados. Ahora Sharpe volvía a usarlo.

Luego se dispuso a ejecutar a los hombres del hombre lobo.



El comandante Michael Hogan descubrió que Wellington estaba inspeccionando un puente sobre el río Turones, donde una fuerza de tres batallones franceses había intentado hacer frente al avance inglés. La batalla resultante había sido rápida y brutal, y ahora un rastro de cadáveres franceses e ingleses contaba la historia de la escaramuza. Una línea inicial de la marea de cuerpos marcaba dónde habían chocado los dos bandos, una horrible mancha de hierba ensangrentada mostraba dónde dos cañones ingleses habían barrido al enemigo, y después otros cuerpos esparcidos acusaban la retirada francesa por el puente que sus ingenieros no habían tenido tiempo de destruir.

—Fletcher cree que el puente es de factura romana, Hogan —dijo Wellington a modo de saludo al comandante irlandés.

—A veces me pregunto, mi lord, si alguien habrá construido algún puente en Portugal o en España después de los romanos —Hogan, envuelto en una capa por el frío húmedo del día, saludó cordialmente a los tres ayudantes de lord Wellington, y después entregó al general una carta sellada. El sello, en el que se veía el real escudo de armas español, ya había sido despegado—. Tuve la precaución de leer la carta, milord —explicó Hogan.

—¿Algún problema? —preguntó Wellington.

—De otra forma no le hubiese molestado, milord —respondió Hogan apesadumbrado.

Wellington frunció el ceño al leer la carta. El general era un hombre apuesto, de cuarenta y dos años, pero tan en forma como cualquier hombre de su ejército. Y, según pensaba Hogan, más sensato que el que más. Como el comandante sabía bien, el ejército inglés tenía un extraño don para encontrar a los hombres menos cualificados y ascenderlos a los mandos más altos, pero de alguna manera el sistema había funcionado mal con aquel hombre, y a sir Arthur Wellesley, ahora vizconde de Wellington, le había sido otorgado el mando del ejército de Su Majestad en Portugal, proporcionando por lo tanto al ejército el mejor liderazgo posible. Al menos así lo pensaba Hogan, aunque Michael Hogan admitía que quizá tuviese prejuicios en este aspecto. Al fin y al cabo, Wellington había impulsado la carrera de Hogan, convirtiendo al perspicaz irlandés en la cabeza de su departamento de inteligencia, y el resultado había sido una relación tan cercana como fructífera.

El general volvió a leer la carta, esta vez ojeando la traducción que amablemente le había proporcionado Hogan. Mientras tanto, el irlandés echaba un vistazo al campo

de batalla, que unos destacamentos de fajina estaban limpiando de los restos de la escaramuza. Al este del puente, donde la calzada bajaba suavemente por la ladera de la montaña en una serie de amplias curvas, una docena de destacamentos de faena buscaban cuerpos y suministros abandonados entre los arbustos. Los muertos franceses eran desnudados y amontonados como si fueran leña, junto a una fosa larga y superficial que un grupo de zapadores estaba intentando ampliar. Otros grupos de hombres estaban apilando mosquetes franceses o arrojaban al cajón de un carro cantimploras, cartucheras y mantas. Otra parte del botín era incluso más exótica, pues, al retirarse, los franceses habían cargado con lo que habían saqueado en miles de pueblos portugueses, y ahora los hombres de Wellington estaban recuperando vestiduras eclesiásticas, candeleros y vajillas de plata.

—Es sorprendente lo que puede cargar un soldado en retirada —comentó el general a Hogan—. Hemos encontrado a un muerto con una banqueta de ordeño. ¡Una banqueta de ordeño normal y corriente! ¿En qué estaría pensando? ¿En llevársela a Francia? —Le tendió la carta a Hogan—. Maldición —dijo en tono afable, y después con más fuerza—. ¡Maldita sea! —Con un gesto de la mano hizo que sus ayudantes lo dejaran solo con Hogan—. Cuanto más aprendo sobre Su Muy Católica Majestad el rey Fernando VII, Hogan, más me convenzo de que tendrían que haberlo ahogado al nacer.

Hogan sonrió.

—El método más distinguido, milord, es la asfixia.

—¿De verdad?

—De verdad, milord, y no hay ninguno más acertado. Simplemente la madre explica que se dio la vuelta mientras dormía, atrapando a la bendita criaturita bajo su cuerpo, y es así, según explica la santa Iglesia, cómo nace otro valioso ángel.

—En mi familia —dijo el general— los niños no deseados eran enviados al ejército.

—Tiene un efecto muy parecido, milord, excepto en lo de los ángeles.

Wellington esbozó una leve sonrisa, después le hizo un gesto con la carta.

—¿Cómo llegó esto a nosotros?

—Por el canal habitual, milord, Sacada a hurtadillas de Valençay por los sirvientes de Fernando, y llevada al sur hasta los Pirineos, donde fue entregada a los partisanos para que nos la hicieran llegar a nosotros.

—Con copia a Londres, ¿no? ¿Hay alguna posibilidad de interceptar la copia que va hacia Londres?

—Lo siento, señor, salió hace dos semanas. Probablemente ya esté allí.

—Demonios, demonios y más demonios. ¡Maldita sea! —Wellington miró con gesto lúgubre hacia el puente, donde un carro con una eslinga estaba recuperando un cañón francés caído—. Entonces, ¿qué hacemos, eh, Hogan? ¿Qué podemos hacer?

El problema era bastante simple. La carta, cuya copia había sido enviada al príncipe regente en Londres, era del exiliado rey Fernando de España, que ahora era prisionero de Napoleón en el *château* francés de Valençay. La misiva se complacía en anunciar que Su Muy Católica Majestad, con ánimo de cooperar con su primo de Inglaterra y por su gran deseo de expulsar al enemigo francés del sagrado suelo de su reino, había ordenado a la Real Compañía Irlandesa de la guardia de la casa de Su Muy Católica Majestad que se uniera a las fuerzas de Su Majestad inglesa bajo el mando del vizconde de Wellington. Un gesto semejante, aunque sonara generoso, no satisfacía al vizconde de Wellington, que no necesitaba una compañía de guardias de palacio real. Un batallón de infantería bien instruido y bien equipado para el combate sí habría servido de algo, pero una compañía de tropas de ceremonia era casi de tanta utilidad para Wellington como un coro de eunucos cantando salmos.

—Y ya han llegado —dijo Hogan en voz baja.

—¿Que ya qué?! —La pregunta de Wellington pudo oírse a casi cien metros, donde un perro, al creer que le regañaban, se apartó de unas vísceras que, ennegrecidas por las moscas, llevaban hasta el cuerpo destripado de un oficial de artillería francés—. ¿Dónde están? —preguntó Wellington hecho una fiera.

—En algún lugar cerca del Tajo, milord, embarcándose para llegar hasta aquí.

—¿Cómo diablos han llegado a Portugal tan rápido?

—Según mi informador, milord, en barco. En nuestros barcos —Hogan se puso una pizca de rapé en la mano izquierda y después inhaló un poco del polvillo por cada orificio de su nariz. Quedó en silencio por un instante, los ojos se le humedecieron de repente y después estornudó. Las orejas de su caballo se movieron en dirección al ruido—. El comandante de la Real Compañía Irlandesa afirma que hizo marchar a sus hombres hasta la costa oriental de España, milord —prosiguió Hogan—, después embarcó a Menorca, donde nuestra Marina Real los recogió.

Wellington resopló a modo de burla.

—¿Y los franceses permitieron que eso ocurriera? ¿El rey José se quedó mirando cómo se marchaba su guardia? —José era el hermano de Bonaparte y se le había concedido el trono de España, aunque mantenerlo allí les estaba costando trescientas mil bayonetas a los franceses.

—Una quinta parte de la guardia real, milord —corrigió educadamente Hogan al general—. Y sí, eso es exactamente lo que dice lord Kiely. Kiely es, desde luego, su comandante.

—¿Kiely?

—Un par irlandés, milord.

—Maldición, Hogan, conozco a la nobleza irlandesa. Kiely. El conde de Kiely. Exiliado, ¿verdad? Y su madre, según recuerdo, le dio dinero a Tone en los años noventa —Wolfe Tone había sido un patriota irlandés que reunió fondos y hombres

en Europa y América para intentar provocar una rebelión contra los ingleses en su Irlanda natal. La rebelión se había convertido en una guerra abierta en 1798, cuando Tone decidió invadir Donegal con un pequeño ejército francés que había sufrido una derrota completa, y el propio Tone había preferido suicidarse en la prisión de Dublín antes que ser ahorcado con una soga inglesa—. No creo que Kiely sea mejor que su madre —dijo Wellington en tono grave—, y ella era una bruja a la que tendrían que haber asfixiado nada más nacer. ¿Se puede confiar en su señoría, Hogan?

—Por lo que he oído, milord, es un borracho y un haragán —dijo Hogan—. Le dieron el mando de la Real Compañía Irlandesa porque era el único aristócrata irlandés de Madrid, y porque su madre tenía influencia sobre el rey. Ahora ella está muerta, que Dios guarde su alma —observó cómo un soldado intentaba recoger con su bayoneta los intestinos desparramados del oficial francés. Las tripas resbalaban en el filo, y al final un sargento le gritó al soldado que recogiera las entrañas con sus manos o si no que se las dejara a los cuervos.

—¿Qué ha hecho esa guardia irlandesa desde que Fernando dejó Madrid? —preguntó Wellington.

—Vivir un purgatorio, milord. Vigilar El Escorial, abrillantar sus botas, no meterse en problemas, tener hijos, ir de putas, emborracharse y saludar a los franceses cortésmente.

—Pero no combatían a los franceses.

—En absoluto —Hogan se calló—. Es todo demasiado... oportuno, milord —continuó—. A la Real Compañía Irlandesa se le permite abandonar Madrid, se le permite embarcarse y se le permite venir hasta nosotros, y mientras tanto una carta que sale a escondidas de Francia dice que la compañía es una atención de Su Aprisionada Majestad para usted. Todo esto me huele a gabacho encerrado, milord.

—Entonces, ¿le decimos a esa maldita guardia que se largue?

—Dudo mucho que podamos. En Londres, el príncipe regente se sentirá sin duda halagado por el gesto, y Asuntos Exteriores, puede estar seguro de ello, considerará cualquier mínima ofensa a la Real Compañía Irlandesa como un insulto a nuestros aliados españoles, lo que significa, milord, que nos tenemos que tragar a esos cabrones.

—¿Servirán para algo?

—Estoy seguro de que serán poco más que decorativos —concedió Hogan desconfiado.

—Y la decoración cuesta dinero —dijo Wellington—. Supongo que el rey de España habrá tenido la precaución de enviar un cofre con la paga de su guardia, ¿verdad?

—No, milord.

—¿Y eso significa que tengo que pagarles yo? —La pregunta de Wellington

sonaba peligrosa, y cuando la única respuesta de Hogan fue una sonrisa angelical, el general soltó un exabrupto—. ¡Malditas sean sus calaveras! ¿Se supone que voy a pagar yo a esos cabrones? ¿Mientras ellos me apuñalan por la espalda? ¿Es eso para lo que están aquí, Hogan?

—No sabría decirle, milord. Pero sospecho que así es.

Una explosión de carcajadas llegó desde un destacamento de fajina que acababa de descubrir unos dibujos íntimos escondidos en el faldón del gabán de un cadáver francés. Wellington hizo una mueca por el ruido y alejó su caballo del ruidoso grupo. Unos cuervos se disputaban un montón de vísceras que una vez habían estado dentro de un soldado. El general contempló la desagradable escena, después hizo un gesto de asco.

—¿Y qué sabe usted de esa guardia irlandesa, Hogan?

—Hoy por hoy son españoles en su mayoría, milord, aunque incluso los guardias nacidos en España tienen que ser descendientes de exiliados irlandeses. La mayoría de sus miembros son reclutados de entre tres regimientos irlandeses al servicio de España, pero imagino que un puñado de ellos serán desertores de nuestro propio ejército. Sospecho que la mayoría de ellos son leales a España, y es probable que estén deseando luchar contra los franceses, pero no tengo dudas de que unos cuantos serán afrancesados, aunque respecto a eso sospecho que habrá más oficiales que soldados rasos, pues casi todos los que apoyaban a los franceses provienen de las clases más cultas. —Hogan aplastó un tábano que se había posado en el cuello de su caballo—. No pasa nada, *Jeremiah*, sólo es un moscón hambriento —le explicó a su sobresaltada montura, después se acercó a Wellington—. No sé por qué los han enviado aquí, milord, pero sí estoy seguro de dos cosas. Primero, será imposible librarse de ellos desde el punto de vista diplomático, y en segundo lugar, tenemos que asumir que son los franceses quienes los quieren aquí. El rey Fernando, eso no lo dudo, fue obligado a escribir la carta. He oído que no tiene muchas luces, milord.

—Pero usted sí, Hogan. Por eso lo tolero a mi lado. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Los ponemos a cavar letrinas?

Hogan meneó la cabeza.

—Si emplea usted a la guardia de la casa del rey de España en tareas serviles, milord, lo considerarán un insulto a nuestros aliados españoles, así como a Su Católica Majestad.

—A la mierda Su Católica Majestad —gruñó Wellington, y después miró ceñudo hacia la fosa con forma de trinchera donde ahora estaban colocando a los franceses muertos en una hilera larga, blanca y desnuda—. ¿Y la Junta? —preguntó—. ¿Qué pasa con la Junta?

La Junta de Cádiz era el consejo regente que gobernaba la España no ocupada en ausencia de su rey. No cabía duda alguna de su patriotismo, pero no se podía decirlo

mismo de su eficiencia. La Junta era famosa por sus riñas internas y su quisquilloso orgullo, y pocas cuestiones habían herido tan directamente aquel orgullo como la modesta proposición de que Arthur Wellesley, vizconde de Wellington, fuese nombrado generalísimo de todos los ejércitos de España. Wellington ya era mariscal general del ejército portugués y comandante de las fuerzas inglesas en Portugal, y nadie que tuviese una pizca de sentido común negaría que era el mejor general del bando aliado; su nombramiento no sólo se sustentaba en que era el único que ganaba las batallas por sistema, sino en que nadie negaría la lógica de que todos los ejércitos enfrentados a los franceses en España y Portugal estuvieran bajo un mando unificado; sin embargo, pese a que se reconocía el valor de la propuesta, la Junta era reacia a otorgar tales poderes a Wellington. Argumentaban que los ejércitos españoles debían ser comandados por un español, y aunque hasta el momento ningún español se había mostrado capaz de vencer una campaña contra los franceses, aquello no era asunto para discutir. Era mejor un español derrotado que un extranjero victorioso.

—La Junta, milord —respondió Hogan cuidadoso—, pensará que esto es el ángulo agudo de una cuña muy ancha. Pensarán que se trata de un complot inglés para hacerse poco a poco con los ejércitos españoles, y vigilarán como halcones, milord, para ver qué trato se da a la Real Compañía Irlandesa.

—El halcón —dijo Wellington en tono amargo— debe de ser don Luis.

—Exacto, milord —dijo Hogan. El general don Luis Valverde era el observador oficial que acompañaba a los ejércitos ingleses y portugueses, y el hombre cuya recomendación sería necesaria si es que alguna vez los españoles llegaban a nombrar generalísimo a Wellington. Era un nombramiento altamente improbable, pues todo el gran orgullo y nada del escaso sentido de la Junta se concentraban en el general Valverde.

—Maldita sea —dijo Wellington al pensar en Valverde—. ¿Y bien, Hogan? Se le paga para que me aconseje, así que gánese su puñetero salario.

Hogan se quedó en silencio para reunir sus pensamientos.

—Me temo que tendremos que dar una buena acogida a lord Kiely y a sus hombres —dijo unos segundos después—, incluso aunque desconfiemos de ellos, y por eso me parece, milord, que tendremos que hacer todo lo posible para que se sientan incómodos. Tan incómodos como para que, o bien regresen a Madrid, o bien marchen hacia Cádiz.

—¿Que los echemos? —dijo Wellington—. ¿Y cómo?

—En parte, milord, haciéndoles vivaquear tan cerca de los franceses como sea posible, de modo que los guardias que quieran desertar lo tengan fácil. Al mismo tiempo, milord, diremos que los hemos destinado a una zona de riesgo como cumplido por su reputación a la hora de luchar, a pesar de que sin duda debemos asumir que, aunque la Real Compañía Irlandesa es experta en vigilar las puertas de

palacio, demostrará ser menos experta en la tarea más mundana de combatir a los franceses. Por tanto, deberíamos insistir en que se sometan a un período de instrucción severa bajo supervisión de alguien en quien podamos confiar que vaya a convertir su vida en un verdadero suplicio.

Wellington le dedicó una adusta sonrisa.

—¿Hacer que esos soldados de ceremonial doblen la espalda? ¿Hacerles morder el polvo hasta que se ahoguen en él?

—Exacto, milord. No me cabe ninguna duda de que esperan ser tratados con respeto e incluso gozar de ciertos privilegios, así que tenemos que decepcionarles. Tendremos que facilitarles un oficial de enlace, alguien con veteranía suficiente como para aplacar a lord Kiely y para despejar las sospechas del general Valverde, pero ¿por qué no darles también un instructor? Un tirano, pero uno con astucia suficiente para airear sus secretos.

Wellington sonrió, después dirigió su caballo de vuelta a donde estaban sus ayudantes. Sabía con exactitud qué tenía en mente Hogan.

—Dudo que a nuestro lord Kiely vaya a gustarle mucho el señor Sharpe —dijo el general.

—No puedo ni imaginar que vayan a cogerse cariño, milord.

—Por cierto, ¿dónde está Sharpe ahora?

—Hoy debería estar de camino a Vilar Formoso, milord. Para su disgusto, lo han asignado a la guardia del alcalde.

—Entonces le alegrará que, en vez de eso, le endosemos a Kiely, ¿no cree? ¿Y a quién asignamos como oficial de enlace?

—Cualquier bobalicón conciliador nos valdrá para ese puesto, milord.

—Muy bien, Hogan, yo buscaré al bobalicón y usted se encargará del resto —el general picó espuelas en los costados de su caballo. Al ver que el general estaba preparado para marcharse, los ayudantes agarraron sus riendas, pero el general se detuvo de pronto—. ¿Qué querría hacer un hombre con una banqueta de ordeño, Hogan?

—Mantener el culo seco durante las noches de vigilancia, milord.

—Inteligente idea, Hogan. No se me ocurre por qué no la tuve yo mismo. Bien pensado —Wellington espoleó a su caballo y se alejó de los restos de la batalla trotando hacia el oeste.

Hogan observó su marcha y después hizo una mueca. Los franceses, de eso no cabía duda, querían causarle algunos problemas, y ahora él, con la ayuda de Dios, les devolvería parte del mal. Daría la bienvenida a la Real Compañía Irlandesa con palabras melosas y promesas desmesuradas, y después asignaría a esos cabrones a Richard Sharpe.



La muchacha se aferraba al fusilero Perkins. Le dolían las entrañas, sangraba y renqueaba, pero había insistido en salir de la casucha para ver morir a los dos franceses. De hecho insultó sin cesar a aquellos dos hombres, les escupió Y les gritó, y después rió cuando uno de los dos cayó de rodillas y juntó sus manos levantándolas hacia Sharpe.

—Dice que él no estaba violando a la chica, señor —tradujo Harris.

—¿Entonces por qué tenía los pantalones bajados hasta los tobillos, el muy cabrón? —preguntó Sharpe, y luego miró a su pelotón de fusilamiento de ocho hombres. Lo normal era que fuera difícil encontrar hombres que quisieran servir en pelotones de fusilamiento, pero esta vez no hubo dificultad—. ¡Apunten! —ordenó Sharpe.

—*Non, monsieur, je vous prie! Monsieur!* —suplicó el francés que estaba arrodillado. Tenía el rostro bañado en lágrimas.

Los ocho fusileros apuntaron sus miras hacia los dos franceses. El otro cautivo mostró su desprecio y mantuvo la cabeza alta. Era un hombre apuesto, aunque su rostro estaba magullado gracias al tratamiento que le había dado Harris. El otro, al ver que sus súplicas no obtendrían respuesta, agachó la cabeza y empezó a sollozar descontrolado.

—*Maman* —dijo lastimero—. *Maman!*

El brigadier general Loup, subido de nuevo a su silla de montar con ribetes de piel, asistió a las ejecuciones desde una distancia de cuarenta y cinco metros.

Sharpe sabía que legalmente no tenía derecho a fusilar prisioneros. Sabía incluso que esta acción podría poner en peligro su carrera, pero después pensó en los cuerpecillos llenos de sangre negra de los niños violados y asesinados.

—¡Fuego! —ordenó.

Los ocho rifles sonaron al mismo tiempo. El humo se elevó para formar una nube de olor acre y pestilente, que oscureció la maraña de salpicaduras de sangre sobre el muro de piedra de la casucha al mismo tiempo que los dos cuerpos eran impulsados con fuerza hacia atrás, y después se encogían hacia delante hasta caer al suelo. Uno de los hombres se estremeció por unos segundos, y después quedó inmóvil.

—¡Es usted hombre muerto, Sharpe! —gritó Loup.

Sharpe levantó dos dedos hacia el brigadier, pero no se tomó la molestia de girarse hacia él.

—Que los entierren esos franceses de mierda —dijo cerca de los prisioneros ejecutados—, pero derribaremos las casas sobre los españoles muertos. Porque son españoles, ¿no es así? —preguntó a Harris.

Harris asintió.

—Nos hemos internado en España, señor. Quizá dos o tres kilómetros. Es lo que dice la chica.

Sharpe miró a la chica. No era mayor que Perkins, tal vez tenía unos dieciséis años, y aunque su larga cabellera morena estaba húmeda y sucia, sin duda era bastante hermosa, pensó Sharpe, y enseguida se sintió culpable por tener aquel pensamiento. La chica sufría. Había visto cómo asesinaban a su familia, y después sólo Dios sabía cuántos hombres habían abusado de ella. Ahora, mientras mantenía apretadas en torno a su delgado cuerpo sus ropas harapientas, miraba con intensidad a los dos soldados muertos. Les escupió y después hundió su cabeza en el hombro de Perkins.

—Ella tendrá que venir con nosotros, Perkins —dijo Sharpe—. Si se queda aquí, esos cabrones la matarán.

—Por supuesto, señor.

—Pues cuide de ella, muchacho. ¿Le ha dicho su nombre?

—Miranda, señor.

—Entonces cuide de Miranda. Es usted responsable de su seguridad —dijo Sharpe; después se acercó hasta donde Harper estaba organizando a los hombres que iban a demoler las casas para que cubrieran los cadáveres. El olor de la sangre lo inundaba todo, y una masa de moscas zumbaba dentro de las casas donde se había cometido la matanza—. Esos puercos nos perseguirán —dijo Sharpe mientras movía la cabeza hacia los acechantes franceses.

—Sí, señor, lo harán. —El sargento se mostró de acuerdo.

—Nos moveremos por las cimas de las colinas —dijo Sharpe. La caballería no podría llegar a lo alto de las rocosas colinas, al menos no en buen orden, y desde luego no antes de que sus cabecillas hubieran sido derribados por los mejores tiradores de Sharpe.

Harper miró a los dos franceses muertos.

—¿Se suponía que tenía que hacer esto, señor?

—¿Quiere decir que si se me permite ejecutar a prisioneros de guerra en las regulaciones del rey? No, claro que no. Así que no se lo diga a nadie.

—Ni una palabra, señor. Nunca vi nada, señor, y me aseguraré de que los chicos digan lo mismo.

—Y algún día —dijo Sharpe mientras observaba la figura del brigadier general Loup en la distancia— lo pondré a él delante de un muro y le dispararé.

—Amén —dijo Harper—, amén. —Se volvió y se quedó mirando el caballo francés que seguía atado delante de una de las casuchas—. ¿Qué hacemos con la bestia?

—No podemos llevárnosla —dijo Sharpe. Las colinas eran demasiado abruptas, y había planeado ceñirse a las rocosas alturas a las que los caballos de los dragones no podrían seguirles—. Pero que me parta un rayo antes que devolver un caballo en buen estado al enemigo. —Amartilló su rifle—. Odio hacer esto.

—¿Quiere que lo haga yo, señor?

—No —dijo Sharpe, aunque quería decir que sí, pues en realidad no quería disparar al caballo. Aun así, lo hizo sin más dilación. El eco del disparo rebotó en las colinas y volvió, apagado y retumbante, mientras el caballo se agitaba en su sangrienta agonía.

Los fusileros cubrieron a los muertos españoles con piedras y paja, pero dejaron fuera a los dos soldados franceses para que los enterraran sus camaradas. Después subieron hasta las neblinosas alturas para abrirse camino hacia el oeste. Al caer la noche, cuando bajaron al valle del río Turones, comprobaron una vez más si les seguían. No percibieron el hedor de caballos con llagas por las sillas de montar, y tampoco vieron el reflejo de luz gris sobre acero gris; de hecho, no hubo señal ni olor de persecución alguna en toda la tarde, excepto una sola vez, justo al palidecer la luz y cuando las primeras luces de candiles titilaban en las casitas junto al río, cuando de pronto un lobo lanzó su aullido melancólico en las colinas cada vez más oscuras.

Fue un aullido largo y desolado, con un eco persistente.

Y Sharpe sintió un escalofrío.

CAPÍTULO 2

Desde el castillo de Ciudad Rodrigo se veían las colinas del otro lado del río, donde se habían concentrado las fuerzas inglesas, aunque la noche era tan oscura y húmeda que nada era visible, a excepción del resplandor de dos antorchas en el interior de un pasadizo, con un arco en la entrada, que atravesaba las inmensas murallas de la ciudad. Al caer cerca de la luz de las llamas, la lluvia refulgía plateada y empapaba el resbaladizo empedrado. Cada poco tiempo, un centinela aparecía en la entrada del pasaje y la fuerte luz se reflejaba en la brillante hoja de su bayoneta calada. Aparte de eso, no había señal alguna de vida. La tricolor francesa flameaba sobre la puerta, y guadalpreaba desanimadamente en la oscuridad, bajo la lluvia que caía a rachas sobre los muros del castillo y a veces llegaba incluso a colarse dentro de la profunda saetera, desde la que un hombre vigilaba el arco de entrada. La titilante luz de la antorcha se reflejaba en las gruesas lentes de sus anteojos con montura de latón.

—Puede ser que no venga —dijo la mujer que estaba junto a la chimenea.

—Si Loup ha dicho que vendrá —contestó el hombre sin volverse hacia ella—, vendrá. —El hombre tenía una voz notablemente profunda que no casaba con su apariencia, pues era esbelto, casi de aspecto frágil, con un rostro delgado de intelectual, ojos miopes y mejillas plagadas de cicatrices por una viruela de infancia. Aunque vestía un sencillo uniforme azul oscuro sin distintivos de rango, Pierre Ducos no necesitaba llamativas cadenas ni estrellas, borlas o charreteras trenzadas para demostrar su autoridad. El mayor Ducos era el hombre de Napoleón en España, y cualquiera que tuviese importancia, desde el rey José para abajo, lo sabía.

—Loup... —dijo la mujer—, significa «lobo», ¿no?

Esta vez Ducos sí se dio la vuelta.

—Tus compatriotas lo llaman «el lobo» —dijo—, y les asusta.

—La gente supersticiosa se asusta con facilidad —dijo la mujer, desdeñosa.

Era alta y delgada, y su rostro, más que hermoso, era digno de recordar. Un rostro duro, inteligente y singular, difícil de olvidar después de haberlo visto, de boca grande, ojos hundidos y expresión de desdén. Tendría unos treinta años, pero era difícil saberlo porque su piel estaba tan oscurecida por el sol que recordaba a la de una campesina. Otras mujeres de alta cuna se cuidaban de mantener su piel tan pálida como el yeso y tan suave como la cuajada, pero a esta dama no le preocupaban ni el aspecto ni los vestidos a la moda. Su pasión era la caza, y cuando iba tras sus perros montaba a caballo a horcajadas y por eso vestía como un hombre: calzones, botas y espuelas. Esta noche vestía uniforme de húsar francés, con ceñidos calzones de color azul cielo que llevaban un intrincado patrón de encaje húngaro en la parte delantera de los muslos, un dolmán de color ciruela con bocamangas azules y pasamanería trenzada de seda blanca, y una pelliza escarlata ribeteada con piel negra. Se

rumoreaba que doña Juanita de Elia poseía un uniforme de cada regimiento a los que pertenecían los hombres con los que se había acostado, y que su guardarropa debía de ser tan amplio como los salones de la mayoría de la gente. A ojos del mayor Ducos, doña Juanita de Elia no era más que una furcia extravagante y el juguete de algún soldado, y en el turbio mundo de Ducos la extravagancia era una desventaja letal, pero Juanita se veía a sí misma como una aventurera y una afrancesada, y cualquier español que quisiera aliarse con Francia en esta guerra era útil para Pierre Ducos. Además, admitió a regañadientes, esta aventurera amante de la guerra estaba dispuesta a correr grandes riesgos por Francia, por lo que Ducos se sentía inclinado a tratarla con un respeto que normalmente no concedía a las mujeres.

—Hábleme del Lobo —pidió doña Juanita.

—Es un brigadier de dragones —contestó Ducos—. Al parecer, empezó su carrera militar como mozo de cuadra del ejército real. Es bravo, es exigente y, por encima de todo, es despiadado. —En general, Ducos tenía poco tiempo para los soldados, a los que consideraba tontos románticos muy dados a las poses y a los gestos grandilocuentes, pero Loup le gustaba. Loup era resuelto, violento y no se hacía ilusiones con nada, cualidades que poseía también el propio Ducos, a quien le gustaba pensar que, de haber sido un auténtico soldado, habría sido como Loup. Lo cierto era que, al igual que Juanita de Elia, Loup estaba afectado de cierta extravagancia, pero Ducos perdonaba al brigadier sus pretensiones de piel de lobo simplemente porque era el mejor soldado que Ducos había descubierto en España, y el mayor estaba decidido a que Loup recibiese una recompensa apropiada—. También es un triunfador, y algún día Loup será mariscal de Francia —añadió Ducos—, y cuanto antes mejor.

—No si el mariscal Masséna puede evitarlo, ¿verdad? —preguntó Juanita.

Ducos gruñó. Siempre disponía de información privilegiada, pero le disgustaba confirmarla en otras fuentes, aunque la antipatía que el mariscal Masséna sentía hacia Loup era tan bien conocida en el ejército que Ducos no había tenido necesidad de ocultarla.

—Los soldados son como Venados, *madame* —dijo Ducos—. Luchan para demostrar que son los mejores de su manada, y sienten más aversión hacia sus rivales más fieros que hacia las bestias que no les suponen competencia. Así que le sugeriría, *madame*, que entendiera la aversión del mariscal hacia el brigadier como una confirmación de las auténticas habilidades de Loup. —También era, así lo pensaba Ducos, una muestra típica de una pose despilfarradora. No era de extrañar que la guerra de España estuviese siendo tan larga y problemática cuando un mariscal de Francia derrochaba su mal genio contra el mejor brigadier de su ejército.

Se volvió hacia la ventana cuando el ruido de unos cascos resonó en el túnel de entrada a la fortaleza. Ducos escuchó el santo y seña, después oyó cómo chirriaban

las bisagras al abrirse la puerta y, un segundo después, vio que frente al arco iluminado por las antorchas aparecía un grupo de jinetes grises.

Doña Juanita de Elia se había acercado a Ducos. Estaba tan cerca de él que podía oler el perfume de su llamativo uniforme.

—¿Cuál de ellos es? —preguntó ella.

—El que está al frente —replicó Ducos.

—Monta bien —dijo Juanita de Elia con un esforzado respeto.

—Es un jinete nato —dijo Ducos—. Sin florituras. No hace bailar a su caballo, hace que luce. —Se alejó de la mujer. Le disgustaba tanto el perfume como coincidir en su opinión con aquella ramera.

Los dos esperaron en un incómodo silencio. Hacía mucho que Juanita de Elia se había dado cuenta de que sus armas no funcionaban con Ducos. Se había convencido de que a Ducos no le gustaban las mujeres, pero lo cierto era que el mayor sólo las concebía como un pasatiempo necesario. De vez en cuando iba a algún burdel para soldados, pero sólo después de que algún cirujano le proporcionara el nombre de una chica limpia. La mayor parte del tiempo podía prescindir de tales distracciones, pues prefería una dedicación monacal a la causa del emperador. Ahora se sentó ante su mesa y hojeó unos papeles mientras intentaba ignorar la presencia de la mujer. En algún lugar de la ciudad, el reloj de una iglesia dio las nueve, y entonces el eco de la voz de un sargento se alzó desde algún patio interior mientras un escuadrón de hombres marchaba hacia las murallas. La lluvia caía sin cesar. Después, por fin, botas y espuelas resonaron en el pasillo que llevaba a la gran cámara de Ducos, y doña Juanita levantó la mirada expectante.

El brigadier Loup no se molestó en llamar a la puerta de Ducos. Entró como un revuelo y echando humo por la ira.

—¡He perdido a dos hombres! ¡Maldita sea! ¡Dos hombres buenos! Por culpa de los fusileros, Ducos, los fusileros ingleses. ¡Los ejecutaron! ¡Los pusieron delante de un muro y los fusilaron como a alimañas! —Se había acercado a la mesa de Ducos y se estaba sirviendo brandy de la licorera—. Quiero que se ponga precio a la cabeza de su capitán, Ducos. Quiero las pelotas de ese hombre en el puchero del estofado de mis hombres. —Se calló de golpe, detenido por la exótica visión de la mujer uniformada que estaba en pie junto al fuego. Por unos instantes, Loup había creído que la figura con uniforme de caballería respondía a un joven especialmente afeminado, uno de aquellos dandis parisinos que gastaban más dinero en sus sastres que en sus caballos y armas, pero después se dio cuenta de que el dandi era una mujer, y que el penacho negro que caía en cascada por su espalda era su cabellera y no el adorno de un casco—. ¿Es suya, Ducos? —preguntó Loup con malicia.

—*Monsieur* —dijo Ducos con mucha formalidad—, permítame presentarle a doña Juanita de Elia. ¿*Madame*? Éste es el brigadier general Guy Loup.

El brigadier Loup miró a la mujer junto al fuego y le gustó lo que vio, y doña Juanita de Elia devolvió la mirada al general dragón y también le gustó lo que vio. Vio a un hombre fornido y tuerto con un rostro brutal y curtido por la intemperie, que llevaba cortos su cabello gris y su barba gris, y un uniforme gris ribeteado de piel como un disfraz de verdugo. En su piel brillaban gotas del agua de lluvia que hacía salir el olor a animal, un olor que se mezclaba con los embriagadores aromas de sillas de montar, tabaco, sudor, aceite para pistolas, pólvora y caballos.

—Brigadier —dijo ella cortésmente.

—*Madame* —correspondió Loup, y después miró de arriba abajo su ajustado uniforme sin avergonzarse—, ¿o debería decir coronel?

—Por lo menos brigadier —respondió Juanita—, si no es *maréchal*.

—¿Dos hombres? —Ducos interrumpió el flirteo—. ¿Cómo perdió a dos hombres?

Loup le contó la historia de su día. Se paseó de un lado a otro de la cámara mientras hablaba, mordiendo a la vez una manzana que había cogido del escritorio de Ducos. Contó cómo había llevado una partida de hombres a las colinas para dar con los fugitivos del pueblo de Fuentes de Oñoro y cómo, tras haberse vengado de los españoles, había sido sorprendido por la llegada de los casacas verdes.

—Los dirigía un capitán llamado Sharpe —dijo.

—Sharpe... —repitió Ducos, y entonces empezó a hojear un libro inmenso en el que apuntaba todo fragmento de información sobre los enemigos del emperador. El trabajo de Ducos era saber de aquellos enemigos y recomendar cómo podían ser destruidos, y su inteligencia era tan abundante como su poder—. ¡Sharpe! —dijo otra vez al encontrar la entrada que buscaba—. ¿Y dice que es un fusilero? Sospecho que puede ser el mismo tipo que capturó un águila en Talavera. ¿Sólo iba con casacas verdes o también lo acompañaban casacas rojas?

—Tenía casacas rojas.

—Entonces es el mismo hombre. Por alguna razón que nunca hemos descubierto, presta servicio en un batallón de casacas rojas —Ducos estaba escribiendo un añadido a sus notas en el libro que contenía entradas similares sobre unos quinientos oficiales enemigos. Algunas de las entradas estaban tachadas con una sola línea negra que indicaba que los hombres estaban muertos, y Ducos imaginaba a veces el glorioso día en que todos aquellos héroes enemigos, ingleses, portugueses y españoles por igual, fueran tachados en negro por un arrasador ejército francés—. En las tropas de Wellington —dijo ahora Ducos—, el capitán Sharpe es considerado un hombre notable. Ascendió desde soldado raso, brigadier, una proeza poco común en Inglaterra.

—Por mí como si ha ascendido desde una piara de cerdos, Ducos, quiero su cuero cabelludo y quiero sus pelotas.

Ducos no aprobaba semejantes rivalidades personales, puesto que temía que interfirieran con obligaciones más importantes. Cerró el libro.

—¿Y no sería mejor —sugirió con frialdad— que me permitiese presentar una queja formal por la ejecución? No creo que Wellington la pase por alto.

—No —dijo Loup—. No necesito que unos abogados se tomen mis venganzas. —El enojo de Loup no lo había causado la muerte de sus dos hombres, pues la muerte era un riesgo que todos los soldados aprendían a sobrellevar, sino más bien la manera en que habían muerto. Los soldados tenían que morir en batalla o en la cama, no contra un muro como vulgares criminales. Loup también estaba resentido porque otro soldado le había vencido—. Pero si así puedo matarlo en las próximas dos semanas, Ducos, entonces puede escribir su puñetera carta. —Fue un permiso a regañadientes—. Es más difícil matar soldados que civiles —continuó Loup—, y llevamos demasiado tiempo luchando contra civiles. Ahora mi brigada tendrá que aprender de nuevo a destruir enemigos de uniforme.

—Creía que la mayoría de soldados franceses preferían luchar contra otros soldados antes que contra guerrilleros —dijo doña Juanita.

Loup asintió.

—La mayoría sí, pero yo no, *madame*. Me he especializado en combatir a la guerrilla.

—Cuénteme cómo —preguntó ella.

Loup miró a Ducos como si le pidiera permiso, y Ducos asintió. Le molestaba la tensión sexual que percibía entre aquellos dos. Era una atracción tan elemental como la lujuria de una perdiz, una lujuria tan palpable que Ducos casi arrugaba la nariz por el hedor que despedían. Si dejaba a aquellos dos solos medio minuto, pensó, sus uniformes acabarían formando un único montón en el suelo. Aunque no era su lujuria lo que le ofendía, sino más bien el hecho de que ésta los distraía sin duda de los asuntos que tenían entre manos.

—Adelante —le dijo a Loup.

Loup se encogió de hombros como si en realidad no hubiese ningún secreto al respecto.

—Tengo las tropas mejor entrenadas del ejército. Mejores que la Guardia Imperial. Combaten bien, matan bien y reciben buenas recompensas. Los mantengo apartados. No se alojan ni se mezclan con las demás tropas, y de esta manera nadie sabe dónde están o qué están haciendo. Si se envía a seiscientos hombres en una marcha hacia Madrid, yo garantizo que todos los guerrilleros de aquí a Sevilla lo sabrán antes de que salgan. Nunca sucederá eso con mis hombres. No le contamos a nadie lo que estamos haciendo o a dónde vamos, simplemente nos vamos y lo hacemos. Y tenemos nuestro propio sitio para vivir. He vaciado un pueblo de sus habitantes y lo he convertido en mi depósito, pero no nos quedamos allí simplemente.

Viajamos adonde queremos, dormimos donde queremos y, si los guerrilleros nos atacan, mueren, y no sólo ellos, también mueren con ellos sus madres, sus hijos, sus sacerdotes y sus nietos. Les aterrorizamos, *madame*, igual que ellos intentan aterrorizarnos a nosotros, y por ahora mi manada de lobos resulta más aterradora que los partisanos.

—Qué bien —dijo simplemente Juanita.

—La zona de patrulla del brigadier Loup destaca por estar libre de partisanos —dijo Ducos a modo de generoso tributo.

—No libre del todo —añadió Loup en tono grave—. El Castrador aún está vivo, pero yo utilizaré su propio cuchillo con él. Quizá la llegada de los ingleses le animará a asomar el morro otra vez.

—Que es por lo que estamos aquí —dijo Ducos, asumiendo el mando de la habitación—. Nuestro trabajo es asegurarnos de que los ingleses no se queden aquí, sino que hagan su equipaje. —Y después, con su voz profunda y casi hipnótica, describió la situación militar tal como la comprendía. El brigadier general Loup, que había pasado el último año luchando para mantener los pasos de las colinas de la frontera libres de partisanos, y así se había ahorrado los desastres que habían afligido al ejército del mariscal Masséna en Portugal, escuchaba embelesado mientras Ducos contaba la historia real, y no las mentiras patrióticas que se vendían en las columnas del *Moniteur*—. Wellington es listo —admitió Ducos—. No es brillante, pero es listo y lo subestimamos. —Los franceses no habían sabido de la existencia de las líneas de Torres Vedras hasta que estuvieron a tiro de cañón de las defensas, y tuvieron que esperar, cada vez con más hambre y con más frío, durante todo el invierno. Ahora el ejército estaba de nuevo en la frontera española, y a la espera de un asalto de Wellington.

Un asalto que sería duro y sangriento por culpa de las dos inmensas fortalezas que bloqueaban las únicas carreteras transitables a través de las montañas fronterizas. Ciudad Rodrigo era la ciudadela del norte, y Badajoz la del sur. Badajoz había estado en manos españolas hasta hacía un mes, y los ingenieros de Masséna habían perdido la esperanza de llegar a rendir sus masivas murallas, pero Ducos había arreglado un gran soborno y el comandante español había entregado las llaves de la fortaleza. Ahora, las dos llaves para entrar en España, Badajoz y Ciudad Rodrigo, estaban firmemente sujetas por la mano del emperador.

Pero había una tercera fortaleza en la frontera que también estaba en manos francesas. Almeida estaba dentro de Portugal y, aunque no era tan importante como Ciudad Rodrigo o Badajoz, y a pesar de que su enorme castillo y la vecina catedral habían sido destruidos en una explosión de pólvora que hizo temblar la tierra justo el año anterior, las gruesas murallas con forma de estrella de la ciudad y su numerosa guarnición francesa aún representaban un formidable obstáculo. Cualquier fuerza

inglesa que sitiara Ciudad Rodrigo tendría que emplear miles hombres para protegerse ante la amenaza de que la guarnición de Almeida saliese a atacar las carreteras de abastecimiento, y Ducos consideraba que Wellington nunca toleraría semejante amenaza a la retaguardia de su ejército.

—La prioridad básica de Wellington será capturar Almeida —dijo Ducos—, y el mariscal Masséna hará todo lo que pueda para liberar la fortaleza del sitio inglés. En otras palabras, brigadier —Ducos hablaba más para Loup que para doña Juanita—, se librará una batalla cerca de Almeida. Pocas cosas seguras existen en la guerra, pero creo que de esto sí podemos estar seguros.

Loup miró fijamente el mapa y después asintió.

—A menos que al mariscal Masséna se le ocurra retirar la guarnición —dijo con tono de desprecio dando a entender que Masséna, su enemigo, era capaz de cualquier tontería.

—No lo hará —objetó Ducos con la certidumbre de alguien que tenía el poder de dictar la estrategia a los mariscales de Francia—. Y la razón es que no estará allí —añadió Ducos, dando un golpecito en el mapa mientras hablaba—. Observe esto —Loup se inclinó obediente sobre el mapa. La fortaleza de Almeida aparecía como una estrella para imitar la silueta de su fortificación dentada. A su alrededor, estaban las marcas punteadas de las colinas, pero detrás de éstas, entre Almeida y el resto de Portugal, fluía un profundo río, el Coa—. Corre por una garganta, brigadier —dijo Ducos—, y sólo lo cruza un puente en Castello Bom.

—Lo conozco bien.

—Pues si derrotamos al general Wellington a este lado del río —dijo Ducos—, entonces los fugitivos de su ejército se verán forzados a retirarse por un solo puente de apenas tres metros de ancho. Ésa es la razón por la que dejaremos la guarnición en Almeida, porque su presencia obligará a lord Wellington a luchar en esta orilla del Coa, y cuando lo haga lo destruiremos. Y en cuanto los ingleses se hayan ido, brigadier, emplearemos sus tácticas de terror para acabar con toda resistencia en Portugal y España.

Loup se enderezó. Le había impresionado el análisis de Ducos, pero también le planteaba dudas. Necesitó un par de segundos para formular su objeción, y llenó ese tiempo encendiéndose un largo y oscuro cigarro. Exhaló el humo, y después decidió que no había una manera diplomática de dar voz a su duda, así que la expuso crudamente.

—No he combatido en batalla con los ingleses, mayor, pero he oído que son unos cabrones testarudos en cuanto a defensas —Loup dio un toquecito en el mapa—. Conozco bien la región. Está llena de colinas y de valles ribereños. Dele a Wellington una colina y podría morir usted de viejo antes de poder hacer que se mueva del sitio. Sea como sea, eso es lo que he oído —Loup terminó encogiéndose de hombros, como

para restar importancia a su propia opinión.

Ducos sonrió.

—¿Y si suponemos, brigadier, que hay unas manzanas podridas en el cesto del ejército de Wellington?

Loup consideró la pregunta, después asintió.

—Se vendrá abajo —confirmó convencido.

—¡Bien! Porque ésa es precisamente la razón por la que quería que conociese a doña Juanita —dijo Ducos, y la dama sonrió al dragón—. Doña Juanita cruzará las líneas —continuó Ducos—, y vivirá entre nuestros enemigos. De vez en cuando, brigadier, ella contactará con usted para que le proporcione determinados suministros que yo le haré llegar a usted. Quiero que convierta en su máxima prioridad la provisión de esos suministros a doña Juanita.

—¿Suministros? —preguntó Loup—. ¿Se refiere a armas? ¿Munición?

Doña Juanita respondió por Ducos.

—Nada de eso, brigadier, eso no se puede transportar en las alforjas de una bestia de carga.

Loup miró a Ducos.

—¿Cree que es fácil cabalgar de un ejército a otro? Demonios, Ducos, los ingleses tienen una defensa de caballería, y están los partisanos y nuestros piquetes, y Dios sabe cuántos otros puestos de observación con centinelas ingleses. No es lo mismo que dar un paseo por el Bois de Boulogne.

A Ducos no parecía interesarle.

—Doña Juanita hará sus propios preparativos, y tengo confianza en ellos. Lo que debe hacer usted, brigadier, es familiarizar a esta dama con sus guaridas. Tiene que saber dónde encontrarle a usted y cómo. ¿Puede encargarse de esto?

Loup asintió, después miró a la mujer.

—¿Puede cabalgar conmigo mañana?

—Todo el día, brigadier.

—Entonces cabalgaremos mañana —dijo Loup—, y ¿quizá también al día siguiente?

—Es posible, general, es posible —respondió la mujer.

Ducos volvió a interrumpir sus flirteos. Era tarde, la cena le estaba esperando y aún tenía varias horas de papeleo por resolver.

—Sus hombres —le dijo a Loup— están ahora en la línea de piquetes de las tropas. Así que quiero que preste atención a la llegada de una nueva unidad al ejército inglés.

Loup, sospechando que lo trataban como si hubiese nacido ayer, frunció el ceño.

—Siempre prestamos atención a cosas como ésa, mayor. Somos soldados, ¿lo recuerda?

—Especial atención, brigadier —Ducos apenas se inmutó por el enojo de Loup—. Se espera que una unidad española, la Real Compañía Irlandesa, se una pronto a los ingleses, y quiero saber cuándo llegan y cuál es su posición. Es importante, brigadier.

Loup miró fijamente a Juanita, pues sospechaba que la Real Compañía Irlandesa estaba conectada de alguna forma con su misión, pero el rostro de ella no dejaba traslucir nada. Qué más da, pensó Loup, la mujer se lo contaría todo antes de que pasaran las dos noches siguientes.

—Si un perro se tira un pedo en las líneas inglesas, mayor, será el primero en saberlo.

—¡Bien! —dijo Ducos poniendo fin a la conversación—. No lo entretendré más, brigadier. Estoy seguro de que tiene planes para esta noche.

Con permiso para retirarse, Loup recogió su casco, cuyo penacho de pelo gris estaba aún húmedo.

—Doña —observó mientras abría la puerta del pasillo—, ¿no es ese el tratamiento para una mujer casada?

—Mi marido, general, está enterrado en Suramérica —Juanita encogió los hombros—. La fiebre amarilla, por desgracia.

—Y mi esposa, *madame* —dijo Loup—, está enterrada en su cocina de Besançon. Por desgracia. —Tendió una mano hacia la puerta, ofreciéndose a escoltarla por las sinuosas escaleras, pero Ducos retuvo a la española.

—¿Está preparada para marcharse? —preguntó Ducos a Juanita cuando Loup ya no podía oírle.

—¿Tan pronto? —respondió Juanita.

Ducos se encogió de hombros.

—Sospecho que la Real Compañía Irlandesa ya habrá alcanzado las líneas inglesas, aunque quizá sea más probable que lo hagan hacia final de mes.

Juanita asintió.

—Estoy preparada —guardó silencio—. Ducos, ¿sospecharán los ingleses de las verdaderas motivaciones de la Real Compañía Irlandesa?

—Por supuesto que sí. Serían tontos si no lo hicieran. Además, ésa es precisamente mi intención. Nuestra tarea, *madame*, es desestabilizar a nuestro enemigo, así que permitamos que desconfíen de la Real Compañía Irlandesa, y tal vez así pasen por alto la verdadera amenaza, ¿no cree? —Ducos se quitó sus anteojos y limpió sus lentes con el borde de su sencilla casaca—. ¿Qué hay de lord Kiely? ¿Está segura de sus afectos?

—Es un tontorrón borracho, mayor —contestó Juanita—. Hará todo lo que yo le diga.

—No provoque sus celos —advirtió Ducos.

Juanita sonrió.

—Puede darme lecciones sobre muchas cosas, Ducos, pero cuando se trata de hombres y sus cambios de humor, créame, sé todo lo que hay que saber. No se preocupe por milord Kiely. Lo mantendré muy suave y muy obediente. ¿Eso es todo?

Ducos volvió a colocarse los anteojos.

—Eso es todo. Deseo que tenga un buen descanso esta noche, *madame*.

—Estoy segura de que será una noche espléndida, Ducos. —Doña Juanita sonrió y salió de la habitación. Ducos escuchó el sonido de sus espuelas bajando los escalones; después la oyó reír cuando se encontró con Loup, que había estado esperándola al pie de la escalera. Ducos cerró la puerta al sonido de sus risas y volvió a acercarse lentamente a la ventana. En la noche la lluvia seguía cayendo, pero en la ajetreada mente de Ducos no había nada más que la visión de la gloria. No sólo dependía de que Juanita y Loup cumplieran su encargo, sino más bien del inteligente plan de un hombre al que incluso Ducos reconocía como su igual, un hombre cuya pasión por derrotar a los ingleses igualaba la pasión de Ducos por ver a Francia triunfante, y un hombre que ya estaba tras las líneas inglesas, donde iba a sembrar la cizaña que primero haría mella en el ejército inglés, y después lo conduciría a una trampa junto a un angosto barranco. El flaco cuerpo de Ducos se estremeció mientras aquella visión se agitaba en su imaginación. Vio cómo el insolente ejército inglés era erosionado desde dentro, y después era atrapado y derrotado. Vio a Francia triunfante. Vio el desfiladero de un río lleno hasta sus rocosos bordes de cadáveres ensangrentados. Vio a su emperador gobernando en toda Europa y después, quién lo iba a decir, en todo el mundo conocido. Alejandro lo había conseguido, ¿por qué no Bonaparte?

Y, con un poco de astucia por parte de Ducos y su agente más secreto, todo empezaría a orillas del Coa, cerca de la fortaleza de Almeida.



—Es una oportunidad, Sharpe, por mi alma que es una oportunidad. Una verdadera oportunidad. No se dan muchas oportunidades en la vida de un hombre y hay que aprovecharlas. Me lo enseñó mi padre, que era obispo, ya ve usted, y nadie pasa de ser coadjutor a ser obispo si no es sacando provecho de sus oportunidades. ¿Me entiende?

—Sí, señor.

Las inmensas posaderas del coronel Claud Runciman estaban bien asentadas en el banco de la posada, y delante de él, en una sencilla mesa de madera, estaban los restos de un opíparo banquete. Había huesos de pollo, la raspa desordenada de un racimo de uvas, pieles de naranja, huesecillos de conejo, un pedazo de cartílago inidentificable y un odre de vino deshinchado. La copiosa comida había obligado al coronel Runciman a desabrocharse la casaca, el chaleco y la camisa para poder

aflojar los cordoncillos de su fajín, y la consecuente distensión de su vientre estiraba la cadena de un reloj, que colgaba pesada y llena de dijes, sobre una franja de carne desnuda y estirada como la piel de un tambor. El coronel soltó un portentoso eructo.

—Hay por ahí una chica cheposa que sirve la comida, Sharpe —dijo Runciman—. Si ve a la muchacha, dígame que tomaré un poco de tarta. Puede que con un poco de queso. Pero no si es queso de cabra. Mi estómago no soporta el queso de cabra, me da acidez, ¿sabe? —La casaca roja de Runciman tenía las vueltas amarillas y pasamanería de plata del 37.º, un buen regimiento de línea de Hampshire que llevaba más de un año sin ver la generosa sombra del coronel. Hasta hacía poco, Runciman había sido el general vaguemaestre a cargo de los suministros y equipos del Real Cuerpo de Suministros y sus arrieros auxiliares portugueses, pero ahora había sido asignado como oficial de enlace a la Real Compañía Irlandesa.

—Es un honor, por supuesto —le dijo a Sharpe—, pero no inesperado ni inmerecido. Ya le dije a Wellington cuando me nombró general vaguemaestre que asumiría el trabajo como un favor hacia él, pero que esperaba una recompensa por hacerlo. Nadie quiere pasarse la vida embruteciéndose entre intendentes de poco seso, por Dios, no. ¡Ahí está la chepuda, Sharpe! ¡Está ahí! ¡Llámela, Sharpe, sea un buen chico! ¡Dígame que quiero tarta y algún queso decente!

Le sirvieron tarta y queso y otro odre lleno de vino, además de un cuenco con cerezas, para satisfacer los últimos vestigios posibles del apetito de Runciman. Un grupo de oficiales de caballería, que estaban sentados a una mesa al otro lado del patio, apostaban sobre cuánta comida podría consumir aquel grueso coronel, pero éste hacía caso omiso de sus burlas.

—Es una oportunidad —volvió a decir tras haber devorado su tarta—. No sabría decirle qué sacará usted de ahí, desde luego, aunque de todas formas un tipo como usted probablemente no espera mucho de la vida, pero calculo que para mí se trata de una oportunidad de hacerme con el Toisón de Oro. —Miró de soslayo a Sharpe—. Usted sabe lo que significa «real», ¿verdad?

—Del rey, señor.

—Así que no es del todo inculto, ¿eh? Así es, del rey, Sharpe. ¡La guardia del rey! ¡Esos irlandeses son del rey! No son una panda de arrieros y muleros ordinarios. Tienen conexión con la realeza, Sharpe, ¡y eso significa recompensas reales! Me hago a la idea de que puede que la corte española conceda una pensión junto con el Toisón de Oro. Creo que te dan una estrella y un collar de oro, pero una pensión también sería bien recibida. En recompensa por un trabajo bien hecho, ¿no le parece? ¡Y eso sólo por parte de los españoles! Sólo el buen Dios sabe con qué podría salir Londres. ¿Un título de caballero? El príncipe regente querrá saber que hemos hecho un buen trabajo, Sharpe, se interesará personalmente, ¿se da cuenta? Estará esperando que tratemos a esos tipos de buena manera, como corresponde a una guardia real. Como

poco la Orden de Bath, creo yo. Puede que incluso un vizcondado. ¿Por qué no? Sólo hay un problema —el coronel Runciman volvió a eructar, y después levantó una nalga por unos segundos—. Dios mío, pero así está mejor —dijo—. Hay que soltar los gases, eso es lo que dice mi médico, para que el cuerpo no se pudra por dentro. Ahora, Sharpe, el garbanzo negro en nuestro potaje es el hecho de que todos esos guardias reales sean irlandeses. ¿Alguna vez ha comandado a irlandeses?

—Alguna que otra, señor.

—Bien, pues yo he comandado a decenas de esos granujas desde que fusionaron el cuerpo de Suministros con los Cuerpos Irlandeses de Suministros, y no hay mucho que no sepa sobre los irlandeses. ¿Sirvió alguna vez en Irlanda, Sharpe?

—No, señor.

—Yo estuve allí una vez, de guarnición en el castillo de Dublín. Seis meses de miseria, Sharpe, sin una sola comida bien preparada. Sólo Dios sabe, Sharpe, que me esforcé por ser un buen cristiano y por amar a mi prójimo, pero había veces en que los irlandeses lo hacían difícil. No es que no haya algunos que no sean los tipos más encantadores que se pueda encontrar uno, ¡pero pueden llegar a ser tan obtusos! Ay, Sharpe, a veces me preguntaba si me estaban tomando el pelo, fingiendo que no entendían hasta las órdenes más simples. ¿No le parece? Y hay algo más, Sharpe. Tenemos que ser diplomáticos usted y yo. Los irlandeses —y aquí Runciman se inclinó con torpeza hacia delante, como si estuviese confiándole algo importante a Sharpe— son en su mayoría católicos, Sharpe. ¡Papistas! ¡Tendremos que vigilar nuestro discurso teológico si no queremos alterar su genio! Puede que usted y yo sepamos que el Papa es la reencarnación de la Ramera Escarlata de Babilonia, pero no ayudará a nuestra causa que lo digamos en voz alta. ¿Sabe usted a lo que me refiero?

—¿Quiere decir que no habría Toisón de Oro, señor?

—Buen chico. Sabía que lo entendería. Exactamente. Tenemos que ser diplomáticos, Sharpe. Tenemos que ser comprensivos. Es preciso tratar a esos muchachos como si fueran ingleses —Runciman caviló sobre aquella afirmación, y después torció el gesto—. O casi como a ingleses, comoquiera que sea. Usted ascendió desde soldado raso, ¿no es cierto?, así que puede que estas cosas no sean tan evidentes para usted, pero sólo con que recuerde mantener silencio respecto al Papa no meterá demasiado la pata. Y dígales lo mismo a sus muchachos —añadió enseguida.

—Un buen número de mis hombres son católicos, señor —dijo Sharpe—, e irlandeses.

—Así tiene que ser. ¡Un tercio de este ejército es irlandés! Si alguna vez llegara a haber un motín, Sharpe. —El coronel Runciman se estremeció sólo de pensar que los casacas rojas papistas pudieran enloquecer—. Bueno, no merece la pena pensarlo,

¿verdad? —continuó—. Así que ignore a esos infames herejes, Sharpe, simplemente ignórelos. La ignorancia es la única causa posible del papismo, lo decía siempre mi querido padre, y arder atado a un poste la única cura conocida. Él era obispo, así que entendía de estos asuntos. Oh, y otra cosa más, Sharpe, le agradecería que no me llamara coronel Runciman. Aún no me han reemplazado, de modo que aún soy general vaguemaestre, por lo que debería llamarme general Runciman.

—Por supuesto, general —dijo Sharpe, disimulando una sonrisa.

Después de diecinueve años en el ejército, había conocido a muchos hombres como el coronel Runciman. Aquel hombre había comprado sus ascensos hasta llegar a ser teniente coronel, y ahí se había quedado atascado porque los ascensos por encima de ese rango dependían únicamente de la veteranía y el mérito; pero si Runciman quería que lo llamaran general, Sharpe le seguiría la corriente un rato. Se daba perfecta cuenta de que Runciman no era un tipo difícil, por lo que tenía poco sentido enemistarse con él.

—¡Buen chico! ¡Ah! ¿Ve a ese muchacho escuálido que se marcha? —Runciman señaló a un hombre que salía de la posada en ese momento—. Juraría que se ha dejado medio odre de vino en su mesa. ¿Lo ve? Vaya y agárrelo, Sharpe, que usted aún está en forma, antes de que la muchacha de la chepa le ponga las garras encima. Lo haría yo mismo, pero la maldita gota me está agobiando de lo lindo hoy. ¡Vaya, hombre, que tengo sed!

Sharpe se ahorró la indignidad de recoger sobras de las mesas de los demás como un mendigo gracias a la llegada del mayor Michael Hogan, que le indicó con un gesto que volviera hacia los restos de la comida de Runciman.

—Buenas tardes tenga usted, coronel —dijo Hogan—, y un gran día también, ¿no es así? —Sharpe notó que Hogan exageraba a propósito su acento irlandés.

—¡Y caluroso! —respondió Runciman, secándose con la servilleta el sudor que le goteaba por las gordas mejillas antes siquiera de mirar a su interlocutor; después, tras ver a Hogan, consciente de pronto de que tenía la barriga al aire, intentó en vano juntar los bordes de su fajín—. Maldito calor —añadió en un susurro.

—Es el sol, coronel —dijo Hogan con mucha seriedad—. Me he dado cuenta de que, en estas latitudes, el sol parece ir calentando más y más a lo largo del día. ¿Lo ha notado usted?

—Bueno, ¡por supuesto que es el sol! —dijo Runciman confundido.

—¡Así que tengo razón! ¿No es asombroso? Pero, entonces ¿qué ocurre con el invierno, coronel?

Runciman lanzó una mirada de angustia al odre abandonado. Estaba a punto de ordenar una vez más a Sharpe que lo recogiera, cuando la sirvienta se lo llevó.

—Maldita sea —dijo Runciman apenado.

—¿Decía algo, coronel? —preguntó Hogan mientras cogía un puñado de las

cerezas de Runciman.

—Nada, Hogan, sólo ha sido una punzada de la gota. Necesito algo más de agua de Husson, pero es difícil encontrarla a la maldita. Tal vez podría pedírsela usted a la Guardia Montada de Londres. Tendrían que darse cuenta de que por aquí necesitamos medicamentos. Y una cosa más, Hogan.

—Dígame usted, coronel. Soy suyo para lo que usted ordene.

Runciman se ruborizó. Sabía que se burlaba de él, pero aunque su rango era superior al del irlandés, le ponía nervioso la cercanía que existía entre Hogan y Wellington.

—Todavía soy, como usted sin duda sabe, general vaguemaestre —dijo Runciman con solemnidad.

—Así es, coronel, así es. Y uno excelente, maldición, tengo que decirlo. Me lo decía milord el otro día. Hogan, decía, ¿alguna vez en todos los días de su vida ha visto unos carros tan bien dirigidos?

—¿Wellington dijo eso? —preguntó Runciman atónito.

—Lo dijo, coronel, por supuesto que lo dijo.

—Bueno, en realidad no me sorprende —observó Runciman—. Mi querida madre siempre decía que yo tenía talento para la organización, Hogan. Pero el caso es, mayor —siguió diciendo Runciman—, que hasta que no se encuentre a un sustituto aún soy el general vaguemaestre —hizo hincapié en la palabra «general»—, y le estaría enormemente agradecido si se dirigiera a mí como...

—Mi estimado vaguemaestre —Hogan interrumpió la laboriosa petición de Runciman—, ¿por qué no me lo dijo antes? Por supuesto que me dirigiré a usted como vaguemaestre, y le pido disculpas por no haber pensado en esa sencilla cortesía yo mismo. Pero ahora, vaguemaestre, si disculpa mi osadía, la Real Compañía Irlandesa ha llegado a las afueras de la ciudad y necesitamos pasar revista, si es que está usted listo —Hogan indicó con un gesto la salida de la posada.

A Runciman parecía acobardarle la perspectiva de hacer cualquier esfuerzo.

—¿Justo ahora, Hogan? ¿En este momento? Pues no puedo. Órdenes del médico. Un hombre de mi constitución necesita tomarse un descanso después de... —Se detuvo, mientras buscaba la palabra apropiada—. Después de... —prosiguió y volvió a quedarse callado.

—¿Un descanso después del trabajo? —sugirió dulcemente Hogan—. Muy bien, vaguemaestre, le diré a lord Kiely que se encontrará con él y con sus hombres en la recepción del general Valverde esta tarde, mientras Sharpe conduce a los hombres hasta el fuerte de San Isidro.

—Entonces, esta tarde en casa de Valverde, Hogan —aceptó Runciman—. Muy bien. Y Hogan. Sobre lo de que soy general vaguemaestre...

—No es necesario que me lo agradezca, vaguemaestre. Sólo me avergüenza con

su gratitud, así que, ¡ni una palabra más! Respetaré sus deseos y le diré a todos los demás que hagan lo mismo. Ahora, ¡vayámonos, Richard! ¿Dónde están sus compañeros de verde?

—En la tasca que hay frente a esta taberna, señor —dijo Sharpe. Sus fusileros iban a encontrarse con Sharpe en el fuerte de San Isidro, una fortificación abandonada en la frontera portuguesa, donde colaborarían en la instrucción de la Real Compañía Irlandesa en el uso de mosquetes y tácticas de escaramuza.

—Dios mío, Sharpe, ¡menudo necio es ese Runciman! —espetó Hogan alegremente cuando los dos salían por la puerta de la posada—. Es un necio genial, pero sin duda ha sido el peor general vaguemaestre de la historia. El perro de McGilligan habría hecho mejor el trabajo, y eso que el perro de McGilligan era famoso por ser ciego y epiléptico, y porque solía estar borracho. No conoció usted a McGilligan, ¿verdad? Fue un buen ingeniero, pero se cayó del Muelle Viejo de Gibraltar y se ahogó; eso sí, después de haberse bebido dos cuartillos de jerez, que Dios guarde su alma. No se pudo consolar a su pobre perro y hubo que matarlo. El 73.º de Highlanders se encargó del asunto con todo un pelotón de fusilamiento, y después le rindieron honores militares. Aunque Runciman es el tipo idóneo para halagar a los irlandeses, y sin duda hará que piensen que los tomamos en serio; pero ése no es su trabajo, Sharpe. ¿Entiende lo que le digo?

—No, señor —objetó Sharpe—, no le entiendo en lo más mínimo, señor.

—Está siendo usted lento, Richard —dijo Hogan, y después se detuvo y agarró uno de los botones de plata de la casaca de Sharpe para dar énfasis a sus siguientes palabras—. El objetivo de todo lo que estamos haciendo ahora es disgustar a lord Kiely. Su trabajo es convertirse en un grano en las posaderas de ese lord irlandés, y resultarle irritante. No lo queremos aquí, y tampoco queremos aquí su puñetera Real Compañía, pero no podemos decirles que se larguen porque no sería diplomático, así que su trabajo es conseguir que se marchen por voluntad propia. ¡Oh! vaya, lo siento —soltó de pronto a modo de disculpa, al quedarse con el botón en la mano—. Esos cabronazos no traman nada bueno, Richard, y tenemos que encontrar una forma diplomática de librarnos de ellos, así que haga todo lo que pueda para que su estancia aquí sea de lo más incómoda, hágalo y Confíe en que el rollizo Runciman suavice las cosas para que no crean que estamos siendo groseros a propósito —Hogan sonrió—. Sólo le culparán de no ser un caballero.

—Pero no lo soy, ¿no?

—Pues resulta que sí lo es, éste es uno de sus defectos; pero no nos preocupemos ahora de eso. Simplemente líbrase de Kiely en mi nombre, Richard, y de todos sus alegres muchachos. ¡Haga que se arrastren! ¡Hágales sufrir! Pero, por encima de todo, Richard, por favor, por favor, haga que esos cabrones se larguen cuanto antes.



Puede que a la Real Compañía Irlandesa se le diese el nombre de compañía, pero de hecho era un pequeño batallón, uno de los cinco que componían el cuerpo de guardia de la realeza de España. Había exactamente trescientos cuatro guardias en los registros de la compañía cuando ésta prestaba servicio en el palacio de El Escorial, fuera de Madrid, pero el encarcelamiento del rey de España y el favorable descuido de la ocupación francesa habían reducido sus filas; además, el viaje en barco alrededor de la Península para reunirse con el ejército inglés había disminuido aún más sus filas, de modo que, cuando la Real Compañía Irlandesa formó a las afueras de Vilar Formoso, sólo quedaban unos ciento sesenta y tres soldados. Acompañaban a esos ciento sesenta y tres hombres treinta oficiales, un capellán, ochenta y nueve esposas, setenta y cuatro niños, dieciséis sirvientes, veintidós caballos, una docena de mulas «y una querida», le contó Hogan a Sharpe.

—¿Una querida? —preguntó Sharpe incrédulo.

—Bueno, es probable que haya una veintena de queridas —dijo Hogan—, ¡o dos veintenas! Lo más seguro es que sea un burdel andante, pero lord Kiely me ha dicho que tenemos que encontrar un alojamiento adecuado para él y para su amiguita. No es que ella esté ya aquí, ya me entiende, pero milord me ha dicho que está en camino. Se supone que doña Juanita de Elia se abrirá camino gracias a sus encantos a través de las líneas enemigas para calentar la cama de milord y, si se trata de la misma Juanita de Elia de la que he oído hablar, tiene mucha práctica en calentar camas. ¿Sabe lo que se dice de ella? ¡Que colecciona un uniforme del regimiento al que pertenece cada hombre con el que se acuesta! —Hogan rió entre dientes.

—Si cruza las líneas por aquí —dijo Sharpe—, necesitará una suerte de mil demonios para escapar de la brigada Loup.

—¿Cómo demonios sabe usted de Loup? —preguntó Hogan al instante. La mayor parte del tiempo el irlandés era un alma alegre e ingeniosa, pero Sharpe sabía que aquella bonhomía ocultaba una mente muy aguda, y el tono de la pregunta sacó a la superficie su agudeza.

Por una décima de segundo, Sharpe tuvo la tentación de confesar que se había encontrado con el brigadier, y que luego había ejecutado ilegalmente a dos de sus soldados de uniforme gris; al fin y al cabo, Hogan era también un amigo; sin embargo, consideró que lo mejor era olvidar aquella hazaña.

—Aquí todo el mundo sabe de Loup —contestó en vez de confesar—. No se puede pasar un día en esta frontera sin oír hablar de Loup.

—Eso es bastante cierto —admitió Hogan, disipando sus sospechas—. Pero no se sienta tentado de investigar más, Richard. Es un mal tipo. Deje que yo me ocupe de Loup, mientras usted se encarga de esos peleles —Hogan y Sharpe, seguidos por los fusileros, habían doblado una esquina y ahora veían cómo la Real Compañía Irlandesa desfilaba arrastrando los pies en un descampado frente a una iglesia a

medio construir—. Nuestros nuevos aliados —dijo con amargura Hogan—, lo crea usted o no, en traje de faena.

Se suponía que el traje de faena era el uniforme de servicio que un soldado vestía a diario, pero el traje de faena de la Real Compañía Irlandesa era mucho más llamativo y elegante que todas las mejores galas de la mayoría de los batallones de línea ingleses. Los guardias vestían cortas chaquetillas rojas con ribetes negros y faldones con caireles dorados. El mismo cordón negro adornado con oro ribeteaba sus ojales y cuellos, mientras que los puños, vueltas y forros eran de color verde esmeralda. Sus calzones y chalecos habían sido blancos, sus botas de caña alta, cinturones y bandoleras eran de cuero negro, mientras que sus fajines eran verdes, del mismo verde que el alto penacho que todos los hombres llevaban al costado de su bicornio negro. Las insignias doradas de sus sombreros mostraban una torre y un león rampante, los mismos símbolos que exhibían en las magníficas bandas verdes y doradas que llevaban al hombro los sargentos y los tamborileros. Mientras se acercaba, Sharpe vio que aquellos espléndidos uniformes estaban raídos, remendados y descoloridos, aunque todavía resultaban una impresionante exhibición a la brillante luz del sol de primavera. Incluso los hombres resultaban impresionantes, pese a que parecían desanimados, cansados e irritados.

—¿Dónde están sus oficiales? —preguntó Sharpe a Hogan.

—Fueron a la taberna a comer.

—¿No comen con sus hombres?

—Es evidente que no. —La desaprobación de Hogan era ácida, pero no fue tan amarga como la de Sharpe—. No se ponga ahora a simpatizar con ellos, Richard —advirtió Hogan—. Se supone que no tienen que gustarle estos muchachos, ¿recuerda?

—¿Hablan inglés? —preguntó Sharpe.

—Tan bien como usted o yo. Cerca de la mitad de ellos son irlandeses de nacimiento, la otra mitad descende de emigrantes irlandeses, y bastantes, tengo que reconocerlo, vistieron en otro tiempo casacas rojas —dijo Hogan, refiriéndose a que eran desertores del ejército inglés.

Sharpe se volvió e hizo una seña a Harper para que se acercara.

—Echemos un vistazo a esta guardia de palacio, sargento —dijo—. Ordene que formen para revista.

—¿Y cómo me dirijo a ellos? —preguntó Harper.

—¿Como batallón? —insinuó Sharpe con ironía.

Harper tomó una profunda inspiración.

—¡Batallón! ¡Firmes! —Su voz fue lo bastante fuerte como para que los hombres que estaban más cerca se estremecieran y los más alejados saltaran por la sorpresa, pero sólo unos pocos se pusieron firmes—. ¡En orden de revista! Abran filas, ¡ar! —bramó Harper, y de nuevo muy pocos guardias se movieron. Unos cuantos miraron

boquiabiertos a Harper, mientras la mayoría miraba hacia sus sargentos en busca de orientación. Uno de aquellos sargentos con magníficos fajines se acercó a Sharpe, con la intención evidente de averiguar qué autoridad poseían los fusileros, pero Harper no esperó las explicaciones—. ¡Moveos de una vez, cabrones! —gritó con su acento de Donegal—. ¡Ahora estáis en la guerra, no vigilando el orinal real! Comportaos como las buenas putas que somos todos y abrid filas, ¡ahora!

—Y todavía me acuerdo de cuando no quería ser sargento —le dijo Sharpe a Harper en voz baja al mismo tiempo que los sorprendidos guardias obedecían por fin la orden del sargento casaca verde—. ¿Viene usted, mayor? —preguntó Sharpe a Hogan.

—Esperaré aquí, Richard.

—Entonces, vayamos allá, Pat —ordenó Sharpe, y los dos hombres empezaron a pasar revista a la fila del frente de la compañía. La inevitable pandilla de niños burlones del pueblo se colocó detrás de los dos casacas verdes fingiendo ser oficiales, pero de una colleja el irlandés hizo que el más gallito se fuera lloriqueando, y los otros prefirieron dispersarse a hacer frente a más castigos.

Más que a los hombres, Sharpe pasó revista a los mosquetes, aunque se aseguró de mirar a los ojos de cada soldado para evaluar qué tipo de confianza y voluntad tenían aquellos hombres. Los soldados soportaban la inspección con resentimiento, algo que no le sorprendía, pensó Sharpe, pues muchos de aquellos guardias eran irlandeses que debían de haber tenido confusos sentimientos encontrados al ser incorporados al ejército inglés. Se habían presentado voluntarios a la Real Compañía Irlandesa para proteger a Su Muy Católica Majestad el rey, y aquí estaban, aguantando la hostilidad del ejército de otro rey que, además, era protestante. Peor aún, muchos de ellos serían fervientes patriotas irlandeses, encarnizados defensores de su país como sólo podían serlo los exiliados, si bien ahora se les ordenaba que lucharan junto a las tropas de los opresores extranjeros de su patria. Sin embargo, mientras Sharpe recorría las filas, percibía más nerviosismo que ira, y se preguntó si esos hombres simplemente temían que les ordenaran convertirse en verdaderos soldados, pues, si sus mosquetes servían de indicio, hacía tiempo que la Real Compañía Irlandesa había renunciado a cualquier pretensión de ser una compañía militar. Aquellos mosquetes eran una vergüenza. Los hombres llevaban los prácticos y robustos mosquetes españoles, de martillo recto por detrás, pero aquellas armas eran cualquier cosa menos prácticas, porque sus percutores estaban oxidados y sus ánimas obstruidas por la inmundicia. Algunos no tenían pedernal, otros no tenían el asiento de cuero del pedernal, y había incluso un arma que ni siquiera tenía el tornillo pedrero del pie de gato que mantenía el pedernal en su sitio.

—¿Alguna vez ha disparado este mosquete, hijo? —preguntó Sharpe al soldado.

—No, señor.

—¿Alguna vez ha disparado un mosquete, hijo?

El chico miró nervioso a su propio sargento.

—¡Responde al oficial, muchacho! —gruñó Harper.

—Una vez, señor. Un día —dijo el soldado—. Sólo esa vez.

—Si quisiera matar a alguien con esa arma, hijo, tendría que golpearle con ella en la cabeza. Eso sí —Sharpe devolvió el mosquete a las manos del soldado—, parece lo bastante grande como para hacerlo.

—¿Cómo te llamas, soldado? —le preguntó Harper.

—Rourke, señor.

—No me llames «señor». Soy sargento. ¿De dónde eres?

—Mi padre es de Galway, sargento.

—Pues yo soy de Tangaveane, en el condado de Donegal, y me avergüenza, muchacho, me avergüenza que un compatriota irlandés no sepa mantener un arma en un estado decente. Jesús, muchacho, no podrías dispararle a un francés con ese cacharro, y menos aún a un inglés —Harper se descolgó del hombro su propio rifle y lo situó bajo las narices de Rourke—. ¡Mira esto, muchacho! Lo bastante limpia como para sacar mocos de las narices del rey Jorge. ¡Éste es el aspecto que debe tener un arma! Armas correctas, señor —Harper añadió las últimas tres palabras en voz baja.

Sharpe se dio la vuelta para ver a dos jinetes que galopaban por el descampado hacia él. Los cascos de sus caballos levantaban nubes de polvo. El caballo que iba en cabeza era un magnífico semental negro. Lo cabalgaba un oficial con el llamativo uniforme de la Real Compañía Irlandesa, y su gabán, la manta de su silla de montar, su sombrero y los arneses de su caballo llevaban una profusa decoración de borlas, flecos y lazadas. El uniforme y la montura del segundo jinete estaban adornados con una decoración igual de espléndida. Detrás de ellos venía una partida de jinetes que se detuvo cuando Hogan los interceptó. El mayor corrió tras los dos primeros jinetes, pero era demasiado tarde para impedir que llegaran junto a Sharpe.

—¿Qué demonios está usted haciendo? —preguntó el primer hombre mientras tiraba de las riendas justo delante de Sharpe. Tenía el rostro flaco y bronceado, con un mostacho de finas guías cuidado y engrasado. Sharpe supuso que el hombre sería aún veinteañero, pero a pesar de su juventud su rostro amargo y estropeado tenía toda la superioridad no impostada de una criatura nacida para el alto rango.

—Estoy pasando revista —contestó fríamente Sharpe.

El segundo jinete se detuvo al otro lado de Sharpe. Era a todas luces mayor que su compañero, y vestía el gabán y los calzones de color amarillo brillante de los dragones españoles, aunque su uniforme estaba tan cargado de cadenas entrelazadas y pasamanería dorada que Sharpe pensó que aquel hombre debía de ser al menos general. Su rostro alargado y con mostacho tenía el mismo aire imperioso que el de

su acompañante.

—¿No ha aprendido a pedir permiso a un oficial al mando antes de pasar revista a sus hombres? —preguntó con un marcado acento español, y después dio una orden en español a su joven compañero.

—Sargento mayor Noonan —gritó el hombre más joven, transmitiendo evidentemente la orden del otro—, cierren filas, ¡ar!

El obediente sargento mayor de la Real Compañía Irlandesa hizo marchar a sus hombres en formación cerrada justo cuando Hogan llegaba al lado de Sharpe.

—Aquí están ustedes, milords —Hogan se dirigía a ambos jinetes—. ¿Y qué tal fue esa comida?

—Fue una mierda, Hogan. No se la daría de comer a un chucho —dijo el más joven, de quien Sharpe supuso que era lord Kiely, con una voz crispada llena de indiferencia, aunque también ligeramente pastosa por el alcohol. Sharpe asumió que milord habría bebido bien durante el almuerzo, lo bastante bien como para liberarse de cualquier inhibición que tuviera—. ¿Conoce a esta criatura, Hogan? —El lord hizo un gesto con la mano para señalar a Sharpe.

—Así es, milord. Permítame que le presente al capitán Richard Sharpe del South Essex, el hombre elegido por el propio Wellington para ser su asesor táctico. Richard, tengo el honor de presentarle al conde de Kiely, coronel de la Real Compañía Irlandesa.

Kiely miró con altanería al andrajoso fusilero.

—¿Y se supone que es usted nuestro instructor de maniobras? —Su voz sonó dubitativa.

—También enseño a matar, milord —dijo Sharpe.

El español de uniforme amarillo se burló de la afirmación de Sharpe.

—Estos hombres no necesitan que les enseñen a matar —dijo en su inglés con acento—. Son soldados de España, y ya saben cómo hacerlo. Necesitan aprender a morir.

Hogan interrumpió.

—Permítame que le presente a Su Excelencia don Luis Valverde —le dijo a Sharpe—. El general es el representante de España más valorado por nuestro ejército —Hogan le hizo un guiño a Sharpe que no pudo ver ninguno de los jinetes.

—¿Aprender a morir, milord? —preguntó Sharpe al general, perplejo por la declaración de aquel hombre y preguntándose si se debía a un incompleto dominio del inglés.

En respuesta, el general de uniforme amarillo tocó los flancos de su caballo con las puntas de sus espuelas para hacer que el animal caminara obediente delante de la línea frontal de la Real Compañía Irlandesa, y, sin comprobar si Sharpe lo seguía o no, sermoneó al fusilero desde su silla de montar.

—Estos hombres van a la guerra, capitán Sharpe —dijo el general Valverde en un tono lo bastante alto como para que una buena parte de la guardia lo oyera—. Van a ir a luchar por España, por el rey Fernando y por Santiago, y luchar significa permanecer en pie y derecho frente al enemigo. Luchar significa mirar a los ojos de tu enemigo mientras él te dispara, y el bando vencedor, capitán Sharpe, es el bando que aguanta más tiempo en pie y derecho. Así que no enseñe a mis hombres cómo matar o cómo luchar, sino más bien cómo quedarse quietos cuando todos los demonios del infierno se lancen contra ellos. Eso es lo que les enseñará, capitán Sharpe. Instrúyalos. Enséñeles a obedecer. Enséñeles a resistir más tiempo que los franceses. Enséñeles... —y por fin, el general se volvió en su silla para mirar desde arriba al fusilero— a morir.

—Preferiría enseñarles a disparar —dijo Sharpe.

El general soltó un resoplido ante el comentario.

—¡Ya le he dicho que saben disparar! —espetó—. ¡Son soldados!

—¿Saben disparar con esos mosquetes? —preguntó Sharpe burlón.

Valverde clavó su mirada en Sharpe con un gesto de lástima en su rostro.

—Durante los últimos dos años, capitán Sharpe, estos hombres han permanecido en su puesto de guardia para resistir a los franceses —Valverde habló en el tono que habría usado con un chiquillo de pocas luces—. ¿De verdad cree que les habrían dejado permanecer allí si hubieran supuesto una amenaza para Bonaparte? Cuanto más deterioradas estuviesen sus armas, más confiarían en ellos los franceses, pero ahora están aquí, y ustedes pueden proporcionarles nuevas armas.

—¿Para que hagan qué? —preguntó Sharpe—. ¿Para que se queden en su sitio y mueran como bueyes?

—Entonces, ¿cómo le gustaría que lucharan? —Lord Kiely había seguido a los dos hombres e hizo la pregunta desde detrás de Sharpe.

—Como mis hombres, milord —dijo Sharpe—, con inteligencia. ¡Y se empieza a luchar con inteligencia matando a los oficiales enemigos! —Sharpe levantó la voz para que toda la Real Compañía Irlandesa pudiera oírle—. No se va a la batalla para quedarse quieto y morir como un becerro en el matadero, se va para ganar, y se empieza a ganar cuando los oficiales enemigos caen muertos —Sharpe se había alejado de Kiely y de Valverde, y estaba empleando la voz que había desarrollado como sargento, una voz modulada para atravesar explanadas de desfile en días ventosos e imponerse en el fragor de los campos de batalla—. ¡Se empieza buscando a los oficiales enemigos! Son fáciles de reconocer porque son unos cabrones bien pagados y bien vestidos, y porque llevan espada, y hay que apuntarles primero a ellos. Hay que matarlos como sea. Con disparos, con golpes, con bayonetas o estrangulándolos si es preciso, pero maten a esos cabrones y después de eso maten a los sargentos, y entonces pueden ustedes empezar a matar a los demás cabrones sin

comandante. ¿No es así, sargento Harper?

—¡Así es, con toda seguridad! —dijo Harper en respuesta.

—¿Y cuántos oficiales ha matado usted en batalla, sargento? —preguntó Sharpe sin mirar al sargento de fusileros.

—Más de los que puedo contar, señor.

—¿Y eran todos ellos oficiales gabachos, sargento Harper? —preguntó Sharpe, y Harper, sorprendido por la pregunta, no contestó, así que Sharpe dio la respuesta él mismo—. Por supuesto que no. Hemos matado a oficiales de casaca azul, oficiales de gabán blanco e incluso a oficiales de casaca roja, porque no me importa con qué ejército lucha un oficial o de qué color es el uniforme que lleva o a qué rey sirve, un mal oficial sólo es bueno si está muerto, y un buen soldado tiene que aprender bien cómo matarlo. ¿No es correcto, sargento Harper?

—Del todo correcto, señor.

—Soy el capitán Sharpe —Sharpe se detuvo hacia la mitad del frente de la Real Compañía Irlandesa. Las caras que le observaban mostraban una mezcla de asombro y sorpresa, pero ahora había captado su atención y ni Kiely ni Valverde se atrevieron a interferir—. Soy el capitán Sharpe —dijo otra vez—, y empecé donde están ustedes. En las filas, y voy a acabar donde está él, en una silla de montar —señaló a lord Kiely—. Pero mientras tanto mi trabajo es enseñarles a ser soldados. Me atrevo a decir que hay entre ustedes algunos buenos asesinos y también algunos excelentes luchadores, pero pronto van a ser también buenos soldados. Esta tarde tenemos todos una buena caminata antes de que oscurezca y, en cuanto lleguemos, tendrán comida y alojamiento y nos enteraremos de cuándo recibieron su paga por última vez. ¡Sargento Harper! Terminaremos la inspección más tarde. ¡Póngalos en movimiento!

—¡Señor! —gritó Harper—. Batallón gire ala derecha. ¡Derecha, ar! ¡Por la izquierda! ¡En marcha!

Sharpe ni siquiera miró a lord Kiely, tampoco pidió permiso al general Valverde para hacer marchar a la Real Compañía Irlandesa. En vez de eso, se quedó observando cómo Harper hacía que la guardia saliera del descampado en dirección a la calzada principal. Oyó pasos detrás de él, pero tampoco se dio la vuelta.

—Por Dios, Sharpe, está usted tentando su suerte. —Era el mayor Hogan el que hablaba.

—Es todo lo que tengo para tentar, señor —dijo Sharpe con frialdad—. Nací para el mando, señor, pero no tengo rentas para comprarlo ni los privilegios para granjeármelo, así que he de tentar la poca suerte que tengo.

—¿Dando lecciones sobre cómo matar oficiales? —La voz de Hogan sonó glacial por su desaprobación—. A lord Wellington no le gustará esto, Richard. Apesta a republicanismo.

—A la mierda el republicanismo —dijo Sharpe con ferocidad—. Fue usted quien

me dijo que no se podía confiar en la Real Compañía Irlandesa. Pero le diré, señor, que si hay alguna animosidad aquí no proviene de la tropa. A esos soldados no les confiaron las malas intenciones de los franceses. No tienen suficiente poder. Esos hombres son lo que siempre son los soldados: víctimas de sus oficiales, y si quiere saber dónde han sembrado su mala voluntad los franceses, señor, tendrá que buscar entonces entre esos malditos oficiales bien pagados, bien vestidos y bien alimentados —Sharpe lanzó una mirada furibunda a los oficiales de la Real Compañía Irlandesa, que se trocó en una media sonrisa al ver que no parecían estar seguros de si tenían que seguir o no a sus hombres hacia el norte—. Ahí tiene usted sus manzanas podridas, señor —continuó Sharpe—, no entre las filas. Lucharía junto a esos guardias, tan contento como junto a cualquier otro soldado del mundo, pero no confiaría mi vida a esa chusma de bufones perfumados.

Hogan hizo un gesto tranquilizador con la mano, como si temiese que la voz de Sharpe pudiera llegar a los desconcertados oficiales.

—Ya ha aclarado su teoría, Richard.

—Mi teoría, señor, es que usted me dijo que no se sintieran cómodos. Y eso es lo que estoy haciendo.

—Le diré simplemente que no pretendía que empezara usted una revolución durante el proceso, Richard —objetó Hogan—, y desde luego no delante de Valverde. Tiene que ser amable con don Luis. Algún día, con un poco de suerte, podrá matarlo en mi nombre, pero hasta que llegue ese día feliz tiene que dorarle la píldora a ese cabrón. Si en algún momento queremos conseguir el mando de todos los ejércitos españoles, Richard, los cabrones como don Luis Valverde tendrán que estar bien camelados, así que hágame el favor de no predicar la..., la revolución delante de él. No es más que un aristócrata simplón incapaz de pensar mucho más allá de su próxima comida o su última querida, pero si queremos derrotar a los franceses, vamos a necesitar su apoyo. Y él espera que tratemos bien a la Real Compañía Irlandesa, así que cuando esté cerca, Richard, sea algo más diplomático, ¿quiere? —Hogan se volvió cuando el grupo de oficiales de la Real Compañía Irlandesa, dirigido por lord Kiely y el general Valverde, se acercó. Entre los dos aristócratas cabalgaba un sacerdote alto, regordete y canoso que montaba una huesuda yegua ruana.

—Éste es el padre Sarsfield, comandante Hohan —Kiely presentó al sacerdote ignorando de manera ostentosa a Sharpe—, nuestro capellán. El padre Sarsfield y el capitán Donaju se alojarán esta noche con la compañía; el resto de oficiales asistirá a la recepción del general Valverde.

—Donde conocerán ustedes al coronel Runciman —prometió Hogan—. Creo que milord lo encontrará muy de su gusto.

—¿Se refiere a que sabe cómo tratar a las tropas reales? —preguntó el general Valverde, mirando a propósito a Sharpe mientras hablaba.

—Sé perfectamente cómo tratar a guardias reales, señor —intervino Sharpe—. No es el primer cuerpo de guardia real con el que me he cruzado.

Kiely y Valverde bajaron la vista hacia Sharpe con miradas poco menos que de desprecio, pero Kiely no pudo resistir el cebo que suponía el comentario de Sharpe.

—¿Se refiere usted a los lacayos de la casa de Hannover? —dijo con voz de estar medio bebido.

—No, milord —dijo Sharpe—. Fue en la India. Eran guardias reales que protegían a un gordo hijo de puta de la realeza llamado sultán Tipu.

—Sin duda también los instruyó usted, ¿no? —preguntó Valverde.

—No, señor, yo los maté —dijo Sharpe—, y también al gordo hijo de puta. —Sus palabras borraron de golpe las miradas desdeñosas de los dos, mientras el propio Sharpe se sintió de pronto conmocionado por el recuerdo de aquel túnel desbordado que el cuerpo de guardia de Tipu, armado con mosquetes enjorjados y sables de hoja ancha, llenaba con sus gritos. Sharpe estaba metido hasta las rodillas en aguas fecales, luchando en la oscuridad, acabando con los guardias uno a uno para llegar hasta aquel desgraciado obeso, de ojos brillantes y piel aceitosa, que había torturado hasta la muerte a algunos compañeros suyos. Recordó el eco de los gritos, los fogonazos de los mosquetes que se reflejaban en las aguas revueltas y el brillo de las gemas que cubrían las ropas de seda de Tipu. También vino a su mente la muerte del sultán, una de las pocas muertes que se habían alojado en la memoria de Sharpe como algo reconfortante—. Era un auténtico cabrón de la realeza —dijo Sharpe con sentimiento—, pero murió como un hombre cualquiera.

—El capitán Sharpe —Hogan intervino de prisa— tiene cierta reputación en nuestro ejército. De hecho, puede que milord haya oído hablar de él. Fue él quien tomó el águila de Talavera.

—Con el sargento Harper a mi lado —añadió Sharpe, y los oficiales de Kiely miraron a Sharpe con renovada curiosidad. Cualquiera que hubiera capturado un estandarte enemigo era considerado un soldado de renombre, y en los rostros de la mayoría de oficiales de la guardia se veía ahora ese respeto, pero fue el capellán, el padre Sarsfield, quien reaccionó de manera más efusiva.

—¡Dios mío, y yo sin acordarme! —dijo entusiasmado—. ¿Acaso eso no emocionó a todos los patriotas españoles de Madrid? —Bajó con torpeza de su caballo y le tendió una mano regordeta a Sharpe—. Es un honor, capitán, ¡un verdadero honor! ¡Incluso aunque sea usted un pagano protestante! —Dijo esto último con una sonrisa amplia y afable—. ¿Es usted ciertamente un pagano, Sharpe? —preguntó el sacerdote, ya más en serio.

—Yo, padre, no soy nada.

—Todos somos algo a ojos de Dios, hijo mío, y por eso nos ama. Usted y yo tenemos que hablar, Sharpe. Yo le hablaré de Dios, y usted me contará cómo les

arrancó sus águilas a esos malditos franceses. —El capellán se volvió sonriente hacia Hogan—. Por Dios, mayor, ¡nos honra usted dándonos a un hombre como el capitán! —El hecho de que el sacerdote diera su aprobación al fusilero había hecho que los oficiales de la Real Compañía Irlandesa se relajaran, aunque en el rostro de Kiely aún se percibía un nubarrón de disgusto.

—¿Ha terminado ya, padre? —preguntó Kiely sarcástico.

—Me pondré en camino con el capitán Sharpe, milord, y ¿nos veremos por la mañana?

Kiely asintió, y después se alejó en su caballo. Sus otros oficiales lo siguieron, dejando que Sharpe, el sacerdote y el capitán Donaju siguieran a la rezagada columna que formaban la impedimenta, las mujeres y los sirvientes de la Real Compañía Irlandesa.

Al caer la noche, la Real Compañía Irlandesa ya estaba instalada en el remoto fuerte de San Isidro, que Wellington y Hogan habían escogido cuidadosamente como alojamiento de la guardia real. El fuerte era viejo y anticuado, y hacía mucho que había sido abandonado por los portugueses, así que lo primero que tuvieron que hacer los cansados recién llegados fue limpiar los cochambrosos barracones de piedra que iban a ser su nuevo hogar. La casa de guardia del fuerte se reservó para los oficiales; allí se acomodaron el padre Sarsfield y Donaju, mientras Sharpe y sus fusileros tomaban posesión de uno de los almacenes para alojarse. Sarsfield había traído en su equipaje una bandera real de España, que fue izada con orgullo sobre las viejas murallas del fuerte, junto a la Union Jack británica.

—Tengo sesenta años —le dijo el capellán a Sharpe mientras observaba la bandera británica—, y nunca pensé que algún día serviría bajo esta bandera.

Sharpe levantó la vista hacia la bandera.

—¿Y eso le preocupa, padre?

—Más me preocupa Napoleón, hijo mío. Derrotemos a Napoleón, y después podremos dedicarnos a los enemigos menores, ¡como ustedes! —Hizo el comentario en tono amistoso—. Lo que también me preocupa, hijo mío —prosiguió el padre Sarsfield—, es que tengo ocho botellas de un tinto decente y un puñado de buenos cigarros, y sólo cuento con el capitán Donaju para compartirlos. ¿Me hará el honor de unirse a nosotros para la cena? Dígame, ¿no tocará usted algún instrumento? ¿No? Lástima. Solía viajar con un violín, pero lo perdí en algún sitio, aunque el sargento Connors es excepcional tocando la flauta, y los hombres de su sección cantan de maravilla. Cantan sobre su patria, como puede usted suponer, capitán.

—¿Sobre Madrid? —preguntó Sharpe con malicia.

Sarsfield sonrió.

—Sobre Irlanda, capitán, sobre Irlanda, nuestro hogar al otro lado del mar, donde pocos de nosotros hemos puesto los pies y la mayoría no los pondremos nunca.

Venga, vayamos a cenar. —El padre Sarsfield puso un amistoso brazo sobre el hombro de Sharpe y lo condujo hacia la casa de guardia. Soplaban un viento frío sobre las montañas desnudas al caer la noche, y los primeros fuegos para cocinar enviaban sus rizadas volutas de humo azul hacia el cielo. En las colinas, aullaban los lobos. Había lobos por toda España y Portugal y, en invierno, a veces iban directos a las líneas de piquetes con la esperanza de robar un poco de comida de algún soldado despistado, pero esta noche los lobos hacían que Richard recordara a los franceses de uniforme gris de la brigada de Loup. Sharpe cenó con el capellán y después, bajo un cielo lleno de brillantes estrellas, recorrió las murallas con el sargento Harper. Por debajo de ellos, la Real Compañía Irlandesa se quejaba de sus alojamientos y del destino que los había dejado varados en aquella inhóspita frontera entre España y Portugal, pero Sharpe, que tenía órdenes de hacer mella en su ánimo, se preguntaba si en vez de hacerlo no sería mejor convertirlos en verdaderos soldados que atravesaran con él las colinas hacia España, hasta el lugar en el que había que buscar, atrapar y matar a un lobo.



Pierre Ducos esperaba ansioso las primeras noticias sobre la llegada de la Real Compañía Irlandesa al ejército de Wellington. El mayor temor del francés era que la unidad fuese destacada tan lejos del frente que resultara inútil para sus propósitos, aunque ése era un riesgo que Ducos estaba obligado a correr. Desde que la inteligencia francesa había interceptado la carta en la que lord Kiely pedía permiso al rey Fernando para llevar la Real Compañía Irlandesa a la guerra junto al bando aliado, Ducos sabía que el éxito de su estrategia dependía tanto de la cooperación involuntaria de los aliados como de su propia inteligencia. Aunque de nada valdría la inteligencia de Ducos si los irlandeses no conseguían llegar hasta las posiciones de Wellington, así que esperaba con una impaciencia creciente.

Pocas noticias llegaban desde detrás de las líneas inglesas. Durante unos meses, los hombres de Loup se habían movido con total impunidad a ambos lados de la frontera, pero ahora los ejércitos inglés y portugués atenazaban firmemente la zona y, para sus investigaciones, Loup tenía que depender del minúsculo puñado de civiles que quisieran vender su información a los odiados franceses, de los interrogatorios a desertores y de suposiciones basadas en los descubrimientos que hacían sus hombres al vigilar la montañosa frontera con sus catalejos.

Fue uno de aquellos exploradores el primero en dar noticias a Loup sobre la Real Compañía Irlandesa. Una tropa de dragones con uniforme gris había llegado a la cima de una colina solitaria que ofrecía una amplia vista de Portugal; desde aquella loma, con un poco de suerte, una patrulla podría ver alguna evidencia de concentración de fuerzas inglesas que pudiera indicar un nuevo avance. El puesto de vigilancia

dominaba un ancho y estéril valle en el que brillaba un arroyo antes de que la tierra se elevara hacia una cresta rocosa, donde se asentaba el hace tiempo abandonado fuerte de San Isidro. El fuerte tenía escaso valor militar, pues el camino que protegía había caído en desuso hacía mucho, y un siglo de abandono había erosionado sus murallas y fosos como una burla a su antigua solidez, así que ahora el San Isidro era hogar de cuervos, raposos, murciélagos, pastores trashumantes y forajidos y, de vez en cuando, de alguna patrulla de los dragones grises de Loup, que pasaba una noche en los cavernosos barracones para guarecerse de la lluvia.

Sin embargo, ahora había hombres en el fuerte, y el jefe de la patrulla dio la noticia a Loup. La nueva guarnición no la formaba un batallón completo, le dijo, sino sólo un par de cientos de hombres. Aquel fuerte, como bien sabía Loup, necesitaría al menos un millar de hombres para proteger sus muros, así que doscientos apenas supondrían una guarnición suficiente, aunque lo extraño era que los recién llegados habían llevado con ellos a sus mujeres y a sus hijos. El comandante de tropa de los dragones, un tal capitán Braudel, creía que los hombres eran ingleses.

—Visten casacas rojas —dijo—, pero no llevan el típico sombrero de copa —se refería a los chacós—. Llevan bicornios.

—¿Y dice que son de infantería?

—Sí, señor, eso parece.

—¿Nada de caballería? ¿Ninguna artillería?

—No vi ninguna.

Loup se hurgaba entre los dientes con una astilla.

—¿Y qué estaban haciendo?

—Instrucción —dijo Braudel. Loup soltó un resoplido. No le interesaba mucho el grupo de extraños soldados que se alojaba en San Isidro. El fuerte no suponía amenaza alguna, y si los recién llegados se contentaban apoltronándose cómodamente, no sería Loup quien llamara su atención. Sin embargo, fue el último comentario del capitán Braudel lo que llamó la atención de Loup.

—Pero había unos que estaban desescombrando un pozo —añadió el capitán—, aunque esos no eran casacas rojas, sino que vestían de verde.

Loup lo miró fijamente.

—¿De verde oscuro?

—Sí, señor.

Fusileros. Los malditos fusileros. Y Loup recordó el rostro insolente del hombre que le había insultado, el hombre que en cierta ocasión había insultado a toda Francia capturando un águila que había tocado el mismísimo emperador. ¿Estaría Sharpe en el fuerte de San Isidro? Ducos había despreciado la sed de venganza de Loup al calificarla de indigna de un soldado, pero Loup creía que un soldado se construía una reputación escogiendo sus combates y ganándolos con genialidad. Sharpe había

desafiado a Loup, el primer hombre que le había desafiado abiertamente en muchos y largos meses, y aquel capitán era un campeón entre los enemigos de Francia, así que la venganza de Loup no era sólo personal, sino que enviaría ondas a través de todos los ejércitos que esperaban luchar en la batalla que decidiría si los ingleses acabarían irrumpiendo en España o retrocediendo otra vez hacia Portugal.

Así que aquella misma tarde Loup visitó la cima de la colina, sacó su mejor catalejo y lo apuntó hacia el viejo fuerte, con sus murallas plagadas de rastros y su seco foso a medio cegar. Dos banderas colgaban lacias por el día sin viento. Una de ellas era la inglesa, pero Loup no sabía decir cuál era la segunda. Más allá de las banderas, los casacas rojas se entrenaban con los mosquetes, pero Loup no se entretuvo demasiado en ellos; en vez de eso, dirigió su catalejo hacia el sur hasta que, por fin, vio a dos hombres con casacas verdes paseándose por las desiertas murallas. No podía distinguir sus rostros a aquella distancia, pero sí podía asegurar que uno de los hombres llevaba una larga espada recta, y Loup sabía que los oficiales de la infantería ligera inglesa llevaban sables curvos.

—Sharpe —dijo en voz alta mientras plegaba su catalejo.

Una refriega detrás de él hizo que se volviera. Cuatro de sus hombres de gris estaban vigilando a una pareja de prisioneros. Uno de los cautivos llevaba un gabán rojo de elegante corte, y la otra era su esposa o amante.

—Los encontramos escondidos en las rocas de allí abajo —dijo el sargento que sujetaba uno de los brazos del soldado.

—Dice que es un desertor, señor —añadió el capitán Braudel—, y ésta es su mujer —Braudel escupió un salivazo teñido de tabaco sobre una roca.

Loup bajó arrastrándose del risco para no ser visto desde el fuerte. El uniforme del soldado, ahora podía verlo, no era inglés. El chaleco y el fajín, las botas de media caña y el bicornio empenachado eran demasiado extravagantes para el gusto inglés, de hecho eran tan extravagantes que Loup se preguntó por un segundo si el prisionero sería un oficial, pero después entendió que Braudel nunca habría tratado con tanto desdén a un oficial cautivo. Estaba claro que a su capitán le gustaba la mujer, que ahora levantaba sus tímidos ojos para sostener la mirada de Loup. Era morena y atractiva, y Loup calculaba que probablemente tendría unos quince o dieciséis años. Loup había oído que los campesinos españoles y portugueses vendían a sus hijas para que se casaran con los soldados aliados por cien francos cada una, lo que costaba una buena comida en París. Por otro lado, el ejército francés simplemente se hacía con ellas sin dar nada a cambio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Loup al desertor en español.

—Grogan, señor. Sean Grogan.

—¿De qué unidad, Grogan?

—Real Compañía Irlandesa, señor. —El guardia Grogan parecía del todo

dispuesto a cooperar con sus captores, así que Loup indicó al sargento que lo soltara.

Durante diez minutos, Loup interrogó a Grogan, que le contó que la Real Compañía Irlandesa había viajado por mar desde Valencia, y que los hombres se habían alegrado mucho ante la idea de reunirse con el resto del ejército español en Cádiz; sin embargo, poco después les informaron de que iban a servir en la frontera portuguesa, junto a los ingleses. Muchos de los hombres, afirmaba el fugitivo, habían decidido escapar de la servidumbre inglesa: no se habían alistado para servir al rey de España sólo para verse de nuevo bajo la tiranía del rey Jorge.

Loup interrumpió las quejas.

—¿Cuándo te escapaste? —preguntó.

—La noche pasada, señor. Nos escapamos media docena. Y otros tantos se escaparon la noche anterior.

—En el fuerte hay un inglés, un oficial de fusileros. ¿Lo conoces?

Grogan frunció el ceño, como si la pregunta le pareciese extraña.

—El capitán Sharpe, señor. Se supone que nos está instruyendo.

—¿Para hacer qué?

—Para luchar, señor —dijo Grogan nervioso. Aquel francés tuerto y de conversación tranquila le resultaba muy desconcertante—. Pero nosotros ya sabemos luchar —añadió desafiante.

—Estoy seguro de que sí —dijo Loup comprensivo. Se hurgó entre los dientes por un instante, y después escupió su improvisado mondadientes—. Así que has huido, soldado, porque no quieres servir al rey Jorge, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y seguro que lucharías por Su Majestad el emperador, ¿no?

Grogan dudó.

—Lo haría, señor —dijo por fin, aunque sin ninguna convicción.

—¿Es eso por lo que desertaste? —preguntó Loup—. ¿Para luchar por el emperador? ¿O tenías esperanzas de volver a vuestros cómodos barracones de El Escorial?

Grogan se encogió de hombros.

—Íbamos a ir a casa de la familia de mi mujer en Madrid, señor —inclinó su cabeza para señalar a la joven—. Su padre es zapatero, y a mí no se me dan mal la aguja y el hilo. Pensaba aprender el oficio.

—Siempre es bueno tener un oficio, soldado —dijo Loup con una sonrisa. Cogió una pistola de su cinturón, y jugueteó con ella un momento antes de amartillar el pesado percutor—. Mi oficio es matar —añadió con la misma voz amable y después, sin mostrar ni un rastro de emoción, levantó la pistola, la apuntó a la frente de Grogan y apretó el gatillo.

La mujer chilló cuando la sangre de su marido salpicó su rostro. Grogan salió

despedido hacia atrás con violencia, lanzando borbotones de sangre al aire; después su cuerpo se estremeció y rodó colina abajo.

—En realidad no quería luchar con nosotros en absoluto —dijo Loup—. No habría sido más que otra boca inútil que alimentar.

—¿Y la mujer, señor? —preguntó Braudel. Ella estaba inclinada sobre su marido y gritaba a los franceses.

—Es suya, Paul —dijo Loup—. Pero sólo después de que envíe un mensaje a *madame* Juanita de Elia. Dele a *madame* mis imperecederas felicitaciones, dígame que sus soldaditos de juguete irlandeses han llegado y están convenientemente cerca de nosotros, y que mañana por la mañana montaremos un pequeño espectáculo para que se diviertan. Dígame también que haría bien en pasar la noche con nosotros.

Braudel sonrió.

—Se alegrará, señor.

—Que es más de lo que sentirá esa mujer —dijo Loup mientras miraba a la chica española, que seguía lamentándose entre sollozos—. Dígame a esa viuda, Paul, que si no se calla, le arrancaré la lengua y se la daré de comer a los perros de doña Juanita. Ahora, en marcha. —Bajó de la colina con sus hombres hasta donde habían dejado atados los caballos. Esa noche, doña Juanita de Elia llegaría a la fortificación de Loup y, al día siguiente, cabalgaría hasta llegar al enemigo como una plaga de ratas enviada para destruirlos desde dentro.

Y en algún lugar, en algún momento antes de que llegara la victoria final, Sharpe sufriría la venganza de Francia por los dos hombres ejecutados. Porque Loup era un soldado y no olvidaba, no perdonaba y, sobre todo, nunca perdía.

CAPÍTULO 3

Once hombres desertaron durante la primera noche que la Real Compañía Irlandesa pasó en el fuerte de San Isidro, y ocho hombres, incluidos cuatro piquetes destacados para detener las deserciones, huyeron la segunda noche. La guardia real empleaba a sus propios centinelas, y el coronel Runciman sugirió que se encargaran de la tarea los fusileros de Sharpe. Sharpe protestó contra semejante cambio. Se suponía que sus fusileros iban a encargarse de la instrucción de la Real Compañía Irlandesa, no podían trabajar todo el día y montar guardia durante la noche.

—Estoy seguro de que la medida es adecuada, general —dijo Sharpe con tacto—, pero a menos que el cuartel general nos envíe más hombres, no podremos trabajar día y noche.

Sharpe había descubierto que el coronel Runciman era manejable, siempre y cuando fuese tratado como «general». Sólo quería que lo dejaran en paz para dormir, comer y rezongar por la cantidad de trabajo que se esperaba que llevara a cabo.

—Incluso un general es sólo un ser humano —le gustaba decirle a Sharpe, y después le preguntaba cómo se suponía que tenía que encargarse de ser el enlace con la Real Compañía Irlandesa al mismo tiempo que se esperaba de él que se responsabilizara del Real Cuerpo de Suministros. En realidad, el auxiliar del coronel se ocupaba de los convoyes con la misma eficiencia de siempre, pero hasta que no se nombrara formalmente un nuevo general vaguemaestre, el sello y la firma de Runciman eran necesarios para unos cuantos documentos administrativos.

—¿No podría pasarle los sellos del cargo a su auxiliar, general? —sugirió Sharpe.

—¡Eso nunca! Nunca dejaré que se diga que un Runciman elude su deber, Sharpe. ¡Nunca! —El coronel miraba ansioso fuera de sus dependencias para ver cómo su cocinero se encargaba de una liebre que había cobrado Daniel Hagman. La modorra de Runciman dejaba entender que se daría por satisfecho si Sharpe lidiaba con la Real Compañía Irlandesa, pero incluso para un hombre con la perezosa despreocupación de Runciman diecinueve desertores en dos noches eran causa de preocupación—. Maldita sea, hombre —se apartó de la puerta después de observar los progresos del cocinero—, es un reflejo de nuestra eficiencia, ¿o es que no lo ve? ¡Tenemos que hacer algo, Sharpe! ¡En dos semanas más no nos quedará un solo hombre!

Sharpe reflexionaba en silencio. Aquello era exactamente lo que quería Hogan. Se esperaba que la Real Compañía Irlandesa se autodestruyera, aunque habían dado a Richard Sharpe la responsabilidad de su instrucción, y en el talante de Sharpe había una veta obstinada que no le permitiría dejar que una unidad de la que él era responsable cayera en la ruina. «¡Maldita sea, transformaría a esos guardias en soldados tanto si Hogan quería como si no!»

Sharpe dudaba que pudieran conseguir cualquier ayuda por parte de lord Kiely. Mañana tras mañana, el lord se despertaba con un pésimo mal humor que duraba hasta que la continua ingestión de alcohol le provocaba un estallido de buen ánimo, que solía prolongarse hasta la noche, pero después era reemplazado por un taciturno resentimiento, que se veía agravado con sus pérdidas con los naipes. Entonces se echaba a dormir hasta que la mañana estaba bien avanzada, y después todo el ciclo volvía a empezar.

—¿Cómo demonios —preguntó Sharpe al segundo al mando de Kiely, el capitán Donaju— consiguió el mando de la guardia ese hombre?

—Por nacimiento —dijo Donaju. El capitán era un hombre pálido y delgado de mirada inquieta, que recordaba más a un estudiante empobrecido que a un soldado, aunque de todos los oficiales de la Real Compañía Irlandesa parecía el más prometedor—. Ningún monarca tiene una guardia real comandada por un plebeyo, Sharpe —siguió Donaju con un deje de sarcasmo—, pero cuando Kiely está sobrio puede ser muy impresionante. —No había ningún sarcasmo en esta última frase.

—¿Impresionante? —preguntó Sharpe dubitativo.

—Es un buen espadachín —replicó Donaju—. Detesta a los franceses, y muy en el fondo le gustaría ser un buen militar.

—¿Kiely detesta a los franceses? —preguntó Sharpe sin molestarse en disimular su escepticismo.

—Los franceses están destruyendo el privilegiado mundo de Kiely, Sharpe —explicó Donaju—. Él pertenece al *Ancien Régime*, así que por supuesto que los odia. No tiene dinero, pero en el *Ancien Régime* eso no importaba, porque la cuna y los títulos eran suficientes para conseguirle a un hombre un nombramiento real y una exención de impuestos. Pero los franceses predicán la igualdad y los ascensos meritorios, y eso amenaza el mundo de Kiely; por eso se evade de la amenaza bebiendo, fornicando y jugando. La carne es muy débil, Sharpe, y es especialmente maleable cuando uno está aburrido, posee un cargo inferior al que cree merecer y sospecha además que es una reliquia de un mundo ya pasado —Donaju encogió los hombros, como si le avergonzara tener que ofrecerle a Sharpe un sermón tan largo y sobre tan elevados principios. El capitán era un hombre modesto, pero eficiente, y las sucesivas deserciones de los guardias habían recaído sobre los frágiles hombros de Donaju. Explicó con detalle a Sharpe cómo iba a intentar detener a los desertores doblando el número de centinelas y usando de piquetes sólo a hombres de su confianza; aun así, creía que los ingleses eran en parte responsables de los apuros de sus hombres—. ¿Por qué nos han metido en este sitio dejado de la mano de Dios? —preguntó Donaju—. Es casi como si su general quisiera que nuestros hombres desertaran.

Aquello fue una astuta estocada, y Sharpe no podía darle una respuesta sincera.

En vez de contestar, masculló algo sobre que el fuerte era una posición estratégica y necesitaba una guarnición, y a pesar de que no pudo ser más convincente, la única respuesta de Donaju fue ignorar cortésmente aquel cuento.

Porque el fuerte de San Isidro era de verdad un lugar dejado de la mano de Dios. Puede que en el pasado hubiera tenido importancia estratégica, pero ahora la calzada principal entre España y Portugal corría a varios kilómetros hacia el sur, así que la antaño inmensa y poderosa fortaleza había sido abandonada al deterioro. Las malas hierbas crecían apretujadas en el seco foso, tan erosionado por la lluvia que, lo que una vez fue un formidable obstáculo, se había convertido en poco más que una zanja de poca profundidad. Las heladas, el viento y el abandono habían desmoronado parte de las murallas, arrojando sus piedras a la zanja para formar incontables puentes que iban directos a los terraplenes. Una lechuza había anidado en lo que quedaba de la torre del campanario, y lo que antes habían sido las cuidadas sepulturas de los oficiales del fuerte, ahora no eran más que suaves declives en una pradera pedregosa. Los únicos edificios que se mantenían más o menos enteros de San Isidro eran las viejas edificaciones de los barracones, mantenidas en un estado básico de conservación gracias a las infrecuentes visitas de regimientos portugueses que eran destacados allí en tiempos de crisis políticas con el país vecino. Durante esas crisis, los hombres tapaban los agujeros de los muros de los barracones para protegerse del viento frío, mientras que los oficiales situaban sus alojamientos en las dos torres de la entrada, que de alguna manera habían conseguido sobrevivir a los años de abandono. Incluso había un portón que, cada noche, Runciman ordenaba cerrar y trancar con solemnidad, aunque emplear semejante precaución contra las desertiones era como tapar con tierra la entrada a una inmensa conejera.

Con todo, pese al gran deterioro, el fuerte aún mantenía cierta dignidad descompuesta. La impresionante entrada, con sus dos torres, estaba adornada con blasones reales, y se accedía a ella por un paso elevado con cuatro arcos que cruzaba la única sección del foso seco que aún era capaz de resistir un asalto. Las ruinas de la capilla estaban decoradas con delicados grabados en la mampostería y los capiteles, y las plataformas para la artillería aún eran inmensamente grandes. Lo más admirable de todo era la ubicación del fuerte, pues sus murallas ofrecían vistas del cielo sobre picos sombríos hasta un horizonte que se alejaba a una distancia inimaginable. Desde las murallas orientales, la vista se perdía en el interior de España, y fue en aquellas almenas, bajo las banderas de España e Inglaterra, donde lord Kiely se encontró con Sharpe la tercera mañana de estancia de los guardias en el fuerte. Al parecer, hasta Kiely estaba inquieto por el ritmo de las desertiones.

—No hemos venido aquí para ser destruidos por las desertiones —le espetó Kiely a Sharpe. El viento agitaba las guías enceradas de su mostacho.

Sharpe reprimió el comentario de que Kiely era el responsable de sus hombres, y

no él, y sólo le preguntó al lord por qué había venido a unirse a las fuerzas inglesas.

Y, para sorpresa de Sharpe, el joven lord Kiely se tomó la cuestión en serio.

—Quiero luchar, Sharpe. Por eso escribí a Su Majestad.

—Entonces está en el lugar correcto, milord —dijo Sharpe con acritud—. Los franchutes están justo al otro lado de ese valle. —Señaló el hondo y árido barranco que separaba el San Isidro de las colinas más cercanas. Sharpe sospechaba que los exploradores franceses estarían muy activos en la parte lejana del valle, y que ya habrían visto movimiento en el viejo fuerte.

—No estamos en el lugar correcto, Sharpe —dijo Kiely—. Le pedí al rey Fernando que nos enviara a Cádiz, para estar con nuestro propio ejército y entre los nuestros, pero en vez de eso él nos envió con Wellington. No queremos estar aquí, pero tengo órdenes del rey y obedezco esas órdenes.

—Entonces dé a sus hombres la orden real de no desertar —dijo Sharpe con ingenio.

—¡Se aburren! ¡Están preocupados! ¡Se sienten traicionados! —Kiely se estremeció, no tanto por la emoción como porque justo acababa de levantarse de la cama, y aún estaba intentando sacudirse la resaca mañanera—. No han venido aquí a recibir instrucción, Sharpe —gruñó—, sino a luchar. Son hombres orgullosos, un cuerpo de guardia, no un hatajo de reclutas bisoños. Su trabajo es luchar por el rey, demostrar a Europa que Fernando todavía puede morder.

Sharpe señaló hacia el este.

—¿Ve esa pista, milord? ¿La que sube hasta esa loma en las colinas? Lleve a sus hombres allí arriba, marche con ellos doce horas, y le garantizo que tendrá su lucha. A los franceses les encantará. Para ellos será más fácil que combatir contra los chicos de un coro. ¡La mitad de sus hombres ni siquiera tiene mosquetes que puedan disparar! Y la otra mitad no sabe ni usarlos. ¿Y usted dice que no necesitan instrucción? ¡He visto compañías de milicianos en Inglaterra que tenían mejor instrucción! Y lo único que hacen esos cabrones fofos de los milicianos es desfilar en la plaza del mercado una vez por semana, y después tocar a retreta hasta la tabernucha más cercana. Sus hombres no tienen instrucción, milord, crea usted lo que crea, pero déjemelos un mes y los volveré más peligrosos que una puñetera cuchilla.

—Sólo les falta práctica —dijo Kiely en voz baja. Su inmenso orgullo no le permitía admitir que Sharpe tenía razón, y que sus renombrados guardias de palacio habían perdido el tono militar. Se volvió y miró a sus hombres, que hacían maniobras sobre las losas cubiertas de hierbajos de la plaza del fuerte. Más allá de la Compañía, muy cerca de las torres de entrada, los mozos de cuadra traían caballos ensillados preparados para los ejercicios ecuestres de mediodía de los oficiales, y justo al lado de la puerta, en una zona de losas bien pulidas, el padre Sarsfield enseñaba el Catecismo a algunos niños de la Compañía. Estaba claro que el proceso de

aprendizaje implicaba muchas carcajadas; de hecho, Sharpe se había dado cuenta de que, a dondequiera que fuese el capellán, lo seguía el buen humor—. Sólo con que se les diera una oportunidad —decía Kiely sobre sus hombres—, lucharían.

—De eso estoy seguro —dijo Sharpe—, y perderían. ¿Qué quiere de ellos? ¿Que se suiciden?

—Si es necesario —dijo Kiely en serio. Había estado mirando hacia el este, al territorio en manos del enemigo, pero ahora miraba a los ojos de Sharpe—. Si es necesario —dijo otra vez—, sí.

Sharpe miró fijamente el joven rostro disoluto y enfermizo.

—Está usted loco, milord.

A Kiely no le ofendió la acusación.

—¿Diría que la defensa de Roncesvalles que hizo Roldán fue el suicidio de un loco? ¿Acaso los espartanos de Leónidas no hicieron más que desperdiciar sus vidas empujados por la estulticia? ¿Y qué hay de su propio sir Richard Greenville? ¿Sólo estaba loco? Hay ocasiones, Sharpe, en que el renombre y la fama imperecedera sólo pueden provenir de un gesto grandioso —señaló las lejanas colinas—. Por allí hay trescientos mil franceses, y ¿cuántos ingleses hay aquí? ¿Treinta mil? La guerra está perdida, Sharpe, está perdida. Un gran reino cristiano va a caer en la mediocridad, y todo por culpa de un corso advenedizo. Toda la gloria, todo el valor y el esplendor de un mundo de realeza está a punto de convertirse en algo banal y de mal gusto. Todas las cosas desagradables y mezquinas, el republicanismo, la democracia, la igualdad, están saliendo a la luz y proclaman que pueden reemplazar todo un linaje de grandes reyes. Estamos asistiendo al final de la historia, Sharpe, y al principio del caos, pero quizá, sólo quizá, la guardia de la casa del rey Fernando pueda bajar el telón con un último acto de gloria esplendorosa. —Durante unos segundos, el borracho de Kiely había traicionado su yo más noble e inmaduro—. Para eso estamos aquí, Sharpe, para forjar una historia que aún se cuente cuando los hombres hayan olvidado hasta el nombre de Bonaparte.

—¡Por Cristo! —dijo Sharpe—, no me extraña que sus muchachos estén desertando. ¡Jesús! Yo también lo haría. Si voy a meter a un hombre en una batalla, milord, me gusta ofrecerle algo más que una posibilidad del cincuenta por ciento de salir de ella con el pellejo intacto. Si quisiera matar a esos pobres cabrones, me bastaría con estrangularlos mientras duermen. Es más piadoso. —Se dio la vuelta y observó a la Real Compañía Irlandesa. Los hombres se turnaban para usar los cerca de cuarenta mosquetes que funcionaban y, quitando un puñado de excepciones, casi todos ellos eran unos inútiles disparando. Un buen soldado podía disparar un mosquete de ánima lisa cada veinte segundos, pero con suerte aquellos hombres disparaban una bala cada cuarenta segundos. Los guardias habían pasado demasiado tiempo llevando pelucas empolvadas y montando guardia delante de puertas doradas,

el tiempo suficiente para desaprender las destrezas básicas de cebar, atacar, disparar y cargar de nuevo—. Pero yo los entrenaré —dijo Sharpe cuando el eco de otra descarga rezagada se había extinguido dentro del fuerte—, y también haré que esos cabrones dejen de desertar. —Sabía que estaba socavando la estratagema de Hogan, pero a Sharpe le gustaban la tropa y las filas de la Real Compañía Irlandesa. Eran soldados como los demás, puede que no tan bien instruidos, pero la mayoría de los hombres ponía bastante voluntad, en eso no cabía malentendido posible, e iba contra los principios de Sharpe traicionar a unos hombres buenos. Quería darles una instrucción. Quería convertir a la Compañía en una unidad de la que cualquier ejército pudiera enorgullecerse.

—¿Y cómo hará que dejen de desertar? —preguntó Kiely.

—Con mi propio método —dijo Sharpe—, y usted no quiere saber cuál es, milord, porque no es un método del que Roldán se hubiera sentido orgulloso.

Lord Kiely no respondió a la última pulla de Sharpe. En vez de contestar, miró fijamente hacia el este, a algo que acababa de llamar su atención. Sacó un pequeño catalejo de un bolsillo de su uniforme, lo abrió con una sacudida y lo orientó más allá del ancho valle, hacia donde Sharpe, bajo el radiante sol de la mañana, sólo podía distinguir la figura de un jinete solitario avanzando por la pista que bajaba en zigzag desde la loma.

—¡Caballeros! —gritó a sus oficiales—. ¡A los caballos! —El lord, recuperado por una súbita excitación, bajó corriendo por una de las rampas para munición y gritó a un mozo que le trajera su gran semental negro.

Sharpe se volvió hacia el este y sacó su propio catalejo. Tardó uno o dos segundos en enfocar el pesado instrumento, pero después se las arregló para enfocar al distante jinete con la lente. Vestía el uniforme de la Real Compañía Irlandesa, y también estaba metido en un lío. Hasta ese momento, el hombre había estado siguiendo el recorrido de la empinada pista, que serpenteaba ladera abajo hacia el valle, pero entonces abandonó el sendero y dirigió su caballo hacia la escarpada pendiente, atizando a la bestia con su fusta para que bajara por aquella peligrosa cuesta. Media docena de perros corrían delante del jinete, pero Sharpe estaba más interesado en lo que había provocado que el hombre se precipitara de pronto ladera abajo y con evidente peligro, así que alzó su catalejo hacia el horizonte y allí, recortados contra el acerado brillo del cielo despejado, vio dragones. Dragones franceses. El jinete solitario era un fugitivo, y los franceses lo seguían muy de cerca.

—¿Viene usted, Sharpe? —El coronel Runciman, montado en una yegua que parecía una bestia de tiro, había tenido la amabilidad de poner su caballo de repuesto a disposición de Sharpe. Runciman confiaba cada vez más en Sharpe como en un compañero para librarse de la necesidad de lidiar con el sardónico lord Kiely, cuyos agrios comentarios desanimaban constantemente al coronel—. ¿Sabe usted qué

demonios ocurre, Sharpe? —preguntó Runciman, mientras su adversario salía por la imponente puerta con un atribulado grupo de oficiales a caballo—. ¿Acaso estamos siendo atacados? —Lo que sin duda provocaba el poco frecuente derroche de energía del coronel era más el miedo que la curiosidad.

—Hay un tipo con el uniforme de la compañía que viene hacia nosotros, general, con una piara de gabachos pegada a sus talones.

—¡Válgame! —Runciman parecía alarmado. Como general vaguemaestre, había tenido pocas oportunidades de ver al enemigo, y no estaba seguro de querer remediar ahora esa carencia, pero no podía expresar su falta de coraje delante de los guardias, así que espoleó a su yegua, que avanzaba con paso torpe—. ¡Quédese cerca de mí, Sharpe! Como auxiliar, ya me entiende.

—Por supuesto, general —Sharpe, tan incómodo como siempre que montaba a caballo, siguió a Runciman por el puente de salida. El sargento Harper, intrigado por el entusiasmo que había agitado el fuerte con tan súbita actividad, llevó a la Real Compañía Irlandesa hasta las murallas, oficialmente para que montaran guardia, aunque en realidad lo hizo para que pudieran ver qué acontecimiento había causado aquel éxodo repentino entre los oficiales del San Isidro.

Para cuando Sharpe salvó el paso elevado sobre el foso medio cegado y persuadió a su caballo para que girara hacia el este saliendo de la calzada, la aventura ya parecía haber terminado. El fugitivo había cruzado el arroyo y estaba más cerca de la partida de rescate de lord Kiely que de sus perseguidores franceses, y como Kiely contaba con la asistencia de una docena de oficiales y sólo había media docena de dragones, era evidente que el jinete ya estaba a salvo. Sharpe vio cómo los perros correteaban excitados alrededor de la partida de rescate, y después se dio cuenta de que los perseguidores franceses vestían los misteriosos gabanes grises de la brigada del brigadier general Loup.

—Ese tipo ha tenido suerte de escapar, general —dijo Sharpe—, porque esos son los dragones de Loup.

—¿De Lupe? —preguntó Runciman.

—Del brigadier Loup, general. Es un franchute asqueroso que viste a sus hombres con pieles de lobo, y al que le gusta cortarles las pelotas a sus enemigos antes de que mueran.

—¡Oh, válgame! —Runciman empalideció—. ¿Está usted seguro?

—Más que seguro, general. La última vez que lo vi, amenazó con castrarme.

Runciman se vio obligado a darse fuerzas con un puñado de almendras garrapiñadas que llevaba en un bolsillo, y fue metiéndoselas en la boca de una en una.

—A veces me pregunto si no tendría razón mi querido padre —dijo entre bocados—, tal vez hubiera debido escoger una carrera eclesiástica. Habría sido un buen obispo, creo yo, aunque puede que la vida de obispo no fuese lo bastante completa

para un hombre con mi energía. Hay poco trabajo que hacer como prelado, Sharpe. Uno pronuncia algún que otro sermón, desde luego, y tiene que agradar a la gente más destacada del condado, y de vez en cuando alguien tiene que meter en cintura al clero menor, pero el trabajo no es mucho más que eso. Una vida con muy pocas exigencias, Sharpe, y, con toda sinceridad, la mayoría de palacios episcopales están habitados por hombres muy mediocres. Excepto mi querido padre, por supuesto. Oh, válgame, ¿qué está pasando?

Lord Kiely se había adelantado para recibir al fugitivo, pero, después de estrecharle la mano e intercambiar unas palabras precipitadas, el lord había espoleado su caballo para dirigirse hacia los perseguidores franceses que, al darse cuenta de que su presa había escapado, ya habían detenido sus caballos. Pero Kiely cruzó el arroyo, desenvainó su espada y lanzó un desafío a los franceses.

Todos los hombres del valle sabían cuál era la intención de Kiely. Estaba retando a un duelo al oficial enemigo. Los hombres juiciosos, como los de infantería, o cualquiera que tuviera una pizca de inteligencia, no aprobaban esa práctica, pero los de caballería a duras penas podían rechazar el desafío. Tomar parte en semejante combate requería orgullo y bravura, pero vencer en una lucha semejante suponía forjarse un nombre como guerrero, y cualquier regimiento de caballería de cualquier ejército contaba con oficiales cuya fama se había originado en un único duelo: un hombre contra un hombre, una espada contra una espada, en un duelo entre extraños que invitaba bien a la fama, bien a la muerte.

—Kiely está intentando que lo maten, general —dijo Sharpe a Runciman. Su voz sonó avinagrada, pero no podía negar cierta admiración desgana por Kiely, quien, al menos en aquel momento, se había librado de su resaca y de su malhumorada amargura para convertirse en el hombre que era cuando soñaba de día: el perfecto caballero y campeón del rey—. Kiely está empeñado en morir por la gloria —dijo Sharpe—. Quiere ser Roldán o aquel tipo espartano que zurró a los persas.

—Leónidas, Sharpe, el rey Leónidas —dijo Runciman—. Kiely es un excelente espadachín, Sharpe, todo hay que decirlo. Lo he visto practicando y ¡ni siquiera la bebida lo vuelve más lento! Pero hoy no vamos a ver nada de eso —dijo Runciman cuando Kiely se alejó de los inmóviles franceses—. ¡Ninguno de esos va a luchar! —Runciman parecía sorprendido, pero también un poco aliviado, por no tener que ser testigo de ningún derramamiento de sangre.

—Bueno, tampoco les ha dado mucho tiempo para aceptar —dijo Sharpe. Lo cierto era que Kiely sólo se había detenido un par de segundos, casi como si quisiera hacer el gesto de desafío, pero le asustara que cualquiera de sus enemigos pudiera aceptar su reto.

Entonces, de pronto, uno de los enemigos aceptó. Kiely ya había llegado a la orilla del arroyo cuando sonó un grito detrás de él, y un oficial de dragones salió a

caballo de entre sus compañeros. Kiely se giró sobre su silla y Sharpe hubiera jurado que el lord se puso lívido cuando el francés trotó hacia él.

—Oh, válgame —dijo Runciman alarmado.

Ahora Kiely no podía rechazar el enfrentamiento, no sin perder su reputación, así que se volvió hacia el dragón gris, que se quitó su pelliza, tiró de la visera de su casco para encajárselo y después desenvainó su larga espada de hoja recta. Se enrolló la correa de ésta en la muñeca, y luego mantuvo el filo recto para saludar al hombre que sería o bien su asesino o bien su víctima. Lord Kiely devolvió el saludo con su propia espada. Kiely debía de haber hecho el desafío como un gesto sin esperanzas de que fuese aceptado, pero ahora que se había comprometido a luchar no mostraba ni reticencia ni ansiedad.

—Esos dos son unos malditos imbéciles —dijo Sharpe—, y van a morir por nada —Runciman y él se habían reunido con los oficiales de la Real Compañía Irlandesa, igual que el padre Sarsfield, que había abandonado su clase de catecismo para seguir a Kiely hasta el valle. El sacerdote escuchó la burla de Sharpe, y dedicó al fusilero una mirada de sorpresa. El sacerdote, como Runciman, no parecía sentirse a gusto con el inminente duelo, y pasaba las cuentas de su rosario entre sus dedos regordetes mientras miraba a los dos jinetes, que se observaban separados por unos cincuenta metros. Lord Kiely terminó su saludo al bajar la espada y ambos hombres picaron los flancos de sus caballos con las espuelas.

—Ay, Señor —dijo Runciman, y se sacó otro puñado de almendras del bolsillo.

Los dos caballos se acercaron lentamente al principio. Sólo en el último momento sus jinetes los dejaron galopar. Ambos hombres eran diestros y, según le parecía a Sharpe, más o menos de la misma altura, aunque el caballo negro de lord Kiely tenía un buen palmo más de alzada.

El dragón lanzó la primera estocada. Parecía haber puesto toda su confianza en un golpe brutal y directo que habría descoyuntado a un buey, pero en el último momento contuvo el golpe para dar la vuelta al filo e intentar cortar así el desprotegido cuello de su enemigo. Fue tan rápido como un abrir y cerrar de ojos, y además a lomos de un caballo a galope tendido, y contra cualquier otro jinete hubiera funcionado, pero lo único que hizo lord Kiely fue girar su caballo hacia la montura de su oponente sin molestarse siquiera en detener el golpe. El caballo del dragón, que era más pequeño, vaciló cuando el peso del semental le golpeó los cuartos delanteros, y el ataque del francés se perdió en el aire; entonces los caballos se separaron, y los dos hombres tiraron de sus riendas. Kiely se volvió más deprisa y clavó espuelas para añadir al peso de su caballo la embestida de su espada. Sus maestros de armas siempre le habían enseñado que la punta era mejor que el filo, así que Kiely dirigió la punta de su espada al vientre del dragón gris, y por un instante Sharpe pensó que seguramente rompería la guardia del francés, pero de algún modo el dragón rechazó el ataque y, un

segundo después, el sonido del choque de ambas espadas llegó hasta los oficiales de la guardia real. Para cuando el eco del áspero sonido volvió desde las lejanas colinas, los dos caballos ya se habían separado veinte metros y estaban virando para atacarse de nuevo. Ninguno de los dos se atrevía a alejarse demasiado de su oponente para evitar ser perseguido y atacado por detrás, así que de ese momento en adelante el duelo sería cuerpo a cuerpo, y dependería tanto del entrenamiento de los dos caballos como de la destreza con la espada de los jinetes.

—Ay, Señor —dijo Runciman. Le aterraba ser testigo del horror de la agonía de un hombre, aunque no lograba apartar sus ojos del espectáculo. Era una visión tan antigua como la misma guerra: dos campeones enfrentándose a plena vista de sus camaradas—. Me maravilla que Kiely sea capaz de luchar —continuó Runciman—, si consideramos lo mucho que bebió anoche. Según mi cuenta, fueron cinco botellas de clarete.

—Es joven —dijo Sharpe en tono amargo—, y nació con habilidades naturales para montar a caballo y luchar con la espada. Pero según vaya envejeciendo, general, esas habilidades se echarán a perder y él lo sabe. Está viviendo un tiempo prestado, y por eso quiere morir joven.

—No puedo creer eso —dijo Runciman, y luego se encogió cuando los dos hombres se golpearon con sus espadas.

—Kiely debería ir a por el caballo de ese cabrón, no a por el hombre —dijo Sharpe—. Siempre puedes vencer a un jinete si dejas inservible su maldito caballo.

—No es ésa la manera en que lucha un caballero, capitán —dijo el padre Sarsfield. El sacerdote había acercado su caballo a los dos oficiales ingleses.

—Quien actúa como un caballero en el combate no tiene ningún futuro, padre —dijo Sharpe—. Si cree que en las guerras sólo deberían combatir caballeros, tendría que dejar de reclutar a gente sacada del arroyo como yo.

—No es necesario que mencione sus orígenes, Sharpe —contestó Runciman con tono de reproche—. Ahora es usted un oficial, ¡recuérdelo!

—Rezo para que llegue el día en que no luche ningún caballero ni ningún otro hombre —dijo el padre Sarsfield—. La guerra me resulta odiosa.

—Entonces, ¿por qué es capellán castrense? —preguntó Sharpe.

—Voy allá donde la necesidad es mayor —dijo el capellán—, y ¿dónde debería buscar un hombre de Dios para encontrar la mayor concentración de pecadores fuera de una prisión? En un ejército, diría yo, que suplica su presencia —Sarsfield sonrió, después dio un respingo cuando los duelistas cargaron de nuevo y sus largas espadas volvieron a chocar. El semental de lord Kiely agachaba la cabeza instintivamente para esquivar las armas que pasaban silbando por encima de sus orejas. Lord Kiely arremetió contra su oponente una vez más, y uno de los oficiales de la Compañía vitoreó al pensar que el lord había herido al francés, pero la espada sólo había

atravesado la manta que estaba enrollada en el arzón trasero de la silla del dragón. Kiely liberó su espada de la manta justo a tiempo para esquivar un malintencionado contragolpe de la pesada hoja del dragón.

—¿Cree usted que vencerá Kiely? —preguntó con ansiedad Runciman a Sharpe.

—Sólo Dios lo sabe, general —dijo Sharpe. Ahora los dos caballos pateaban en un reducido círculo, mientras los jinetes intercambiaban golpes. El sonido del acero era continuo, y Sharpe sabía que ambos hombres debían de estar cansados, pues luchar con las malditas espadas era un trabajo muy duro. Sus brazos estarían fatigados por el peso, y Sharpe podía sentir el resuello arañándoles la garganta, los gruñidos cuando chocaban sus aceros y el escozor que les produciría el sudor en los ojos. Y de vez en cuando, el capitán de los fusileros lo sabía, ambos hombres tendrían la extraña sensación de encontrarse con la mirada desapasionada del extraño al que estaban intentando matar. Las hojas chocaron y repiquetearon unos pocos segundos más, hasta que el dragón gris cedió en esa fase del enfrentamiento y clavó las espuelas en su caballo.

La montura del francés empezó a moverse hacia delante, pero metió uno de sus cascos en una conejera y tropezó. Kiely avanzó al ver su oportunidad. Descargó un fuerte golpe levantándose de su silla para añadir todo el peso de su cuerpo a la letal estocada, pero de algún modo el francés detuvo el ataque, aunque su fuerza casi lo tiró de la silla. Su fatigado caballo hacía esfuerzos por liberarse, mientras el dragón esquivaba una estocada tras otra.

De pronto, el francés abandonó su defensa y lanzó un duro golpe a Kiely. La punta de su espada alcanzó la empuñadura de la espada de su oponente, e hizo que éste la soltara. Kiely se había enrollado la correa de flecos de seda de su espada en la muñeca, así que la espada sólo quedó colgando, pero el lord tardaría unos segundos en volver a agarrar la empuñadura de piel de serpiente, y para poder disponer de ese tiempo alejó a su caballo a la desesperada. El francés se olió la victoria, y espoleó a su montura para que fuera tras su oponente.

Justo en ese momento, se oyó el disparo de una carabina. La detonación sorprendió a todos, y su eco rebotó desde la empinada ladera de la colina antes de que nadie hubiese reaccionado.

El dragón soltó un gemido cuando la bala lo alcanzó. El disparo había impactado justo entre sus costillas, y lo arrojó hacia atrás en su silla. El herido recuperó el equilibrio, y después sacudió la cabeza, pues no podía creer que alguien se hubiera entrometido en su duelo. La espada colgaba de su correa balanceándose, mientras sus compañeros protestaban a gritos porque alguien se hubiese atrevido a quebrantar la costumbre de dejar solos a los duelistas en el campo de batalla; en ese momento, el dragón abría la boca, y un borbotón de sangre oscura manchó la pechera de su casaca gris al tiempo que se desplomaba sobre los cuartos traseros de su caballo.

Lord Kiely, estupefacto, echó un vistazo hacia los dragones, que sedientos de venganza avanzaban hacia su compañero caído, y después cruzó el arroyo a toda prisa.

—No lo entiendo... —dijo el coronel Runciman.

—Alguien ha roto las reglas, general —dijo Sharpe—, y al hacerlo ha salvado el pellejo a Kiely. Era hombre muerto hasta que sonó ese disparo. —Los franceses seguían protestando a gritos, y uno de ellos cabalgó hasta la orilla del arroyo y retó a cualquiera de los oficiales aliados a enfrentarse a él en un segundo duelo. Nadie aceptó su oferta, así que empezó a gritar pullas e insultos, que Sharpe consideró merecidos, porque quienquiera que hubiese disparado la carabina había matado al francés injustamente—. Pero, ¿quién demonios ha disparado? —preguntó Sharpe en voz alta.

Había sido el oficial que había llegado con los dragones franceses pisándole los talones, y cuya llegada al valle había provocado el duelo que había terminado de manera tan poco deportiva. Sharpe pudo ver la carabina en manos del fugitivo, pero lo que le sorprendió fue que nadie estuviera reprendiendo al oficial por inmiscuirse en el duelo. En vez de hacerlo, los otros oficiales de la Real Compañía Irlandesa se apiñaban alrededor del recién llegado, dando evidentes muestras de bienvenida. Sharpe llevó un poco más cerca su caballo para ver que el fugitivo era un oficial joven y esbelto, con lo que creyó que era un penacho de brillante y negra crin de caballo bajándole por la espalda, pero después se dio cuenta de que no era crin en absoluto, sino su melena, y que el oficial tampoco era un oficial, sino una mujer.

—Iba a agarrar su pistola —dijo la mujer a modo de explicación—, así que le disparé.

—¡Bravo! —gritó uno de los maravillados oficiales. El francés que lanzaba insultos desde el arroyo se alejó disgustado.

—¿Es ése...? ¿Es ella...? ¿Es una...? —preguntaba Runciman incoherente.

—Es una mujer, general —dijo Sharpe en tono cortante.

—¡Ay, válgame, Sharpe! Así que él... ella es...

Era, además, una mujer impresionante, pensó Sharpe, y su tremendo atractivo destacaba aún más al ir vestida con un uniforme masculino que algún sastre había adaptado a su estilizada figura. Se quitó su sombrero con penacho para saludar a lord Kiely, y después se inclinó para besarlo.

—Ella es la querida, general —dijo Sharpe—. El mayor Hogan ya me había hablado de ella. Colecciona uniformes de los regimientos de todos sus amantes.

—Oh, Señor. ¿Quiere decir que no están casados y nos la van a presentar? —preguntó Runciman alarmado, pero era demasiado tarde para escapar, pues lord Kiely ya estaba haciendo señas a los dos oficiales ingleses para que se acercaran. Presentó primero al coronel Runciman, después señaló a Sharpe con un gesto.

—El capitán Richard Sharpe, querida mía, nuestro tutor en combate moderno — Kiely ni siquiera intentó disimular la burla cuando describió así a Sharpe.

—Señora —dijo Sharpe con torpeza. Juanita dedicó a Runciman una mirada fulminante, después inspeccionó a Sharpe durante largo rato mientras su jauría de perros de caza olfateaba las ancas de su caballo. La mirada de la mujer no fue amable, y al final se dio la vuelta sin reconocer siquiera la presencia del fusilero—. ¿Por qué disparó al dragón, señora? —preguntó Sharpe, buscando la provocación.

Ella se volvió hacia Sharpe.

—Porque iba a disparar a milord Kiely —contestó ella desafiante—. Vi que iba a coger su pistola.

No había visto nada de eso, pensó Sharpe, pero no conseguiría nada poniendo en entredicho su descarada mentira. Había tenido que disparar para salvar la vida de su amante, nada más, y a Sharpe le produjo una punzada de celos que el haragán de Kiely hubiera encontrado a una mujer fresca, desafiante y notable. No era una belleza, pero había algo en su rostro inteligente y felino que inquietaba a Sharpe, aunque hubiera preferido ir de cabeza al infierno antes que dejar que ella supiera que tenía tal poder sobre él.

—¿Viene de muy lejos, señora? —preguntó.

—De Madrid, capitán —dijo ella fríamente.

—¿Y los franceses no la han detenido? —preguntó Sharpe mordaz.

—Parece que no necesito permiso de los franceses para viajar por mi propio país, capitán, y tampoco necesito dar explicaciones en mi propio país a impertinentes oficiales ingleses —y se alejó, llamando a sus podencos para que la siguieran.

—Parece que no le gusta usted, Sharpe —dijo Runciman.

—El sentimiento es mutuo, general —dijo Sharpe—. No me fiaría un ápice de esa mala pécora. —En gran parte eran los celos los que le hacían hablar así, y él lo sabía.

—Aun así, es una mujer de muy buen ver, ¿no le parece? —La voz de Runciman sonaba nostálgica, como si entendiese que no sería él el hombre que donará un uniforme del 37.9 de Línea al guardarropa de Juanita—. No sabría decir si había visto nunca a una mujer vistiendo calzones —dijo Runciman—, por no mencionar lo de montar a la inglesa. No es que sea muy frecuente en Hampshire.

—Pues yo nunca he visto que una mujer cabalgara de Madrid a Portugal sin sirvientes o un montón de equipaje —dijo Sharpe—. No despierta mi confianza, general.

—¿Quién no despierta su confianza, Sharpe? —preguntó lord Kiely, que regresaba hacia donde estaban los oficiales ingleses.

—El brigadier Loup, señor —mintió Sharpe con mucha labia—. Le estaba explicando al general Runciman el significado de los uniformes grises de esos dragones —Sharpe señaló a los franceses, que ahora estaban llevándose el cuerpo del

hombre muerto hacia la colina.

—¡El uniforme gris no ayudó hoy a ese dragón! —Kiely aún estaba animado por el duelo, y parecía no sentir vergüenza alguna por la forma en que había acabado. Su rostro parecía rejuvenecido y más atractivo, como si la llegada de su amante hubiera devuelto el brillo de la juventud al rostro deteriorado por la bebida de Kiely.

—Tampoco le ayudó ser caballeroso —dijo Sharpe con acritud. Runciman, temeroso de que las palabras de Sharpe provocaran otro duelo, chistó a modo de reproche.

Kiely tan sólo miró a Sharpe con desprecio.

—Fue él quien rompió las reglas de la caballeridad, Sharpe. ¡No yo! Era evidente que ese hombre iba a agarrar su pistola. Creo que sabía que estaría muerto en el momento en que yo recuperase mi espada. —Su gesto desafiaba a Sharpe a contradecir sus palabras.

—Es curioso con cuánta rapidez la caballeridad se vuelve sórdida, ¿verdad, milord? —fue lo único que dijo Sharpe—. Pero la guerra también es sórdida. Puede que comience con intenciones caballerizas, pero siempre termina con hombres destripados por balas de cañón llamando a gritos a sus mamás. Puede vestir a un hombre de escarlata y dorado, milord, y contarle que la suya es una noble causa, pero aun así terminará desangrándose hasta la muerte y cagándose encima por el pánico. La caballeridad es una patraña, milord, porque es lo más sórdido y sangriento que hay sobre la tierra.

Kiely, que aún tenía la espada en la mano, la introdujo ahora en su vaina.

—No necesito que me dé usted lecciones de caballeridad, Sharpe. Su tarea es la de ser instructor, y evitar que mis granujas deserten. Si es que realmente puede evitarlo.

—Sí puedo hacerlo, milord —prometió Sharpe—. Sí puedo hacerlo.

Y esa noche se dispuso a cumplir su palabra.



Desde San Isidro, Sharpe se dirigió hacia el sur siguiendo la espina dorsal de las colinas, que iban haciéndose cada vez más bajas a medida que se acercaban al camino que cruzaba la frontera. Allí donde las colinas se convertían en una interminable tierra de praderas, había un pueblecito de angostas y retorcidas callejuelas, huertos con muretes de piedra y casitas bajas que se abigarraban desde el caudal de un riachuelo hasta un promontorio rocoso, donde los entretejidos palitos de un nido de cigüeña coronaban el campanario de la iglesia del pueblo. La población se llamaba Fuentes de Oñoro, el pueblo que había provocado la ira de Loup, al morir allí dos de sus hombres durante el invierno pasado, y estaba a sólo tres kilómetros del cuartel general de Wellington, en la ciudad de Vilar Formoso. Esa cercanía preocupaba a

Sharpe, que temía que su misión pudiera ser puesta en duda por algún inquisitivo oficial del Estado Mayor, pero las únicas tropas inglesas de Fuentes de Oñoro estaban conformadas por un pequeño piquete del 60.9 Regimiento de Fusileros, destacado justo al norte del pueblo, que ni siquiera se dio cuenta del paso de Sharpe. En la orilla este del riachuelo, había unas casas desperdigadas, jardines y huertos vallados, además de una pequeña capilla, todo ello separado del pueblo por una pasarela de bloques de piedra apoyados en unas peñas que se levantaban junto a un vado, donde una patrulla de caballería de la Legión Alemana del Rey estaba abrevando sus caballos. Los alemanes advirtieron a Sharpe de que no había tropas aliadas en la otra orilla.

—Por ahí no hay más que franceses —dijo el capitán de caballería y después, cuando supo quién era Sharpe, insistió en compartir una petaca de brandy con el fusilero. Intercambiaron noticias sobre Von Lossow, un amigo de Sharpe de la Legión Alemana del Rey; después, el capitán ordenó a sus hombres alejarse del riachuelo y seguir la larga y recta calzada que llevaba a Ciudad Rodrigo.

—Estoy buscando problemas —dijo mirando hacia atrás mientras subía a la silla de su montura—, y, con ayuda de Dios, ¡los encontraré!

Sharpe tomó el camino contrario, y subió por una calle del pueblo hasta una diminuta posada que servía un recio vino tinto. No valía mucho como posada, pero Fuentes de Oñoro tampoco valía mucho por aquel entonces como pueblo. El lugar caía justo dentro de la frontera española, y había sido saqueado por los franceses en su marcha hacia Portugal, y después lo habían barrido de nuevo ala vuelta, así que los habitantes desconfiaban con razón de todo hombre que llevara uniforme de soldado. Sharpe sacó su odre de vino del interior cargado de humo de la posada a una pequeña huerta, donde se sentó bajo un emparrado con el tronco a medio cortar. El daño parecía no haber afectado a la planta, de la que brotaban nuevos y vigorosos zarcillos y brillantes hojas frescas. Se quedó allí adormilado, casi demasiado cansado como para alzar el odre.

—Los franceses intentaron cortar la parra —dijo de pronto una voz en español detrás de Sharpe—. Intentaron destrozarlo todo esos cabrones. —El hombre eructó. Fue un eructo poderoso, lo bastante potente como para despertar a un gato que dormía en la parte más lejana del murete del huerto. Al volverse, Sharpe vio una criatura gigantesca vestida con unas mugrientas calzas pardas, una camisa de algodón manchada de sangre, un gabán verde de dragón francés, cuyas costuras estaban todas reventadas para acomodarse al volumen de su nuevo dueño, y un delantal de cuero ennegrecido de sangre seca. Aquel hombre y sus ropas apestaban a comida rancia, mal aliento, sangre reseca y putrefacción. De su cinturón colgaba un anticuado sable sin vaina con una hoja tan oscura, gruesa y mellada que parecía más bien una alabarda; también llevaba una pistola de arzón, un cuchillito con mango de hueso y

un silbato de madera—. ¿Es usted el capitán Sharpe? —preguntó el hombretón cuando Sharpe se incorporó para saludarlo.

—Sí.

—Y mi silbato le dice quién soy yo, ¿no es así?

Sharpe negó con la cabeza.

—Pues no.

—¿Quiere decir que en Inglaterra los castradores no anuncian su llegada con un toque de silbato?

—Nunca oí que lo hicieran de esa forma —contestó Sharpe.

El Castrador se dejó caer pesadamente sobre un banco delante de Sharpe.

—¿No usan silbatos? ¿Dónde estaría yo sin mi pequeño silbato? Así aviso en los pueblos de que estoy llegando. Yo silbo, los pueblerinos sacan sus marranos, sus reses y sus potros, y yo saco mi cuchillito con mango de hueso. —El hombre hizo un movimiento rápido con su hoja de perversa curvatura, y soltó una carcajada. Había traído su propio odre de vino, y se echó un chorro al colete antes de sacudir la cabeza con compungida nostalgia—. Y en los viejos tiempos, amigo mío —siguió diciendo melancólico—, las madres me traían a sus niñitos para que los capara y, dos años después, los muchachos viajaban a Lisboa o a Madrid ¡y cantaban con tanta dulzura! Mi padre capó a muchos niños. ¡Uno de sus jovencitos hasta cantó para el Papa! ¿Se lo imagina? ¡Para el Papa de Roma! Y todo gracias a este cuchillito. —Pasó el dedo por el filo del cuchillo de mango de hueso.

—Y los niños morirían alguna vez —supuso Sharpe.

El Castrador se encogió de hombros.

—Los niños son fáciles de reemplazar por estos lares, amigo mío. Uno no se puede permitir ser sentimental con los niños pequeños. —Se echó otro chorro de vino a su inmenso gaznate—. Tuve ocho hijos, sólo sobrevivieron tres y eso, créame usted, son dos de más.

—¿Ninguna hija?

—Cuatro. —El Castrador se quedó en silencio por unos instantes y después suspiró—. Ese cabrón francés de Loup se las llevó. ¿Ha oído hablar de Loup?

—Lo conozco.

—Se las llevó y se las entregó a sus hombres. Al Lobo y a sus hombres les gustan las niñas. —Llevó la mano al cuchillo que llevaba ya en el cinturón, después dedicó a Sharpe una larga mirada pensativa—. Así que usted es el inglés de La Aguja.

Sharpe asintió.

—¡Ah! ¡Teresa! —El español suspiró—. Nos enfadamos al oír que se había liado con un inglés, pero ahora que lo veo, capitán, puedo entenderlo. ¿Cómo está ella?

—Luchando contra los franceses cerca de Badajoz, pero envía saludos. —De hecho, hacía semanas que Teresa no escribía a Sharpe, pero su nombre era un

talismán entre todos los partisanos, y había sido suficiente para arreglar este encuentro con el hombre que había sido derrotado completamente por el brigadier de los dragones grises. Loup había sometido aquella parte de la frontera española y, dondequiera que fuese, Sharpe oía mencionar el nombre del francés con un odio temeroso. Cualquier rastro de destrucción era culpa de Loup, cualquier muerte, cualquier casa quemada, cualquier inundación, cualquier niño enfermo, cualquier colmena robada, cualquier ternero malogrado, cualquier helada tardía... Todo era obra del Lobo.

—Ella debe de estar orgullosa de usted, inglés —dijo el Castrador.

—¿Debe? —preguntó Sharpe—. ¿Por qué?

—Porque el Lobo ha puesto precio a su cabeza —dijo el Castrador—. ¿No lo sabía?

—No, no lo sabía.

—Cien dólares de plata —dijo el Castrador sin prisa, con deleite, como si él mismo se sintiese tentado por el precio.

—Una miseria —dijo Sharpe desdeñoso. Veinticinco libras eran una pequeña fortuna para la mayoría de la gente, de hecho era la paga de un año bueno para la mayoría de los trabajadores, pero aun así Sharpe consideraba que su vida valía más que eso—. La recompensa por la cabeza de Teresa es de doscientos dólares —dijo con resentimiento.

—Pero los partisanos matamos más franceses que ustedes los ingleses —dijo el Castrador—, así que es justo que tengamos más valor. —Por diplomacia, Sharpe se abstuvo de preguntar si se había puesto algún precio a la greñuda y sin duda piojosa cabeza del Castrador. Sharpe sospechaba que aquel hombre había perdido la mayor parte de su poder por sus derrotas, pero pensó que al menos él vivía, mientras que la mayoría de sus hombres había muerto a manos del Lobo, después de haber sido torturados de la misma forma en que el Castrador trataba a sus cautivos. Había veces en que Sharpe se alegraba mucho de no combatir a los partisanos.

El Castrador volvió a levantar el odre, se llenó la boca de vino, lo tragó, eructó y después exhaló el aire resultante en dirección a Sharpe.

—¿Para qué quería verme, inglés?

Sharpe le contó su plan. El relato duró bastante, porque el Castrador era un hombre rudo sin muchas luces, y Sharpe tuvo que explicar varias veces sus requisitos antes de que el hombretón lo entendiera. Con todo, al Castrador pareció gustarle la idea.

—Entonces, ¿dice usted que esta noche?

—Así me gustaría. Y estaría agradecido.

—Pero ¿cómo de agradecido? —El Castrador lanzó una astuta mirada al inglés—. ¿Tengo que decirle lo que necesito? ¡Mosquetes! ¡O incluso rifles como ése! —Tocó

el cañón del rifle Baker de Sharpe, que estaba apoyado en el tronco de la parra.

—Puedo traerle mosquetes —dijo Sharpe, aunque todavía no sabía cómo. La Real Compañía Irlandesa necesitaba mosquetes con mucha más desesperación que aquel enorme carnicero, y Sharpe ni siquiera sabía cómo iba a suministrarles aquellas armas. Hogan nunca accedería a entregar mosquetes nuevos a la Real Compañía Irlandesa, aunque, si Sharpe iba a convertir a la guardia palaciega del rey Fernando en una unidad de infantería decente, necesitaría conseguirles armas de alguna manera—. No puedo conseguir rifles —dijo—, pero sí mosquetes. Pero necesitaré una semana para ello.

—Que sean mosquetes, pues —accedió el Castrador—, y hay una cosa más.

—Dígame —dijo Sharpe con recelo.

—Quiero venganza por lo de mis hijas —dijo el Castrador con un extraño brillo en los ojos—. Quiero que el brigadier Loup y este cuchillo se encuentren —levantó la pequeña hoja de mango de hueso—. Quiero que me ayude, inglés. Teresa dice que usted sabe luchar, así que luche conmigo y ayúdeme a capturar al Lobo.

Sharpe sospechaba que aquella segunda petición sería aún más difícil de cumplimentar que la primera, pero aceptó de todas formas.

—¿Sabe dónde se puede encontrar a Loup?

El Castrador asintió.

—Tiene su guarida en un pueblo llamado San Cristóbal, aunque no siempre está allí. Expulsó a los habitantes, bloqueó las calles y fortificó las casas. Una comadreja no se puede acercar sin que la localicen. Sánchez dice que se necesitarían mil hombres y una batería de artillería para tomar San Cristóbal.

Sharpe rezongó al oír las noticias. Sánchez era uno de los mejores líderes de la guerrilla, y si ese partisano consideraba que San Cristóbal era prácticamente inexpugnable, Sharpe lo creía.

—Dice usted que no siempre está en San Cristóbal, ¿tiene otras «guaridas» habituales?

—Va a donde le apetece, señor —dijo el Castrador de mala gana—. Unas veces se apodera de un pueblo por un par de noches, otras destacaba a sus hombres en el fuerte en el que ahora tiene usted a sus hombres, y otras usaba el fuerte Concepción. Loup, señor, sigue su propia ley —el Castrador se detuvo—. Pero La Aguja dice que también usted lo hace. Si hay alguien que pueda derrotar al Lobo, señor, ese debe de ser usted. Y hay un lugar cerca de San Cristóbal, un desfiladero, donde se puede tender una buena emboscada.

El Castrador ofreció aquel último detalle como incentivo, pero Sharpe ignoró el señuelo.

—Haré todo lo que un hombre pueda hacer —prometió.

—Entonces yo le ayudaré esta noche —aseguró el Castrador a Sharpe en

respuesta—. Busque mi regalito por la mañana, señor —dijo; después se puso en pie y gritó una orden a los hombres que, ahora era evidente, había dejado fuera de la posada. La callejuela se inundó de ruido de cascos—. Y la semana que viene —añadió el partisano—, vendré a por mi recompensa. No me defraude, capitán.

Sharpe vio cómo se marchaba aquel bruto, y después levantó su odre. Se sintió tentado de vaciarlo, pero sabía que una panza llena de vino peleón haría el doble de duro su camino de regreso a San Isidro, así que, en vez de vaciarlo en su gznate, vertió el líquido sobre las raíces de la dañada parra. Quizá, pensó, ayudaría a que la vid se curara a sí misma. Vino a las uvas, cenizas a las cenizas y polvo al polvo. Recogió su sombrero, se colgó su rifle y se preparó para la larga caminata hasta el fuerte.



Aquella noche, a pesar de las precauciones del capitán Donaju, desertaron tres guardias más. Lo habrían intentado más hombres, pero, poco después de medianoche, una serie de gritos aterradores resonó desde el valle, y cualquier otro hombre con la tentación de probar suerte cruzando la frontera decidió esperar a otro día. Al alba del día siguiente, cuando el fusilero Harris guiaba un convoy montaña abajo para recoger agua del arroyo y aumentar así la poca que proporcionaba el pozo del fuerte, encontró a los tres hombres. Cuando Volvió al lado de Sharpe su rostro estaba pálido como la luna.

—¡Es horrible, señor, horrible!

—¿Ve ese carro de ahí? —Sharpe señalaba un carro de mano al otro lado del patio del fuerte—. Bájelo allí, súbalos en él y tráigalos de vuelta.

—¿Tenemos que hacerlo? —preguntó el fusilero Thompson, horrorizado.

—Sí, maldita sea. Por cierto, Harris.

—¿Señor?

—Ponga esto con ellos en el carro. —Sharpe tendió a Harris un saco con un pesado bulto dentro. El fusilero empezó a desatar la abertura del saco—. Aquí no, Harris —dijo Sharpe—, hágalo allí. Y que sólo usted y nuestros muchachos vean lo que hace.

Hacia las ocho en punto, Sharpe tenía en formación a los ciento veintisiete guardias restantes, junto con todos sus oficiales más jóvenes. Sharpe era el único oficial veterano que quedaba en el fuerte, pues tanto lord Kiely como el coronel Runciman habían pasado la noche en el cuartel general del ejército, a donde habían acudido para solicitar mosquetes nuevos y munición al subcomisario general. El padre Sarsfield estaba visitando a un sacerdote amigo suyo en Guarda, mientras que los mayores de Kiely y tres de sus capitanes habían salido a cazar. Doña Juanita de Elia también había salido con sus podencos en busca de liebres, pero había rechazado

la compañía de los oficiales irlandeses.

—Yo cazo sola —dijo, y después se mofó de la advertencia de Sharpe sobre las patrullas francesas—. Escapé de todos los franceses de España. Preocúpese por usted mismo, no por mí —y salió a galope con todos sus perros trotando detrás.

Así que ahora, privada de sus oficiales más veteranos, la Real Compañía Irlandesa se alineaba en cuatro filas bajo una de las plataformas de artillería vacías que servía de tarima a Sharpe. La noche anterior había llovido y, sobre las desgastadas almenas, las banderas ondeaban desganadas al viento de la mañana, mientras Harris y Thompson maniobraban con el carro de mano para subirlo por una de las rampas que llevaban de los almacenes a las plataformas de artillería. Empujaron el vehículo con su siniestro cargamento hasta dejarlo junto a Sharpe, Y acto seguido empujaron sus varas hacia arriba para que el fondo del carro quedara frente a las cuatro filas. Se oyó una inspiración profunda, y después se elevó desde las filas un murmullo general. Al menos un guardia real vomitó mientras la mayoría apartaba la mirada o cerraba los ojos.

—¡Mírenlos! —les espetó Sharpe—. ¡Miren bien lo que contiene este carro!

Obligó a los guardias a mirar los tres cuerpos desnudos y mutilados, y procuró que vieran con claridad el sanguinolento agujero en el centro de cada cadáver y el rictus de terror y dolor de cada uno de los rostros muertos. Después, Sharpe metió el brazo por detrás de uno de los fríos hombros blancos y rígidos para sacar un casco de color gris acero con un penacho de crin de caballo gris. Lo colocó en una de las varas levantadas del carro. Era el mismo casco que Harris recogió como recuerdo en el poblado de montaña donde Sharpe había descubierto a sus habitantes masacrados, y donde Perkins había conocido a Miranda, que ahora seguía al fusilero con una devoción conmovedora y patética. Era el mismo casco que Sharpe le había devuelto a Harris dentro de un saco aquella misma mañana.

—¡Miren bien esos cuerpos! —ordenó Sharpe a la Real Compañía Irlandesa—. ¡Y escuchen! Los franceses creen que hay dos tipos de personas en España: los que están a su favor y los que están contra ellos, y no hay un solo hombre entre ustedes que pueda escapar a ese juicio. O bien luchan con los franceses o bien luchan contra ellos, y eso no es algo que haya decidido yo, es lo que los franceses han decidido — señaló los tres cuerpos—. Esto es lo que hacen los franceses. Saben que ahora están ustedes aquí. Les están vigilando, se preguntan quiénes y qué son ustedes, y hasta que consigan respuestas los tratarán como a enemigos. Y así es cómo tratan los franceses a sus enemigos. —Señaló los ensangrentados agujeros cortados en la entrepierna de los hombres muertos—. Esto les deja a ustedes tres opciones —continuó Sharpe—. Pueden huir hacia el este y hacer que los gabachos les rebanen su hombría, o pueden huir hacia el oeste y arriesgarse a ser arrestados por mi ejército y a ser fusilados por desertores, o bien pueden permanecer aquí y aprender a ser soldados de verdad. Y no

me cuenten que ésta no es su guerra. Ustedes hicieron el juramento de servir al rey de España, y el rey de España está prisionero en Francia y se supone que ustedes son su guardia real. Por Dios, esta guerra es mucho más suya que mía. Yo nunca hice el juramento de proteger a España, nunca tuve una mujer violada por los franceses ni un niño asesinado por un dragón, ni una cosecha robada y una casa quemada por una partida de exploradores franchutes. Su país ha sufrido todas estas cosas, pues su país de acogida es España, y si prefieren ustedes luchar por Irlanda antes que por España, en el nombre de Dios altísimo, ¿por qué hicieron el juramento español?

Se detuvo. Sabía que no todos los hombres de la Compañía eran desertores en ciernes. Muchos, como el propio lord Kiely, querían luchar, pero había suficientes facciosos como para socavar la utilidad de la Compañía, Y Sharpe había decidido que aquel tratamiento de choque era la única manera de forzar la obediencia de los facciosos.

—¿O acaso un juramento no significa nada para ustedes? —demandó Sharpe—. Porque voy a decirles lo que el resto del ejército piensa de ustedes, y me refiero al resto de este ejército, incluidos las tropas de asalto de Connaught y los dragones de Inniskilling, así como el Real Regimiento Irlandés, el Real Regimiento del Condado de Down y el Regimiento Irlandés del Príncipe de Gales, el Regimiento de Tipperary y el Regimiento del Condado de Dublín, y por supuesto el Regimiento Irlandés del Duque de York. Dicen de ustedes que son blandos, que han perdido la capacidad de luchar. Dicen que son soldaditos con borlas, sólo buenos para vigilar un orinal en un palacio, pero no para luchar. Dicen que ustedes huyeron una vez de Irlanda y que volverán a huir. Dicen que son de tanta utilidad para un ejército como un coro de monjas cantarinas. Dicen que ustedes visten con afectación y que se han acostumbrado a los privilegios. Pero eso va a cambiar, porque algún día ustedes y yo entraremos juntos en combate ¡y ese día van a tener que ser buenos! ¡Buenos de cojones!

Sharpe odiaba soltar discursitos, pero había captado la atención de aquellos hombres, aunque fuera a costa de aquellos tres cadáveres castrados, y las palabras de Sharpe sin duda empezaron a hacer mella en ellos. Señaló hacia el este.

—Por ahí —dijo Sharpe, y retiró el casco de la vara del carro para alzarlo en alto—, hay un hombre llamado Loup, un francés, y dirige un regimiento de dragones que se autodenominan Los Lobos, que llevan estos cascos y los dejan como marca sobre los hombres a los que han matado. Así que, ¡vayamos a por ellos! Vayamos a demostrar que no existe en el mundo regimiento francés que pueda resistir a un regimiento irlandés, y hagámoslo juntos. Y vamos a hacerlo porque esta guerra es su guerra, y la única maldita elección que tienen que tomar es entre morir como perros capados o luchar como hombres. Ahora, háganse a la idea de lo que van a hacer, reflexionen y piensen cuál es su mundo. ¿Sargento Harper?

—¡Señor!

—Media hora para desayunar. Quiero una partida para enterrar a estos tres hombres, después empezaremos a trabajar.

—¡Sí, señor!

La mirada de Harris se encontró con la de Sharpe cuando el oficial se daba la vuelta.

—Ni una palabra, Harris —dijo Sharpe, empujando el casco contra el vientre del fusilero—, ni una puñetera palabra.

El capitán Donaju detuvo a Sharpe cuando éste se alejaba de las murallas.

—¿Y cómo luchamos sin mosquetes?

—Les conseguiré mosquetes, Donaju.

—¿Cómo?

—De la misma manera en que un soldado consigue todo lo que no se le ha entregado —dijo Sharpe—, robándolos.

Aquella noche no desertó ni un solo hombre.

A la mañana siguiente, aunque Sharpe no supo reconocerlo al principio, un nuevo lastre caería sobre las espaldas del capitán de fusileros.



—Qué mal asunto, Sharpe —dijo el coronel Runciman—. Dios mío, menudo mal asunto.

—¿A qué se refiere, general?

—¿Acaso no lo ha oído? —preguntó Runciman.

—¿Se refiere a lo de los mosquetes? —preguntó Sharpe, dando por sentado que Runciman debía de estar hablando de su visita al cuartel general del ejército, visita que había concluido en un predecible fracaso. Runciman y Kiely habían regresado sin mosquetes, sin munición, sin mantas, sin arcilla para hacer pipas, sin botas, sin petates y sin siquiera la promesa del dinero para la paga de la unidad. No cabía duda de que la negativa de Wellington iba dirigida a enfurecer a la Real Compañía Irlandesa, pero estaba claro que también causaría problemas a Sharpe. Podía poner todas sus energías en elevar la moral de los guardias, pero sin armas ni equipo aquella moral estaba condenada. Peor aún, Sharpe sabía que estaba muy cerca de las líneas enemigas y, si los franceses atacaban, no sería un consuelo saber que la derrota de la Real Compañía Irlandesa había sido parte del plan de Hogan, no si Sharpe estaba involucrado en el desastre. Puede que Hogan y Wellington quisieran a la Real Compañía Irlandesa destruida, pero Sharpe la necesitaba armada y peligrosa. Sabía que el brigadier Loup llamaría a la puerta tarde o temprano.

—No estaba hablando de los mosquetes, Sharpe —dijo Runciman—, sino de las noticias de Irlanda. ¿De verdad no ha oído nada?

—No, señor.

Runciman meneó la cabeza, haciendo que su papada se bamboleara.

—Al parecer hay nuevos problemas en Irlanda, Sharpe. Un mal asunto de mil demonios. Los malditos rebeldes están dando problemas, las tropas contraatacan y mueren mujeres y niños. El río Erne está obstruido por los cadáveres en Belleek. Se habla de violaciones. Ay, Señor. Y yo que creía que lo del 98 había terminado con el problema irlandés de una vez y para siempre, pues parece ser que no. Los malditos papistas están causando problemas de nuevo. Ay, Señor, Señor. ¿Por qué permite Dios que esos papistas prosperen? Nos hacen pasar amargas pruebas a nosotros, los cristianos. —Runciman resopló contrariado—. Parece que tendremos que romper algunas cabezas por allí de nuevo, igual que hicimos cuando Tone se rebeló en el 98.

Sharpe pensó que si el remedio había fracasado en 1798, era igual de probable que no fuese efectivo en 1811, pero consideró prudente no hacer esa observación.

—Podría significar problemas también aquí, general —prefirió decir—, cuando las tropas irlandesas se enteren...

—Por eso nosotros tenemos el látigo, Sharpe —le cortó Runciman.

—Puede que tengamos el látigo, general, pero no tenemos mosquetes. Me estaba preguntando, señor, cómo da órdenes a sus convoyes un general vaguemaestre.

Runciman miró a Sharpe con ojos desorbitados, pasmado por la, en apariencia, inapropiada pregunta.

—¡En papel, por supuesto, en papel! ¡Órdenes!

Sharpe sonrió.

—Usted todavía es general vaguemaestre, señor, ¿no es así? Porque aún no lo han reemplazado. Dudo que puedan encontrar a un hombre que ocupe su puesto como usted, señor.

—Muy amable de su parte al subrayar esa cuestión, Sharpe, muy amable —Runciman parecía ligeramente sorprendido de recibir un halago, pero intentó no demostrar demasiada poca familiaridad con la situación—. Y es probable que sea cierto —añadió.

—Me preguntaba, general, cómo podríamos desviar uno o dos carros de armamento hacia este fuerte.

Runciman miró boquiabierto a Sharpe.

—¿Quiere decir «robarlos»?

—Yo no lo llamaría robar, general —dijo Sharpe a modo de reproche—, no cuando van a ser empleados contra el enemigo. Sólo estamos reubicando un par de carros con equipo completo, señor, si sabe a lo que me refiero. Tarde o temprano, señor, el ejército tendrá que equiparnos, así que, ¿por qué no anticipamos ahora esa orden? Siempre podremos ponernos al día con el papeleo más tarde.

Runciman sacudió la cabeza con energía, descolocando las cuidadas y largas

guedejas de cabello que peinaba obsesivamente sobre su creciente calva.

—¡Eso no se puede hacer, Sharpe, no es posible! Va contra todos los precedentes. ¡Contra todas las disposiciones! ¡Maldita sea, hombre, es contrario a las regulaciones! ¡Podría enfrentarme a un consejo de guerra! ¡Piense en el deshonor! —Runciman se estremeció con sólo pensarlo—. Me sorprende, Sharpe —siguió diciendo—, incluso me decepciona, que haga usted semejante sugerencia. Sé que a usted se le negó la crianza de un caballero o incluso su educación, ¡pero esperaba mejores cosas de usted! Un caballero no roba, no miente, no humilla a una mujer, y honra a Dios y al rey. ¡Esos atributos no están por encima de usted, Sharpe!

Sharpe fue hacia la puerta de los aposentos de Runciman. El salón del coronel era el viejo cuarto de guardia de una de las torres de la entrada y, cuando las antiguas puertas de la fortaleza estaban abiertas, la entrada ofrecía una asombrosa vista hacia el sur. Sharpe se apoyó en una de las jambas de la puerta.

—¿Y qué sucede, general —preguntó cuando el sermón de Runciman se apagó—, cuando se pierde un carro? El Real Cuerpo de Suministros debe de perder muchos carros por culpa de los bandoleros.

—Pocos, muy pocos. Apenas uno; dos, quizá. Puede que unos pocos.

—Entonces... —empezó a decir Sharpe.

El coronel levantó una mano para interrumpir a Sharpe.

—¡Ni lo sugiera, Sharpe! Soy un hombre honesto, temeroso de Dios, y no me las ingeniaré para estafarle a la hacienda de Su Majestad un cargamento de mosquetes. No lo haré. Nunca me he dedicado a las falsedades, y no voy a empezar ahora. De hecho, le prohíbo expresamente que siga hablando de este tema, ¡y es una orden directa, Sharpe!

—Dos carros llenos de mosquetes —corrigió Sharpe—, y tres carretas de munición.

—¡No! Ya le he prohibido que hable del tema, y éste es el punto final. ¡No dirá usted nada más!

Sharpe sacó el cortaplumas que usaba para pulir las incrustaciones del percutor de su rifle. Desplegó la hoja y pasó su pulgar por el filo.

—El brigadier Loup sabe que estamos aquí ahora, general, y sin duda tomará represalias por aquel tipo joven que mató la puta de Kiely. No me sorprendería que intentara un ataque a San Isidro. Ahora, veamos, ¿cómo será? ¿Un asalto nocturno? Es probable. Cuenta con dos batallones completos de infantería, y todos y cada uno de esos cabrones intentarán ganarse la recompensa que Loup ha ofrecido por mi cabeza. Si yo fuera Loup, atacaría desde el norte, porque allí las murallas casi han desaparecido, y tendría a unos dragones esperando allí abajo para que degollaran a los supervivientes —Sharpe indicó con la cabeza la empinada carretera de acceso y después sonrió—. Sólo imagínese, ¿puede? Ser perseguido al alba por una partida

de dragones grises, todos ellos con cuchillos para castrar recién afilados en sus portapliegos.

Loup no nos dará cuartel, ya lo ve. No es que sea conocido por hacer prisioneros, general. Simplemente saca el cuchillo, le arranca los calzones y le rebana las...

—¡Sharpe! ¡Por favor! ¡¡Por favor!! —Pálido, Runciman miraba fijamente el cortaplumas de Sharpe—. ¿Tiene que ser usted tan gráfico?

—¡General! ¡Estoy planteando una cuestión grave! No puedo hacer frente a una brigada de franceses con mi puñado de fusileros. Conseguiría hacer frente a los hombres de Loup si los muchachos irlandeses tuvieran mosquetes, pero ¿sin mosquetes, bayonetas ni munición? —Sharpe sacudió la cabeza y después cerró el cortaplumas de un golpe—. Depende de usted, general, pero si yo fuera el oficial superior inglés en este fuerte, encontraría una manera de conseguir armas decentes tan rápidamente como fuera posible. A menos, claro está, que quisiera cantar todas las notas agudas en el coro de la iglesia si algún día volviera a Hampshire.

Runciman detuvo a Sharpe. Ahora el coronel estaba sudando, abrumado por una visión de franceses castradores que enloquecían en el interior del maltrecho fuerte.

—Pero no nos darán mosquetes, Sharpe. ¡Lo intentamos! ¡Kiely y yo lo intentamos juntos! Y ese incómodo general Valverde intercedió también por nosotros, pero el general de intendencia dice que hay escasez momentánea de armas. Yo... Yo esperaba que el general Valverde pudiera persuadir a Cádiz para que nos enviaran algunos mosquetes españoles.

Sharpe sacudió la cabeza ante la desesperación de Runciman.

—Pues tenemos que tomar prestados algunos mosquetes, general, al menos hasta que lleguen las armas españolas. Sólo necesitamos desviar un carro o dos con la ayuda de esos sellos que aún tiene usted.

—¡Pero no puedo dar órdenes al convoy de suministros, Sharpe! ¡Ya no! Tengo nuevos deberes, nuevas responsabilidades.

—Tiene usted demasiadas responsabilidades, general —dijo Sharpe—, porque es un hombre demasiado valioso, pero en realidad, señor, no debería estar preocupándose por los detalles. Su trabajo es ocuparse de las grandes decisiones, y dejar que yo me ocupe de las pequeñas —Sharpe lanzó al aire el cortaplumas y lo recogió plantándolo sobre la mesa—. Deje que me encargue de los gabachos si vienen, señor. Tiene usted cosas mejores que hacer.

Runciman se recostó en su silla plegable, haciendo que crujiera peligrosamente.

—Ahí tiene usted razón, Sharpe, tiene usted razón —Runciman dio un respingo al recapacitar sobre los peligros de la situación—. Pero, ¿imagine que sólo estoy anticipándome a una orden y no incumpliendo otra?

Sharpe miró fijamente al coronel con fingida admiración.

—Desearía tener su mente, general, de verdad. Ésa es una brillante manera de

exponerlo. «Anticipar una orden.» Me gustaría haber pensado en eso.

Runciman se hinchó como un pavo por el cumplido.

—Mi querida madre siempre afirmó que yo podía haber sido abogado —dijo con orgullo—, ¡incluso un lord canciller! Pero mi padre prefirió que siguiera una carrera honesta. —Desplegó unos papeles en blanco sobre su improvisado escritorio y empezó a redactar órdenes. De vez en cuando, el horror que le producía su conducta hacía que se detuviera, pero cada vez que pasaba Sharpe abría y cerraba la navajita, y el ruido hacía que el coronel mojara de inmediato la punta de su pluma en el tintero.

Y al día siguiente, cuatro carros tirados por bueyes con sus sorprendidos carreteros y sus plataformas llenas de armas, municiones y suministros llegaron al fuerte de San Isidro.

Por fin la Real Compañía Irlandesa estaba armada... Y pensando en amotinarse.

CAPÍTULO 4

A la mañana siguiente, justo después del alba, una delegación descubrió a Sharpe en el desierto extremo norte del fuerte. El sol atravesaba el valle en un corte limpio para dorar la neblina que ascendía desde el arroyo, donde Sharpe observaba cómo un aguilucho flotaba sin esfuerzo en la ligera brisa, con su mirada clavada en la ladera. Los ocho hombres de la delegación se detuvieron torpemente detrás de Sharpe, que, tras echar una amarga mirada a sus serios rostros, volvió a mirar hacia el valle.

—Hay conejos ahí abajo —dijo Sharpe sin dirigirse a nadie en concreto—, y a ese tonto pajarraco se le escapan en la neblina.

—Pero no pasará hambre por mucho más tiempo —dijo Harper—. Nunca vi ningún halcón que fuese más tonto que un conejo. —El sargento casaca verde era el único delegado de la compañía de Sharpe: los otros hombres eran todos de la Real Compañía Irlandesa—. Bonita mañana —dijo Harper, aunque parecía más nervioso que de costumbre. Simplemente, esperaba que tanto el padre Sarsfield como los capitanes Donaju o Lacy abordarían el delicado asunto que había hecho que la delegación saliera a buscar a Sharpe, pero el capellán y los dos avergonzados oficiales se quedaron en silencio—. Magnífica mañana —subrayó Harper, rompiendo de nuevo el silencio.

—Ah, ¿sí? —respondió Sharpe. Había estado sentado sobre una almena, junto a la tronera de un cañón, pero ahora saltó a la plataforma de artillería y desde allí al lecho seco del foso. Años de lluvia habían erosionado el terraplén, llenando el foso de detritus, y las heladas y el viento habían deteriorado y desmenuzado la mampostería de las murallas—. He visto chabolas mejor construidas que esto —dijo Sharpe. Dio una patada a la base de la muralla, y uno de los bloques más grandes se movió de manera perceptible—. ¡Ahí no hay ni una puñetera gota de mortero!

—No había suficiente agua en la mezcla —explicó Harper. Respiró hondo y después, al darse cuenta de que sus acompañantes no iban a hablar, asumió el riesgo él mismo—. Queremos hablar con usted, señor. Es... importante.

Sharpe volvió a encaramarse al muro y se sacudió las manos.

—¿Es por lo de los nuevos mosquetes?

—No, señor. Los mosquetes son magníficos, capitán.

—¿La instrucción?

—No, señor.

—Entonces el hombre al que quieren ver es el coronel Runciman —dijo Sharpe cortante—. Llámenlo «general», y les concederá lo que quieran —Sharpe estaba fingiendo a propósito. Sabía exactamente por qué estaba allí la delegación, pero no le apetecía nada escuchar sus preocupaciones—. Hablen con Runciman después del desayuno y lo encontrarán de buen humor —dijo.

—Ya hemos hablado con el coronel —al fin habló el capitán Donaju—, y el coronel dijo que deberíamos hablar con usted.

El padre Sarsfield sonrió.

—Creo que todos sabíamos lo que iba a decir, capitán, cuando nos acercamos a él. Y no creo que el coronel Runciman sea particularmente comprensivo con los problemas de Irlanda.

Sharpe miró de Sarsfield a Donaju, de Donaju a Lacy y después de Lacy a los huraños rostros de los cuatro soldados rasos de la guardia.

—Así que es de Irlanda de lo que quieren hablar, ¿no? —dijo Sharpe—. Bien, pues adelante. Hoy no tengo ningún otro problema que resolver.

El capellán pasó por alto el sarcasmo y tendió a Sharpe un periódico doblado.

—Trata de esto, capitán Sharpe.

Sharpe tomó el periódico que, para su sorpresa, venía de Filadelfia. La primera página era una masa densa de letras negras: listas de barcos que zarpaban de o atracaban en los muelles de la ciudad; noticias de Europa; informes del Congreso e historias de las atrocidades sufridas por los colonos de los territorios del oeste a manos de los indios.

—Está a pie de página —indicó Donaju.

Sharpe leyó una línea en voz alta:

—¿«Los melancólicos efectos de la intemperancia»?

—No, Sharpe. Justo antes de eso —dijo Donaju, y Sharpe suspiró mientras leía las palabras «Nuevas masacres en Irlanda». Lo que venía a continuación era una versión más escabrosa de la historia que ya le había contado Runciman a Sharpe: una colección de violaciones y asesinatos, de inocentes niños degollados por dragones ingleses y de mujeres que, en medio de una plegaria, eran sacadas a rastras de sus casas por granaderos enloquecidos por el alcohol. El periódico proclamaba que los fantasmas de las tropas de Cromwell habían vuelto a la vida para volver a convertir a Irlanda en una miseria empapada en sangre. Según había anunciado el gobierno inglés, Irlanda sería pacificada una vez más y para siempre, y el periódico comentaba que los ingleses habían decidido llevar a cabo esa pacificación cuando muchísimos irlandeses estaban luchando contra Francia con el ejército del rey en Portugal. Sharpe leyó el fragmento dos veces.

—¿Y qué dice lord Kiely? —preguntó al padre Sarsfield. Le importaba poco lo que pensara Kiely, pero la pregunta le daba unos segundos mientras pensaba en cómo responder. Además, quería animar a Sarsfield para que se encargara de hablar por la delegación, pues el capellán de la Real Compañía Irlandesa le parecía a Sharpe un hombre amistoso y sincero, sensato y de cabeza fría, y si podía tener al sacerdote de su lado, consideraba que el resto de la compañía lo seguiría.

—Milord no ha visto el periódico —dijo Sarsfield—. Salió a cazar con doña

Juanita.

Sharpe devolvió el periódico al sacerdote.

—Bien, ya he visto el periódico —dijo—, y puedo decirles que es una puñetera basura. —Uno de los guardias se agitó indignado, y después se puso firme cuando Sharpe le lanzó una mirada amenazante—. Es un cuento chino para idiotas —dijo Sharpe provocando—, una maldita patraña.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó Donaju resentido.

—Porque si hubiera problemas en Irlanda, capitán, habríamos oído hablar de ello antes que los norteamericanos. ¿Es que alguna vez tuvieron los norteamericanos algo bueno que decir sobre los ingleses?

—Pero... hemos oído cosas —intervino el capitán Lacy. Era un hombre fornido de comportamiento beligerante y nudillos pelados—. Ha habido rumores —insistió Lacy.

—Así es, los ha habido —añadió Harper lealmente.

Sharpe miró a su amigo.

—Oh, por Dios —dijo mientras entendía lo herido que se sentía Harper, aunque también se dio cuenta de que su sargento tendría que haber acudido a él con la esperanza de que aquellas historias no fuesen ciertas. Si Harper hubiese querido pelear, no habría elegido a Sharpe, sino a algún otro representante del pueblo enemigo—. Por Dios —volvió a decir Sharpe. Ya tenía bastantes problemas. A la Real Compañía Irlandesa se le había prometido una paga y no se le había pagado ninguna; cada vez que llovía, los viejos barracones se llenaban de goteras; en el fuerte la comida era espantosa, y el único pozo no proporcionaba más que unos sorbos de agua amarga. Ahora, por encima de todos esos problemas y el peligro añadido de la venganza de Loup, estaba esta repentina amenaza de un motín irlandés—. Déme otra vez ese periódico, padre —dijo Sharpe al capellán, y después señaló la fecha impresa en la parte de arriba de la hoja con un dedo lleno de barro—. ¿Cuándo se publicó esto? —Mostró la fecha a Sarsfield.

—Hace un mes —dijo el sacerdote.

—¿Y qué? —preguntó el beligerante Lacy.

—¿Cuántos reclutas han llegado de Irlanda durante el último mes? —preguntó Sharpe con una voz tan desdeñosa como enérgica—. ¿Diez? ¿Quince? ¿Y ninguno de esos hombres pensó en contarnos que su hermana había sido violada o que a su madre la dejaron sin sentido unos malditos dragones ingleses? ¿Pero de repente un maldito periódico norteamericano lo sabe todo sobre el tema? —Sharpe había dirigido sus palabras más a Harper que a los demás, pues era de esperar que su sargento supiera con qué frecuencia llegaban los soldados de reemplazo desde Irlanda—. ¡Vamos, Pat! No tiene puñetero sentido, y si no me cree, le daré un pase para que pueda ir a los campamentos principales y busque a algunos irlandeses recién llegados y les pida

noticias de casa. Puede que los crea a ellos si no puede creerme a mí.

Harper miró la fecha del periódico, pensó en las palabras de Sharpe y asintió a desgana.

—No tiene sentido, señor, tiene usted razón. Pero en este mundo no es necesario que todo tenga sentido.

—Por supuesto que sí —le espetó Sharpe—, porque así es como vivimos ustedes y yo. Somos hombres prácticos, Pat, ¡no unos malditos soñadores! Creemos en el rifle Baker, en el mosquete Tower y en los cincuenta y ocho centímetros y medio de una bayoneta. ¡Por Dios, no somos políticos! Pueden dejar las supersticiones a las mujeres y a los niños, y esas cosas —golpeó sobre el periódico— son peores que supersticiones. ¡Son mentiras redomadas! —Miró a Donaju—. Su obligación, capitán, es ir junto a sus hombres y decirles que son mentiras. Y si no me cree, acérquese a los campamentos. Vaya a las tropas de asalto de Connaught y pregunte a sus reclutas. Vaya a ver a los de Inniskilling. Vaya adonde quiera, pero esté aquí de vuelta al anochecer. Mientras tanto, capitán, dígales a sus hombres que tienen todo un día completo de instrucción con mosquetes nuevos. Van a cargar y disparar hasta que tengan los hombros en carne viva. ¿Queda claro?

Los hombres de la Real Compañía Irlandesa asintieron sin mucha convicción. Sharpe había ganado el primer embate, al menos hasta que Donaju regresara de su misión de reconocimiento. El padre Sarsfield cogió el periódico de manos de Sharpe.

—¿Está usted diciendo que esto es una falsificación? —preguntó el sacerdote.

—¿Cómo iba yo a saberlo, padre? Sólo estoy diciendo que no es Verdad. ¿Dónde lo consiguieron?

Sarsfield se encogió de hombros.

—Los repartieron a todo el ejército, Sharpe.

—¿Cuándo habíamos visto usted y yo un periódico de América, Pat? —preguntó Sharpe a Harper—. ¿No es extraño que justo el primero que vemos hable de que Inglaterra está masacrando Irlanda? A mí me apesta a contraespionaje.

El padre Sarsfield dobló el periódico.

—Creo que es probable que tenga usted razón, Sharpe, y ruego a Dios que así sea. Pero supongo que no le importará que haga algunas averiguaciones con el capitán Donaju.

—Lo que usted haga no es cosa mía, padre, —dijo Sharpe—. En cuanto al resto de ustedes, ¡pónganse a trabajar!

Sharpe esperó mientras la delegación se marchaba. Le indicó a Harper que se quedara con él, pero el padre Sarsfield también permaneció junto a Sharpe.

—Lo siento, Sharpe —dijo el sacerdote.

—¿Por qué?

Sarsfield se estremeció por el áspero tono de Sharpe.

—Imagino que no necesita que el problema irlandés se meta en su vida.

—No necesito ningún maldito problema, padre. Tengo un trabajo que hacer, y ese trabajo es convertir a sus muchachos en soldados, en buenos soldados, en hombres que puedan defenderse del enemigo y que sepan cómo apoyar al soldado que tienen al lado.

Sarsfield sonrió.

—Creo que usted es algo difícil de encontrar, capitán Sharpe: un hombre honesto.

—Desde luego que no lo soy —dijo Sharpe, a punto de ruborizarse al recordar los horrores que habían sufrido los tres hombres capturados por el Castrador siguiendo sus órdenes—. No soy un puñetero santo, padre, pero me gusta que las cosas se hagan bien. Si me pasara la vida entregado a un sueño, aún sería un soldado raso. Uno sólo puede permitirse soñar si es rico y tiene privilegios —añadió estas últimas palabras sin piedad.

—Habla usted de Kiely —dijo Sarsfield, y empezó a caminar lentamente hacia la muralla junto a la que estaba Sharpe. Los faldones de la sotana del sacerdote se habían humedecido por el rocío de la artemisa y los hierbajos que crecían dentro del fuerte—. Lord Kiely es un hombre muy débil, capitán —continuó Sarsfield—. Tuvo una madre muy fuerte —el sacerdote hizo una mueca al recordar— y no sabe usted, capitán, qué obstáculo pueden suponer para la Iglesia las madres fuertes, aunque creo que pueden ser aún mayor obstáculo para sus hijos. Lady Kiely quería que su hijo fuese un gran guerrero católico, ¡un guerrero irlandés! El caudillo católico que triunfara donde el abogado protestante Wolfe Tone fracasó, pero en vez de lograrlo, hizo que su hijo se diera a la bebida, a la mezquindad y a las rameras. La enterré el año pasado —se persignó deprisa—, y me temo que su hijo no cumplió el luto por su madre ni, ay, será nunca el cristiano que ella quería que fuera. Anoche me contó que pretende casarse con lady Juanita, y su madre, creo yo, estará llorando en el purgatorio sólo de pensar en semejante pareja. —El sacerdote suspiró—. Con todo, no quería hablarle a usted de Kiely, capitán, sino pedirle que tenga un poco de paciencia con nosotros.

—Creía que estaba siendo paciente con ustedes —respondió Sharpe a la defensiva.

—Con nosotros los irlandeses —explicó el padre Sarsfield—. Usted es un hombre con un país, capitán, y no sabe lo que es sufrir el exilio. No puede saber lo que es escuchar las arpas junto a las aguas de Babilonia —Sarsfield sonrió ante la frase, y después encogió los hombros—. Es como una herida, capitán Sharpe, una herida que nunca sana, y ruego a Dios porque nunca tenga que sentir esa herida usted mismo.

Sharpe sintió una punzada de piedad avergonzada al mirar el afable rostro del sacerdote.

—¿Nunca estuvo usted en Irlanda, padre?

—Una vez, hijo mío, hace años. Hace muchos años, pero aunque viviera mil años, aquella breve estancia siempre me parecería que fue ayer. —Sonrió compungido, después se remangó la húmeda sotana—. ¡Tengo que reunirme con Donaju para nuestra pequeña expedición! ¡Piense en mis palabras, capitán! —El sacerdote se alejó de prisa, con su blanco cabello agitado por la brisa.

Harper se acercó a Sharpe.

—Es un buen hombre —dijo Harper mientras hacía un gesto hacia el sacerdote—. Me contó que una vez estuvo en Donegal. Por Lough Swilly. Y yo tenía una tía que vivía por allí, que Dios dé descanso a su alma. Ella vivía en Rathmullen.

—Nunca he estado en Donegal —dijo Sharpe—, y probablemente nunca vaya allí, y para serle franco, sargento, justo en este momento me importa un carajo Donegal, Rathmullen e Irlanda. Ya tengo bastantes problemas sin que los irlandeses se me pongan de morros. Necesitamos mantas, comida y dinero, lo que quiere decir que tendré que hacer que Runciman escriba otra de sus órdenes mágicas, pero no será fácil porque ese gordo cabrón se caga de miedo porque le metan en vereda con un consejo de guerra. Y el puñetero lord Kiely tampoco ayuda una mierda. Lo único que hace es tragar brandy, soñar con la maldita gloria y seguir a esa zorra morena como un corderito. —A pesar del consejo de Sarsfield sobre la paciencia, Sharpe estaba perdiendo los estribos—. El sacerdote me dice que me compadezca de todos ustedes, Hogan quiere que dé una patada en el culo a estos muchachos, y hay un español seboso con un cuchillo para castrar que cree que voy a sujetar a Loup mientras él le rebana las pelotas. Todo el mundo espera que yo resuelva sus puñeteros problemas, así que, por el amor de Dios, présteme un poco de su maldita ayuda.

—Siempre lo hago —dijo Harper con resentimiento.

Sharpe reaccionó al instante.

—Sí, es verdad, Pat. Lo siento.

—Y si esas historias fuesen ciertas... —empezó a decir Harper.

—¡No lo son! —gritó Sharpe.

—¡Está bien! ¡Está bien! Dios salve a Irlanda —Harper soltó un largo resoplido, y después se hizo un incómodo silencio entre los dos hombres. Sharpe miraba hacia el norte con el ceño fruncido, y Harper descendió hasta una tronera cercana y dio una patada a una piedra suelta—. Sólo Dios sabe por qué construyeron un fuerte aquí arriba —dijo por fin.

—Había una calzada importante por ahí abajo —Sharpe señaló el paso que quedaba al norte—. Era la manera de evitar Ciudad Rodrigo y Almeida, pero la mitad de la carretera fue arrasada, y lo que queda no sirve para los cañones modernos, así que hoy en día no resulta practicable. Pero la pista hacia el este aún está ahí, Pat, y la maldita brigada de Loup puede usarla. Desde ahí abajo —dijo, señalando el trayecto mientras hablaba—, es subir esa pendiente, pasar por encima de estos muros de

arenisca y caer sobre nosotros, y aquí no tenemos una mierda con que detenerlos.

—¿Y por qué iba a hacer eso Loup? —preguntó Harper.

—Porque es un cabrón desquiciado, valiente y sin piedad, por eso. Y porque me odia, y porque patearnos el culo sería una victoria barata sobre nosotros para ese malnacido —Sharpe estaba preocupado por la amenaza de un ataque nocturno de la brigada de Loup. Al principio pensaba en el ataque como un medio para asustar al coronel Runciman, una manera de hacerle firmar sus órdenes fraudulentas para los convoyes, pero cuanto más pensaba en ello, más viable le parecía el ataque. Y el fuerte de San Isidro estaba muy mal pertrechado para un ataque de tal calibre. Mil hombres serían capaces de defender sus malparadas murallas, pero la Real Compañía Irlandesa era una unidad demasiado pequeña para ofrecer una resistencia de verdad. Quedarían atrapados dentro de los inmensos y deteriorados muros como ratas en un pozo de ratas para Terriers—. Y eso es justo lo que Hogan y Wellington quieren para nosotros —dijo Sharpe en voz alta.

—¿Cómo es eso, señor?

—No confían una mierda en sus irlandeses, ya ve usted. Quieren librarse de ellos, y se supone que yo voy a ayudarles a librarse de esos cabrones, pero el problema es que me gustan. ¡Maldita sea, Pat! Si Loup viene, estamos todos muertos.

—¿Y usted cree que vendrá?

—Sé bien que ese malnacido va a venir a por nosotros —dijo Sharpe con fervor, y de repente las vagas sospechas cristalizaron en una certeza absoluta. Acababa de proclamar con vigor su sentido práctico, pero en realidad la mayor parte del tiempo confiaba en su instinto. Sharpe sabía que, en ocasiones, un soldado sensato prestaba atención a sus supersticiones y temores porque eran mejor guía que el simple sentido práctico. El duro y simple sentido común le decía que Loup no desperdiciaría un valioso esfuerzo atacando el fuerte de San Isidro, pero Sharpe rechazaba ese buen sentido porque su propio instinto le decía que se acercaban los problemas—. No sé cuando ni cómo vendrá —le dijo a Harper—, pero no confío en que una guardia palaciega sirva de piquete; quiero a nuestros muchachos aquí arriba —se refería a que quería que los fusileros guardaran el extremo norte del fuerte—. Y quiero también un piquete nocturno, así que asegúrese de que algunos de nuestros muchachos duerman de día.

Harper recorrió de un vistazo la larga pendiente del norte.

—¿Cree que vendrán por este camino?

—Es el más fácil. El oeste y el este son demasiado empinados, el extremo sur es demasiado duro, pero un tullido podría subir bailando por esta muralla. Jesús —Sharpe dejó escapar esta última imprecación cuando se dio cuenta de lo vulnerable que era el fuerte. Miró hacia el este—. Apuesto a que ese cabrón nos está vigilando justo ahora. —Probablemente, desde las cumbres más alejadas, un francés con un

buen catalejo podría contar los botones de la casaca de Sharpe.

—¿De verdad cree que vendrá? —preguntó Harper.

—Creo que tenemos una suerte del demonio porque aún no haya venido, y que tenemos una suerte de narices por estar vivos todavía —Sharpe saltó desde la muralla a la hierba del interior del fuerte. En noventa metros no había más que hierba y tierra baldía llena de hierbajos, y después se elevaban los edificios de piedra roja de los barracones. Había ocho grandes edificios, y la Real Compañía Irlandesa se alojaba en los dos que se habían mantenido en mejor estado, mientras que los fusileros de Sharpe se habían instalado en uno de los almacenes cercanos a la torre de la entrada. Aquella torre, según había decidido Sharpe, era clave para la defensa, pues quien mantuviera la torre en su poder dominaría la lucha—. Todo lo que necesitamos es una voz de alarma con tres o cuatro minutos de antelación —añadió Sharpe—, y podremos hacer que ese cabronazo desee haberse quedado en la cama.

—¿Podemos derrotado? —preguntó Harper.

—Él cree que puede sorprendernos. Sin duda está convencido de que puede irrumpir en los barracones y degollarnos mientras dormimos, Pat, pero si pudiéramos dar la voz de alarma podríamos convertir esa torre de la puerta en una fortaleza, y sin artillería Loup no puede hacer nada para evitarlo. —De pronto, Sharpe se mostraba entusiasmado—. ¿No dice usted siempre que una buena pelea es como un tónico para un irlandés? —preguntó.

—Sólo cuando estoy borracho —dijo Harper.

—Pues recemos para que haya un combate —Sharpe parecía impaciente—, y una victoria. ¡Dios, eso sí que daría algo de confianza a esos guardias!

Al caer la noche, sin embargo, justo cuando los últimos rayos dorados del sol se hundían tras las colinas del oeste, la situación cambió.



El batallón portugués llegó sin anunciarse. Eran *caçadores*, infantería ligera como los casacas verdes, aunque estas tropas vestían casacas de un color marrón sangre seca y pantalones grises ingleses. Llevaban rifles Baker y parecía que sabían usarlos. Entraron en el fuerte marchando con el paso sencillo y perezoso de las tropas veteranas, y detrás de ellos llegaba un convoy de tres carros de bueyes cargados de raciones, leña y munición de sobra. El batallón estaba a media fuerza, pues sólo reunía a cuatrocientos hombres entre oficiales y soldados, pero aun así los soldados dieron un buen espectáculo al desfilarse en la vieja plaza del fuerte.

Su coronel era un hombre de rostro enjuto llamado Oliveira.

—Durante un par de días al año —explicó extraoficialmente a lord Kiely—, ocupamos el fuerte de San Isidro como una manera de recordar que aún existe, y para desanimar a cualquier otro de asentar sus reales aquí. No, no saque a sus hombres de

los barracones, por favor. Mis hombres no necesitan estar bajo techo. Y no nos interpondremos en sus tareas, coronel. Ejercitaré a mis hombres al otro lado de la frontera los próximos dos días.

Tras el último carro de suministros, las grandes puertas del fuerte se cerraron con un crujido. Cuando quedaron encajadas, uno de los hombres de Kiely colocó en su posición la barra de cierre. El coronel Runciman salió a toda prisa de la casa de guardia para ofrecer sus saludos al coronel Oliveira e invitar a cenar al portugués, pero Oliveira declinó la invitación.

—Comparto la comida con mis hombres, coronel. No se moleste —Oliveira hablaba buen inglés, y casi la mitad de sus oficiales eran ingleses, resultado de una política de integrar al ejército portugués en las fuerzas de Wellington. Para deleite de Sharpe, uno de los oficiales de *caçadores* era Thomas Garrard, un hombre que había servido con Sharpe en las filas del 33.9, y que había sacado provecho de las posibilidades de promoción ofrecidas a los sargentos ingleses que quisieran unirse al ejército portugués. Los dos hombres se habían encontrado por última vez en Almeida, cuando la gran fortaleza había sucumbido a una explosión del arsenal que había llevado a la guarnición a rendirse. Garrard había estado entre los hombres obligados a rendir sus armas.

—Esos malditos cabrones franchutes —dijo con sentimiento—. Nos mantuvieron en Burgos con menos comida de la que come una rata, y todo lo que había para comer estaba podrido. Por Cristo, Richard, mira que tú y yo hemos probado malas comidas en estos años, pero aquélla era realmente mala. Y todo porque aquella maldita catedral voló por los aires. Me gustaría conocer al artillero francés que lo hizo para retorcerle el puñetero cuello.

En realidad, había sido Sharpe quien hizo que el arsenal de la cripta de la catedral explotara, pero no le parecía muy diplomático admitirlo.

—Fue un mal asunto —asintió Sharpe por decir algo.

—Tú te fuiste a la mañana siguiente, ¿verdad? —preguntó Garrard—. Cox no permitió que nos fuéramos. Queríamos abrirnos camino luchando, pero dijo que teníamos que hacer lo correcto y rendirnos. —Sacudió la cabeza, disgustado—. No es que ahora me importe —siguió—. Los gabachos me intercambiaron y Oliveira me pidió que me uniera a su regimiento, de modo que ahora soy capitán, como tú.

—Bien hecho.

—Son buena gente —dijo Garrard enorgulleciéndose de su Compañía, que vivaqueaba al aire libre dentro de las murallas de la zona norte, donde las hogueras del campamento portugués brillaban encendidas en el anochecer. Los piquetes de Oliveira estaban repartidos por toda la muralla, excepto en las torres de la entrada. Con centinelas tan eficientes, Sharpe ya no necesitaría emplear a sus propios fusileros en tareas de piquete, pero seguía estando preocupado y le comentó a Garrard sus

temores mientras los dos recorrían las murallas en la creciente oscuridad.

—He oído hablar de Loup —dijo Garrard—. Es un auténtico cabronazo.

—Un cabrón de verdad.

—¿Y crees que va a venir por aquí?

—Sólo es una corazonada, Tom.

—Demonios, si no hicieras caso de tus corazonadas, bien podrías estar cavando tu propia tumba, ¿verdad? Vayamos a ver al coronel.

Pero los temores de Sharpe no convencieron con tanta facilidad a Oliveira, y Juanita de Elia tampoco fue una ayuda para la causa de Sharpe. Juanita y lord Kiely habían regresado después de un día de caza, y junto al padre Sarsfield, el coronel Runciman y media docena de oficiales de la Real Compañía Irlandesa, estaban invitados a una cena con los portugueses. Juanita se mofó de las advertencias de Sharpe.

—¿Cree usted que un brigadier francés iba a tomarse esa molestia por un capitán inglés? —preguntó en son de burla.

Sharpe contuvo la punzada de mal genio. Estaba hablando con Oliveira, no con la fulana de Kiely, y no era ni el momento ni el lugar para iniciar una disputa. Además, reconocía que, de alguna oscura manera, la aversión que Juanita y él sentían el uno por el otro era del todo visceral y probablemente inevitable. Ella hablaba a menudo con cualquier otro oficial del fuerte, incluso con Runciman, pero la simple aparición de Sharpe hacía que se diera la vuelta y se alejara sin ofrecer siquiera un saludo de cortesía.

—Sí, creo que por mí sí se tomaría esa molestia, señora —dijo Sharpe con voz suave.

—¿Por qué? —preguntó Oliveira.

—¡Vamos, hombre, conteste! —dijo Kiely cuando Sharpe dudó.

—¿Y bien, capitán? —Juanita se burlaba de Sharpe—. ¿Se ha tragado la lengua?

—Creo que se tomaría esa molestia conmigo, señora —dijo Sharpe, forzado a dar una respuesta—, porque maté a dos de sus hombres.

—¡Oh, Dios mío! —Juanita fingió sentirse horrorizada—. ¡Cualquiera diría que estamos en medio de una guerra!

Kiely y algunos de los oficiales portugueses sonrieron, pero el coronel Oliveira se quedó mirando a Sharpe como si sopesara con cuidado su advertencia. Finalmente, se encogió de hombros.

—¿Por qué debería preocuparnos que matara usted a dos de sus hombres? —preguntó.

Sharpe se resistía a confesar lo que sabía que era un delito contra la justicia militar, pero ahora apenas tenía retirada. La seguridad del fuerte y de todos los hombres de su interior dependía de que convenciera a Oliveira del verdadero peligro,

así que, muy a regañadientes, describió las violaciones y la masacre del pueblo, y cómo había capturado a dos de los hombres de Loup y los había puesto delante del paredón.

—¿Tenía usted órdenes de ejecutarlos? —preguntó Oliveira adelantándose.

—No, señor —dijo Sharpe, consciente de que todos los ojos estaban fijos en él. Sabía que era un tremendo error admitir las ejecuciones, pero sentía la desesperada necesidad de convencer a Oliveira del peligro, así que describió cómo Loup había cabalgado hasta la aldea de montaña para rogarle por las vidas de sus hombres, y cómo a pesar de aquella petición Sharpe había ordenado que los fusilaran. El coronel Runciman, al oír el relato por primera vez, sacudió la cabeza sin poder creerlo.

—¿Ejecutó a esos hombres delante de Loup? —preguntó Oliveira sorprendido.

—Sí, señor.

—Entonces, ¿esa rivalidad entre Loup y usted es una venganza personal, capitán Sharpe? —preguntó el coronel portugués.

—En cierto modo, señor.

—¡O lo es o no lo es! —le espetó Oliveira. Era un hombre enérgico e irascible que a Sharpe le recordaba al general Crauford, el comandante de la División Ligera. Oliveira mostraba la misma impaciencia con las respuestas evasivas.

—Creo que el brigadier Loup atacará muy pronto, señor —insistió Sharpe.

—¿Qué pruebas tiene?

—Nuestra vulnerabilidad —dijo Sharpe—, y que haya puesto un precio a mi cabeza, señor. —Sabía que sonaba poco convincente, y se ruborizó cuando Juanita estalló en carcajadas. Vestía el uniforme de la Real Compañía Irlandesa, aunque se había desabotonado la casaca y la camisa, de forma que la luz de las llamas brillaba en su largo cuello. Todos los oficiales que estaban alrededor del fuego parecían estar fascinados por ella, y no era de extrañar, pues resultaba una criatura de un llamativo exotismo en aquel lugar de cañones, pólvora y piedra.

Estaba sentada junto a Kiely, y una de sus manos reposaba en las rodillas de él, y Sharpe se preguntó si no acabarían de anunciar su casamiento. Había algo que parecía haber puesto de muy buen humor a los invitados a la cena.

—¿Cuál es el precio, capitán? —preguntó ella burlona.

Sharpe se mordió la lengua para no responderle que la recompensa sería más que suficiente para pagarle por sus servicios de una noche.

—No lo sé —mintió.

—No puede ser mucho —dijo Kiely—. ¿Por un capitán de su edad, Sharpe? ¿Quizá un par de dólares? ¿Una bolsa de sal?

Oliveira lanzó una mirada a Kiely, y en sus ojos Sharpe vio claramente el rechazo hacia las pullas de borracho del lord. El coronel dio una calada a su cigarro y después lanzó el humo por encima de las velas.

—He doblado el número de centinelas, capitán —le dijo a Sharpe—, y si ese tal Loup viene a exigir su cabeza, presentaremos batalla.

—¿Podría sugerir, señor —insistió Sharpe—, que cuando venga disponga usted a sus hombres en la torre de entrada?

—No se rinde usted, ¿eh, capitán Sharpe? —interrumpió Kiely. Antes de la llegada del batallón portugués, Sharpe había pedido a Kiely que trasladara a la Real Compañía Irlandesa a la casa de guardia, petición que Kiely había rechazado con soberbia—. Nadie va a atacarnos aquí —dijo ahora Kiely, reincidiendo en el argumento que había utilizado antes—, y de todas formas, si lo hacen, nos enfrentaremos a esos cabrones desde las murallas, no desde la casa de guardia.

—No podemos luchar desde las murallas... —comenzó a decir Sharpe.

—¡No me diga desde dónde podemos luchar! ¡Maldito sea! —gritó Kiely, sobresaltando a Juanita—. Usted no es más que un cabo con ínfulas, Sharpe, no es un puñetero general. Maldición, si los franceses vienen, yo los combatiré a mi gusto y los derrotaré a mi gusto, ¡y no necesitaré ni su ayuda ni sus consejos!

Aquel arrebato hizo que los oficiales se sintieran avergonzados. El padre Sarsfield frunció el ceño como si estuviera buscando algunas palabras para suavizar la situación, pero fue Oliveira quien rompió finalmente el incómodo silencio.

—Si vienen, capitán Sharpe —dijo con seriedad—, buscaré el refugio que usted ha aconsejado. Y gracias por sus advertencias —Oliveira le indicó que podía retirarse.

—Buenas noches, señor —dijo Sharpe, y después se alejó.

—¡Le apuesto diez guineas contra la recompensa por su cabeza a que Loup no vendrá, Sharpe! —gritó Kiely al fusilero—. ¿Qué pasa? ¿No tiene coraje? ¿No quiere aceptar una apuesta como un caballero? —Kiely y Juanita empezaron a reírse. Sharpe intentó ignorarlos.

Tom Garrard había seguido a Sharpe.

—Lo siento, Dick —dijo Garrard, y después, tras una pausa, añadió—: ¿De verdad ejecutaste a dos gabachos?

—Ajá.

—Bien hecho, aunque yo no se lo contaría a demasiada gente.

—Lo sé, lo sé —dijo Sharpe, y después sacudió la cabeza—. Maldito Kiely.

—Pero esa mujer es singular —dijo Garrard—. Me recuerda a aquella chica con la que estuviste en Gawilghur. ¿Te acuerdas de ella?

—Ésta es una zorra, ésa es la diferencia —dijo Sharpe. Por Dios, pensó, pero su mal genio estaba ya en carne viva—. Lo siento, Tom —dijo—, lo de intentar encontrarle un sentido a este puñetero sitio es como disparar con pólvora mojada.

—Vente con los portugueses, Dick —dijo Garrard—. Valen su peso en oro, y ningún cabronazo de alta cuna te pone las cosas difíciles. —Ofreció un cigarro a

Sharpe. Los dos hombres inclinaron sus cabezas sobre la caja de yesca de Garrard y, cuando el trapo quemado se prendió con una chispa, Sharpe vio un dibujo grabado en la parte interior de la tapa.

—Mantenla así, Tom —le dijo mientras indicaba a su amigo que no cerrara la tapa. Miró el dibujo durante unos segundos—. Había olvidado esas cajas —dijo Sharpe. Las cajas de yesca se hacían con un metal barato que había que proteger del óxido con aceite para pistolas, pero Garrard había conseguido de alguna manera conservar su caja durante doce años. Llegó a haber decenas como aquélla, todas hechas por un hojalatero de la capturada Seringapatam, y todas con dibujos subidos de tono rudimentariamente grabados en las tapas. En la cajita de Garrard se veía a un soldado inglés encima de una chica de largas piernas, cuya espalda aparecía arqueada por el éxtasis—. Ese cabrón podría haberse quitado primero el sombrero —dijo Sharpe.

Garrard soltó una risotada, y después cerró la caja para conservar el trapo quemado.

—¿Aún tienes la tuya?

Sharpe hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Me la robaron hace años, Tom. Creo que fue aquel hijo de puta de Hakeswill quien se la quedó. ¿Te acuerdas de él? Menudo ladrón cabronazo.

—Santo Cristo —dijo Garrard—, casi me había olvidado de aquel mierda. —Dio una chupada al cigarro, después sacudió la cabeza asombrado—. ¿Quién iba a creerse esto, Dick? Tú y yo, ¿capitanes? Y eso que aún me acuerdo cuando te degradaron de cabo por tirarte un pedo en una procesión.

—Fueron buenos tiempos, Tom —dijo Sharpe.

—Sólo porque han quedado muy atrás. No hay nada como los recuerdos lejanos para poner colores en una vida gris, Dick.

Sharpe retuvo el humo en su boca y después lo expulsó hacia la noche.

—Esperemos que sea una vida larga, Tom. Esperemos que Loup no esté ya de camino hacia aquí. Sería una maldita lástima que todos vosotros hubierais venido aquí por unas maniobras sólo para ser masacrados por la brigada de Loup.

—En realidad, no estamos aquí por unas maniobras —dijo Garrard. Hubo un largo e incómodo silencio—. ¿Puedes guardarme un secreto? —preguntó Garrard por fin. Los dos hombres habían llegado a un espacio abierto y oscuro, donde ninguno de los *caçadores* que acampaban al raso podría oírlos—. No llegamos aquí por casualidad, Richard —admitió Garrard—. Nos enviaron aquí.

Sharpe oyó ruido de pasos en la parte más cercana de la muralla, donde un oficial portugués hacía la ronda. Dio el alto a alguien, y éste le dio la contraseña. Era reconfortante oír tanta eficiencia militar.

—¿Wellington? —preguntó Sharpe.

Garrard se encogió de hombros.

—Supongo. Milord no habla conmigo, pero en este ejército pasan muy pocas cosas sin que las apruebe Nosey.

—Pero, ¿por qué os envió?

—Pues porque no confía en vuestros hispano-irlandeses. Estos últimos días han corrido extraños rumores en el ejército. Historias de tropas inglesas quemando sacerdotes irlandeses y violando a irlandesas, y...

—Ya hemos oído esos cuentos por aquí —interrumpió Sharpe—, y no son ciertos. Demonios, si hasta envié a un capitán a los campamentos para que lo descubriera él mismo. —El capitán Donaju, al volver de los acantonamientos del ejército con el padre Sarsfield, había tenido la gentileza de disculparse con Sharpe. Dondequiera que Donaju y Sarsfield hubieran estado, y con quienquiera que hubieran hablado, no habrían podido encontrar confirmación de las historias impresas en el periódico norteamericano, ni siquiera entre los hombres recién llegados de Irlanda.

—¡Nadie puede creerse esas historias! —protestó ahora Sharpe a Garrard.

—Pero, sean ciertas o no —dijo Garrard—, las historias inquietan a alguien de arriba, y piensan que esas historia provienen de tus hombres. Así que hemos venido a «cuidaros».

—A vigilarnos, querrás decir —dijo Sharpe con sarcasmo.

—A cuidaros —volvió a decir Garrard—. Nadie está del todo seguro sobre lo que se supone que tenemos que hacer, aparte de permanecer aquí hasta que los lores decidan lo que hay que hacer. Oliveira cree que es probable que acaben enviando a tus muchachos a Cádiz. A ti no, Dick —añadió apresuradamente Garrard—, tú no eres uno de los irlandeses, ¿no? Sólo nos aseguraremos de que esos muchachos irlandeses no puedan causar problemas, y después tus hombres y tú podréis volver a ser soldados de verdad.

—Me gustan esos irlandeses —dijo Sharpe sin alterarse—, y ellos no están causando problemas. Eso puedo garantizártelo.

—No es a mí a quien tienes que convencer, Dick.

Era a Hogan o a Wellington, supuso Sharpe. Qué inteligente era por parte de Hogan o de Wellington enviar un batallón portugués a hacer el trabajo sucio, de modo que el general Valverde no pudiera decir que un regimiento inglés había acosado a la Real Compañía Irlandesa del cuerpo de guardia del rey de España. Sharpe lanzó una nube de humo del cigarro.

—Entonces, Tom, esos centinelas de la muralla —dijo—, no están mirando hacia fuera por si viene Loup, ¿verdad? ¿Miran hacia dentro para vigilarnos a nosotros?

—Miran en las dos direcciones, Dick.

—Bien, pues asegúrate de que miran bien hacia fuera. Porque si viene Loup, Tom, se desatará un infierno.

—Cumplirán con sus obligaciones —dijo Garrard con obstinación.

Y lo hicieron. Los diligentes piquetes portugueses vigilaban desde las murallas mientras el frío de la noche se extendía por el valle del este, donde una niebla fantasmagórica se abría camino río arriba. Vigilaban las prolongadas pendientes, siempre atentos al más mínimo movimiento en la vaporosa oscuridad, al tiempo que, dentro del fuerte, algunos de los niños de la Real Compañía Irlandesa gritaban dormidos, un caballo relinchaba y un perro ladraba brevemente. Dos horas después de la medianoche, los centinelas cambiaron y los nuevos hombres se colocaron en sus puestos y volvieron a escudriñar las laderas de las colinas.

A las tres de la mañana, la lechuza voló de nuevo a su percha de la capilla en ruinas, con sus grandes alas blancas batiendo sobre los restos humeantes de las hogueras portuguesas.

Sharpe había estado recorriendo las rondas de los centinelas, estudiando la oscura noche en busca de la primera señal de peligro. Kiely y su fulana estaban en la cama, igual que Runciman, pero Sharpe seguía despierto. Había tomado todas las precauciones posibles, trasladando grandes cantidades de la munición que le sobraba a la Real Compañía Irlandesa a la sala de estar del coronel Runciman, y repartiendo el resto entre sus hombres. Había tenido una larga charla con Donaju, ensayando lo que debían hacer si había un ataque y después, cuando creía que ya había hecho todo lo que podía, había dado un paseo con Tom Garrard. Ahora, siguiendo a la lechuza, Sharpe se fue a la cama. Faltaban menos de tres horas para el amanecer, y decidió que Loup no vendría aquella noche. Se tumbó y enseguida concilió el sueño.

Y diez minutos después, despertó por el sonido de los disparos.

Cuando el Lobo, finalmente, atacó.



Lo primero que supo Sharpe del ataque vino por boca de Miranda, la chica rescatada del poblado de montaña, que gritaba como una *banshee*, y por un segundo Sharpe pensó que estaba soñando; después, se dio cuenta de que un disparo había precedido al grito por menos de un segundo, y al abrir los ojos vio que el fusilero Thompson agonizaba por un disparo en la cabeza y sangraba como un cerdo. Al ser alcanzado, Thompson rodó por los diez escalones que salían de la sinuosa entrada al almacén, y ahora cayó entre temblores, al mismo tiempo que un chorro de sangre empezaba a manar entre su cabello apelmazado. Llevaba su rifle cuando le habían disparado, y ahora su arma resbaló por el suelo hasta detenerse junto a Sharpe.

Las sombras amenazaban desde lo alto de la escalera. La entrada principal al almacén conducía a un corto túnel, que debía de estar equipado con dos puertas cuando el fuerte había tenido una guarnición adecuada y su almacén había estado lleno de balas y pólvora. Donde tenía que haber estado la segunda puerta, el túnel

giraba en un abrupto ángulo recto y después ascendía escalera arriba.

Uniformes grises. Aquello no era un sueño, sino una pesadilla, puesto que habían llegado los asesinos de gris.

Sharpe agarró el rifle de Thompson, apuntó su cañón y apretó el gatillo.

Una explosión retumbó en el sótano, al tiempo que una llamarada atravesaba la nube de humo en dirección hacia los franceses de lo alto de la escalera. Patrick Harper había disparado su pistola de siete cañones, y la andanada impactó en los atacantes lanzándolos hacia la última vuelta del corredor, donde cayeron en una confusión de sangre y dolor. Otros dos fusileros dispararon. El almacén se llenó del eco de los disparos, y el aire se espesó con el hedor sofocante del humo. Un hombre y una chica gritaron.

—¡Retrocedan! ¡Retrocedan! —gritó Sharpe—. ¡Haga callar a esa puñetera cría, Perkins!

El capitán de los fusileros cogió su propio rifle y disparó con él hacia la parte de arriba de la escalera. No podía ver nada aparte de pequeños puntos brillantes allí donde las diminutas velas titilaban a través del humo. Los franceses parecían haberse desvanecido, aunque en realidad sólo estaban intentando sortear la barricada de hombres caídos por la andanada de Harper y las balas de los rifles, que ahora gritaban, heridos y amontonados.

Había una segunda escalera al final del almacén, una escalera vertical en forma de hélice que subía dando vueltas hasta las murallas y que estaba diseñada para permitir que se llevara la munición directamente a los parapetos, de modo que no fuera necesario transportarla por el patio del fuerte.

—¡Sargento Latimer! —gritó Sharpe—. ¡Haga recuento! Y no cuente a Thompson. ¡Vamos, vamos! —Si los franceses ya se habían hecho con las murallas, reflexionó Sharpe, entonces sus hombres y él estaban atrapados y condenados a morir como ratas en un agujero, pero no podían perder la esperanza—. ¡Afuera! ¡Afuera! —Había estado durmiendo con las botas puestas, así que lo único que tuvo que hacer fue agarrar su cinturón, sus morrales y su espada. Se colgó el cinturón al hombro y empezó a recargar el rifle. Le escocían los ojos por el humo de la pólvora. Un mosquete francés escupió aún más humo en lo alto de las escaleras, y su bala rebotó inofensiva en la pared del fondo.

—¡Sólo faltan Harper y usted, señor! —gritó Latimer desde la escalera de atrás.

—¡Salga de aquí de una vez, Pat! —ordenó Sharpe.

Se oyó ruido de botas en las escaleras. Sharpe desistió de intentar cargar el rifle, dio la vuelta al arma y arremetió con su culata contra la sombra que apareció entre el humo. El hombre cayó a plomo y en silencio, derribado por el pesado mandoble. El sargento Harper, con su rifle ya recargado, disparó a ciegas a la parte de arriba de las escaleras y después agarró a Sharpe por el codo.

—¡Por el amor de Dios, señor! ¡Vamos!

Los atacantes de gris bajaban en manada las escaleras hacia la oscuridad llena de humo. Una pistola disparó, un hombre gritó en apresurado francés y otro tropezó con el cuerpo de Thompson y cayó de bruces. Aquel espacio húmedo como una cueva apestaba a orina, huevos podridos y sudor. Harper atravesó el empalagoso humo tirando de Sharpe hasta que llegaron al pie de las escaleras del fondo, donde Latimer esperaba agazapado.

—¡Vamos, señor! —Latimer tenía un rifle cargado que serviría como último disparo.

Sharpe subió corriendo la incómoda escalera de caracol y salió al aire fresco y agradablemente limpio de la noche. Latimer disparó hacia la confusión, y después subió las vueltas de la escalera detrás de Harper. Cresacre y Hagman esperaban en lo alto con sus rifles apuntando a la obertura de la escalera.

—¡No disparen! —gritó Sharpe mientras se acercaba, después pasó junto a los dos fusileros y corrió hacia el borde interior del parapeto para intentar entender todo el horror de la noche.

El sargento Harper corrió hacia la puerta que llevaba a la torre de la entrada, pero se dio cuenta de que estaba bloqueada desde dentro. Golpeó la madera con la culata de su pistola de siete cañones.

—¡Abran! —gritó—. ¡Abran!

Hagman disparó escalera abajo y el eco de un grito subió los escalones.

—¡Detrás de nosotros, señor! —gritó Perkins. Estaba protegiendo a la aterrorizada Miranda en uno de los matacanes—. ¡Y hay más en el camino, señor!

Sharpe lanzó una maldición. La casa de guardia, que él pensaba que sería la salvación aquella noche, ya había sido capturada. Alcanzó a ver que el portón estaba abierto de par en par y vigilado por unos soldados de uniforme gris. Sharpe supuso que dos compañías de los *voltigeurs* de Loup, que se distinguían por las charreteras rojas, habían conducido el ataque, y las dos estaban ahora dentro del fuerte. Una compañía había ido directa al almacén, donde dormían Sharpe y sus hombres, mientras que la mayor parte de la segunda compañía se había desplegado en una línea de escaramuza que ahora avanzaba a buen paso entre los barracones. Otro escuadrón de infantería vestida de gris subía corriendo desde el camino hacia el ancho parapeto de la muralla.

Harper siguió intentando tirar la puerta abajo, pero dentro de la torre fortificada no respondía nadie. Sharpe se colgó al hombro el rifle a medio cargar y desenvainó su espada.

—¡Déjelo, Pat! —gritó—. ¡Rifles! ¡Formen una línea junto a mí!

Ahora el verdadero peligro era la sección de hombres que estaba subiendo a la muralla. Si esos hombres conseguían hacerse fuertes en las plataformas de tiro, los

fusileros de Sharpe quedarían atrapados allí, mientras el resto de los hombres de Loup pululaba a sus anchas por el San Isidro. La principal fuerza del enemigo se acercaba ya a toda prisa por el camino de la antigua frontera y, con la mirada hacia el sur más rápida que se podía permitir, Sharpe pudo ver que Loup había lanzado a toda su brigada en el ataque, cuya cabeza de lanza habían sido las dos compañías de infantería ligera. Maldita sea, pensó Sharpe, todo parecía perdido. Los franceses no habían atacado desde el norte, sino desde el sur, y al hacerlo ya habían capturado el punto más sólido del fuerte, el lugar que Sharpe planeaba convertir en una fortaleza inexpugnable. Imaginó que las dos compañías de élite se habían aproximado a rastras por los márgenes de la antigua calzada, y habían cruzado a toda velocidad el paso elevado antes de que ningún centinela pudiera dar la voz de alarma. Además, no le cabía duda, las puertas habían sido desatracadas desde dentro por la misma persona que había revelado dónde se encontraban Sharpe y sus hombres, lugar al que Loup había enviado a una de sus dos compañías atacantes.

Pero no era éste el momento de analizar las tácticas de Loup, sino de expulsar de las murallas a aquellos franceses que amenazaban con aislar a los fusileros ingleses.

—Calen bayonetas —ordenó, y esperó hasta que sus hombres encajaron las empuñaduras de sus largas bayonetas en los cañones de sus rifles—. Mantengan la calma, muchachos. —Sabía que sus hombres estaban desconcertados y excitados por haber despertado en una pesadilla provocada por su inteligente enemigo, pero no era el momento de rendirse al pánico. Era el momento de mantener la cabeza fría y de luchar con ánimo asesino—. ¡Acabemos con esos cabrones! ¡Vamos! —gritó Sharpe, y dispuso a sus hombres en una maltrecha línea a lo largo de las almenas iluminadas por la luna.

Los primeros franceses que llegaron al parapeto pusieron rodilla al suelo y apuntaron, pero los superaban en número, estaba oscuro y ellos estaban sin aliento, así que dispararon antes de tiempo y sus balas se perdieron desviadas o altas. Entonces, temiendo ser superados en la oscuridad por la oscura masa de fusileros, los *voltigeurs* se dieron la vuelta y bajaron la rampa corriendo para unirse a la línea de escaramuza, que estaba avanzando entre los bloques de los barracones hacia los *caçadores* de Oliveira.

Sharpe decidió que los portugueses tendrían que arreglárselas como pudieran. Su deber era para con la Real Compañía Irlandesa, cuyos barracones gemelos ya habían sido rodeados por la avanzadilla francesa. Los *voltigeurs* estaban disparando contra los barracones desde la protección que les ofrecían otros edificios, pero no se atrevían a atacar, pues los guardias irlandeses estaban devolviendo los disparos con brío. Sharpe asumió que los oficiales de la Real Compañía Irlandesa ya habían muerto o eran prisioneros, aunque era posible que unos pocos hubiesen conseguido escapar de las puertas de la casa de guardia cuando los franceses habían irrumpido en las

habitaciones de abajo.

—¡Escuchen, muchachos! —Sharpe levantó la voz para que todos sus fusileros pudiesen oírlo—. No podemos quedarnos aquí. Esos mierdas subirán enseguida del almacén, así que vamos a unirnos a los compañeros irlandeses. Levantaremos barricadas desde dentro y seguiremos disparando. —Le hubiera gustado separar a sus casacas verdes en dos grupos, uno por cada uno de los barracones sitiados, pero dudaba de que ningún hombre pudiese llegar con vida al barracón más alejado. El más cercano de los dos estaba menos infestado de *voltigeurs*, pero también era donde se alojaban las esposas y los niños, y además el que más necesitaba pólvora extra—. ¿Están preparados? —gritó Sharpe—. ¡Adelante!

Bajaron rápidamente de la muralla justo cuando la infantería ligera de Oliveira atacaba desde la derecha. La aparición de los *caçadores* distrajo a los *voltigeurs*, y dio a los fusileros de Sharpe la oportunidad de cruzar el patio hasta los barracones sin tener que abrirse camino luchando contra toda una compañía de *voltigeurs*, pero fue una oportunidad muy breve, porque justo cuando Harper empezaba a gritar en gaélico para ordenar a la Real Compañía Irlandesa que abriera su puerta, un gran griterío llegó desde la puerta fortificada, que quedaba a la izquierda de Sharpe, anunciando la llegada de la fuerza principal de Loup. Sharpe estaba ya entre los barracones de los que los *voltigeurs* se estaban retirando gracias al ataque de la avanzadilla portuguesa. La retirada de los franceses los condujo en ángulo recto al camino que seguía Sharpe, y los hombres de Loup se dieron cuenta del peligro demasiado tarde. Un sargento gritó una advertencia, después cayó a tierra por los culatazos de la pistola de Harper. El francés había intentado defenderse, pero la culata del pesado pistolón golpeó su cráneo con enfermiza repetición. Otro francés intentó volverse y correr en dirección opuesta; después, vencido por el pánico, se dio cuenta de que estaba corriendo hacia los portugueses, así que dio otra vez la vuelta para encontrarse con la bayoneta del fusilero Harris en su garganta.

—*Non, monsieur!* —gritó el francés mientras dejaba caer su mosquete y levantaba las manos.

—No hablo el puñetero franchute, ¿sabes? —mintió Harris al tiempo que apretaba el gatillo. Sharpe giró bruscamente al esquivar el cuerpo que caía, eludió un tímido ataque de bayoneta y tumbó a su atacante con un solo golpe de su maciza espada. Desde el suelo, el hombre intentó clavarle la bayoneta al capitán de fusileros, y éste le dio dos furiosas estocadas que lo dejaron chillando, sangrando y encogido formando una pelota. Devolvió un golpe a otro francés, y después corrió hacia la sombra que arrojaba la luna en el siguiente bloque de barracones vacíos, donde un grupo de fusileros protegía a Miranda. Harper aún gritaba en gaélico, una de las precauciones acordadas entre Sharpe y Donaju por si acaso los franceses empleaban a alguien que hablara inglés para confundir a los defensores. Finalmente, los gritos del

sargento habían llamado la atención de los guardias de los barracones más cercanos y abrieron un poco la puerta de un extremo. Un rifle disparó con una llamarada cerca de Sharpe, y la bala atravesó silbando la oscuridad por encima de su cabeza, mientras detrás de él gritaba un hombre. Hagman ya estaba en la puerta de los barracones, donde se agachó y empezó a contar a los fusileros que iban entrando.

—¡Adelante, Perks! —gritó, y Perkins y Miranda cruzaron el espacio abierto encogidos, seguidos a toda prisa por más fusileros—. ¡Están todos a salvo, señor, todos a salvo! —gritó el hombre de Cheshire a Sharpe—, menos Harps y usted.

—Váyase, Pat —dijo Sharpe, y justo cuando el irlandés empezó a correr, un *voltigeur* dobló la esquina del edificio, vio al enorme sargento de fusileros y se dejó caer sobre una rodilla al tiempo que apuntaba con su mosquete. Cuando vio al oficial de fusileros, sólo un segundo después, ya era demasiado tarde para él. Sharpe salió de entre las oscuras sombras enarbolando su espada. La hoja alcanzó al *voltigeur* justo por encima de los ojos, y fue tal la ira y la fuerza del golpe que la parte superior del cráneo de aquel hombre salió despedida como si fuera la cáscara de un huevo pasado por agua.

—Dios salve a Inglaterra —dijo Hagman al ver el golpe desde la puerta del barracón—. ¡Vamos, Harps! ¡Venga, señor!

El pánico se había desatado entre los *voltigeurs* cuando los portugueses habían contraatacado para ayudar a los fusileros a escapar del primer asalto de Loup, pero ahora, cuando la fuerza principal de Loup entraba ya por la puerta ya capturada, estaba remitiendo. Con esas tropas pronto tendrían a los hombres de Sharpe atrapados en los barracones.

—¡Jergones! ¡Petates! —gritaba Sharpe—. ¡Apílenlos detrás de las puertas! ¡Pat! ¡Atención a las ventanas! ¡No se mueva de aquí, mujer! —gruñó a una mujer que gritaba intentando salir del barracón. Sin cortesía ninguna tiró de ella hacia atrás. Las balas golpearon los muros de piedra y levantaron astillas en la puerta. Había dos ventanucos a cada lado de la alargada habitación, y Harper los estaba taponando con mantas. El fusilero Cresacre sacó el cañón de su rifle por uno de los ventanucos a medio cegar y disparó hacia la casa de guardia.

Sharpe y Donaju habían discutido con anterioridad lo que podía suceder si los franceses atacaban y, pensando en lo peor, habían coincidido en que la Real Compañía Irlandesa podría quedar atrapada dentro de sus barracones, por lo que Donaju había ordenado a sus hombres que abriesen más aspilleras en las paredes. Habían hecho el trabajo con poco entusiasmo, pero al menos había aspilleras que daban a los sitiados una oportunidad de devolver el fuego. Con todo, en aquella mal iluminada penumbra, los barracones con forma de túnel parecían un lugar de pesadilla en el que quedar atrapados. Las mujeres y los niños lloraban, los guardias estaban nerviosos, y las barricadas que se apoyaban en las puertas de ambos extremos

parecían endebles.

—Ya saben todos qué hacer —gritó Sharpe a los guardias—. Los franceses no pueden entrar aquí, no pueden volar los muros sin artillería, y no pueden disparar a través de la piedra. Mantengan una buena cadencia de disparos y harán que esos cabrones se larguen. —No estaba muy seguro de que nada de lo que había dicho fuera cierto, pero tenía que hacer todo lo que estuviera en su mano para devolver el ánimo a los hombres.

Había diez aspilleras en los barracones, cinco en cada una de las paredes más largas, y cada abertura era utilizada por al menos ocho hombres. De ellos, pocos eran tan eficientes cargando sus mosquetes como le hubiese gustado a Sharpe, pero con tantos hombres usando cada aspiller, al final sus disparos serían casi continuos. Tenía la esperanza de que los hombres del segundo barracón estuvieran preparándose de manera similar, porque sospechaba que los franceses iban a asaltar los dos barracones a la vez.

—Alguien les abrió la puta puerta —susurró Sharpe a Harper. Al sargento no le dio tiempo a contestar, pues el estruendo de un gran aullido anunció enseguida el avance del cuerpo principal de tropas de Loup. Sharpe trató de mirar por una rendija de uno de los cegados ventanucos, y vio una manada de uniformes grises que aparecía ante los barracones. Tras ellos, como espectros bajo la luz de la luna, los jinetes de Loup cabalgaban bajo su estandarte de colas de lobo—. Es culpa mía —dijo Sharpe compungido.

—Suya, ¿por qué? —Harper estaba atacando el último cañón de su pistola.

—¿Qué hace un buen soldado, Pat? Aprovecha el factor sorpresa. Era tan evidente que Loup tenía que atacar desde el norte que me olvidé del sur. Maldita sea —sacó el cañón de su rifle por un hueco y buscó al tuerto de Loup. Mata a Loup, pensó, y el ataque se paralizará, pero no podía ver al brigadier entre la masa de uniformes grises contra la que acabó disparando sin apuntar. El fuego enemigo rompía contra los muros de piedra sin hacer mella, mientras dentro de los barracones retumbaban los disparos de mosquetes y los niños lloraban—. ¡Que se callen ya esos puñeteros niños! —gritó Sharpe. El espacio oscuro y fresco del barracón se vició por el acre olor del humo de pólvora, lo que asustaba a los niños casi tanto como el ensordecedor estruendo de los disparos—. ¡Silencio! —rugió Sharpe, y de repente se hizo un silencio entrecortado, excepto por un bebé que daba alaridos sin cesar—. ¡Que se calle esa maldita cosa! —gritó Sharpe a la madre—. ¡Dele un azote si tiene que hacerlo! —En vez de eso, la madre puso uno de sus pechos en la boca del bebé, lo que apagó el llanto efectivamente. Algunas mujeres y los chicos mayores ayudaban cargando los mosquetes sobrantes y amontonándolos junto a las ventanas—. No soporto a los mocosos cuando lloran —refunfuñó Sharpe mientras recargaba su rifle —, nunca los he soportado y nunca los soportaré.

—Usted fue un bebé una vez, señor —dijo Daniel Hagman a modo de reproche. El furtivo convertido en fusilero era muy dado a aquellos momentos sentenciosos.

—Y me puse enfermo una vez, demonios, pero eso no significa que me tenga que gustar la enfermedad, ¿verdad? ¿Alguno de ustedes ha conseguido distinguir a ese cabrón de Loup?

Nadie lo había visto, y de momento la masa de la brigada Loup había pasado de largo los dos barracones en pos de los portugueses, que retiraron su avanzadilla y formaron dos líneas para poder intercambiar disparos con sus atacantes. Iluminaban el combate la media luna y el brillo trémulo de las brasas de las hogueras, acompañado por fogonazos aquí y allá. Los franceses habían dejado de aullar como lobos cuando la lucha se volvió desalentadora, pero aun así tenían de su parte todas las de ganar. Superaban en número a los portugueses, que, despertando en una desconcertante pesadilla, se enfrentaban a hombres armados con mosquetes de recarga rápida, mientras ellos estaban equipados con rifles Baker de carga más lenta. Incluso aunque cargaran a medias, abandonando las baquetas y los parches de cuero que aseguraban la bala al cañón, no podrían competir contra la velocidad de las bien instruidas fuerzas francesas. Además, los *caçadores* de Oliveira estaban entrenados para combatir en terreno abierto, para acosar y ocultarse, para correr y disparar, y no para intercambiar fuego pesado en el letal enfrentamiento de primera línea de batalla.

A pesar de todo, los *caçadores* no se rendían fácilmente. La infantería francesa tenía dificultades para ubicar a la infantería portuguesa en la plateada oscuridad, y cuando establecieron la localización donde formaba la línea, las compañías francesas necesitaron un tiempo para reagruparse y formar su propia línea de tres filas. Pero cuando los dos batallones franceses estuvieron por fin en posición, solaparon al pequeño batallón portugués y los flancos de los franceses empezaron a presionar hacia el interior. Los portugueses contraatacaron con furia. Las llamaradas de los rifles apuñalaban la noche. Los sargentos gritaban a las filas que se cerraran hacia el centro según caían hombres bajo las pesadas balas de los mosquetes franceses. Un soldado cayó a las ascuas de una fogata y lanzó un terrible alarido cuando la bolsa de sus cartuchos explotó, abriéndole en la espalda un agujero del tamaño de un morral. Su sangre siseó y burbujeó en las brasas al rojo mientras moría. El coronel Oliveira recorría las filas detrás de sus hombres, sopesando el progreso del combate y dándolo finalmente por perdido. Aquel maldito fusilero inglés tenía razón. Deberían haber buscado refugio en los bloques de los barracones, pero ahora los franceses estaban entre él y su salvación, y Oliveira presintió la calamidad que se avecinaba y supo que poco podía hacer para evitarla. Y sus posibilidades se redujeron aún más cuando oyó el siniestro e inconfundible repiquetear de los cascos de los caballos. Los franceses tenían a su caballería dentro del fuerte.

El coronel envió a sus portaestandartes a las murallas del norte.

—Busquen algún sitio donde atrincherarse —les ordenó. En los bastiones había viejos almacenes y murallas derrumbadas que habían formado oscuras cavidades entre las ruinas, y aún era posible que los estandartes del regimiento evitaran su captura si los escondían en la maraña de húmedos sótanos y piedras caídas. Oliveira esperó mientras sus apurados hombres disparaban otro par de andanadas, y después dio la orden de retirada—. ¡Atención, ahora! —gritó—. ¡Atención! ¡Retírense hacia las murallas! —Se vio forzado a abandonar a sus caídos, aunque algunos de los hombres ensangrentados y heridos intentaron retirarse a rastras o renqueando con las filas. Los uniformes franceses avanzaron aún más, después llegó el momento que Oliveira más temía cuando, en la oscuridad de la noche, resonó una trompeta con acompañamiento de espadas al salir de sus vainas—. ¡Vamos! —gritó Oliveira a sus hombres—. ¡Vamos!

Sus hombres rompieron filas y corrieron hacia las murallas justo cuando la caballería empezó a cargar, convirtiéndose así los *caçadores* en la presa soñada de todos los jinetes: una unidad rota de hombres desperdigados. Los dragones grises embistieron contra las filas en retirada con sus pesadas espadas. El propio Loup encabezó la carga e hizo a propósito que fuese amplia para poder girar y, con un movimiento envolvente, empujar a los fugitivos contra los avances de su infantería.

Algunas de las compañías del ala izquierda de Oliveira consiguieron alcanzar la muralla. Loup vio los uniformes oscuros subiendo a toda prisa por una de las rampas para munición, y se conformó con dejarles escapar. Si cruzaban los muros y huían a los valles, el resto de sus dragones les daría caza como si fueran alimañas, y si se quedaban en las murallas, sus hombres de dentro del fuerte San Isidro acabarían con ellos. La preocupación más urgente de Loup eran los hombres que estaban intentando rendirse. Docenas de soldados portugueses, con los rifles descargados, permanecían quietos con las manos en alto. Loup trotó hasta uno de aquellos hombres, sonrió y después lo tumbó con un golpe de través que casi le separó la cabeza del cuerpo.

—¡No hagan prisioneros! —gritó Loup a sus hombres—. ¡No hagan prisioneros! —No podía entorpecer su retirada del fuerte por unos prisioneros, y además la matanza de todo un batallón serviría para advertir al ejército de Wellington de que, al llegar a la frontera española, se habían encontrado con un enemigo nuevo y más duro que las tropas a las que habían expulsado de Lisboa—. ¡Mátenlos a todos! —gritó el brigadier. Un *caçador* apuntó a Loup, disparó y la bala pasó a pocos centímetros de la corta barba gris del brigadier. Loup rió, espoleó a su caballo gris y se abrió camino entre la aterrorizada infantería para dar caza al desdichado que se había atrevido a intentar matarlo. El hombre corrió con desesperación, pero Loup galopó tras él y descargó su espada en un golpe sucio que dejó el espinazo del hombre abierto a la noche. El hombre cayó, retorciéndose y gritando—. ¡Déjelo! —le gritó Loup a un soldado francés que había sentido la tentación de darle al desgraciado su *coup de*

grâce—. Deje que muera con dolor —dijo Loup—. Se lo tiene merecido.

Los supervivientes del batallón de Oliveira dispararon con sus mortíferos rifles desde la muralla, y Loup viró para alejarse de ellos.

—¡Dragones! ¡Desmonten! —Dejaría que su caballería diera caza a pie a los desafiantes supervivientes, mientras su infantería lidiaba con la Real Compañía Irlandesa y los fusileros que, al parecer, se habían refugiado en los edificios de los barracones. Era una lástima. Loup tenía la esperanza de que su avanzadilla hubiera encerrado a Sharpe y a sus malditos casacas verdes en el almacén, y que a estas alturas él ya habría tenido el placer de infligirle su venganza exquisitamente dolorosa por los dos hombres que Sharpe había asesinado, pero ese maldito casaca verde había escapado, y él iba a necesitar arrancarlo de los barracones de la misma forma en que se desentierra a un zorro al final de un largo día de caza. Loup orientó su reloj hacia la luna mientras intentaba calcular cuánto tiempo le llevaría destrozar los barracones.

—Monsieur! —gritó una voz cuando el brigadier cerró su reloj y se dejaba caer de su silla—. Monsieur!

Al darse la vuelta, Loup se encontró con un oficial portugués de rostro enjuto y enfadado al que agarraba con fuerza un cabo francés.

—Monsieur? —respondió cortésmente Loup.

—¡Soy el coronel Oliveira y debo protestar, *monsieur*! Mis hombres se están rindiendo ¡y sus hombres continúan matándolos! ¡Somos sus prisioneros!

Loup logró sacar un cigarro de su portafolios y se acercó a unas brasas mortecinas para encenderlo.

—Los buenos soldados no se rinden —le dijo a Oliveira—, simplemente mueren.

—Pero nos estamos rindiendo —insistió con amargura Oliveira—. Tome mi espada.

Loup se enderezó, chupó su cigarro e hizo un gesto al cabo.

—Suéltelo, Jean.

Oliveira se soltó de las manos del cabo.

—Debo protestar, *monsieur* —dijo con enojo—. Sus soldados están matando a hombres que tienen las manos alzadas.

Loup se encogió de hombros.

—En la guerra ocurren cosas terribles, coronel. Ahora, deme su espada.

Oliveira desenvainó su sable, volvió la hoja hacía sí mismo y le tendió la empuñadura al dragón de adusto rostro.

—Soy su prisionero, *monsieur* —dijo con voz compungida por la vergüenza y la rabia.

—¡Han oído eso! —gritó Loup para que todos sus hombres pudieran oírlo—. ¡Se han rendido! ¡Son nuestros prisioneros! ¿Lo ven? ¡Tengo el sable de su coronel! —Tomó el sable de Oliveira y describió unas florituras en el aire lleno de humo. La

cortesía exigía que ahora debía devolverle el arma a su enemigo derrotado, dándole libertad bajo palabra, pero en vez de hacerlo Loup sopesó la hoja como si comprobara su efectividad—. Un arma pasable —dijo a regañadientes; después miró a los ojos de Oliveira—. ¿Dónde están sus estandartes, coronel?

—Los destruimos —dijo Oliveira desafiante—. Los quemamos.

El sable describió un arco plateado a la luz de la luna y la sangre manó negra del corte en el rostro de Oliveira, en el que el filo había abierto un corte en su ojo izquierdo y su nariz.

—No le creo —dijo Loup, y después esperó a que el sobresaltado y ensangrentado coronel recuperara el sentido—. ¿Dónde están sus estandartes, coronel? —volvió a preguntar Loup.

—Váyase al infierno —dijo Oliveira—. Usted y su asqueroso país —con una de sus manos apretaba su ojo herido.

Loup le lanzó el sable al cabo.

—Averigüe dónde están los estandartes, Jean, y después mate a este imbécil. Propínele unos cuantos cortes si no quiere decírselo. Cualquier hombre suelta la lengua para mantener las pelotas pegadas al cuerpo. Y al resto de ustedes —gritó a sus hombres, que se habían detenido para observar la confrontación entre los dos oficiales al mando—, ¡esto no es un puto festival de la cosecha, es una batalla! ¡Así que empiecen a hacer su trabajo! ¡Maten a todos esos mierdas!

Los gritos empezaron de nuevo. Loup volvió a chupar su cigarro, se sacudió las manos y caminó hacia los barracones.



Los perros de doña Juanita empezaron a aullar. El sonido hizo que aún más niños lloraran, pero una mirada de Sharpe fue suficiente para hacer que las madres acallaran el sufrimiento de sus hijos. Un caballo relinchó. A través de una aspillera, Sharpe pudo ver que los franceses se llevaban los caballos capturados a los oficiales portugueses.

Dio por sentado que ya se habrían llevado los caballos de la compañía irlandesa. La tranquilidad se había extendido por el barracón. La mayoría de los atacantes franceses se habían marchado para perseguir a los portugueses, y sólo habían quedado atrás los hombres de infantería necesarios para mantener atrapados a los hombres del interior de los barracones. Cada pocos segundos, una bala de mosquete impactaba contra la piedra, recordando a Sharpe y a sus hombres que los franceses seguían vigilando todas las puertas y ventanas bloqueadas.

—Esos cabrones habrán capturado al panzudo de Runciman —dijo Hagman—. No me puedo imaginar al general sobreviviendo a base de raciones de prisionero.

—Runciman es un oficial, Dan —dijo Cooper, que estaba apuntando con su rifle

por una de las aspilleras, observando a su objetivo—. No tendrá que conformarse con esas raciones. Dará su palabra y lo alimentarán con buenas Viandas franchutes. Se pondrá incluso más gordo. Ya te tengo, hijo de puta. —Apretó el gatillo y después sacó su rifle de la hendidura para dejar que otro hombre se pusiera en su puesto. Sharpe, que había estado atento a la conversación, sospechaba que el antiguo general vaguemaestre sería muy afortunado si lo habían hecho prisionero, porque, si Loup luchaba siendo fiel a su reputación, era más que probable que Runciman yaciese degollado en su cama con su camión de franela y su gorrito con borla para dormir empapados en sangre.

—¡Capitán Sharpe, señor! —llamó Harper desde el otro extremo del bloque—. ¡Aquí, señor!

Sharpe se abrió camino entre los jergones de paja tirados en el suelo de tierra apisonada. Dentro de los bloqueados barracones, el aire hedía y las pocas velas que quedaban encendidas vacilaban. Una mujer escupió cuando Sharpe pasó a su lado y Sharpe se volvió hacia ella.

—Mejor estar ahí fuera siendo violada, ¿verdad, zorra estúpida? Yo mismo te arrojaré ahí afuera con gusto, si es lo que quieres, perra.

—No, *señor* —la cólera de la mujer se esfumó.

El marido, agachado junto a una aspillera, intentó pedir disculpas por su mujer.

—Es sólo que las mujeres están asustadas, señor.

—Pues nosotros también. Cualquiera que no fuera un loco estaría asustado, pero ésa no es razón para perder las buenas maneras —Sharpe se dirigió hacia donde estaba Harper, que esperaba arrodillado al lado del montón de sacos rellenos de paja que habían servido como colchones y que ahora bloqueaban la puerta.

—Hay un hombre que lo llama, señor —dijo Harper—. Creo que es el capitán Donaju.

Sharpe se agachó cerca de la aspillera más próxima a la puerta bloqueada.

—¡Donaju! ¿Es usted?

—Estoy en el barracón de los hombres, Sharpe. Sólo quería que supiera que estamos todos bien.

—¿Kiely está con usted?

—No. No sé qué habrá sido de él.

A Sharpe tampoco le preocupaba mucho.

—¿Sarsfield está ahí? —preguntó a Donaju.

—Me temo que tampoco —respondió Donaju.

—¡Mantenga el ánimo, Donaju! —dijo Sharpe—. ¡Esos hijos de puta se marcharán en cuanto salga el sol! —Sintió un extraño alivio al saber que el capitán se estaba encargando de la defensa del otro barracón, pues Donaju, pese a su timidez y aspecto retraído, estaba demostrando que era un muy buen soldado—. Es una lástima

lo del padre Sarsfield —le dijo Sharpe a Harper.

—Se habrá ido derechito al cielo —dijo Harper—. Y no hay muchos curas de los que se pueda decir eso. La mayoría de ellos son unos verdaderos demonios con el whisky, las mujeres y los niños, pero Sarsfield sí que era un buen hombre, un verdadero buen hombre. —El tiroteo del extremo norte del fuerte cesó, y Harper hizo la señal de la cruz sobre su pecho—. También es una lástima lo de los pobres cabroncetes portugueses —añadió, al darse cuenta de lo que significaba la pausa en el sonido del combate.

Pobre Tom Garrard, pensó Sharpe. A menos que Garrard siguiera vivo. Tom siempre había tenido suerte en la vida. Sharpe y él habían estado agazapados en el abrasador polvo rojo de la grieta de Gawilghur mientras la sangre de los cuerpos de sus camaradas fluía como riachuelos por un acantilado. El sargento Hakeswill estaba allí, farfullando como un mono mientras intentaba esconderse debajo del cadáver de un tamborilero. Maldito Obadiah Hakeswill, que también proclamaba tener mucha suerte en su vida, aunque Sharpe no podía creer que aquel cabrón aún siguiese vivo. Lo más probable era que hubiese muerto de viruela o destrozado por las balas de un pelotón, si es que quedaba algo de justicia en un mundo tan malo.

—Vigile el techo —le dijo Sharpe a Harper. El techo del barracón era un arco continuo de mampostería diseñado para resistir la caída de un proyectil de mortero enemigo, pero el tiempo y la desatención habían debilitado su fortaleza—. Encontrarán un punto débil —dijo Sharpe—, e intentarán atravesarlo para llegar a nosotros —y será pronto, pensó para sí mismo, pues el espeso silencio del fuerte atestiguaba que Loup había acabado con Oliveira, y que ahora vendría a buscar a su verdadera presa: el capitán de fusileros que se había burlado de él. La hora siguiente prometía ser nefasta. Sharpe levantó la voz mientras caminaba de vuelta hacia el otro lado de la habitación—. ¡Sigán disparando cuando comience el ataque! No apunten, no esperen, sólo disparen y dejen la aspillera libre para el siguiente. Llegarán a los muros del barracón, no podemos evitarlo, e intentarán irrumpir desde el tejado, así que intenten estar atentos a lo que viene de arriba. En cuanto vean la luz de las estrellas, disparen. Y recuerden, enseguida amanecerá y ellos no se quedarán después de que salga el sol. Sin duda no se arriesgarán a que nuestra caballería les corte la retirada. Ahora, buena suerte, muchachos.

—Y que Dios los bendiga a todos —añadió Harper desde la penumbra del otro lado de la habitación.

El ataque llegó con un bramido parecido a la riada que se produce al abrir las compuertas de una esclusa.

Loup había ocultado a todos sus hombres tras unos barracones cercanos, y después los lanzó en una carga desesperada contra los dos barracones de la muralla norte. El motivo de esa desesperada maniobra era conseguir que la infantería francesa

podiera atravesar rápidamente la peligrosa franja de terreno que cubrían los mosquetes y rifles de Sharpe. Las armas seguían disparando y llenando los barracones con aún más humo pestilente, pero el tercer o cuarto disparo de cada aspillera sonó endiabladamente alto, y de repente un hombre se echó hacia atrás maldiciendo por el retroceso de su mosquete, que le golpeó la muñeca.

—¡Están bloqueando los agujeros! —gritó otro hombre.

Sharpe corrió hasta la aspillera más cercana del muro norte e introdujo su rifle por el orificio. La boca del cañón golpeó contra la piedra. Los franceses estaban amontonando bloques de mampostería contra la abertura exterior de las aspilleras, acabando así de manera efectiva con los disparos de Sharpe. También estaban subiendo al tejado, donde las botas francesas hacían un sonido apagado de arañosos, como ratas en un ático.

—¡Jesucristo! —Un hombre miraba desanimado hacia arriba—. Santa María, Madre de Dios... —empezó a rezar con tono lastimero.

—¡Cállese! —le espetó Sharpe. Podía oír el sonido tintineante del metal raspando la piedra. ¿Cuánto tardaría el techo en ceder y dejar entrar una avalancha de vengativos franceses? Dentro del barracón, un centenar de rostros pálidos miraban fijamente a Sharpe, esperando una respuesta que él no podía darles.

Fue Harper quien encontró la solución. Se encaramó sobre la enorme pila de sacos llenos de paja que había junto a la puerta para poder alcanzar el punto más alto de la pared, donde un pequeño agujero servía de chimenea y de ventilación. El agujero estaba demasiado alto para que los franceses lo cegaran, y lo bastante bajo para ofrecer a Harper campo de tiro a todo lo largo del tejado del barracón de Donaju. Las balas saldrían demasiado altas, así que serían sólo una amenaza para los franceses que estaban más cerca de Harper, pero si pudiera disparar suficientes balas, al menos podría lentificar el ataque contra Donaju, y rezó para que éste le devolviera el favor.

Harper abrió fuego con su pistola de siete cañones. El estruendo levantó el eco de un cañón de treinta y dos libras en todo el barracón. Un chillido respondió al disparo, que había barrido el espacio hasta el otro tejado como una descarga de metralla. Ahora fueron pasando de uno en uno rifles y mosquetes al enorme sargento, que disparaba una y otra vez sin molestarse en apuntar, disparando las balas a la masa gris que bullía sobre el tejado vecino. Tras media docena de disparos, la masa empezó a disgregarse cuando los hombres bajaron a buscar refugio en el suelo. El fuego de respuesta golpeó como una serie de golpes sordos en la aspillera de Harper, causando más polvareda que peligro. Perkins había recargado la pistola de siete cañones, y Harper volvió a disparar con ella justo cuando un mosquete llameaba en el mismo agujero de ventilación del barracón de Donaju. Sharpe oyó el sonido de un roce por encima de él, cuando las botas de un francés bajaban resbalando por la curva exterior

hasta la base del muro. «¡Bien por Donaju!», pensó el fusilero.

Dentro del barracón, un hombre gritó cuando una bala de mosquete lo lanzó hacia atrás. Los franceses estaban destapando las aspilleras al azar y disparaban dentro del barracón, donde mujeres y niños permanecían encogidos y gimoteaban. Los sitiados se acurrucaron lejos de las líneas de fuego de las aspilleras, la única defensa que tenían. Harper seguía disparando, al tiempo que un grupo de hombres y mujeres cargaba las armas para él, pero la mayoría de los ocupantes de los barracones sólo podían esperar en la penumbra llena de humo y rezar. El ruido era infernal: una cacofonía de disparos, sonidos metálicos y rozaduras, y siempre, como una espeluznante promesa de la horrible muerte que la derrota anunciaba, el fiero aullido lobuno de los hombres de Loup alrededor de los barracones.

De una parte del techo empezó a caer polvo. Sharpe alejó a todo el mundo de la zona amenazante, después la rodeó con hombres con mosquetes cargados.

—Si cae una sola piedra —les dijo—, disparen sin cesar como demonios.

Resultaba difícil respirar aquel aire. Estaba cargado de polvo, humo y el hedor de la orina. Las baratas velas de junco vacilaban. Ahora había niños llorando por todo el barracón, y Sharpe no podía hacer que se callaran. Las mujeres lloraban también, mientras las voces apagadas de los franceses se burlaban de sus víctimas, prometiendo indudablemente que a las mujeres les darían algo mejor que el humo para llorar.

Hagman tosió y después escupió al suelo.

—Esto es como una mina de carbón —dijo.

—¿Estuvo alguna vez en una mina de carbón, Dan? —preguntó Sharpe.

—Pasé un año metido en una mina en Derbyshire —dijo Hagman, y luego dio un respingo cuando la llamarada de un mosquete entró por una aspillera cercana. La bala se aplastó sin causar daño en la pared de enfrente—. Era sólo un crío —siguió Hagman—. Si a mi padre no le hubiera dado por morir y a mi madre por mudarse otra vez a casa de su hermana en Handbridge, aún estaría allí. O muerto, que es más probable. Sólo los más afortunados cumplen las treinta primaveras en una mina. —Se estremeció cuando un inmenso estruendo rítmico empezó a reverberar por el espacio con forma de túnel del barracón. O bien los franceses habían traído una almádena con ellos, o bien estaban utilizando un tronco como ariete—. Somos como los tres cerditos en su casa, ¿no? —dijo Hagman en la resonante oscuridad—, con el lobo grande y malo soplando y resoplando ahí fuera.

Sharpe apretó su rifle. Estaba sudando y la culata de su rifle parecía grasienta.

—Cuando yo era un niño —dijo—, nunca me creí que los cerdos pudiesen sacarse de encima al lobo.

—Bueno, los cerdos no suelen hacerlo —dijo Hagman con gravedad—. Si esos malnacidos siguen dando esos golpes, me van a dar dolor de cabeza.

—No puede faltar mucho para que amanezca —dijo Sharpe, aunque en realidad no sabía si Loup iba a retirarse con las primeras luces. A sus hombres les había contado que el francés se iría al alba para darles esperanzas, pero tal vez no tuvieran esperanza alguna. Tal vez estaban todos condenados a morir en las ruinas revueltas de unos barracones abandonados, donde serían acuchillados con bayonetas y acribillados por una brigada francesa de élite que había venido para destruir a su maltrecha fuerza de infelices irlandeses.

—¡Atención! —gritó alguien. Cayó más polvo del techo. Hasta ahora los viejos barracones habían resistido sorprendentemente bien el ataque, pero la primera brecha en la mampostería parecía inminente.

—¡No disparen! —ordenó Sharpe—. ¡Esperen hasta que hayan entrado!

Un puñado de mujeres arrodilladas pasaban las cuentas de sus rosarios, meciéndose adelante y atrás sobre sus rodillas mientras recitaban el Ave María. Cerca, un grupo de hombres esperaba con rostros expectantes, con los mosquetes apuntados hacia el amenazante espacio del techo. Detrás de ellos, una piña exterior de hombres esperaba con más armas cargadas.

—Odiaba la mina de carbón —dijo Hagman—. Siempre me asustó la idea de entrar en el pozo. Allí los hombres morían sin ninguna razón. ¡Ninguna! Simplemente nos los encontrábamos muertos, en paz si usted quiere, dormidos como bebés. Y yo pensaba que los demonios habían salido del centro de la tierra para llevarse sus almas.

Una mujer chilló cuando un bloque de mampostería se movió y amenazó con caer.

—Al menos no tenían ustedes mujeres chillonas en las minas —le dijo Sharpe a Hagman.

—Pues sí que las teníamos, señor. Unas trabajaban con nosotros, y también había otras señoritas que trabajaban para sí mismas, si entiende lo que quiero decir. Había una llamada la Enanita, me acuerdo bien de ella. Cobraba un penique cada vez. Y nos cantaba todos los domingos, puede que un salmo o alguno de los himnos del señor Wesley. «Cariñoso Salvador, huyo de la tempestad a tu seno protector» —Hagman sonrió burlón en la sofocante oscuridad—. Puede que el señor Wesley tuviese algún problema con los franchutes, ¿no, señor? Al menos eso parece. ¿Conoce usted los himnos del señor Wesley, señor? —preguntó a Sharpe.

—Nunca fui de los que van a la iglesia, Dan.

—La Enanita no era exactamente de iglesia, señor.

—Pero, ¿fue la primera mujer con la que estuvo usted? —aventuró Sharpe.

En la oscuridad, Hagman se sonrojó.

—Y ni siquiera me cobró.

—Pues hurra por la Enanita —dijo Sharpe, y después levantó su rifle cuando, por

fin, una sección del techo cedió y cayó contra el suelo en una confusión de polvo, gritos y ruido. El irregular orificio tenía menos de un metro de anchura y, más allá del polvo que lo oscurecía, las figuras espectrales de los soldados franceses parecían amenazadores gigantes—. ¡Fuego! —bramó Sharpe.

El corro de mosquetes disparó, seguido pocos segundos después por el segundo anillo de armas cuando más hombres dispararon al hueco. La respuesta francesa quedó extrañamente enmudecida, casi como si los atacantes hubiesen sido sorprendidos por la cantidad de fuego de mosquete que salía ahora a través del respiradero que acababan de abrir. Hombres y mujeres recargaban frenéticos y pasaban las armas recién cargadas hacia delante, y los franceses, alejados del borde del agujero por la impresionante fuerza de la andanada, empezaron a lanzar rocas dentro del barracón. Las piedras chocaban inofensivas contra el suelo.

—¡Taponen las aspilleras! —ordenó Sharpe, y los hombres bloquearon las aberturas con las piedras que los franceses estaban arrojando, para así detener las esporádicas balas. Mejor aún, el aire empezó a volverse más fresco. Incluso las llamas de las velas recobraron vida e iluminaron los rincones más oscuros del atestado y aterrorizado barracón.

—¡Sharpe! —gritó una voz desde fuera del barracón—. ¡Sharpe!

Los franceses interrumpieron sus disparos por un momento, y Sharpe ordenó a sus hombres un alto el fuego.

—¡Recarguen, muchachos! —Su voz sonó triunfante—. Siempre es buena señal que esos cabrones quieran hablar en vez de seguir luchando. —Se acercó al agujero del techo—. ¿Loup? —gritó.

—Salga aquí, Sharpe —dijo el brigadier—, entréguese y perdonaremos la vida a sus hombres.

Era una oferta lo bastante astuta, aunque hasta Loup sabía que el capitán de fusileros no aceptaría; sin embargo, no esperaba que Sharpe aceptara, sino que quería que la compañía de fusileros lo entregara, como fue entregado Jonás al océano por sus compañeros de barco.

—¿Loup? —gritó Sharpe—. Váyase al infierno. ¿Pat? ¡Abran fuego!

Harper disparó una andanada de balas de media pulgada hacia el otro barracón. Los hombres de Donaju aún estaban vivos y seguían luchando, y ahora los hombres de Loup volvieron a la vida cuando el combate cobró nuevo brío. Una frustrada ráfaga de balas de mosquete impactó alrededor de la aspillera de Harper. Una de las balas entró de rebote y chocó contra la culata de su rifle. Harper soltó una maldición porque el golpe le había dolido, y después disparó con el rifle hacia el tejado de enfrente.

El sonido de más pasos apresurados anunció un nuevo ataque. Los hombres que estaban bajo el boquete en la mampostería dispararon hacia arriba, pero de pronto una

descarga de fuego entró en tromba desde el agujero. Loup había enviado a todos los hombres disponibles al tejado, y los atacantes fueron capaces de igualar la furia de las ráfagas de los defensores. Los guardias de la Real Compañía Irlandesa retrocedieron ante los disparos.

—¡Esos cabrones están en todos lados! —dijo Harper, y después se agachó al resonar un golpe sobre el techo de piedra por encima de su cabeza. Ahora los franceses estaban intentando atravesar el tejado justo al lado del nido de águila de Harper. Las mujeres gritaban y se tapaban los ojos. Había un niño sangrando por una bala rebotada.

Sharpe sabía que la lucha estaba llegando a su fin. Podía sentir la derrota. Supuso que había sido inevitable desde el mismo momento en que Loup se había anticipado a los defensores del fuerte de San Isidro y había superado su estrategia. Sabía que en cualquier momento una oleada de franceses irrumpiría desde el agujero del techo, y aunque muriesen unos pocos de los enemigos que entraran al barracón, la segunda oleada viviría para combatir sobre los cadáveres de sus compañeros y vencer así la batalla. Y, después, ¿qué? Sharpe sintió un escalofrío al pensar en la venganza de Loup, el cuchillo en su entrepierna, el tajo rebanador y el dolor por encima de todos los dolores. Miró hacia el agujero del techo con el rifle preparado para un último disparo, y se preguntó si no sería mejor apoyar su barbilla en la boca del canon y volarse la cabeza.

Entonces el mundo entero tembló. Empezó a caer polvo de todas las juntas de la mampostería, al tiempo que un fogonazo de luz iluminaba abrasador desde los bordes del boquete del techo. Un segundo después, el retumbante y atronador estruendo de una gran explosión se extendió sobre el barracón, ahogando incluso los furibundos disparos de los mosquetes franceses de fuera y los desesperados gimoteos de los niños de dentro. La apabullante explosión reverberó contra la entrada fortificada para volver de nuevo al interior del fuerte, mientras caían del cielo astillas de madera que repiqueteaban sobre el tejado.

A continuación, se hizo una especie de silencio inesperado. El fuego de los franceses se había detenido. En algún lugar cerca del barracón, un hombre gemía al inhalar y gimoteaba al exhalar. El cielo parecía más luminoso, pero la luz era intensa y rojiza. Un pedazo de piedra o de madera cayó rozando y rebotando por el lado curvo del barracón. Se oían lamentos y llantos de hombres, y más lejos de allí, el crepitar del fuego. Daniel Hagman apartó algunos de los jergones de paja que bloqueaban la puerta y echó un vistazo por un agujero de bala que atravesaba la madera.

—Es la munición portuguesa —dijo Hagman—. Había dos carros llenos aparcados por ahí, señor, y algún puto francés enloquecido debe de haber estado jugando con fuego.

Sharpe despejó una de las aspilleras y descubrió que estaba despejada al otro lado. Un francés con su uniforme gris en llamas pasó tambaleándose por el campo de visión de Sharpe. Ahora, en el silencio posterior a la gran explosión, pudo oír a más hombres sollozando y gimiendo.

—¡Esa explosión ha arrancado a esos mierdas de los tejados, señor! —gritó Harper.

Sharpe corrió hacia el boquete del techo y ordenó a un hombre que se pusiera a cuatro patas en el suelo. Después, usando la espalda del hombre como punto de apoyo, saltó hacia arriba y se agarró al borde fracturado de la mampostería.

—¡Empújenme hacia arriba! —ordenó.

Alguien empujó sus piernas hacia arriba, y él trepó con torpeza por el filo roto. El interior del fuerte parecía quemado y chamuscado. Los dos carros de munición habían volado en pedazos, extendiendo el caos entre los victoriosos franceses. El tejado estaba empapado en sangre, y una maraña de cuerpos yacía en el suelo cerca del barracón, donde los supervivientes de la explosión deambulaban confusos. Un hombre desnudo, ennegrecido y sangrando, daba tumbos entre aquellos aterrorizados franceses. Uno de los confundidos soldados de infantería vio a Sharpe, pero no tuvo fuerzas o quizá le faltó el sentido para levantar su mosquete. Parecía haber unos treinta o cuarenta muertos, y quizá otros tantos malheridos; no eran muchas bajas para el millar de hombres que Loup había llevado al San Isidro, pero el desastre había barrido toda la confianza de la brigada del lobo.

Y Sharpe vio que había aún mejores noticias. Porque a través de las espirales de humo y polvo, a través de la gris oscuridad de la noche y el amenazante resplandor del fuego, una línea plateada aparecía por el este. La luz del alba estaba brillando, y con el sol naciente llegaría un piquete de la caballería aliada para averiguar por qué se elevaba tanto humo desde el fuerte de San Isidro.

—Hemos ganado, chicos —dijo Sharpe mientras volvía al suelo del barracón de un salto. No era cierto del todo. No habían ganado, simplemente habían sobrevivido, pero esta vez la supervivencia tenía un poco común sabor a victoria, y más aún cuando, media hora después, los hombres de Loup abandonaron el fuerte. Lanzaron otro par de ataques sobre los barracones, pero fueron asaltos débiles, meros gestos de obstinación, pues la explosión había arrancado el entusiasmo del regimiento de Loup. Así que, con las primeras luces, los franceses se fueron y se llevaron a sus heridos con ellos. Sharpe ayudó a dismantelar la barricada interior de la puerta del barracón que tenía más cerca, y después salió precavido a una mañana fresca y llena de humo que apestaba a sangre y a fuego. Llevaba su rifle cargado, por si acaso Loup había dejado atrás a algún francotirador, pero nadie le disparó bajo aquella luz nacarada. Detrás de Sharpe, como hombres que acabaran de librarse de una pesadilla, los fusileros salieron con cautela a la luz del día. Donaju salió del segundo barracón, e

insistió en darle la mano a Sharpe, casi como si el fusilero hubiese conseguido algún tipo de victoria. No había sido así. De hecho, Sharpe había estado a un palmo de distancia de una derrota ignominiosa.

Pero ahora, pese a todo, estaba vivo y el enemigo se había ido.

Lo que significaba, Sharpe lo sabía, que el verdadero problema estaba a punto de empezar.

CAPÍTULO 5

Durante toda la mañana estuvieron entrando más y más *caçadores* en el fuerte. Unos pocos habían escapado escondiéndose en las partes ruinosas de la muralla norte, pero la mayoría de los supervivientes había huido cruzando la muralla y refugiándose al pie del risco que dominaba el fuerte de San Isidro. Aquellos afortunados habían observado con terror desde sus escondites cómo otros fugitivos eran cazados y masacrados por los dragones grises.

Oliveira había traído unos cuatrocientos fusileros al fuerte. Ahora más de ciento cincuenta estaban muertos, setenta estaban heridos y otros tantos habían desaparecido. Cerca de un cuarto del regimiento portugués desfiló a mediodía. Habían sufrido una terrible derrota tras ser desbordados en un espacio cerrado por un enemigo cuatro veces superior en número; aun así, no estaban destruidos del todo y sus estandartes seguían ondeando. Aquellas banderas habían pasado toda la noche escondidas pese a los esfuerzos de Loup por encontrarlas. El coronel Oliveira estaba muerto y su cuerpo daba espantosas pruebas de cómo habían acabado con él. La mayoría de los otros oficiales también habían sido masacrados.

La Real Compañía Irlandesa no había perdido oficiales, ni uno. Los franceses, al parecer, no se habían molestado en atacar la puerta fortificada. Los hombres de Loup habían atravesado la puerta en tropel y habían saqueado el fuerte, pero ningún hombre había intentado entrar en la imponente torre. El enemigo ni siquiera se había llevado los caballos de los oficiales de los establos cercanos a la casa de guardia.

—Las puertas estaban bloqueadas. —De manera poco convincente, lord Kiely explicaba la supervivencia de los ocupantes de la casa de guardia.

—¿Y los gabachos no intentaron tirarlas abajo? —preguntó Sharpe, sin molestarse en esconder su escepticismo.

—Tenga cuidado con sus insinuaciones, capitán —dijo Kiely en un tono altanero. Sharpe reaccionó como un perro que oliese sangre.

—Escúcheme, cabrón de mierda —dijo, sorprendiéndose al oírse a sí mismo—. Me abrí camino a empujones desde las cloacas y no me importa si tengo que luchar con usted para subir otro escalón más. Le degollaré, borracho hijo de puta, y después les daré de comer a los perros de las putas corruptas sus entrañas —avanzó un paso hacia Kiely, que, asustado por la repentina vehemencia del fusilero, retrocedió—. Lo que estoy insinuando —continuó Sharpe— es que uno de sus malditos amigos de la puñetera casa de guardia abrió las jodidas puertas a esos cabrones de los franceses, franceses que no le atacaron a usted, milord —pronunció el título honorífico con tanta rudeza como pudo—, porque no querían matar a sus amigos, sino a sus enemigos. ¡Y no se atreva a decirme que estoy equivocado! —Ahora Sharpe caminaba detrás de Kiely, quien intentaba escapar de la diatriba de Sharpe, que había

atraído la atención de un buen número de fusileros y de guardias—. La noche pasada dijo usted que derrotaría al enemigo sin mi ayuda —Sharpe agarró a Kiely por el hombro e hizo que diera la vuelta con tanta violencia que Kiely se vio forzado a tambalearse para mantener el equilibrio—. Pero usted ni siquiera luchó, cabronazo —siguió diciendo Sharpe—. Se escondió ahí dentro mientras sus hombres luchaban por usted.

La mano de Kiely bajó hasta el pomo de su espada.

—¿Quiere un duelo, Sharpe? —preguntó, con el rostro enrojecido por la vergüenza. Su dignidad estaba siendo despellejada delante de sus hombres, y lo que empeoraba las cosas era que sabía que tenía merecido el desprecio, si bien su orgullo nunca le permitiría admitirlo. Por un segundo, dio la impresión de que iba a abofetear a Sharpe en la mejilla, pero en vez de hacerlo se conformó con unas palabras—. Le enviaré a mi padrino.

—¡No! —dijo Sharpe—. Que la viruela se coma a su padrino, milord. Si quiere luchar conmigo, luche ahora. Aquí. ¡Aquí mismo! Me importan un bledo las armas que usemos. Espadas, pistolas, mosquetes, rifles, bayonetas, puños, pies —caminaba hacia Kiely, que refulaba—. Lucharé con usted en el suelo, milord, y le sacaré las entrañas a palos de su pellejo de gallina, pero sólo lo haré aquí y ahora. Aquí mismo. ¡Ahora mismo! —Sharpe no había querido perder los estribos, pero ahora estaba orgulloso de haberlo hecho. Kiely parecía estupefacto, inofensivo ante una furia que nunca hubiera sospechado que existía.

—No lucharé como un animal —dijo Kiely con un hilo de voz.

—No luchará de ninguna forma —dijo Sharpe, y después se rió del aristócrata—. Huya, milord. Vamos. Huya a donde quiera. He acabado con usted.

Kiely, derrotado del todo, intentó alejarse con cierta dignidad, pero se ruborizó cuando algunos de los testigos vitorearon su partida. Sharpe les gritó que cerraran el pico y después se volvió hacia Harper.

—Los cabrones de los franceses no intentaron entrar en la casa de guardia —le dijo a Harper— porque sabían que sus puñeteros amiguitos estaban dentro, por eso tampoco robaron sus caballos.

—Parece lógico, señor —convino Harper. Estaba observando cómo se alejaba Kiely—. Es un cobarde, ¿no le parece?

—De la cabeza a los pies —asintió Sharpe.

—Pero, al parecer, el capitán Lacy asegura, señor —continuó Harper—, que no fue milord quien dio la orden de no luchar la noche pasada, sino su... mujer. Ella dijo que los franceses no sabían que había alguien en la casa de guardia, y que por eso debían mantenerse en silencio.

—¿Una mujer dando órdenes? —preguntó Sharpe asqueado.

Harper se encogió de hombros.

—Extraña y dura mujer es ésa, señor. El capitán Lacy dice que estuvo observando el combate y disfrutó de cada momento.

—Yo habría puesto a esa bruja en una hoguera en un periquete, puedo asegurárselo —dijo Sharpe—. Maldita zorra asquerosa del infierno.

—¿Maldita qué, Sharpe? —Fue el coronel Runciman quien hizo la pregunta, pero no esperaba oír una respuesta. En vez de eso, Runciman, que por fin tenía una verdadera historia bélica que contar, se apresuró a describir cómo había sobrevivido al ataque. Al parecer, el coronel había atrancado su puerta y se había escondido detrás de la gran pila de munición que Sharpe había almacenado en su sala de estar, aunque ahora, a la luz del día, el coronel atribuía su salvación a una intervención divina más que a su fortuito escondite—. Quizá mi destino esconda hazañas más elevadas, ¿no cree, Sharpe? Mi madre siempre lo creyó. ¿Cómo si no explicaría usted que haya sobrevivido? —Sharpe se sentía más inclinado a pensar que el coronel estaba vivo porque los franceses tenían órdenes de dejar intacta toda la gran construcción de la puerta fortificada, pero no consideró que fuese apropiado decirlo.

—También yo me alegro de que esté usted vivo, general —dijo Sharpe en cambio.

—¡No habría sido fácil matarme, Sharpe! ¡Tenía mis dos pistolas de doble disparo! Me habría llevado conmigo a unos cuantos, créame. ¡Nadie puede decir que un Runciman se pierde solo en la eternidad! —El coronel se estremeció al revivir los horrores de la noche—. ¿Ha visto algún indicio de desayuno, Sharpe? —preguntó con la intención de restablecer su ánimo.

—Pruebe con el cocinero de lord Kiely, general. No hace ni diez minutos estaba friendo panceta, y no creo que lord Kiely tenga mucho apetito. He desafiado a ese cabrón cobarde a un combate.

Runciman pareció escandalizarse.

—¿Que hizo qué, Sharpe? ¿Un duelo? ¿No sabe usted que los duelos son ilegales en el ejército?

—Nunca dije nada sobre un duelo, general. Sólo le ofrecí molerlo a palos aquí y ahora, pero al parecer él tenía otras cosas en mente.

Runciman sacudió la cabeza.

—Madre mía, Sharpe, madre mía. No creo que usted vaya a tener un buen final, pero me entristecerá cuando ocurra. ¡Menudo granuja está usted hecho! ¿Panceta? ¿Habló usted del cocinero de Kiely?

Runciman se alejó renqueando, y Sharpe observó su marcha.

—De aquí a diez años, Pat —dijo Sharpe—, habrá convertido el desastre de anoche en un extraño relato sobre cómo el general Runciman, armado hasta los dientes, salvó el fuerte y rechazó a toda la brigada Loup.

—El viejo Runciman es inofensivo —dijo Harper.

—Es inofensivo, Pat —asintió Sharpe—, siempre y cuando mantengas al pobre bobo lejos del peligro. Y yo fracasé intentándolo, ¿no cree?

—¿Usted, señor? Usted no fracasó anoche.

—Sí, sí que lo hice, Pat. Fracasé. Fracasé de mala manera. No pensé que Loup pudiese ser más listo que yo, y no conseguí meterle esa verdad en la cabeza a Oliveira; nunca llegué a entender el peligro que corríamos atrapados en esos barracones. —Parpadeó recordando la oscuridad fétida, húmeda y cargada de polvo de la noche, y el horrible sonido de los arañazos que hacían los franceses al intentar atravesar la delgada capa de mampostería—. Sobrevivimos porque algún pobre imbécil prendió fuego a un carro de munición —admitió Sharpe—, no porque superáramos a Loup en la lucha. No lo hicimos. Él venció, y nosotros nos llevamos una buena paliza.

—Pero estamos vivos, señor.

—También lo está Loup, Pat, también lo está Loup, que Dios lo maldiga.

Pero Tom Garrard no estaba vivo. Tom Garrard había muerto, aunque al principio Sharpe no reconoció a su amigo, de tan carbonizado y mutilado por el fuego como estaba. Garrard yacía boca abajo en el mismo centro de uno de los puntos ennegrecidos donde había estado uno de los carros de munición. Primero, la única prueba de su identidad había sido el fragmento de metal, torcido y ennegrecido, en una mano extendida que había sido transformada por el fuego en una garra calcinada. Sharpe localizó el brillo del metal y avanzó por las cenizas aún calientes para liberar la caja de la garra carbonizada. Dos dedos se separaron de la mano con un chasquido cuando Sharpe liberó la cajita de latón. Apartó a un lado los dedos negros, y después abrió la tapa para descubrir que, pese a que toda la mecha de trapo se había consumido, el dibujo del casaca roja aún estaba intacto. Sharpe limpió el grabado con una mano, mientras se enjugaba una lágrima con la otra.

—Tom Garrard nos salvó la vida a todos anoche, Pat.

—¿Lo hizo él?

—Hizo volar la munición a propósito y se mató al hacerlo. —La presencia de la cajita de latón no podía significar otra cosa. Tras la derrota de su batallón, Tom Garrard se las había arreglado de alguna manera para llegar hasta los carros de munición y encender la chispa que desataría el infierno, aun a sabiendas de que la explosión se llevaría su alma a la eternidad—. Oh, Dios mío —dijo Sharpe, y luego quedó en silencio mientras recordaba los años de amistad—. Estuvo conmigo en Assaye —continuó después de un rato—, y también en Gawilghur. Era de Ripon, un muchacho de granja, pero su padre era arrendatario y el terrateniente lo desahució por un retraso de tres días en el pago de la renta después de una mala cosecha, así que Tom ahorró a su gente la necesidad de alimentar una boca más al alistarse en el 33.9. Solía enviar dinero a casa, sabe Dios cómo con una paga de soldado. En dos años,

Pat, habría llegado a coronel con los portugueses, y después tenía pensado volver a Ripon y reventar a golpes al terrateniente que le obligó a ir al ejército. Eso es lo que me contó la noche pasada.

—Ahora tendrá que hacerlo usted por él —dijo Harper.

—Ya. Ese hijo de puta recibirá una tunda con la que nunca ha soñado —dijo Sharpe. Intentó cerrar la cajita de latón, pero el calor había deformado el metal. Echó un último vistazo al dibujo, y luego la arrojó otra vez a las cenizas. Después, Harper y él subieron a las murallas, a la parte en la que habían cargado contra la partida de *voltigeurs*, y desde donde se podía apreciar todo el horror de la noche. El San Isidro era una catástrofe humeante y ennegrecida, sembrada de cuerpos e impregnada del hedor de la sangre. El fusilero Thompson, el único casaca verde que había muerto la noche anterior, estaba siendo transportado en una manta hacia una tumba cavada con prisa junto ala ruinoso iglesia del fuerte.

—Pobre Thompson —dijo Harper—. Le eché un broncazo por despertarme anoche. El pobre cabroncete sólo quería salir a mear y tropezó conmigo.

—Suerte que lo hizo —dijo Sharpe.

Harper caminó hasta la puerta de la torre, que aún tenía las marcas que había hecho la culata de su pistolón. El hombretón irlandés pasó un dedo por las marcas con tristeza.

—Esos cabrones tenían que saber que estábamos intentando refugiarnos, señor —dijo.

—Por lo menos uno de esos malnacidos nos quería muertos, Pat, y si alguna vez me entero de quién es, que Dios le ayude —dijo Sharpe. Se dio cuenta de que nadie había pensado en izar ninguna bandera en las almenas—. ¡Fusilero Cooper! —gritó.

—¿Señor?

—¡Banderas!

Los primeros forasteros que llegaron al San Isidro fueron una poderosa tropa de caballería de la Legión Alemana del Rey, que inspeccionó el valle antes de ascender al fuerte. Su oficial informó de una veintena de muertos al pie de la pendiente, pero después vio el grandísimo número de cuerpos que yacían en la zona abierta del fuerte.

—*Mein Gott!* ¿Qué ha pasado aquí?

—Pregúntele a milord el coronel Kiely —dijo Sharpe, y señaló con un pulgar a Kiely, que estaba a la vista en la torreta de la casa de guardia. Los demás oficiales de la Real Compañía Irlandesa estaban supervisando los escuadrones que recogían a los portugueses muertos, mientras el padre Sarsfield había tomado a su cargo a una docena de hombres y a sus esposas, que se estaban encargando de cuidar a los portugueses heridos, aunque sin un médico poca cosa podían hacer aparte de poner vendajes, rezar y traer agua. Uno a uno, los heridos morían, algunos dando gritos por el delirio, pero la mayoría permanecía en calma, pues el sacerdote les cogía las

manos, les preguntaba su nombre y les daba el viático.

La siguiente visita la formaba un grupo de oficiales del Estado Mayor, la mayoría de ellos ingleses, algunos portugueses y un español, el general Valverde. Hogan encabezaba la partida y, durante una solemne media hora, el mayor irlandés se paseó por el horror con expresión de espanto, pero cuando se reunió de nuevo con los otros oficiales del Estado Mayor, estaba sonriendo con una alegría muy poco apropiada.

—¡Una tragedia, Richard! —dijo Hogan con alegría.

Sharpe se sintió ofendido por la jovialidad de su amigo.

—Fue una noche maldita y sangrienta, señor.

—Estoy seguro, estoy seguro —dijo Hogan, tratando de parecer comprensivo sin conseguirlo. El mayor no podía contener su felicidad—. Aunque es una lástima lo de los *caçadores* de Oliveira. Era un buen hombre y contaba con un excelente batallón.

—Se lo advertí.

—Estoy seguro de que lo hizo, Richard, estoy seguro. Pero en la guerra siempre ocurre lo mismo, ¿no es así? La gente incorrecta se queda en la retaguardia. Si al menos la Real Compañía Irlandesa hubiese sido diezmada, Richard, justo ahora eso nos habría resultado muy conveniente, muy conveniente de verdad. A pesar de todo..., a pesar de todo, esto servirá. Servirá muy bien.

—¿Servirá para qué? —preguntó Sharpe enfurecido—. ¿Sabe lo que ocurrió aquí la noche pasada, señor? Fuimos traicionados. Algún cabronazo le abrió las puertas a Loup.

—¡Por supuesto que lo hizo, Richard! —dijo Hogan en tono tranquilizador—. ¿Acaso no llevo diciendo todo este tiempo que no se podía confiar en ellos? La Real Compañía Irlandesa no está aquí para ayudarnos, Richard, sino para ayudar a los franceses. —Señaló a los muertos—. ¿Acaso necesita usted más pruebas? Pero desde luego que éstas son buenas noticias. Hasta esta mañana era imposible enviar a esos cabrones de vuelta porque habría supuesto ofender a Londres y a la corte española. Pero ahora, ¿no lo ve usted?, podemos dar las gracias al rey de España por la valiosa asistencia de su guardia personal, podemos proclamar que la Real Compañía Irlandesa resultó decisiva para hacer frente a un intenso ataque francés contra el fuerte, y después, tras rendir honores, podemos enviar a esos mierdas traicioneros a Cádiz y dejar que se pudran allí —Hogan estaba totalmente exultante—. Nos hemos librado de la trampa, Richard, hemos derrotado la malevolencia de los franceses, y todo gracias al ataque de sus propias tropas la noche pasada. Los franceses cometieron un error. Tenían que haberle dejado a usted en paz, pero *monsieur* Loup simplemente no pudo resistir el cebo. Es todo tan ingenioso, Richard, que quisiera haberlo ideado yo mismo. Aunque ahora ya no importa; éste será el adiós a nuestros valientes aliados y el final de todos esos rumores sobre Irlanda.

—Mis hombres no extendieron esos rumores —insistió Sharpe.

—¿Sus hombres? —se burló Hogan—. Ésos no son sus hombres, Richard. Son de Kiely, o más probablemente de Bonaparte, pero en ningún caso los suyos.

—Son buenos hombres, señor, y lucharon bien.

Hogan sacudió la cabeza por el enfado en la voz de Sharpe, luego condujo a su amigo junto a las almenas del este cogiendo al fusilero por el codo.

—Deje que intente explicarle algo, Richard —dijo Hogan—. Un tercio de este ejército es irlandés. No hay un solo batallón cuyas filas no estén llenas de compatriotas míos, y la mayoría de esos irlandeses no sienten mucho afecto por el rey Jorge. ¿Por qué iban a sentirlo? Pero están aquí porque no hay trabajo en su tierra y porque no hay comida en casa, y porque el ejército, que Dios lo bendiga, tiene el buen sentido de tratar bien a los irlandeses. Pero supongamos, Sharpe, sólo supongamos que podemos disgustar a todos esos buenos hombres del condado de Cork o del condado de Offaly, y a todos esos espíritus fieros de Inniskilling y Ballybofey, y supongamos que podemos disgustarlos tanto como para que se amotinen. ¿Cuánto tiempo se mantendría unido este ejército? ¿Una semana? ¿Dos días? ¿Una hora? Los franceses, Richard, han estado muy cerca de partir en dos este ejército, y no crea que no van a intentarlo otra vez, porque lo harán. Simplemente el siguiente rumor será más sutil, y la única manera que tengo de detener ese siguiente rumor es librando al ejército de la Real Compañía Irlandesa, porque incluso en el caso de que usted tuviese razón y no hubiesen sido ellos quienes propagaron esos cuentos sobre violaciones y matanzas, sí lo hizo alguien cercano a ellos. Así que mañana por la mañana, Richard, hará usted marchar a esos cabrones hasta el cuartel general, donde devolverán sus bonitos mosquetes nuevos, que de algún modo robó usted para ellos, y repartirá raciones para una larga marcha. Así es, Richard, están bajo arresto hasta que podamos encontrar el transporte que los lleve a Cádiz, y no hay nada que usted pueda hacer al respecto. Las órdenes ya están dadas —Hogan se sacó un pedazo de papel del bolsillo y se lo dio al fusilero—. Y la orden no la he dado yo, Richard, sino milord.

Sharpe desplegó el papel. Se sentía ofendido por lo que percibía como una injusticia. Los hombres como el capitán Donaju sólo querían combatir a los franceses, pero a cambio eran apartados a un lado. Les harían marchar al cuartel general para desarmarlos, como un batallón de traidores. Sharpe sintió la tentación de arrugar la orden escrita por Wellington hasta que fuera una bola, pero resistió el impulso con sensatez.

—Si quiere librarse de los que causan problemas —dijo en cambio—, empiece por Kiely y su asquerosa furcia, empiece con...

—No me enseñe a hacer mi trabajo —interrumpió cortante Hogan—. No puedo actuar contra Kiely ni su ramera porque no forman parte del ejército inglés. Valverde podría librarse de ellos, pero no lo hará, así que lo más fácil de hacer, lo más

diplomático, es librarse de todo el puñetero grupo. Y es lo que hará usted, Richard, mañana por la mañana.

Sharpe respiró hondo para tragarse la ira.

—¿Por qué mañana? —preguntó cuando confió en que podía volver a hablar—. ¿Por qué no ahora?

—Porque necesitará el resto del día para enterrar a los muertos.

—¿Y por qué ordenan que lo haga yo? —preguntó Sharpe hoscamente—. ¿Por qué no Runciman, o Kiely?

—Porque esos dos caballeros —respondió Hogan— van a volver conmigo para presentar sus informes. Habrá una comisión de investigación, y necesito estar del todo seguro de que la comisión descubre exactamente lo que yo quiero que descubra.

—¿Y para qué demonios queremos una comisión de investigación? —preguntó Sharpe con acritud—. Ya sabemos qué ocurrió. Los derrotamos.

Hogan suspiró.

—Necesitamos una comisión de investigación, Richard, porque un batallón portugués entero fue hecho jirones, y al gobierno portugués no le va a gustar eso. Peor aún, a nuestros enemigos de la Junta española les va a encantar. Dicen que los acontecimientos de la noche pasada demuestran que no se puede confiar en las tropas extranjeras bajo mando inglés, y justo ahora, Richard, lo que queremos por encima de todo es conseguir que nombren generalísimo de España a milord. No venceremos de ninguna otra manera. Así que, lo que necesitamos hacer ahora, sólo para asegurarnos de que ese malnacido de Valverde no aprovecha la oportunidad, es formar una solemne comisión de investigación y encontrar a un oficial inglés sobre el que se pueda hacer que recaiga toda la culpa. Necesitamos, y que Dios ampare al pobre cabrón, un chivo expiatorio.

Sharpe sintió el largo y lento anochecer del desastre. Portugueses y españoles querían un chivo expiatorio, y Richard Sharpe sería una víctima excelente, una víctima que sería atada y molida a palos por los informes que Hogan se inventaría esa misma tarde en el cuartel general.

—Intenté decirle a Oliveira que Loup iba a atacar —dijo Sharpe—, pero no quiso creerme...

—¡Richard! ¡Richard! —Hogan interrumpió con tono conciliador—. ¡Usted no es la cabeza de turco! Por Dios, hombre, si no es más que un capitán, y encima capitán no oficial. ¿No figura usted en los registros como teniente? ¿Acaso cree que podemos presentarnos ante el gobierno portugués y decirle que permitimos que un teniente casaca verde destruyera un excelente regimiento de *caçadores*? Por el nombre del buen Dios, hombre, si vamos a hacer un sacrificio, lo menos que podemos hacer es encontrar una bestia grande y rolliza con suficiente sebo en su carcasa como para hacer que el fuego chisporrotee cuando la arrojemos a las llamas.

—Runciman... —dijo Sharpe.

Hogan sonrió con gesto de lobo.

—Exacto. Nuestro vaguemaestre será sacrificado para que los portugueses se sientan felices, y para convencer a los españoles de que se puede confiar en que Wellington no masacrará a sus preciosos soldados. No puedo sacrificar a Kiely, aunque me encantaría, porque eso molestaría a los españoles, y no puedo sacrificarlo a usted porque es un subalterno, y además lo necesito para la próxima vez que tenga una misión suicida, pero el coronel Claud Runciman nació para este momento, Richard. Éste es el único y glorioso propósito de Claud en la vida: sacrificar su honor, su rango y su reputación para mantener contentos a Lisboa y a Madrid —Hogan se calló, pensativo—. Puede que incluso lo fusilemos. Sólo *pour encourager les autres*.

Sharpe comprendió que supuestamente tenía que reconocer aquella expresión francesa, pero no significaba nada para él, y estaba demasiado abatido para pedir que se la tradujeran. También sentía una profunda lástima por Runciman.

—Hagan lo que hagan, señor —dijo Sharpe—, no lo fusilen. No fue culpa suya, sólo yo fui el responsable.

—Si es culpa de alguien —dijo bruscamente Hogan—, es de Oliveira. Era un buen hombre, pero debería haberle escuchado, aunque no me atrevería a culpar a Oliveira. Los portugueses lo necesitan como héroe, igual que los españoles necesitan a Kiely. Así que, en vez de escogerlos a ellos, optaremos por Runciman. No se trata de justicia, Richard, sino de diplomacia, y como todas las cuestiones políticas no será algo bonito pero, si se hace bien, obrará maravillas. Le dejaré que entierre a los muertos, y mañana por la mañana preséntese en el cuartel general con todos sus irlandeses desarmados. Buscaremos un lugar donde alojarlos en el que no se puedan meter en líos, y usted, por supuesto, podrá volver a dedicarse a verdaderas tareas de soldado.

Sharpe volvió a sentir una punzada por la injusticia de aquella solución.

—Supongamos que Runciman quiere llamarme como testigo —preguntó—. No mentiré. Me cae bien ese hombre.

—Pues tiene usted gustos malsanos. Runciman no lo llamará, nadie lo llamará. Me aseguraré de eso. Se supone que esta comisión no va a establecer la Verdad, Richard, sino que nos aliviará a Wellington y a mí del doloroso gancho que ahora tenemos bien clavado en nuestras articulaciones. —Hogan sonrió, después dio la vuelta y se alejó—. Le enviaré picos y palas para enterrar a los muertos —gritó a modo de insensible despedida.

—No podía enviarnos lo que necesitábamos, ¿verdad? —gritó Sharpe con amargura a la espalda del mayor—. ¡Pero sí puede encontrar las malditas palas en un abrir y cerrar de ojos!

—¡Soy un hacedor de milagros, ésa es la razón! ¡Venga a comer mañana

conmigo!

El hedor de los cadáveres ya estaba llenando el fuerte. Aves carroñeras volaban en círculos por encima o se posaban en las desmoronadas murallas. Ya había algunas herramientas de zapadores en el fuerte, y Sharpe ordenó a la Real Compañía Irlandesa que empezara a cavar una larga trinchera a modo de tumba. Hizo que sus propios fusileros se uniesen a los que estuvieran cavando. Los casacas verdes refunfuñaron que aquella labor rebajaba su dignidad como tropas de élite, pero Sharpe insistió.

—Lo hacemos porque ellos lo están haciendo —dijo a sus disgustados hombres, señalando con el dedo a los guardias irlandeses. Incluso Sharpe echó una mano, desnudándose de cintura para arriba y empuñando un pico como si fuese una herramienta para vengarse. Golpeó con la punta varias veces en el duro y rocoso suelo, hizo saltar unos pedazos y continuó hasta que estuvo empapado en sudor.

—¿Sharpe? —Montado en su gran caballo, el coronel Runciman miraba entristecido al sudoroso y medio desnudo fusilero—. ¿De verdad es usted, Sharpe?

Sharpe se enderezó y se retiró el cabello de los ojos.

—Sí, general. Soy yo.

—¿Fue usted azotado? —Runciman miraba horrorizado las gruesas cicatrices de la espalda de Sharpe.

—En la India, general, por algo que no había hecho.

—¡No debería estar usted cavando! Cavar no es propio de la dignidad de su rango, Sharpe. Debe aprender a comportarse como un oficial.

Sharpe se enjugó el sudor del rostro.

—Me gusta cavar, general. Es un trabajo honrado. Siempre soñé con que algún día tendría una granja. Una pequeña, pero que llenara mis pensamientos de la mañana a la noche. ¿Ha venido a despedirse?

Runciman asintió.

—¿Sabe usted que va a haber una comisión de investigación?

—Algo he oído, señor.

—Necesitan a alguien a quien echarle la culpa, supongo —dijo Runciman—. El general Valverde dice que alguien debería ser ahorcado por esto —Runciman jugueteó con sus riendas, y después se volvió en su silla para mirar al general español, que estaba a unos cien pasos de allí, conversando seriamente con lord Kiely. Kiely parecía llevar el peso de la conversación y gesticulaba frenéticamente, pero también señalaba a Sharpe cada pocos segundos—. Usted no cree que vayan a ahorcarme, ¿verdad? —preguntó Runciman. Parecía estar al borde de las lágrimas.

—No le ahorcarán, general —le tranquilizó Sharpe.

—Pero de todas formas será un deshonor —dijo Runciman, descorazonado.

—Pues contraataque usted —dijo Sharpe.

—¿Y cómo puedo hacerlo?

—Dígales que me ordenó advertir a Oliveira. Cosa que hice, por supuesto.

Runciman frunció el ceño.

—Pero yo no le ordené que hiciera eso, Sharpe.

—¿Y? Ellos no lo saben, señor.

—¡No puedo mentir! —dijo Runciman, escandalizado sólo de pensarlo.

—Es su honor lo que está en juego, general, y habrá unos cuantos cabrones mintiendo acerca de usted.

—No mentiré —insistió Runciman.

—Entonces adorne la verdad, por el amor de Dios, señor. Cuénteles cómo tuvo que hacer juegos malabares para conseguir mosquetes decentes, y que, si no hubiese sido por esos mosquetes, ¡nadie habría sobrevivido la noche pasada! ¡juegue a ser un héroe, señor, ponga nerviosos a esos malnacidos!

Runciman sacudió lentamente la cabeza.

—No soy un héroe, Sharpe. Me gustaría creer que existe alguna valiosa contribución que yo pueda hacer al ejército, como hizo mi difunto padre para la Iglesia, aunque no estoy seguro de haber encontrado aún mi verdadera vocación. Sin embargo, no puedo fingir que soy lo que no soy. —Se quitó su bicornio para enjugarse la frente—. Sólo he venido a despedirme.

—Buena suerte, señor.

Runciman sonrió pesaroso.

—Nunca la tuve, Sharpe, nunca. Excepto por mis padres. Tuve suerte con mis queridos padres y al ser bendecido con un sano apetito. Pero, ¿aparte de eso...? —Se encogió de hombros como si no hubiese respuesta a aquella pregunta, volvió a ponerse el sombrero y después, con un gesto tristón, se volvió y salió al trote, en pos de Hogan. Dos carros de bueyes cargados con picos y palas habían llegado al fuerte y, en cuanto las herramientas fueron descargadas, el padre Sarsfield se apropió de los dos vehículos para poder llevar a los heridos a hospitales de campaña.

Hogan se despidió de Sharpe con un gesto y esperó a que los carros salieran del fuerte. Los *caçadores* supervivientes salieron a continuación, marchando detrás de sus estandartes. Lord Kiely no se despidió de sus hombres, simplemente cabalgó hacia el sur. Juanita, que en toda la mañana no había asomado su cara desde la casa de guardia, cabalgaba a su lado con sus perros corriendo detrás. El general Valverde se llevó la mano al sombrero para saludar a Juanita, después sacudió con brío las riendas y espoleó a su caballo para cruzar la hierba chamuscada del patio del fuerte, hasta que llegó al lugar en el que Sharpe estaba cavando.

—¿Capitán Sharpe? —dijo.

—¿General? —Sharpe tuvo que protegerse los ojos del sol para poder mirar al hombre alto y delgado de uniforme amarillo en lo alto de su montura.

—¿Qué razones tenía el general Loup para ese ataque de la noche pasada?

—Tendrá que preguntarle a él, general —dijo Sharpe.

Valverde sonrió.

—Quizá lo haga. Ahora vuelva a su zanja, capitán. ¿O debería decir teniente? — Valverde esperaba una respuesta, pero al comprender que Sharpe no respondería a eso, hizo que su caballo diera la vuelta y le clavó las espuelas con fuerza en los costados.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Harper.

—Sabe Dios —dijo Sharpe mientras observaba al elegante español, que galopaba para alcanzar los carros y a los otros jinetes. Aunque sí lo sabía, y sabía que le traería problemas. Lanzó una maldición, después arrancó el pico del suelo y volvió a clavarlo con fuerza. Una chispa voló desde un pedazo de pedernal cuando el pico se incrustó profundo—. Pero le contaré lo que sé, Pat. Todo el mundo ha salido perdiendo por lo de anoche menos el malnacido de Loup, que aún anda por ahí fuera, y eso, puede estar seguro de ello, me hace hervir la sangre.

—¿Y qué se puede hacer, señor?

—En este momento, Pat, nada. Ni siquiera sé dónde encontrar a ese hijo de puta.

Justo en ese momento, la sombra del Castrador se dibujó sobre la fosa común que estaban cavando.



—El Lobo está en San Cristóbal, Sharpe —dijo el Castrador secamente. El partisano había llegado con cinco de sus hombres para recoger los mosquetes que le había prometido el capitán de fusileros. El español decía necesitar un centenar de armas, pero Sharpe dudaba de que aquel hombre tuviese siquiera una docena de seguidores como mucho, aunque sin duda las armas extra se venderían a cambio de un sustancial beneficio. Sharpe dio al Castrador treinta de los mosquetes que habían pasado la noche en los aposentos de Runciman.

—No puedo darle más —le dijo al Castrador, que aceptó encogiendo los hombros, a la manera de un hombre acostumbrado a las decepciones.

Después, el impío partisano se dedicó a revolver entre los muertos portugueses, en busca de algún botín. Encontró un cuerno para pólvora, le dio la vuelta y vio que una bala lo había agujereado. Aun así, arrancó el pitorro de metal del cuerno y se lo guardó en un holgado bolsillo de su ensangrentado delantal.

—El Lobo está en San Cristóbal —dijo de nuevo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Sharpe.

—Yo soy el Castrador —dijo aquel hombre enorme con jactancia, después se agachó sobre un cuerpo ennegrecido. Abrió las mandíbulas del muerto con sus dedazos—. ¿Es cierto, señor, que pueden venderse los dientes de los muertos?

—En Londres, sí.

—¿A cambio de oro?

—Pagan con oro, sí, o con plata —dijo Sharpe. Con los dientes robados se fabricaban dentaduras para clientes ricos que querían algo mejor que reemplazar los suyos con dientes hechos de hueso o marfil.

El Castrador abrió los labios del cadáver para revelar una buena dentadura.

—Si le arranco estos dientes, señor, ¿me los comprará usted? Después puede enviarlos a Londres y sacarles una ganancia. Usted y yo, ¿eh?, podemos hacer negocios.

—Estoy demasiado ocupado para hacer negocios —dijo Sharpe, ocultando el asco que sentía—. Además, nosotros sólo cogemos dientes de los franceses.

—Y los franceses les arrancan los dientes a los ingleses para venderlos en París, ¿no? Así que los franceses muerden con sus dientes y ustedes muerden con los de ellos, de modo que ni ellos ni ustedes muerden con sus propios dientes. —El Castrador soltó una risotada mientras se enderezaba—. Puede que ellos compren mis dientes en Madrid —añadió como si se le acabara de ocurrir.

—¿Dónde está San Cristóbal? —Sharpe cambió de tema.

—Al otro lado de las colinas —dijo el Castrador sin entrar en detalles.

—Enséñemelo —Sharpe tiró del hombretón hacia las murallas del este—. Muéstrémelo —insistió cuando llegaron al adarve.

El Castrador señaló la pista que zigzagueaba entre las colinas hacia la parte más lejana del valle, la misma pista por la que doña Juanita de Elia había bajado al huir de los dragones que la perseguían.

—Siga ese camino ocho kilómetros —dijo el Castrador—, y llegará a San Cristóbal. No es un pueblo grande, pero es el único lugar al que se llega por esa carretera.

—¿Y cómo sabe que Loup está ahí? —preguntó Sharpe.

—Porque mi primo lo vio llegar allí esta mañana. Mi primo dijo que llevaba hombres heridos con él.

Sharpe miró hacia el este. Ocho kilómetros. Unas dos horas de marcha si no había nubes cubriendo la luna, o seis horas en profunda oscuridad.

—¿Qué estaba haciendo allí su primo? —preguntó.

—Él vivía en el pueblo, señor. Va a vigilar de vez en cuando.

Lástima, pensó Sharpe, que nadie hubiese estado vigilando a Loup la tarde anterior.

—Hábleme de San Cristóbal —le dijo.

Era un pequeño pueblo, dijo el español, en lo alto de las colinas. No era grande, pero sí próspero y con una bonita iglesia, una plaza y un buen número de casas de piedra. El sitio había sido famoso por criar toros destinados a los cosos taurinos de las

pequeñas poblaciones de la frontera.

—Pero ya no —dijo el Castrador—. Los franceses se comieron los últimos toros.

—¿Está en la cima de una colina? —preguntó Sharpe.

El Castrador negó con la cabeza.

—Está en un valle como ése —indicó el valle del este—, pero no tan profundo. Allí no crecen árboles, señor, y un hombre no puede acercarse a San Cristóbal sin ser visto. Además, el Lobo ha construido muros en todos los espacios entre las casas, y mantiene vigías en el campanario de la iglesia. Nadie puede acercarse allí sin ser visto. —El Castrador hizo esta última advertencia dubitativo—. ¿Está pensando en ir allí?

Sharpe no contestó durante un largo rato. Por supuesto que pensaba en ir allí, pero ¿con qué propósito? Loup tenía una brigada de hombres, mientras que Sharpe sólo contaba con media compañía.

—¿A cuánto me puedo acercar sin ser visto? —preguntó.

El Castrador se encogió de hombros.

—¿Quizás a un kilómetro? Pero también hay un desfiladero por allí, un valle por el que va la carretera. Muchas veces he pensado que allí se podría atrapar a Loup. Al principio solía enviar patrullas por todo el valle antes de atravesarlo, pero ya no. Se ha vuelto demasiado confiado.

Entonces vayamos a ese desfiladero, pensó Sharpe, y echemos un vistazo. Sólo un vistazo. Nada más. Ni ataques ni emboscadas ni desobediencia ni heroicidades, sólo un reconocimiento. Después de todo, se dijo a sí mismo, la orden de Wellington para que llevara a la Real Compañía Irlandesa al cuartel general del ejército en Vilar Formoso no especificaba la ruta que debía tomar. Nada prohibía específicamente a Sharpe seguir un trayecto largo e indirecto a través de San Cristóbal, ni siquiera aunque pensara que aquella maniobra evasiva era de dudosa eficacia. Lo sensato era olvidar a Loup, pero iba contra todos sus instintos ser derrotado y quedarse de brazos cruzados, aceptando sin más la derrota.

—¿Loup tiene artillería en San Cristóbal? —preguntó al partisano.

—Parece que no, capitán.

Sharpe se preguntó si Loup habría dispuesto que aquella información llegara a sus manos. ¿Estaría tentándolo Loup con una trampa?

—¿Vendrían con nosotros, señor? —preguntó al Castrador, pues sospechaba que el partisano nunca lo acompañaría si Loup estaba detrás de todos aquellos datos sobre el paradero de la brigada.

—¿Para observar a Loup —preguntó el español con cautela—, o para luchar contra él?

—Para observarlo —dijo Sharpe, aunque sabía que no era una respuesta del todo honesta.

El español asintió.

—Porque no parece tener hombres suficientes para luchar contra él —añadió para explicar su cautelosa pregunta.

Sharpe estaba de acuerdo, aunque no lo dijo. No tenía suficientes hombres, no a menos que pudiese sorprender a Loup o quizá tenderle una emboscada en el desfiladero. Una bala de rifle disparada con precisión podía matar a un hombre con tanta seguridad como el ataque de un batallón, y cuando Sharpe pensaba en el cuerpo destrozado y torturado de Oliveira, consideraba que Loup merecía esa bala. Así que tal vez esa misma noche, pensó Sharpe, podría llevarse a sus fusileros al valle de San Cristóbal y rezar por una venganza personal en el desfiladero, a la salida del sol.

—Su ayuda sería bienvenida —le dijo Sharpe al Castrador, halagando al hombre.

—En una semana, señor —dijo el Castrador—, puedo reunir una tropa respetable.

—Nosotros vamos esta noche —dijo Sharpe.

—¿Esta noche? —El español se quedó pasmado.

—Una vez vi una corrida de toros —dijo Sharpe—; el espada le dio al toro la estocada final por encima del pescuezo y entre las espaldas, y el toro se tambaleó y después cayó de rodillas. El hombre sacó la espada y se alejó, dándole la espalda con los brazos en alto en señal de triunfo. Ya puede imaginar lo que pasó.

El Castrador asintió.

—¿El toro se levantó?

—Una cornada en los riñones de aquel hombre —confirmó Sharpe—. Bien, pues yo soy el toro, señor, y confieso que estoy herido, pero Loup también nos está dando la espalda. Así que esta noche, cuando piense que estoy demasiado débil para moverme, marcharemos.

—Pero sólo para observar —dijo el partisano preocupado. Loup se había burlado de él demasiadas veces para arriesgarse a un enfrentamiento suicida.

—Para observar —mintió Sharpe—, sólo para observar.

Sin embargo, fue del todo sincero con Harper. Se llevó a su amigo a lo alto de la torre de la casa de guardia, desde donde los dos fusileros miraron por encima del valle oriental en dirección al brumoso territorio donde estaba escondido el pueblo de San Cristóbal.

—Si le soy sincero, no sé exactamente por qué voy a ir —confesó Sharpe—; además, no tenemos órdenes de ir y ni siquiera estoy seguro de que podamos hacer una mierda cuando lleguemos allí. Pero hay una razón que me empuja a intentarlo. — Se detuvo, sintiéndose repentinamente torpe. A Sharpe le resultaba difícil articular sus pensamientos más íntimos, quizá porque al hacerlo exponía su vulnerabilidad, y pocos soldados eran buenos haciéndolo. Lo que quería decir era que sólo la última batalla daba fe de la valía de un soldado, y la última batalla de Sharpe había sido ese desastre que había dejado el San Isidro lleno de humo, sangre y cadáveres. Y en el

ejército había muchos oficiales envidiosos que celebrarían que el capitán Sharpe se hubiera llevado al fin su merecido; de modo que no tenía más remedio que devolverle el golpe a Loup, al menos si no quería perder su reputación de soldado afortunado y victorioso.

—¿Tenemos que partirle los morros a Loup? —Harper rompió el silencio con su sugerencia.

—No disponemos de hombres suficientes para hacerlo —dijo Sharpe—. Los fusileros vendrán conmigo, pero no puedo ordenar a los hombres de Donaju que vengan a San Cristóbal. Probablemente toda esta idea sea una pérdida de tiempo, Pat, pero hay una posibilidad, una pequeña posibilidad de que pueda poner a ese tuerto cabrón en mi punto de mira.

—Se sorprendería —dijo Harper—. Hay más de uno en la Real Compañía Irlandesa que querría venir con nosotros. No sé nada de los oficiales, pero el sargento mayor Noonan vendrá seguro, y también ese tal Rourke, y hay un hijo de puta desquiciado llamado Leon O'Reilly que no desea otra cosa que no sea matar gabachos; puedo asegurarle que hay muchos más como él. Tienen algo que demostrar, ya ve usted, no son todos unos gallinas como Kiely.

Sharpe sonrió, después se encogió de hombros.

—Es probable que sea todo una pérdida de tiempo, Pat —repitió.

—¿Y qué otro plan tenía pensado para esta noche?

—Ninguno —dijo Sharpe—, ninguno en absoluto. —Sabía que si marchaba hacia otra derrota, perdería todo lo que había conseguido, pero también sabía que no ir, por muy desesperada que fuese su perspectiva de revancha, era aceptar sin más el correctivo que Loup le había administrado, y Sharpe era demasiado orgulloso para aceptar una derrota como aquélla. Era más que probable que no consiguiera nada marchando a San Cristóbal, pero tenía que hacerlo.



Salieron poco después del atardecer. Donaju insistió en acompañarlos, igual que cincuenta de sus hombres. Habrían marchado muchos más, pero Sharpe quiso que la mayor parte de la Real Compañía Irlandesa se quedara atrás y cuidara de las familias y el bagaje. Todos y todo lo que quedaba en el fuerte de San Isidro había sido trasladado a la casa de guardia por si los hombres de Loup regresaban para finalizar el trabajo de la noche anterior.

—Lo que sería una puñetera suerte para mí —dijo Sharpe—. Él marchando para castrarme, y yo marchando para pegarle un tiro. —Sus fusileros marchaban delante de él como exploradores, por si los franceses tomaban el mismo camino hacia el San Isidro.

—¿Y qué haremos si nos encontramos con ellos? —preguntó Donaju.

—Escondernos —dijo Sharpe—. Setenta de los nuestros no pueden derrotar a casi un millar de *voltigeurs* protegidos por una compañía de dragones, no en terreno abierto. —Una emboscada sí podría resultar, pero no el fuego directo en una zona abierta, llana e iluminada por la luna contra un enemigo que los superaba en número—. Además, odio luchar de noche —continuó Sharpe—. Fui capturado durante un maldito combate nocturno en la India. Anduvimos dando tumbos en la puñetera oscuridad sin que nadie supiera lo que estaba haciendo o por qué, excepto los indios, que lo sabían muy bien. Estuvieron disparándonos bengalas de pirotecnia. Esas cosas no servían de nada como armas, pero al ser de noche su fuego nos cegó y lo siguiente que supe fue que había veinte cabrones enormes rodeándome con sus bayonetas caladas.

—¿Dónde fue eso? —preguntó Donaju.

—En Seringapatam.

—¿Y qué negocios tenía usted en la India? —preguntó Donaju con evidente desagrado.

—Los mismos que tengo aquí —dijo Sharpe cortante—. Matar a los enemigos del rey.

El Castrador quiso saber de qué estaban hablando, así que Donaju hizo de intérprete. El partisano estaba sufriendo porque Sharpe se había negado a que nadie montara a caballo, así que tanto el caballo del Castrador como los de los oficiales hispanoirlandeses eran conducidos por la retaguardia de la columna. Sharpe había insistido en tomar aquella precaución porque los hombres a caballo eran propensos a alejarse de la línea de marcha, y la silueta de un hombre montado en el horizonte podía alertar fácilmente a una patrulla francesa. Sharpe también había insistido en que ni un solo hombre llevara un mosquete cargado, por si un traspíés soltaba el percutor y disparaba un tiro que se oiría muy lejos en la tranquila noche sin viento.

La marcha no fue dura. La primera hora fue lo peor, pues tuvieron que ascender la empinada pendiente que se alzaba al este del San Isidro, pero una vez alcanzaron la cima, el camino se ceñía a un terreno bastante nivelado. Era una pista para carros de bueyes, con hierba, ancho y fácil de recorrer con el aire fresco de la noche. La ruta avanzaba perezosa entre afloramientos rocosos, donde podían estar escondidos piquetes enemigos. Por lo general, Sharpe habría ordenado un reconocimiento de lugares tan peligrosos, pero aquella noche ordenó avanzar a sus exploradores sin tomar más precauciones. Estaba de un humor peligroso y fatalista. Tal vez, pensaba, esta marcha imprudente fuese la secuela de la derrota, algún tipo de reacción al horror en la que un hombre arremetía a ciegas, y esta estúpida expedición bajo la media luna era sin duda ciega, puesto que Sharpe sabía en lo más profundo de su ser que el inacabado asunto entre el brigadier Loup y él casi con toda certeza quedaría inconcluso. Nadie podía esperar marchar de noche hacia un pueblo fortificado del que

antes no se había hecho un reconocimiento, y pensar que podría preparar una emboscada. Las probabilidades dictaban que la pequeña expedición vigilaría el pueblo desde lejos, y que Sharpe llegaría a la conclusión de que nada se podía conseguir contra sus muros o en el desfiladero vecino, de modo que, al amanecer, los guardias y los fusileros marcharían de vuelta al fuerte de San Isidro con nada más que unos pies magullados y una noche malgastada.

Fue justo después de medianoche cuando la columna alcanzó la cresta que daba al valle de San Cristóbal. Sharpe hizo que los hombres descansaran detrás del risco, mientras él subía hasta la cima con el Castrador, Donaju y Harper. Los cuatro hombres se tendieron entre las rocas y observaron.

La piedra gris del pueblo empalidecía hasta ser casi blanca a la luz de la luna, que proyectaba inhóspitas sombras de la intrincada maraña de empalizadas que delimitaban los campos alrededor del pequeño asentamiento. El encalado campanario de la iglesia parecía brillar bajo la luz de la media luna, que parecía acariciar con sus brazos las tenues colinas. Sharpe orientó su catalejo hacia la torre y, aunque pudo ver con claridad el descuidado nido de cigüeña en lo alto y el resplandor de la luna reflejado en una campana que colgaba de un arco en la torre, no vio allí a ningún Centinela, aunque no era probable que cualquier hombre que estuviera de guardia en una noche fría se acurrucara buscando refugio en un rincón del campanario.

Daba la impresión de que San Cristóbal había sido un agradable pueblecito antes de que la brigada de Loup llegara para expulsar a sus habitantes y destruir su sustento. Los recios muros de los campos habían sido construidos para mantener a los toros de lidia a buen recaudo, y gracias a esos toros habían pagado la iglesia y todas las casas que, en la lente del catalejo de Sharpe, mostraban signos de cierto bienestar. En Fuentes de Oñoro, el pueblecito donde se había encontrado por primera vez con el Castrador, las casas eran en su mayoría bajas, y muchas de ellas sin ventanas, pero algunas de las casas de San Cristóbal tenían dos pisos, y casi todas las fachadas exteriores tenían ventanas e incluso, en un caso, una pequeña balconada. Sharpe dio por sentado que habría centinelas en al menos la mitad de aquellas ventanas.

Siguió la línea de la pista de montaña con su catalejo, y comprobó que, allí donde salía el camino que se convertía en la calle principal del pueblo, se había levantado un muro entre dos casas. Había un hueco en el muro, pero Sharpe pudo entrever la imprecisa insinuación de un segundo muro detrás del primero. Hizo un movimiento de zigzag con la mano y miró al Castrador.

—¿Es aquello la entrada?

—Sí. ¡Tres muros! —El Castrador exageró el gesto de zigzag para mostrar la dificultad de atravesar aquel acceso. Semejante laberinto retrasaría a cualquier atacante, mientras los hombres de Loup dispararían a placer con sus mosquetes desde las ventanas más altas.

—¿Y cómo consiguen meter sus caballos por ahí? —preguntó Donaju en español.

—Por el otro lado —contestó el Castrador—. Hay un portón. Muy sólido. Y el desfiladero, señor, está en el otro extremo del pueblo. ¿Puede ver la zona donde la pista se interna en las colinas?

Sharpe asintió, defraudado. Sus esperanzas en el desfiladero del Castrador se desvanecieron en cuanto vio dónde estaba. Puede que aquella garganta fuera un lugar perfecto para un ataque por sorpresa, pero estaba demasiado alejada, y Sharpe sabía que no tendría posibilidad de alcanzarla antes de que fuese de día. Lo mismo había pasado con sus esperanzas de tender una emboscada.

Dirigió de nuevo su catalejo hacia el pueblo justo a tiempo para ver movimiento. Se puso tenso, pero después vio que sólo se trataba de una nubecilla de humo que salía de una chimenea de una de las casas. El humo había estado ahí todo el rato, pero alguien debía de haber echado leña al fuego o había intentado revivir unas ascuas mortecinas con un fuelle, provocando así la repentina humareda.

—Están todos arropados en sus camas —dijo Donaju—. Sanos y salvos.

Sharpe recorrió los tejados del pueblo con su catalejo.

—No hay bandera —dijo por fin—. ¿Normalmente hay alguna bandera? —preguntó al Castrador.

El hombretón se encogió de hombros.

—Unas veces sí, otras veces no. —Estaba claro que no conocía la respuesta.

Sharpe plegó el catalejo.

—Ponga a una docena de hombres a hacer guardia, Donaju —ordenó—, y dígales a los demás que duerman un poco. ¿Pat? Envíe a Latimer y a otros dos muchachos a ese montículo —señaló una loma rocosa que tendría las mejores vistas del campo de los alrededores—. El resto de fusileros y usted vendrán conmigo.

Harper dudó un momento, como si quisiera pedir detalles sobre lo que Sharpe pensaba hacer, pero después decidió que la muda obediencia era el mejor camino y bajó de la cresta. Donaju frunció el ceño.

—¿Y yo no puedo ir con usted?

—Alguien tiene que asumir el mando si yo muero —dijo Sharpe—. Así que manténgase alerta, quédese aquí hasta las tres de la mañana y, si no ha sabido nada de mí entonces, vuelvan a casa.

—¿Y qué planea hacer ahí? —preguntó Donaju, haciendo un gesto hacia el pueblo.

—Algo me huele a chamusquina —dijo Sharpe—. No puedo explicárselo, pero no me huele bien. Así que sólo voy a echar un vistazo. Nada más que eso, Donaju, sólo un vistazo.

Al capitán Donaju seguía sin hacerle gracia que lo excluyeran de la patrulla de Sharpe, aunque tampoco se sentía inclinado a contradecir los planes del capitán.

Después de todo, Sharpe era un soldado con experiencia en la lucha, y Donaju había entrado por primera vez en combate la noche pasada.

—¿Y qué les digo a los ingleses si muere usted? —preguntó a Sharpe con tono de reproche.

—Que me quiten las botas antes de enterrarme —dijo Sharpe—. No quiero tener ampollas toda la eternidad. —Se volvió y vio a Harper subiendo a la cabeza de una fila de fusileros—. ¿Preparados, Pat?

—Desde luego, señor.

—Se quedará usted aquí —le dijo Sharpe al Castrador, no como una petición, pero tampoco como una orden directa.

—Esperaré aquí, capitán —el tono del partisano dejaba claro que no tenía intención de acercarse más a la guarida del Lobo.

Sharpe condujo a sus hombres hacia el sur por detrás de la cresta, hasta que un trecho abierto de rocas les ofreció una zona de sombra que les permitiría llegar sin ser vistos hasta el muro de piedra más cercano. Se movieron deprisa a pesar de avanzar agachados, porque las sombras de los muretes de piedra les proporcionaban negros corredores de invisibilidad que se enredaban hasta llegar al pueblo. A medio camino, en mitad del valle, Sharpe se detuvo y observó el pueblo con su catalejo. Ahora podía ver que todas las ventanas bajas habían sido tapiadas con piedra, y que habían dejado despejadas las más altas para la vigilancia. También pudo ver los restos de las casas que habían sido demolidas a las afueras del perímetro defensivo de modo que ningún atacante encontrara refugio cerca de san Cristóbal. Loup había tomado la precaución adicional de derribar los muretes que quedaban dentro del campo de tiro de los mosquetes desde el pueblo. Sharpe podía acercarse a cien o ciento cincuenta metros, pero después sería tan visible como un moscardón en una pared encalada.

—Ese hijo de puta no corre riesgos —observó Harper.

—No le puede echar la culpa —contestó Sharpe—. También yo derribaría un par de muros si eso dejara al Castrador sin opciones para aplicar sus tácticas de guerrilla conmigo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Harper.

—Aún no lo sé.

Ni siquiera él podía saberlo. Había llegado a tiro de rifle de la fortaleza de su enemigo y no podía sentir el cosquilleo del miedo. De hecho, no sentía temor ninguno. Tal vez Loup no estuviera allí. O quizá, y eso era más preocupante, el instinto de Sharpe estuviera desajustado. Tal vez Loup fuese aquí el titiritero y estuviese atrayendo a Sharpe cada vez más cerca, adormeciendo a su víctima con una fatal sensación de seguridad.

—Ahí hay alguien, sin duda —dijo Harper, anticipándose a los pensamientos de Sharpe—, de otro modo no habría humo.

—Lo más sensato sería que nos largáramos de aquí y nos fuéramos a la cama.

—Lo más sensato sería —añadió Harper— que nos largáramos del puñetero ejército y muriéramos en la cama.

—Pero no nos alistamos para eso, ¿verdad?

—Hable por usted, señor. Yo sólo me alisté para conseguir una comida decente —dijo Harper. Cebó su rifle, y después hizo lo mismo con su pistola de siete cañones—. Que me mataran no entraba en absoluto en mis planes.

—Yo me alisté para no colgar en un cadalso —dijo Sharpe. Cebó su propio rifle y después volvió a mirar aquellas paredes iluminadas por la luna—. Maldita sea —susurró—, voy a acercarme más. —Era como ese juego de la infancia en que los niños quieren comprobar cuánto pueden acercarse a su víctima sin que sus movimientos sean percibidos; de pronto, en la mente de Sharpe el pueblo se convirtió en una amenaza infantil, casi como si fuese un castillo maléfico, pero dormido, al que había que aproximarse con enorme sigilo para evitar que se despertara y se lo tragara a uno. Pero, ¿por qué arriesgarse a ser devorado por el monstruo?, se preguntó a sí mismo. Y la única respuesta que pudo dar a aquella pregunta era que no se había acercado tanto a la fortificación del hombre que se había convertido en su más acérrimo enemigo sólo para darse la vuelta y alejarse avergonzado—. Vigilen las ventanas —dijo a sus hombres, y después recorrió encogido la base del muro ensombrecido hasta que llegó al final, donde sólo quedaban unas piedras caídas aquí y allá, que señalaban hasta dónde se había alzado el muro.

Al menos aquel montón de piedras ofrecía una irregular maraña de sombras en la que ocultarse. Sharpe miró aquellos escombros, preguntándose si las sombras eran lo bastante densas para dar cobijo a un hombre, y después levantó la mirada hacia el pueblo. Nada se movía a excepción de la nube de humo de leña que la brisa nocturna arrastraba.

—¡Vuelva atrás, señor! —susurró Harper.

Pero, en vez de hacerlo, Sharpe respiró hondo, se tendió boca abajo y salió hacia la zona que iluminaba la luna. Avanzaba reptando como una serpiente entre las rocas, tan despacio que confiaba en que ningún centinela detectaría el movimiento de su silueta contra el mosaico de sombras. Su cinturón y las presillas de su uniforme se enganchaban en las piedras, pero cada vez que ocurría él se desenganchaba y se arrastraba unos pasos hacia delante, antes de volver a quedarse inmóvil y escuchar. Estaba esperando el sonido revelador de un mosquete al ser amartillado, el pesado chasquido doble que presagiaría un atronador disparo. Pero no oía nada aparte del suave soplo de la brisa nocturna. Ni siquiera un perro ladrando.

Se fue acercando más y más, hasta que al final terminaron las piedras revueltas y sólo quedó un espacio abierto iluminado por la luna entre él y la alta pared de la casa más cercana. Levantó la vista hacia la ventana y no vio nada. Tampoco podía oler

más que el rancio perfume de los montones de estiércol de la población. Ni el aroma del tabaco ni el olor de las rozaduras de los caballos, ni el hedor de los uniformes sin lavar. Sólo el leve vestigio del humo de leña matizaba el olor del estiércol, pero aparte de eso no había otra señal de presencia humana en el pueblo. Dos murciélagos volaban en círculos cerca del muro, y sus sombras irregulares brillaban negras contra la cal. Ahora que estaba cerca del pueblo, Sharpe pudo ver señales de abandono. El encalado estaba desgastado, algunas pizarras habían caído de los tejados y los marcos de las ventanas habían sido arrancados para hacer leña. Los franceses habían desplazado a los habitantes de San Cristóbal y lo habían convertido en un pueblo fantasma. El corazón de Sharpe latía con fuerza, retumbando en sus oídos, mientras se esforzaba en encontrar algún indicio de lo que podía esperarle más allá de los blancos y silenciosos muros. Amartilló su rifle, y el chasquido sonó más ruidoso de lo normal, pero nadie pidió ninguna contraseña desde el pueblo.

—A la mierda. —No tenía intención de hablar en voz alta, pero lo hizo, y al mismo tiempo que hablaba se puso en pie.

Casi pudo sentir cómo Harper inspiraba nervioso a unos cien metros detrás de él. Sharpe permaneció de pie y esperó, y nadie habló, nadie gritó, nadie pidió la contraseña y nadie disparó. Se sentía suspendido entre la vida y la muerte, casi como si toda la tierra se hubiese vuelto tan frágil como una bola de cristal soplado que se pudiera hacer añicos con un solo ruido.

Caminó hacia el pueblo, que se alzaba ante él a sólo unos veinte pasos. El ruido más estridente de la noche era el que hacían las botas de Sharpe sobre la hierba. Tocó el frío muro de piedra, y nadie disparó ni le dio el alto, de modo que Sharpe siguió caminando alrededor del pueblo, pasó ante las ventanas tapiadas y cruzó las calles bloqueadas con barricadas, hasta que al final llegó a la entrada de aquella especie de laberinto en zigzag.

Se detuvo a unos cinco pasos de la entrada de la muralla exterior. Se humedeció los labios y miró hacia el oscuro hueco. ¿Lo estaban observando? ¿Lo estaba atrayendo Loup como si fuera un hechicero en una torre? ¿Estarían los franceses conteniendo el aliento sin poder creer apenas en su suerte, al ver a su víctima acercarse a ellos, paso a paso? ¿Acabaría convirtiéndose la noche en un crudo horror? ¿En disparos y matanza, derrota y dolor? Aquellos pensamientos casi le empujaron a alejarse del pueblo a toda prisa, pero su orgullo impidió que se retirara, un orgullo lo bastante poderoso para hacer que diera un paso más hacia la puerta del laberinto.

Después otro paso, y otro, y de pronto ya estaba allí, en la mismísima entrada, y no hubo movimiento alguno. Ni siquiera una respiración. Delante de él, estaba el segundo muro blanqueado con su atrayente entrada abierta a la izquierda de Sharpe. Se acercó a la abertura, desapareciendo ahora del campo de visión de sus fusileros. Ya estaba dentro del laberinto, dentro de la trampa de Loup, y recorrió el estrecho

espacio entre los muros apuntando con su rifle y con el dedo en el gatillo.

Llegó a la abertura, y vio un tercer muro encalado más adelante, así que la atravesó en dirección al último y angosto pasaje que llevaba a su derecha, y después a la entrada final del último muro. Los roces de sus pies en la piedra y su respiración atronaban. Más allá del tercer muro todo estaba iluminado por la luna, pero dentro del laberinto reinaba la oscuridad y hacía frío. Había apoyado su espalda en el muro de en medio, y encontró una extraña comodidad en la sólida sensación que transmitía la piedra. Volvió a avanzar de costado, intentando ignorar los latidos de su corazón; después respiró hondo, se apoyó sobre una rodilla y con un movimiento lateral se dejó caer, de manera que quedó de rodillas ante la última entrada al pueblo de Loup, con su rifle apuntando directamente hacia las calles empedradas que llevaban a la blanqueada iglesia.

Delante de él no había nada.

Nadie proclamaba su triunfo, nadie se burlaba, nadie ordenaba su captura.

Sharpe dejó escapar un largo suspiro. Era una noche fría, pero el sudor goteaba por su rostro y le escocía los ojos. Un escalofrío cruzó su espalda cuando bajó el cañón del rifle.

Entonces empezaron los aullidos.

CAPÍTULO 6

—¡Está loco, Hogan! —dijo Wellington—. ¡Loco de remate! ¡Desquiciado! Deberían encerrarlo en Bedlam, donde podríamos cobrar seis peniques que la gente pagaría gustosa para reírse de él. ¿Ha estado alguna vez en Bedlam?

—Una vez, milord, sólo una vez. —El caballo de Hogan estaba cansado e inquieto, pues el irlandés había cabalgado largo y tendido para encontrar al general, y en cierto modo estaba desconcertado por el abrupto recibimiento. Además, el incómodo estado de ánimo de Hogan era el de alguien que se había despertado demasiado pronto, aunque se las arregló de algún modo para responder al jocoso saludo de Wellington en un estilo parecido—. Mi hermana quería ver a los lunáticos, milord, pero recuerdo que sólo pagamos dos peniques cada uno.

—Pues no cabe duda de que deberían encerrar a Erskine con ellos —dijo Wellington en todo grave—, y cobrar al populacho dos peniques por cabeza para verlo. Con todo, incluso el voluble e imprevisible Erskine debería arreglárselas para hacer este trabajo, ¿no? Todo lo que tiene que hacer es bloquear este lugar, no capturarlo.

Wellington estaba inspeccionando las desalentadoras defensas que rodeaban la ciudad de Almeida, en manos de los franceses. De vez en cuando, un cañón disparaba desde la ciudad fortificada, y el ruido seco y duro del cañonazo se extendía por el campo un par de segundos después de que el proyectil hubiese rebotado entre salpicaduras de rocío mañanero, y desapareciese dando saltos cada vez más pequeños en dirección a los campos o los bosques. Asistido por una docena de edecanes y mensajeros, e iluminado sin piedad por los largos rayos inclinados del sol, que acababa de salir, Wellington ofrecía un blanco perfecto para los artilleros franceses, pero el lord ignoraba ostentosamente sus intentos de acabar con él. En vez de buscar otra posición fuera de tiro, y casi como si se burlara de la puntería del enemigo, se detenía en cualquier lugar en el que el terreno ofreciera una buena vista de la ciudad, que ofrecía un peculiar aspecto aplanado desde que la catedral y el castillo de Almeida habían volado por los aires en una explosión masiva de pólvora almacenada. Aquella explosión había obligado a los defensores ingleses y portugueses a rendir la ciudad fortificada a los franceses, que ahora a su vez estaban sitiados por tropas inglesas bajo el mando de sir William Erskine. Los hombres de Erskine habían recibido órdenes de cercar aquella plaza fuerte, no de capturarla; de hecho, ninguno de los cañones de Erskine era lo bastante grande para hacer mella en las impresionantes fortificaciones con forma de estrella.

—¿Cuántos de esos granujas están ahí dentro, Hogan? —preguntó Wellington, pasando por alto el hecho de que Hogan no habría atravesado el territorio a galope tendido a aquellas horas de la mañana si no tuviera noticias importantes.

—Creemos que unos mil quinientos hombres, milord.

—¿Y munición?

—Mucha.

—¿Y cuánta comida les queda?

—Mis informantes dicen que dos semanas a media ración, lo que probablemente signifique que pueden aguantar un mes. Parece que los franceses pueden subsistir del aire, milord. ¿Podría sugerir que nos moviésemos antes de que un artillero consiga un blanco certero? ¿Y podría reclamar también toda la atención de milord?

Wellington no se movió.

—Estoy atrayendo toda la atención de los artilleros —dijo el general con su pesado sentido del humor—, como una manera de animarlos a que mejoren su destreza. De esa manera, Hogan, podrían librarme de Erskine. —El general Erskine, que solía estar borracho, estaba medio ciego y tenía reputación de loco—. O eso me ha confesado la Guardia Montada —añadió misteriosamente Wellington, con la esperanza de que Hogan siguiera su errática concatenación de pensamientos—. Les escribí, Hogan, y me quejé de que me enviaran a Erskine, ¿y sabe usted qué me respondieron? —Wellington le había contado a Hogan aquella historia al menos media docena de veces en los últimos tres meses, pero el irlandés sabía lo mucho que disfrutaba contándola el general, así que dejó hablar a su superior.

—Me temo que en este momento he olvidado su respuesta.

—Me respondieron, Hogan, y cito, ¡que «no cabe duda de que, en ocasiones, está un poco loco, pero en los intervalos de lucidez es un hombre de una inteligencia infrecuente, aunque sí parecía un poco desquiciado cuando embarcó»! —Wellington soltó una gran risotada que sonó como un relincho—. ¿Entonces cree que Masséna intentará liberar su plaza fuerte del cerco?

Hogan entendió por el tono de voz del general que Wellington ya sabía la respuesta tan bien como él, así que sensatamente no dijo nada. La respuesta, de todas formas, era evidente, pues tanto Hogan como Wellington comprendían que el mariscal Masséna no habría dejado cerca de mil quinientos hombres en Almeida sólo para que la inanición los empujara a rendirse y los obligara así a pasar el resto de la guerra en algún inhóspito campo de prisioneros en Dartmoor. Almeida contaba con aquella fuerte guarnición por algún propósito y Hogan, igual que su superior, sospechaba que el propósito estaba a punto de cumplirse.

Una flor de humo blanco señaló el lugar en las murallas desde el que un cañón había disparado. Hogan alcanzó a verla bala como una oscura línea vertical que oscilaba en el cielo, señal segura de que el disparo avanzaba directamente hacia el observador. Ahora todo dependía de que el cabo de cañón hubiese calculado bien la elevación. Media vuelta de más del tornillo de elevación del arma y la bala se quedaría corta; una vuelta de menos y pasaría silbando por encima de sus cabezas.

La bala se quedó corta por unos noventa metros, y después de rebotar en la hierba pasó por encima de la cabeza de Wellington, para acabar destrozando un roble. Una nube de hojas salió despedida cuando la bala agitó las ramas a uno y otro lado.

—Sus cañones están muy fríos, Hogan —dijo el general—. Disparan por debajo de sus posibilidades.

—No por mucho, milord —dijo Hogan con fervor—, esos cañones se calentarán enseguida.

Wellington soltó una risita.

—Valora usted su vida, ¿verdad? Bien, pues cabalguemos. —El general chascó la lengua y su caballo caminó obediente cuesta abajo, pasando detrás de una batería inglesa que ocultaba al enemigo un terraplén coronado por cestas llenas de tierra. Muchos de los artilleros estaban desnudos de cintura para arriba, algunos dormían, y el resto estaba tan ocupado en su trabajo que ninguno pareció darse cuenta de que el jefe supremo del ejército pasaba a su lado. Cualquiera otro general se habría ofendido por la aparente dejadez de los miembros de la batería, pero el rápido ojo de Wellington comprobó enseguida el buen estado de los cañones, y simplemente saludó al comandante de la batería antes de indicar a sus edecanes que lo dejaran solo con el mayor—. ¿Qué noticias trae, Hogan?

—Demasiadas noticias, milord, y ninguna de ellas es buena —dijo Hogan. Se quitó el sombrero y se abanicó el rostro—. El mariscal Bessières se ha unido a Masséna, milord. Trajo mucha caballería y artillería con él, pero ninguna infantería, al menos por lo que pudimos deducir.

—¿Sus partisanos? —Wellington estaba preguntando por la fuente de información de Hogan.

—Así es, milord. Siguió de cerca la marcha de Bessières —Hogan sacó su cajita de rapé, y se sirvió una reconstituyente pizca mientras Wellington digería las noticias. Bessières comandaba el ejército francés en el norte de España, un ejército dedicado en su totalidad a combatir a los partisanos, y la noticia de que Bessières había traído tropas de refuerzo para el mariscal Masséna sugería que los franceses se estaban preparando para intentar romper el cerco de Almeida.

Wellington cabalgó en silencio unos metros. Su recorrido lo llevó a la leve pendiente de subida a una cresta cubierta de hierba, que ofrecía otra buena perspectiva de la fortaleza del enemigo. Sacó un catalejo e inspeccionó largamente las murallas bajas y los tejados destruidos por la artillería. Hogan imaginó a los artilleros nivelando a mano sus cañones para apuntar a su nuevo objetivo. Wellington refunfuñó, y después cerró el catalejo de un golpe.

—Así que Masséna viene a reabastecer a esas sabandijas, ¿eh? Si lo consigue, Hogan, tendrán suministros suficientes para resistir hasta que el infierno se hiele, a menos que arrasemos el lugar primero; arrasarlo nos llevaría al menos hasta

mediados de verano, y no puedo asaltar Almeida y Ciudad Rodrigo al mismo tiempo, así que habrá que detener a Masséna. Se quedará corto, se lo garantizo de algún modo. —Esta última afirmación se refería a un cañón que acababa de disparar desde las murallas. El humo flotó por encima del foso, mientras Hogan intentaba localizar el proyectil. La bala llegó un segundo antes que el sonido del disparo. Alcanzó la pendiente por debajo de la partida del general y rebotó por encima de su cabeza para incrustarse esta vez en un gran olivo. Wellington hizo que su caballo se alejara—. Pero, ¿sabe usted lo que implica, Hogan, que yo intente detener a Masséna delante de Almeida?

—El Coa, milord.

—Exactamente, Hogan, exactamente.

Si el ejército inglés y portugués combatía contra los franceses cerca de Almeida, tendrían el profundo y rápido río Coa a sus espaldas, y si Masséna conseguía flanquear el flanco derecho de Wellington, cosa que con toda seguridad intentaría, entonces al ejército sólo le quedaría una carretera, sólo una, por la que poder retirarse si sufría una derrota. Esa única carretera cruzaba por un puente alto y estrecho sobre la de otra manera infranqueable garganta del Coa, y si el ejército derrotado, con toda su artillería y bagaje y mujeres y bestias de carga y heridos, intentaba cruzar por ese angosto puente..., entonces sería el caos. Y contra ese caos embestirían los pesados caballos del emperador con sus tropas armadas con espadas, y de esa forma un excelente ejército inglés que había expulsado a los franceses de Portugal moriría en la frontera de España, y en París habría un nuevo puente sobre el Sena que llevaría el curioso nombre de Pont Castello Bom, en memoria del lugar en el que André Masséna, mariscal de Francia, habría destruido al ejército de lord Wellington.

—De modo que tendremos que derrotar al mariscal Masséna, ¿no es cierto? —se dijo Wellington a sí mismo, luego se volvió hacia Hogan—. ¿Cuándo llegará, Hogan?

—Pronto, milord, muy pronto. Las reservas de Ciudad Rodrigo impiden que sea de otra manera —respondió Hogan. Con la llegada de los hombres de Bessières, ahora los franceses tenían demasiadas bocas que alimentar con las reservas de suministros de Ciudad Rodrigo, lo que quería decir que tendrían que marchar enseguida o morirían de hambre.

—¿Con cuántos cuenta Masséna ahora? —preguntó Wellington.

—Puede poner cincuenta mil hombres en el campo, milord.

—Y yo puedo poner cuarenta mil contra ellos —dijo Wellington con amargura—. Algún día, Hogan, Londres llegará a creerse que podemos ganar esta guerra, y nos enviará de verdad algunos soldados que no estén locos, ciegos o borrachos, Pero, ¿y hasta entonces...? —Dejó la pregunta sin respuesta—. ¿Han circulado más periódicos falsos de éstos?

A Hogan no le sorprendió el repentino cambio de tema. Los periódicos que

describían las ficticias atrocidades en Irlanda habían pretendido crear animosidad contra el ejército inglés entre los irlandeses. La estratagema había fracasado, pero faltó poco para que consiguiera resultados, y tanto Hogan como Wellington temían que el siguiente intento tuviese más éxito. Y si ese intento se producía la víspera de que Masséna cruzara la frontera para liberar Almeida, podría ser catastrófico.

—Ninguno, señor —dijo Hogan—. Aún.

—Pero, ¿ha alejado usted a la Real Compañía Irlandesa de la frontera?

—Esta mañana deberían estar llegando a Vilar Formoso, señor —dijo Hogan.

Wellington hizo una mueca.

—¿En qué momento informará al capitán Sharpe de sus problemas? —El general no esperó la respuesta de Hogan—. ¿Es cierto que fusiló a esos dos prisioneros, Hogan?

—Sospecho que sí, milord, sí —respondió Hogan seriamente. El general Valverde había informado de la ejecución de los hombres de Loup al cuartel general inglés, no como protesta por el hecho en sí, sino más bien como una prueba de que el asalto de Loup al fuerte San Isidro había sido provocado por la irresponsabilidad de Sharpe. Valverde cabalgaba el caballo de la moral elevada, y proclamaba en voz bien alta que la vida de españoles y portugueses no podía confiarse al mando inglés. Era poco probable que a los portugueses les preocuparan demasiado las alegaciones de Valverde, pero la Junta de Cádiz estaba muy ansiosa por conseguir cualquier munición que pudiera utilizar contra sus aliados ingleses. Valverde ya les había hecho llegar una letanía de objeciones sobre cómo los soldados ingleses no habían rendido homenaje a los Santos Sacramentos cuando éstos habían sido sacados a las calles, y sobre cómo los masones de entre los oficiales ingleses ofendían la sensibilidad católica al desfilar abiertamente con sus vestiduras ceremoniales; pero ahora tenía una alegación más amarga e hiriente: que los ingleses luchaban hasta la última gota de la sangre de sus aliados, y la matanza de San Isidro era su prueba.

—Maldito Sharpe —dijo Wellington.

Maldito Valverde, pensó Hogan, pero Inglaterra necesitaba más la buena voluntad española que a un fusilero insolente.

—No he hablado con Sharpe, milord —dijo Hogan—, pero sospecho que sí mató a esos dos hombres. He oído que fue una situación típica: los hombres de Loup habían violado a unas pueblerinas. —Hogan se encogió de hombros, dando a entender que un horror semejante era ya algo habitual.

—Puede que sea una situación típica —dijo Wellington con acritud—, pero eso difícilmente condona la ejecución de prisioneros. Según mi experiencia, Hogan, cuando se asciende a un hombre desde la tropa normalmente se dará a la bebida, pero no es éste el caso del señor Sharpe. No, yo ascendí al sargento Sharpe, y ¡él se atreve a emprender guerras personales a mis espaldas! Loup no atacó el San Isidro para

destruir a Oliveira o a Kiely, Hogan, lo hizo para encontrar a Sharpe, ¡lo que hace que las bajas de los *caçadores* sean todas culpa de un capitán del ejército inglés!

—Eso no lo sabemos, milord.

—Pero los españoles lo deducirán, Hogan, y lo propagarán a los cuatro vientos, lo que hace difícil, Hogan, condenadamente difícil para nosotros inculpar a Runciman. Dirán que estamos ocultando al verdadero culpable, y que somos displicentes con las vidas de nuestros aliados.

—Podemos aducir que las alegaciones contra el capitán Sharpe son malintencionadas y falsas, milord.

—Creía que ya las había admitido —replicó Wellington bruscamente—. ¿No se pavoneó ante Oliveira de haber ejecutado a aquellos dos bellacos?

—Eso entendí, milord —dijo Hogan—, pero no ha sobrevivido ninguno de los oficiales de Oliveira para dar fe de esa confesión.

—Entonces, ¿quién puede testificar?

Hogan se encogió de hombros.

—Kiely y su ramera, Runciman y el capellán —Hogan intentó hacer que la lista pareciera insignificante, y después sacudió la cabeza—. Me temo que son demasiados testigos, milord. Por no mencionar al propio Loup. Valverde bien podría intentar conseguir una queja formal de los franceses, y para nosotros sería difícil descartar un documento como ése.

—Entonces, ¿Sharpe tiene que ser sacrificado? —preguntó Wellington.

—Eso me temo, milord.

—¡Maldita sea, Hogan! —espetó Wellington—. ¿Pero qué demonios pasó entre Sharpe y Loup?

—Quisiera saberlo, milord.

—¿Y no se supone que tendría que saberlo? —preguntó el general, enojado.

Hogan tranquilizó a su fatigada montura.

—No he tenido tiempo, milord —dijo con un deje de irascibilidad—. No sé todo lo que ha pasado entre Sharpe y Loup, pero lo que sí parece claro es que hay un esfuerzo conjunto para sembrar la discordia en este ejército. Hay un nuevo hombre que ha venido al sur desde París, un tipo llamado Ducos, que parece ser más inteligente que las sabandijas habituales. Es el tipo que está detrás de ese plan de los periódicos falsificados. Y supongo, milord, que hay más libelos como ése en camino, preparados para llegar aquí justo antes que los mismos franceses.

—¡Pues deténgalos! —exigió Wellington.

—Puedo detenerlos y los detendré —dijo Hogan confiado—. Sabemos que es la furcia de Kiely la que cruza la frontera con ellos, pero nuestro problema es encontrar al hombre que los distribuye en nuestro ejército, y ese hombre es el verdadero peligro, milord. Uno de nuestros corresponsales en París nos ha advertido de que los

franceses tienen un nuevo agente en Portugal, un hombre del que esperan grandes hazañas. Me encargaré con mucho gusto de encontrarlo antes de que satisfaga esas expectativas. Tengo bastantes esperanzas de que la ramera nos conduzca a él.

—¿Está seguro respecto a esa mujer?

—Bastante seguro —dijo Hogan con firmeza. Sus informadores de Madrid habían sido muy claros, pero sabía que era mejor no mencionar sus nombres en voz alta—. Por desgracia, no sabemos aún quién es ese nuevo hombre en Portugal, pero con tiempo, milord, y algún ligero descuido de esa ramera de Kiely, lo encontraremos.

Wellington gruñó. Un retumbar en el cielo anunciaba el paso de un proyectil francés, pero el general ni siquiera levantó la vista para ver dónde podía caer la bala.

—Maldito sea todo este embrollo, Hogan, y malditos sean Kiely y sus malditos hombres, y maldito sea Sharpe también. ¿Runciman está listo para el sacrificio?

—Está en Vilar Formoso, milord.

El general hizo un gesto de aprobación.

—Pues agarre también a Sharpe. Póngale a hacer labores administrativas, Hogan, y adviértale de que su conducta también será sometida a una comisión de investigación. Después informe al general Valverde de que estamos encargándonos de este asunto. Ya sabe lo que tiene que decirle —Wellington sacó un reloj de bolsillo y abrió su tapa. Su rostro se contrajo en un gesto de disgusto—. Supongo que si estoy aquí tendré que hacer una visita a Erskine. ¿Cree usted que ese lunático estará aún en la cama?

—Estoy seguro de que sus ayudantes ya han advertido a sir William de su presencia, milord, y no creo que le agradara que usted lo ignorase.

—Más susceptible que una virgen en un barracón lleno de soldados. E igual de loco. Es justo el hombre indicado, Hogan, para dirigir la comisión de investigación sobre Runciman y Sharpe. Vayamos a ver, Hogan, si sir William está experimentando un intervalo de lucidez y así puede entender el veredicto que requerimos de él. Debemos sacrificar a un buen y a un mal oficial para darle en los morros a Valverde. Maldita sea, Hogan, maldita sea, pero en tiempos de necesidad no queda más remedio. Pobre Sharpe —lord Wellington echó un último vistazo a la ciudad de Almeida, y acto seguido condujo a su séquito hacia el cuartel general de las fuerzas de asedio.

Mientras, Hogan estaba preocupado por el estrecho puente de Castello Bom, por Sharpe y, aún más, por el misterioso enemigo que había llegado a Portugal a sembrar la discordia.



La casa de la chimenea humeante se levantaba donde la calle se abría a la plazuela de delante de la iglesia, y fue allí donde comenzaron los aullidos. Sharpe, que había

empezado a ponerse en pie, se había vuelto a agachar en las sombras a toda prisa cuando una puerta de doble hoja junto a la casa se abrió con un chirrido.

Los perros salieron en manada. Llevaban demasiado tiempo encerrados, así que corrieron alegres de un lado a otro de la calle desierta. Una figura uniformada sacó un caballo y una mula, y después se alejó de Sharpe, con la intención evidente de abandonar San Cristóbal por la puerta del otro lado del pueblo. Uno de los perros brincaba jugueteón junto a la mula, y recibió un insulto y una patada por armar jaleo.

El insulto resonó claramente en la calle. Era una voz de mujer, la voz de doña Juanita de Elia, que ahora ponía ya el pie en el estribo del caballo ensillado, pero el perro volvió a incordiar a la mula justo cuando ella intentaba subir a la silla. La mula, que estaba cargada con dos pesadas alforjas, rebuznó apartándose del perro y arrancó las riendas de la mano de Juanita. Después, asustada por los excitados perros, salió trotando hacia Sharpe.

Juanita de Elia volvió a maldecir. En el alboroto, se le cayó su bicornio emplumado, de forma que su larga cabellera negra empezó a soltarse de sus horquillas. Se lo colocó bruscamente en su lugar, mientras se apresuraba tras la asustada mula, que había ido a pararse justo a unos pocos pasos del lugar donde estaba escondido Sharpe. Los perros corrían en la otra dirección, bautizando con sus orines los escalones de la iglesia por la alegría de haber sido liberados de su encierro en el patio de aquella casa.

—Vamos, hija de puta —le dijo en español Juanita a la mula. Llevaba el elegante uniforme de la Real Compañía Irlandesa.

Se agachó para agarrar la rienda de la mula, y Sharpe dio un paso hacia la parte iluminada por la luna.

—Nunca he sabido —dijo— si eso de «doña» es un título o no. ¿Tengo que decir «buenos días, milady» o sólo buenos días? —Se detuvo a tres pasos de ella.

Juanita tardó unos segundos en recuperar su aplomo. Se enderezó, miró fijamente el rifle en manos de Sharpe, después a su caballo, que estaba a unos treinta pasos. Había dejado una carabina en la funda de su silla de montar, pero sabía que no tenía posibilidad alguna de alcanzar el arma. Llevaba una espada corta al costado, y su mano bajó hacia la empuñadura, pero se detuvo cuando Sharpe levantó la boca del rifle.

—Usted no mataría a una mujer, capitán Sharpe —dijo fríamente.

—¿En la oscuridad, milady? ¿Una sombra con uniforme? No creo que nadie fuese a culparme por ello.

Juanita vigilaba a Sharpe cuidadosamente, intentando juzgar la sinceridad de su amenaza. Entonces se le ocurrió una manera de salvarse y sonrió antes de dar un silbido disonante. Sus perros se detuvieron y levantaron las orejas.

—Azuzaré a mis perros contra usted, capitán —dijo ella.

—Porque es todo lo que queda aquí, ¿verdad? —dijo Sharpe—. Loup se ha ido. ¿A dónde?

Juanita aún sonreía.

—He visto cómo mis perras derribaban un poderoso venado, capitán, y lo convertían en picadillo en dos minutos. La primera que lo alcance irá a por su garganta y lo mantendrá en el suelo, mientras las demás se ceban con usted.

Sharpe le devolvió la sonrisa y después levantó la voz.

—¡Pat! ¡Traiga aquí a los muchachos!

—Maldito sea —dijo Juanita, y después volvió a silbar y los perros comenzaron a trotar calle abajo. Al mismo tiempo, ella se volvió y empezó a correr hacia su caballo, pero las espuelas de sus pesadas botas de montar aminoraban su paso, y Sharpe la agarró por detrás. Pasó su brazo izquierdo por su cintura y mantuvo su cuerpo delante de él como un escudo, al tiempo que retrocedía hacia el muro más cercano.

—¿A por qué garganta irán ahora, milady? —preguntó. La melena alborotada de ella estaba en su cara. Olía a agua de rosas.

Ella le golpeaba, intentaba darle codazos, pero Sharpe era mucho más fuerte. El perro más veloz llegó corriendo hacia ellos, y Sharpe bajó el rifle con su mano derecha y apretó el gatillo. El sonido del disparo atronó brutalmente en la reducida callejuela. El tiro de Sharpe había errado su blanco por la resistencia de Juanita, pero la bala alcanzó al animal en un anca, y salió despedido dando vueltas y gimiendo, como si intentara morder la bala que le había herido, justo cuando Harper entraba con los fusileros por la laberíntica entrada. La repentina aparición del irlandés y sus hombres confundió a los otros perros. Aminoraron su paso y, entre gañidos, se reunieron alrededor de la perra herida.

—Evítele a ese chucho el sufrimiento, Pat —dijo Sharpe—. ¿Harris? Vuelva junto al capitán Donaju, salúdelo de mi parte y dígame que traiga a sus hombres al pueblo. ¿Cooper? Traiga el caballo de milady. ¿Perkins? Quítele la espada a milady.

Harper se metió entre los perros, sacó su bayoneta y se inclinó sobre la perra ensangrentada, que intentaba morderle.

—Estate quieta, cabrona —dijo con voz suave antes de darle un solo tajo—. Pobre animal —dijo mientras se incorporaba con su bayoneta goteando sangre—. Dios salve a Irlanda, señor, pero mire qué ha encontrado usted. A la emperifollada dama de lord Kiely.

—¡Traidor! —gritó Juanita a Harper, y después le escupió—. ¡Traidor! Deberías estar combatiendo contra los ingleses.

—Oh, milady —dijo Harper mientras limpiaba su hoja en el faldón de su casaca verde—, alguna vez usted y yo deberíamos disfrutar de una larga charla sobre quién debería estar luchando en qué bando, pero justo ahora estoy ocupado con la guerra en la que ya estoy.

Perkins sacó con cuidado la espada corta del cinto de Juanita, sólo entonces Sharpe la soltó.

—Mis disculpas por haberla levantado a pulso, señora —le dijo con mucha formalidad.

Juanita hizo caso omiso del comentario. Permaneció erguida y estirada, manteniendo su dignidad delante de los fusileros extranjeros. Dan Hagman tiraba de la mula para alejarla de la esquina de la calle en la que se había refugiado.

—Tráigala usted, Dan —dijo Sharpe. Luego subió por la calle en dirección a la casa de la que había salido Juanita. Harper la escoltaba, e hizo que entrara detrás Sharpe en el patio.

La casa debía de haber sido una de las más grandes del pueblo, porque la entrada daba a un espacioso patio con establos a ambos lados y un pozo con un brocal muy elaborado. La puerta de la cocina estaba abierta, y Sharpe se aventuró dentro para encontrar un fuego que aún humeaba y los restos de una comida sobre la mesa. Encontró unos cabos de vela, los encendió en el fuego y volvió a colocarlos en la mesa, entre platos y vasos. Al menos seis personas habían comido en aquella mesa, lo que indicaba que Loup y sus hombres habían partido hacía muy poco.

—Revisen el resto del pueblo, Pat —dijo Sharpe a Harper—. Llévase a media docena de hombres y vayan con cuidado. Creo que todos los franceses se han ido, pero nunca se sabe.

—Tendré cuidado, señor —Harper sacó a los fusileros de la cocina, dejando a Sharpe a solas con Juanita.

Sharpe señaló una silla con un gesto.

—Vamos a hablar, milady.

Ella se acercó con una lenta dignidad al otro extremo de la mesa, puso una mano en el respaldo de la silla y, de pronto, empezó a correr hacia la puerta que estaba al otro lado de la habitación.

—Váyase al infierno —gritó a modo de despedida. Los muebles obstaculizaban el movimiento de Sharpe, así que para cuando llegó a la puerta, ella ya estaba subiendo un oscuro tramo de escaleras. Él salió corriendo detrás de Juanita, que se volvió al llegar a lo alto de la escalera y entró por una puerta que cerró de un portazo tras ella. Sharpe la abrió de una patada un segundo antes de que ella corriera el pestillo, y se lanzó por la abertura para ver, a la luz de la luna, que Juanita se había tendido sobre una cama. Estaba intentando sacar un objeto de una vieja maleta, y cuando Sharpe cruzó la habitación, ella se giró con una pistola en la mano. Se lanzó sobre la mujer, golpeando la pistola con la mano izquierda justo cuando ella apretaba el gatillo. La bala se incrustó en el techo mientras Sharpe aterrizaba encima de ella. Juanita gimió por el impacto, y después intentó clavarle las uñas de su mano libre en los ojos.

Sharpe se apartó de ella, se puso en pie y retrocedió hacia la ventana. Estaba

jadeando. Le dolía la muñeca izquierda, que se había golpeado al desviar la pistola. La luz de la luna brillaba plateada en la neblina de humo que flotaba sobre la cama, que no era más que un montón de jergones rellenos de paja sobre los que descansaban unas pieles que servían de mantas. Juanita estaba medio incorporada, mirándolo fijamente, y después se dio cuenta de que su desafío había seguido su curso. Dejó escapar un suspiro contrariado, y se dejó caer de nuevo sobre las pieles.

Dan Hagman, que había oído el disparo desde el patio, subió las escaleras con estrépito y entró en la habitación con su rifle preparado. Miró a la mujer tumbada boca arriba en la cama y luego a Sharpe.

—¿Va todo bien, señor?

—Sólo ha sido una discusión, Dan. No hay nadie herido.

Hagman volvió a mirar a Juanita.

—Menuda gata montés, señor —dijo con admiración—. Puede que necesite unos azotes.

—Yo me encargo de ella, Dan. Usted descargue esas alforjas de la mula. Veamos que es lo que se llevaba esta gata salvaje, ¿eh?

Hagman volvió a bajar las escaleras. Sharpe se masajeó la muñeca y echó un vistazo a la habitación. Era un cuarto grande y de techo alto revestido de madera oscura, con gruesas vigas vistas, una chimenea y una pesada prensa para lino en un rincón. Era evidentemente el dormitorio de una persona notable y el aposento que, al acuartelar a sus hombres en un pueblecito, elegiría con naturalidad un oficial al mando para convertirlo en su alojamiento.

—Es una cama grande, milady, demasiado grande para una sola persona —dijo Sharpe—. ¿Esos pellejos son de lobo?

Juanita no dijo nada.

Sharpe suspiró.

—Así que usted y Loup, ¿eh? ¿Tengo razón?

Ella lo miró con el resentimiento reflejado en sus ojos morenos, pero seguía negándose a contestar.

—Y todos esos días que usted salía sola a cazar —dijo Sharpe— venía usted aquí para encontrarse con Loup.

De nuevo ella no respondió. Los rayos de la luna dejaban en sombras la mitad de su semblante.

—Y fue usted quien abrió a Loup la puerta del San Isidro, ¿verdad? —continuó Sharpe—. Por eso él no atacó la casa de guardia. Quería asegurarse de que usted no sufría ningún daño durante el asalto. Qué considerado por su parte, ¿no? Cuidando de su mujer. Sin duda no le gustaría mucho imaginarla con lord Kiely. ¿O Loup no es un tipo celoso?

—Por lo general, Kiely está demasiado borracho para eso —dijo ella en voz baja.

—Vaya, sí tiene usted lengua, ¿eh? Pues entonces ya puede contarme qué estaba haciendo aquí.

—Váyase al infierno, capitán.

El ruido de pasos en la calle hizo que Sharpe se volviese hacia la ventana y viese a los hombres de la Real Compañía Irlandesa, que se estaban acercando.

—¡Donaju! —gritó—. ¡Entren por la cocina! —Se volvió hacia la cama—. Tenemos compañía, milady, así que muévase y sea sociable. —Esperó a que ella se levantara y después sacudió la cabeza cuando Juanita se negó a moverse—. No voy a dejarla sola en su habitación, milady, así que o bien baja las escaleras por su propio pie, o bien la llevo en volandas.

Ella se puso en pie, alisó su uniforme e intentó arreglarse el cabello. Después, seguida por Sharpe, bajó a la cocina iluminada por las velas, donde el Castrador, Donaju y el sargento mayor Noonan estaban de pie alrededor de la mesa. Miraron a Juanita y luego miraron a Sharpe, que no sintió la necesidad de ofrecerles una explicación inmediata sobre la presencia de aquella mujer allí.

—Loup se ha ido —dijo Sharpe a Donaju—. He enviado al sargento Harper a que compruebe que el lugar está vacío, así que, ¿por qué no despliegan a sus hombres por las defensas? Sólo por si acaso el brigadier Loup decide regresar.

Donaju miró fijamente a Juanita y después se dirigió a Noonan.

—¿Sargento mayor? Ya ha oído la orden. Cúmplala.

Noonan salió. El Castrador observaba cómo Hagman sacaba las cosas de las alforjas de la mula. Juanita se había acercado a lo que quedaba del fuego, donde estaba calentándose. Donaju la miró y después dedicó una mirada inquisitiva a Sharpe.

—Doña Juanita —explicó Sharpe— es una mujer con muchas caras. Es la prometida de lord Kiely, la amante del general Loup y una agente de los franceses.

Juanita levantó la cabeza al oír la última frase, pero no hizo ningún esfuerzo por desmentir las palabras de Sharpe. Donaju la miraba como si no quisiese creer lo que acababa de oír. Después se volvió hacia Sharpe con el ceño fruncido.

—¿Ella y Loup...? —preguntó.

—Su nidito de amor está arriba, por amor de Dios —dijo Sharpe—. Suba a mirar si no me cree. Aquí la dama fue quien dejó entrar a Loup en el fuerte la pasada noche. Esta dama, Donaju, es una asquerosa traidora.

—Pliegos con himnos, señor —interrumpió Hagman con tono confundido—. Pero extraños de narices. He visto cosas parecidas en la iglesia, en casa, ya sabe, para los músicos, pero no como éstos.

El antiguo furtivo había desempaquetado las alforjas para sacar a la luz una gran pila de manuscritos llenos de pentagramas, y escritos con palabras y notaciones musicales.

—Son muy antiguos —Donaju aún estaba sorprendido por las revelaciones sobre Juanita, pero ahora se acercó a examinar los documentos que Hagman había descubierto—. ¿Lo ve, Sharpe? Sólo cuatro líneas en lugar de cinco. Podrían tener doscientos o trescientos años. Y con palabras en latín. Vamos a ver... —arrugó el ceño mientras intentaba traducir mentalmente—. «Celebrad con vuestras palmas, pronunciad el nombre de Dios con voz victoriosa.» Los salmos, creo.

—Ella no llevaría un pliego de salmos a nuestras líneas —dijo Sharpe; separó los manuscritos del principio de la pila y empezó a rebuscar entre ellos. Sólo tardó unos segundos en encontrar los periódicos que estaban escondidos entre los manuscritos—. Esto, Donaju —Sharpe levantó los periódicos—, esto es lo que llevaba.

La única reacción de Juanita ante el descubrimiento fue empezar a morderse una uña. Miró hacia la puerta de la cocina, pero Harper había vuelto ya a la casa y sus fusileros llenaban el patio.

—El sitio está vacío, señor. El cabronazo se ha ido —informó Sharpe—, y se fue con bastante prisa, capitán, porque este sitio está hasta arriba de botín. Algo hizo que se largara a toda prisa. —Saludó respetuoso al capitán Donaju—. Sus hombres se están encargando de las defensas, señor.

—Esta vez no son periódicos norteamericanos —dijo Sharpe—, sino ingleses. Así que aprendieron la lección la última vez, ¿no? Si falsificas un periódico demasiado viejo, nadie se creerá sus historias, pero las fechas de éstos son de la semana pasada. —Fue tirando los periódicos uno a uno sobre la mesa—. El *Morning Chronicle*, el *Weekly Dispatch*, el *Salisbury Journal*, el *Staffordshire Advertiser*... Alguien ha estado muy ocupado, milady. ¿Quién? ¿Alguien de París? Porque es allí donde se imprimen estos diarios, ¿no?

Juanita no dijo nada.

Sharpe arrancó otro periódico del montón.

—Impreso en París hace probablemente tres semanas y traídos aquí justo a tiempo. Al fin y al cabo, a nadie le sorprendería ver un *Shrewsbury Chronicle* de hace dos semanas en Portugal, ¿no creen? Un velero rápido podría haberlos traído con facilidad, y no habría informes de tropas para contradecir estos cuentos. ¿Y qué dirán sobre nosotros esta vez? —Hojeó el periódico, acercándolo a las velas mientras pasaba las páginas—. ¿«Aprendiz encarcelado por jugar al fútbol en domingo»? Le está bien empleado al cabronzuelo por intentar divertirse, pero supongo que esta historia no provocaría un motín en las tropas, aunque tiene que haber algo...

—He encontrado una cosa —dijo Donaju tranquilamente. Había estado buscando en el *Morning Chronicle*, y ahora dobló el periódico y se lo tendió a Sharpe—. Una historia sobre la División Irlandesa.

—No existe ninguna División Irlandesa —dijo Sharpe mientras cogía el periódico. Encontró el texto que había atraído la atención de Donaju y lo leyó en voz

alta—. «Recientes disturbios entre las tropas irlandesas al servicio de Portugal —leyó Sharpe, algo avergonzado porque era un lector lento y no muy seguro— han convencido al gobierno de la necesidad de adoptar una nueva política... —Tuvo mucha dificultad con la siguiente palabra— paliativa. Cuando termine la campaña de la presente temporada, los regimientos irlandeses del ejército se reunirán en una división que será destinada a las plazas fuertes de las islas del Caribe. El Ministerio de Hacienda ha prohibido los gastos derivados del transporte de esposas, pues existen dudas de que muchas de las uniones así descritas se hayan beneficiado de la bendición del Altísimo. Además, en los trópicos las cabezas calientes de los irlandeses encontrarán un clima más de su gusto.»

—Éste lleva la misma noticia —Donaju abrió otro periódico y después ofreció una apresurada explicación al Castrador sobre todo lo que estaba ocurriendo dentro de la cocina cargada de humo.

El partisano fulminó a Juanita con la mirada cuando se enteró de su traición.

—¡Traidora! —Le escupió—. Tu madre era una puta —le dijo, o al menos es lo que Sharpe creyó entender del rápido y furioso español—, y tu padre un cabrón. Lo tenías todo, pero luchas para los enemigos de España, mientras que nosotros, que no tenemos nada, luchamos para salvar nuestro país. —Volvió a escupirle y señaló su pequeño cuchillo de mango de hueso. Juanita se envaró con el ataque, pero no dijo nada. Sus ojos negros volvieron a posarse en Sharpe, que acababa de encontrar otra versión del anuncio, en la que se afirmaba que todos los regimientos irlandeses iban a ser destacados a las Indias Occidentales.

—Es una mentira inteligente —dijo Sharpe mirando a Juanita—, muy inteligente.

Donaju frunció el ceño.

—¿Por qué resulta tan inteligente? —Había formulado la pregunta que también se hacía Patrick Harper—. ¿Acaso a los irlandeses no les gustaría formar una división juntos?

—Estoy seguro de que sí, señor, pero no en el Caribe y sin sus esposas, que Dios nos ayude.

—La mitad de los hombres morirían de fiebre amarilla en los tres meses siguientes a su llegada a las islas —explicó Sharpe—, y la otra mitad estaría muerta en seis meses. Ser enviado al Caribe, Donaju, es una sentencia de muerte. —Miró a Juanita—. ¿De quién fue la idea, milady?

Ella no dijo nada, simplemente siguió mordiéndose la uña. El Castrador la insultó a gritos por su obstinación, y se sacó el cuchillito del cinturón. Donaju se puso pálido ante el torrente de obscenidades, e intentó refrenar la ira del hombretón.

—Bien, pues la historia no es cierta —Sharpe interrumpió el alboroto—. Principalmente porque no somos tan tontos como para alejar a los soldados irlandeses del ejército. ¿Quién ganaría las batallas entonces?

Harper y Donaju sonrieron. Sharpe sentía un tranquilo júbilo, si bien su descubrimiento no justificaba que hubiese incumplido sus órdenes y hubiese marchado a San Cristóbal, aunque nada justificaría esa acción. Amontonó los periódicos y después miró a Donaju.

—¿Por qué no envía usted a alguien de vuelta al cuartel general? Que encuentre al mayor Hogan, que le cuente lo que tenemos aquí y le pregunte qué debemos hacer.

—Iré yo mismo —dijo Donaju—, pero ¿qué va a hacer usted?

—Tengo un par de cosas que hacer aquí primero —dijo Sharpe, mirando a Juanita mientras hablaba—. Como descubrir dónde está Loup y por qué se largó con tanta prisa.

Juanita se molestó.

—No tengo nada que decirle, capitán.

—Entonces quizá se lo diga a él. —Señaló con la cabeza al Castrador.

Juanita dedicó una aterrada mirada al partisano, después volvió a mirar a Sharpe.

—¿Desde cuándo los oficiales ingleses no son unos caballeros, capitán?

—Desde que empezamos a ganar batallas, señora —dijo Sharpe—. ¿Quién será, pues? ¿Él o yo?

Donaju parecía a punto de protestar por el comportamiento de Sharpe, después vio el rostro ceñudo del fusilero y se lo pensó mejor.

—Me llevaré un periódico para Hogan —dijo tranquilamente, se guardó en el bolsillo el falso *Morning Chronicle* doblado y salió de la habitación. Harper salió con Donaju y cerró bien la puerta de la cocina tras él.

—No se preocupe, señor —dijo Harper a Donaju cuando ya estaban en el patio—. Ahora cuidaré yo de la dama.

—¿Lo hará?

—Sí, le cavaré una tumba bien profunda, señor, y enterraré a esa bruja boca abajo para que, cuanto más se esfuerce, más hacia abajo vaya. Vuelva con cuidado a las líneas, señor.

Donaju se puso pálido y se fue a buscar a su caballo mientras Harper le gritaba a Perkins que encontrara algo de agua, encendiera un fuego y preparara una buena taza de té para la mañana.



—Se ha metido usted en líos, Richard —le dijo Hogan cuando por fin se encontró con Sharpe, al empezar la tarde del mismo día que había comenzado con la sigilosa entrada de Sharpe en la abandonada fortaleza de Loup—. Se ha metido en líos. Fusiló a unos prisioneros. Por Dios, hombre, a mí no me importa si fusila a cualquier prisionero de aquí a París, pero, ¿por qué narices tuvo que contárselo a nadie?

La única respuesta de Sharpe fue volverse desde su puesto aventajado entre las

rocas, y hacer un gesto con la mano para indicar a Harper que se mantuviera agachado.

—¿Es que no conocerla regla principal de la vida, Richard? —refunfuñó Hogan mientras ataba su caballo a una peña.

—Nunca llegué a descubrirla, señor.

—¿Por qué demonios no mantuvo su maldita boca cerrada? —Hogan trepó hasta la atalaya de Sharpe, y se tendió al lado del fusilero—. ¿Qué es lo que ha encontrado?

—Al enemigo, señor —Sharpe y sus hombres estaban ahora a unos ocho kilómetros de San Cristóbal, ocho kilómetros hacia el interior de España por los que le había guiado el Castrador, que después había cabalgado de regreso a San Cristóbal con las noticias que llevaron a Hogan hasta la cresta, desde donde ahora vigilaban la carretera principal que salía hacia el oeste desde Ciudad Rodrigo. Sharpe había llegado a la cresta con el caballo de doña Juanita, que estaba atado, lejos de la vista de cualquiera que mirase desde la carretera; y había mucha gente que podía haberlo hecho, pues Sharpe estaba vigilando a un ejército entero—. Los franceses están ahí fuera, señor —dijo—. Están avanzando y hay miles de esos cabrones.

Hogan sacó su propio catalejo. Miró atento la carretera durante un buen rato, y finalmente soltó un bufido.

—Dios mío —dijo—, que el Altísimo se apiade de nosotros.

Pues había todo un ejército en marcha. Infantería y dragones, artilleros y húsares, lanceros y granaderos, *voltigeurs* e ingenieros; una estela de hombres que parecía negra a la luz del atardecer, aunque aquí y allá, en la larga columna, el sol agonizante levantaba reflejos escarlatas en el flanco de un cañón del que tiraba una yunta de bueyes o unos caballos. Una espesa nube de polvo se elevaba de las ruedas de cañones, carros y carretas que se mantenían en los límites de la calzada, mientras que la infantería marchaba en columnas por los campos adyacentes. La caballería avanzaba por los flancos exteriores, en largas hileras de hombres con lanzas de puntas de acero y cascos que refulgían bajo penachos bamboleantes, mientras los cascos de sus caballos dejaban largas marcas en la tierna hierba del valle.

—Dios mío... —dijo Hogan una vez más.

—Loup está ahí abajo —dijo Sharpe—. Lo he visto. Por eso abandonó San Cristóbal. Lo llamaron para que se uniera al ejército, ¿sabe?

—¡Maldita sea, Sharpe! —Hogan estalló—. ¿No podría olvidarse usted de Loup? ¡Por culpa de Loup se ha metido usted en líos! ¿Por qué, en el nombre del Santísimo, no pudo usted mantener la boca cerrada sobre esos dos malditos idiotas a los que fusiló? Ahora el puñetero Valverde anda contando que los portugueses perdieron un regimiento de primera porque usted agitó el avispero, y que ningún español en su sano juicio podrá nunca confiar un solo soldado a oficiales ingleses. Y eso significa,

maldito imbécil, que tendremos que ponerle a usted delante de la comisión de investigación. ¡Tenemos que sacrificarlo junto con Runciman!

Sharpe miró fijamente al mayor irlandés.

—¿A mí?

—¡Pues claro! ¡En el nombre de Cristo, Sharpe! ¿Es que no entiende usted un comino de política? ¡Los españoles no quieren a Wellington como generalísimo! Ven ese nombramiento como un insulto a su país, y están buscando munición para su causa. Munición como que algún maldito fusilero atontado empiece su guerra personal a expensas de un excelente regimiento de *caçadores* portugueses, cuyo destino servirá como ejemplo de lo que podría sucederle a cualquier regimiento español que se pusiera bajo el mando de lord Wellington. —Se detuvo para mirar por el catalejo y luego escribió una nota en el puño de su camisa—. Maldita sea, Sharpe, íbamos a tener una investigación tranquila y bajo control que culpara de todo a Runciman, para olvidarnos después de lo que ocurrió en el San Isidro. Ahora usted lo ha enredado todo. No se le habrá ocurrido tomar notas de lo que ha estado viendo aquí, ¿verdad?

—Sí, señor, lo hice —dijo Sharpe. Todavía estaba intentando hacerse a la idea de que toda su carrera estaba de repente amenazada. Parecía todo de una injusticia monstruosa, pero se guardó el resentimiento para sí mismo mientras tendía a Hogan un pliego tieso y doblado de las antiguas partituras entre las que estaban escondidos los periódicos falsificados. En el anverso de la hoja, Sharpe había escrito una lista de las unidades que había visto marchar ante él. Era una imponente lista de batallones, escuadrones y baterías, todas dirigiéndose a Almeida y con la esperanza de encontrar y aplastar al pequeño ejército inglés que tenía que intentar impedir que auxiliaran a la fortaleza.

—Mañana —dijo Hogan—, llegarán a nuestra posición. Mañana, Richard, combatiremos. Y será por aquello que puede ver allí —Hogan había localizado algo nuevo en la columna, y ahora señalaba hacia el oeste. Sharpe tardó un momento en orientar su catalejo, entonces vio la inmensa columna de carros de bueyes que seguían a las tropas francesas hacia el oeste—. Los suministros de auxilio para Almeida —dijo Hogan—, todos los alimentos y munición que la plaza fuerte quiera, suficientes para que puedan pasar el verano mientras los asediamos, y si consiguen mantenernos delante de Almeida todo el verano, nunca cruzaremos la maldita frontera, y sólo el Señor sabrá cuántos gabachos nos atacarán la primavera próxima. —Plegó su catalejo de nuevo—. Y hablando de primavera, Richard, ¿quiere decirme qué ha hecho exactamente con doña Juanita? El capitán Donaju me dijo que lo dejó a usted con ella y con su amigo el del cuchillo.

Sharpe se ruborizó.

—La envié de vuelta a casa, señor.

Hubo un momento de silencio.

—¿Que hizo qué? —preguntó Hogan.

—La envié de vuelta con los franceses.

Hogan sacudió la cabeza presa de la incredulidad.

—¿Dejó que un doble agente enemigo volviera con los franceses? ¿Se ha vuelto usted completamente loco, Richard?

—Estaba disgustada, señor. Dijo que si la llevaba de vuelta al ejército, sería arrestada por las autoridades españolas y juzgada por la junta de Cádiz, señor, y que probablemente acabaría delante de un pelotón de fusilamiento. Nunca fui de esos que pelean con mujeres, señor. Y ya sabemos quién es, ¿no? Así que ya no puede hacernos ningún daño.

Hogan cerró los ojos y apoyó la cabeza en su antebrazo.

—Dios mío, en tu infinita piedad, salva por favor el alma de este pobre tonto del culo, porque seguro que Wellington no lo hará. ¿Y no se le ocurrió, Richard, que quizá me hubiera gustado hablar con la dama?

—Sí, señor. Pero estaba asustada y no quería que la dejara sola con el Castrador. Sólo estaba siendo caballeroso, señor.

—Yo pensaba que no aprobaba usted las guerras en las que se lucha con caballerosidad. Entonces, ¿qué hizo? ¿Darle una palmadita en el trasero, secarle sus lágrimas de doncella, después darle un beso con ternura y enviársela a Loup para que pueda contarle que se han aposentado ustedes en San Cristóbal?

—Dejé que se dirigiera al noroeste, señor —dijo Sharpe al tiempo que indicaba el desfiladero—, e hice que viajara a pie, señor, y sin botas. Pensé que eso aminoraría su paso. Y habló conmigo antes de irse, por supuesto. Está todo ahí escrito, si es que consigue usted leer mi letra. Dijo que era ella quien distribuía los periódicos, señor. Los bajaba hasta los campamentos irlandeses y...

—Lo único que doña Juanita podría distribuir, Richard, sería la sífilis. ¡En el nombre de Dios! Dejó que esa furcia jugueteara con usted entre sus deditos. Por el amor del Santísimo, Richard, yo ya sabía que era ella la que recogía los periódicos. Era la chica de los recados. El verdadero bellaco es otra persona, y tenía la esperanza de seguirla hasta él. Pero ahora usted la ha cagado. ¡Jesús! —Hogan se calló para contener su enfado, luego sacudió la cabeza con desgana—. Bueno, al menos no se llevó su maldita casaca.

Sharpe frunció el ceño, sorprendido.

—¿Mi casaca, señor?

—¿No se acuerda de lo que le conté, Sharpe? Eso de que doña Juanita colecciona los uniformes de todos los hombres con los que se acuesta. Su ropero debe de ser inmenso, pero me alegra saber que no colgará la casaca verde de un fusilero junto con todas las otras.

—No, señor —dijo Sharpe, y se sonrojó aún más—. Lo siento, señor.

—No hay remedio —dijo Hogan mientras se arrastraba alejándose de la cresta—. Es usted un imbécil con las mujeres y siempre lo ha sido. Si barremos a Masséna, esa mujer no podrá hacernos mucho daño, y si no, probablemente la guerra estará perdida. Larguémonos de aquí. Va a dedicarse a tareas administrativas hasta que lo crucifiquen. —Se alejó de la cresta y devolvió el catalejo al bolsillo de su cinturón—. Haré todo lo que pueda por usted, sabe Dios por qué, pero lo único que le puede ayudar, Richard, y odio decirle esto, es que perdamos esta batalla. Porque si perdemos, será tan grande el desastre que nadie tendrá tiempo ni fuerzas para acordarse de las estupideces que ha cometido.

Ya había oscurecido cuando llegaron a San Cristóbal. Donaju había regresado al pueblo con Hogan y había ordenado que sus cincuenta hombres de la Real Compañía Irlandesa volvieran a las líneas inglesas.

—Vi a lord Kiely en el cuartel general —le contó Donaju a Sharpe.

—¿Y qué le dijo?

—Le dije que su amante era una afrancesada y que se estaba acostando con Loup —Donaju habló con rudeza—. Y añadí que era un completo idiota.

—¿Cómo reaccionó?

Donaju se encogió de hombros.

—¿Cómo cree que lo hizo? Es un aristócrata, tiene orgullo. Me dijo que me fuera al infierno.

—Mañana —dijo Sharpe—, todos tendremos que hacer eso mismo. —Porque al día siguiente los franceses atacarían y una vez más volvería a ver las enormes columnas azules avanzando entre redobles con sus águilas, una vez más volverían a oír el estrépito atronador de los cañonazos de las baterías francesas. Sintió un escalofrío sólo de pensarlo; después se volvió al ver que sus casacas verdes pasaban en formación a su lado—. ¡Perkins —gritó de pronto—, venga aquí!

Perkins había intentado ocultarse en la parte más lejana de la columna, pero ahora se puso firme delante de Sharpe sin rechistar. El sargento Harper también se acercó a ellos.

—No es culpa suya, señor —dijo Harper con apuro.

—Cállese —dijo Sharpe, y miró de arriba abajo a Perkins—. ¿Dónde está su casaca, Perkins?

—Robada, señor —Perkins vestía camisa, botas y pantalones, y sobre eso llevaba los arneses de su equipamiento—. Se mojó, señor, cuando traía agua para los muchachos, así que la tendí fuera a secar y me la robaron, señor.

—Esa mujer no estaba muy lejos de donde la tendió, señor —dijo Harper compungido.

—¿Y por qué iba a robar una casaca de fusilero? —preguntó Sharpe, pero

enseguida sintió que se ruborizaba. Se alegró de que ya fuera de noche.

—¿Por qué querría cualquiera la casaca de Perkins, señor? —preguntó Harper—. En el mejor de los casos era un trapo raído, eso es lo que era, y demasiado pequeña para la mayoría de los hombres. Pero creo que fue robada, señor, y no creo que Perkins tenga que pagarla. No fue culpa suya.

—Retírese, Perkins —dijo Sharpe.

—Sí, señor, gracias, señor.

Harper observó cómo el muchacho se reincorporaba a su fila.

—¿Y para qué robaría esa doña Juanita una casaca? Me desconcierta, capitán, de verdad, pero no se me ocurre quién más pudo haberla robado.

—Ella no la robó —dijo Sharpe—, esa furcia viciosa se la ganó. Continúe la marcha. Tenemos mucho aún por recorrer, Pat. —Pero él ya no sabía si aquella pista de montaña los llevaba a un lugar mejor, porque él era un chivo expiatorio y se enfrentaba a las previsibles conclusiones de una comisión de investigación, y en la oscuridad, siguiendo a sus hombres, se estremeció.



Sólo había dos centinelas en la puerta de la casa que servía de cuartel general a Wellington. Otros generales habrían llegado a la conclusión de que su dignidad requería una compañía entera de soldados, o incluso todo un batallón, pero Wellington nunca había querido más de dos hombres, que sólo estaban allí para mantener alejados a los chicos de la ciudad y para controlar a los solicitantes más inoportunos, que creían que el general podía resolver sus problemas con un golpe de pluma. Llegaban comerciantes en busca de contratos para proporcionar al ejército carne en mal estado, o con rollos de lienzo que llevaba almacenado demasiado tiempo en almacenes plagados de polilla; llegaban oficiales en busca de desagravios a desaires imaginarios, y sacerdotes para quejarse de que los soldados protestantes ingleses se habían mofado de la Santa Madre Iglesia, y en medio de todas aquellas distracciones, el general intentaba solucionar sus propios problemas: la carencia de herramientas para cavar trincheras, la escasez de armamento pesado que pudiera pulverizar las defensas de una fortaleza, y el siempre apremiante deber de convencer a un nervioso ministro de Londres de que su campaña no estaba condenada.

Así que, después de la temprana cena de costumbre del general, que consistía en una paletilla de cordero asada en salsa de vinagre, la visita de lord Kiely no fue muy bien recibida. Tampoco ayudaba que Kiely hubiese reforzado su posición con brandy para enfrentarse a Wellington, que al inicio de su carrera había adquirido la sana convicción de que entregarse al alcohol sin mesura dañaba la destreza de un hombre como soldado.

—En este ejército, es mejor que un hombre se mantenga sobrio —le gustaba

decirse a sí mismo, y ahora, sentado detrás de una mesa en la habitación que le servía de oficina, salón y dormitorio, miraba con severidad al exaltado y encendido Kiely, que había llegado con una petición urgente.

Unas velas titilaban sobre la mesa cubierta de mapas. Había llegado un mensajero de Hogan, que informó de que los franceses estaban en marcha y se dirigían a la carretera del sur que pasaba por Fuentes de Oñoro. No eran noticias inesperadas, pero significaban que ahora los planes del general tenían que pasar la prueba de los cañonazos y el fuego de mosquetes.

—Estoy ocupado, Kiely —dijo fríamente Wellington.

—Sólo le pido permiso para que mi unidad se despliegue en la línea del frente de batalla —dijo Kiely con la cuidadosa dignidad del hombre que sabe que, de no hacerlo así, el licor arrastraría sus palabras.

—No —dijo Wellington. El edecán del general, de pie junto a la ventana, indicó la salida con un gesto, pero Kiely pasó por alto la invitación a marcharse.

—Hemos sido despreciados, milord —dijo sin pensárselo dos veces—. Vinimos aquí con buenas intenciones por orden de mi soberano, esperando que se nos tratara de manera adecuada, y en cambio ustedes nos han ignorado, nos han negado nuestros suministros...

—¡No! —Fue tal el volumen de la palabra, que los centinelas de los escalones delanteros de la casa se sobresaltaron. Después, se miraron el uno al otro y sonrieron. El general tenía genio, aunque raras veces se podía presenciar, pero cuando Wellington decidía dar rienda suelta a toda la furia de su personalidad, aquello era digno de ver.

El general levantó la vista hasta su visitante. Su tono de voz cayó hasta un nivel de conversación, pero aún se podía percibir el desprecio.

—Usted vino aquí, señor, mal preparado, indeseado, sin fondos y esperando que yo, señor, le proporcionase el sustento de sus hombres y su equipamiento, y a cambio, señor, usted me ha ofrecido sólo insolencia y, lo que es peor aún, traición. Usted no vino aquí a petición de Su Majestad, sino porque el enemigo deseaba que usted viniera, y ahora soy yo quien desea que se vaya usted. Y se irá, señor, con honores, porque es impensable que despedamos a las tropas de la casa del rey Fernando en ninguna otra condición, pero esos honores, señor, han sido ganados a expensas de otros hombres. Sus tropas, señor, servirán en la batalla porque no habrá oportunidad de despedirlas antes de que lleguen los franceses, pero servirán como guardias en mi parque de munición. Puede usted elegir entre comandarlos o enfurruñarse en su tienda. Que tenga un buen día, milord.

—¿Milord? —El edecán se dirigió diplomáticamente a Kiely al caminar hacia la puerta.

Pero lord Kiely parecía insensible a la diplomacia.

—¿Insolencia? —Se indignó con aquella palabra—. Dios mío, pero si soy el comandante de la guardia del rey Fernando y...

—Y el rey Fernando, señor, ¿es un prisionero! —le espetó Wellington—. Lo que no dice mucho, señor, de la eficacia de su guardia. Usted vino aquí con su ramera adúltera, exhibiéndola como a una furcia emperifollada, y esa ramera, señor, ¿es una traidora! Esa ramera, señor, ha estado haciendo todo lo que ha podido para destruir nuestro ejército, y la única providencia que ha salvado a nuestro ejército de sus tejemanejes es que, gracias a Dios, ¿ella no es mejor que usted! Su petición está denegada, buenos días.

Wellington bajó la mirada a sus papeles. Kiely tenía otras quejas, de las cuales la principal era la manera en que había sido maltratado e insultado por el capitán Sharpe, pero ahora también había sido insultado por Wellington. Lord Kiely estaba reuniendo sus últimas reservas de coraje para protestar por aquel tratamiento, cuando el ayudante lo agarró con firmeza por el codo y tiró de él hacia la puerta, y Kiely se sintió incapaz de resistir.

—Quizás a milord le agradaría un refrigerio —preguntó el edecán en tono conciliador mientras conducía al furioso Kiely hasta el vestíbulo, donde un grupo de oficiales curiosos miraban con lástima al hombre deshonorado. Kiely se sacudió de encima la mano del edecán, cogió su sombrero y su espada de la mesa de la entrada y salió airado por la puerta principal sin decir una palabra más. E ignoró a los dos centinelas cuando le presentaron armas.

—Pues sí que lo ha despachado deprisa el narizotas —dijo uno de los centinelas, y después se puso firme rápidamente cuando Edward Pakenham, edecán general, subió las escaleras.

Kiely pareció ignorar el ufano saludo de Pakenham. Caminó calle abajo ciego de furia, pasando junto a las largas líneas de cañones que sorteaban con lentitud las angostas callejas de la ciudad, pero no veía ni entendía nada más que su fracaso. Acababa de fracasar del todo, se decía, pero ninguna parte de su fracaso era culpa suya. Las cartas habían jugado en su contra, y así había perdido la pequeña fortuna que le había dejado su madre después de haber despilfarrado su riqueza con la maldita Iglesia y con los malditos rebeldes irlandeses, que siempre se las arreglaban para terminar colgados en los cadalsos ingleses. Esa misma mala suerte servía para explicar por qué había fracasado al intentar conseguir la mano de al menos dos herederas de Madrid, que habían preferido casarse con españoles de su sangre a hacerlo con un lord sin patria. La autocompasión de Kiely brotó con la memoria de sus rechazos. En Madrid, era un ciudadano de segunda clase porque no podía seguir su linaje hasta algún bruto medieval que hubiera luchado contra los moros, mientras que en ese ejército, concluyó, era un marginado porque era irlandés.

Sin embargo, el peor de todos los insultos era la traición de Juanita. Juanita de

Elia, la mujer desenfrenada, original, inteligente y seductora con la que Kiely había imaginado que se casaría. Tenía dinero, era de sangre noble y otros hombres miraban a Kiely con envidia cuando Juanita estaba a su lado. Pero ella, supuso, había estado engañándole todo el tiempo. Lo había utilizado. Se había entregado a Loup. Había yacido en los brazos de Loup y Kiely daba por sentado que le había contado todos sus secretos al francés. Imaginó sus carcajadas mientras descansaban enredados en su cama, y una vez más la ira y la autocompasión crecieron en su interior. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando se dio cuenta de que sería el hazmerreír de todo Madrid, y aún peor, de todo el ejército.

Entró en una iglesia, no porque quisiera rezar, sino porque no se le ocurría ningún otro lugar al que acudir. No podía enfrentarse a la idea de volver a sus aposentos en el acuartelamiento del general Valverde, donde todo el mundo le miraría y murmuraría que era la marioneta de una furcia.

La iglesia estaba atestada de mujeres con chales oscuros esperando su turno para confesarse. Hileras de velas brillaban trémulas delante de estatuas, altares y pinturas. Las lucecillas relumbraban en los pilares dorados y en la inmensa cruz de plata del altar mayor, que aún tenía su blanco frontal de la Pascua.

Kiely fue hasta los escalones del altar. Su espada repiqueteó en el mármol cuando él se arrodilló y contempló el crucifijo. También a él le estaban crucificando, se dijo a sí mismo, unos hombres inferiores que no entendían sus nobles objetivos. Sacó una petaca del bolsillo y se la llevó a los labios para beber el recio brandy español como si fuera a salvarle la vida.

—¿Estás bien, hijo mío? —Un sacerdote se había acercado a Kiely sin hacer ruido.

—Váyase —dijo Kiely.

—El sombrero, hijo mío —dijo nervioso el sacerdote—. Ésta es la casa de Dios.

Kiely se arrancó el sombrero emplumado de la cabeza.

—Váyase —dijo otra vez.

—Que Dios te ampare —dijo el sacerdote, y se alejó hacia las sombras. Las mujeres que esperaban para confesarse miraban inquietas al oficial de elegante uniforme, y se preguntaban si estaría rezando por la victoria sobre los franceses que se acercaban. Todo el mundo sabía que el enemigo de gabanes azules estaba regresando, y los dueños de las casas enterraban los objetos de valor en sus jardines, por si los pavorosos veteranos de Masséna derrotaban a los ingleses y entraban a saquear la ciudad.

Kiely terminó con un último trago el contenido de la petaca. En su cabeza se arremolinaban el licor, la vergüenza y la ira. Detrás del crucifijo de plata, en un nicho por encima del altar mayor, había una imagen de Nuestra Señora. Llevaba una diadema de estrellas, una túnica azul y, en las manos, un ramo de lirios. Hacía mucho

tiempo que Kiely no contemplaba una imagen como aquélla. A su madre le encantaban aquellas cosas. Ella le había obligado a confesarse y a recibir los sacramentos, y le había reprochado que la decepcionara. Solía rezarle a la Virgen, pues decía tener un vínculo especial con Nuestra Señora, otra mujer desengañada que había conocido la tristeza de ser madre.

—Zorra —dijo Kiely en voz alta mirando la estatua de túnica azul—, ¡zorra! —Odiaba a su madre igual que odiaba a la Iglesia. Juanita compartía el desagrado de Kiely por la Iglesia, pero Juanita era amante de otro hombre. Puede que siempre hubiera sido amante de otro hombre. Se había acostado con Loup y sabía Dios con cuántos hombres más, y mientras tanto Kiely estaba haciendo planes para hacer de ella una condesa y para pasear su belleza por todas las grandes capitales de Europa. Las lágrimas mojaron sus mejillas cuando pensaba en aquella traición y recordaba la humillación sufrida a manos del capitán Sharpe. Aquel último recuerdo le inundó de una furia repentina—. ¡Zorra! —gritó a la Virgen María. Se levantó y arrojó la petaca vacía a la estatua de detrás del altar—. ¡Put a zorra! —gritó mientras la petaca rebotaba inofensiva en la túnica azul de la Virgen.

Las mujeres chillaron. El sacerdote corrió hacia el lord, pero después se detuvo aterrorizado porque Kiely había desenfundado su pistola. El chasquido del percutor del arma levantó un sonoro eco en la cavernosa iglesia cuando Kiely tiró hacia atrás de él con el pulgar.

—¡Zorra! —Kiely escupió la palabra a la estatua—. ¡Zorra mentirosa, puta, ladrona, falsa y leprosa! —Las lágrimas corrían por sus mejillas cuando apuntaba con la pistola.

—¡No! —imploró el sacerdote mientras los chillidos de las mujeres llenaban la iglesia—. ¡Por favor! ¡No! ¡Piensa en la bendita Virgen, por favor!

Kiely se volvió hacia el hombre.

—Dice usted que es virgen, ¿verdad? ¿Cree que sería virgen después de que las legiones arrasaran Galilea? —Empezó a reír enloquecido. Luego se dio la vuelta hacia la estatua—. ¡Put a zorra! —gritó mientras volvía a apuntar su pistola hacia la imagen—. ¡Asquerosa puta zorra!

—¡No! —gritó el sacerdote, desesperado.

A Kiely puso el cañón en su boca y apretó el gatillo.

La pesada bala atravesó su paladar y arrancó un pedazo de un palmo de su cráneo al salir. La sangre y los sesos llegaron tan alto como la diadema de estrellas de la Virgen, pero no salpicaron a Nuestra Señora, sino que quedaron esparcidos por los escalones del santuario, sofocaron un puñado de velas y después empezaron a caer por la nave. El cuerpo sin vida de Kiely cayó hacia atrás, con la cabeza convertida en un enmarañado horror de sangre, cerebro y hueso.

Poco a poco los gritos fueron muriendo en la iglesia para ser reemplazados por el

retumbar de ruedas de la calle, pues estaban llevando más cañones hacia el este.

Hacia los franceses, que llegaban para reclamar Portugal y empujar a los ingleses hacia el estrecho puente que salvaba el Coa.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 7

La Real Compañía Irlandesa estaba acampada en la meseta que se alzaba al noroeste de Fuentes de Oñoro. El pueblo dominaba la carretera más al sur que llevaba de Ciudad Rodrigo a Almeida, y por la noche el ejército de Wellington había ocupado el pueblo, que ahora amenazaba con convertirse en un campo de batalla. La bruma del amanecer ocultaba los campos situados al este, donde el ejército francés se estaba preparando, mientras que en lo alto de la meseta las fuerzas de Wellington era un caos de tropas, caballos y carros oscurecido por el humo. Los cañones estaban dispuestos en la cresta oriental de la planicie, apuntando por encima del arroyo Dos Casas, que marcaba la línea de avanzada del ejército.

Donaju se encontró con Sharpe, que bizqueaba al intentar cortarse el pelo mirándose de soslayo en un trozo de espejo. Los costados y el frente eran bastante fáciles de cortar, la dificultad siempre estaba en la parte de atrás.

—Es lo mismo que servir como soldado —dijo Sharpe.

—¿Se ha enterado de lo de Kiely? —Donaju, que de pronto se había encontrado al mando de la Real Compañía Irlandesa, pasó por alto el sentencioso comentario de Sharpe.

Sharpe dio un tijeretazo, frunció el ceño y después intentó arreglar el estropicio cortando otra vez, pero sólo consiguió empeorar las cosas.

—Se voló la cabeza, eso he oído.

Donaju se sobresaltó por la rudeza de Sharpe, pero no protestó.

—No puedo creerme que hiciera algo así —dijo en cambio.

—Demasiado orgullo y muy poco sentido. Como la mayoría de los puñeteros aristócratas, creo yo. Estas malditas tijeras están desafiladas.

Donaju frunció el ceño.

—¿Por qué no se consigue un sirviente?

—No puedo permitírmelo. Además, siempre me he cuidado yo mismo.

—¡Y se corta usted solo el pelo!

—Había una chica bonita entre las mujeres del batallón que solía cortármelo —dijo Sharpe. Pero Sally Clayton, al igual que el resto del South Essex, ahora estaba bien lejos. El South Essex había quedado demasiado empequeñecido por la guerra para servir en la línea de batalla, y ahora estaba haciendo labores de guardia en el acantonamiento del ejército portugués, así que se ahorrarían el ataque del mariscal Masséna por liberar Almeida y forzar la retirada de los ingleses a través del Coa.

—El padre Sarsfield enterrará mañana a Kiely —dijo por toda respuesta Donaju.

—Puede que mañana el padre Sarsfield tenga que enterrarnos a muchos de nosotros —dijo Sharpe—. Si es que puede hacerlo. ¿Alguna vez ha visto un campo de batalla un año después del enfrentamiento? Es como un osario. Está empedrado

con cráneos y lleno de huesos roídos por los zorros y las alimañas. A la mierda —dijo con ferocidad al darle a su cabello un último y desesperado tijeretazo.

—Kiely ni siquiera puede ser enterrado en tierra consagrada —Donaju no quería pensar en campos de batalla en una mañana tan siniestra—, porque fue un suicidio.

—A pocos soldados se les da cristiana sepultura —dijo Sharpe—, pero yo no me lamentaría por Kiely. Tendremos suerte si a nosotros nos meten en un agujero, por no hablar de que lleguen a ponernos una piedra encima. ¡Dan! —gritó a Hagman.

—¿Señor?

—Sus malditas tijeras están desafiladas.

—Pues las afilé anoche, señor —dijo Hagman estoico—. Como siempre decía mi padre, señor, sólo un mal trabajador echa la culpa a sus herramientas, señor.

Sharpe devolvió las tijeras a Hagman y después se sacudió los mechones cortados de la camisa.

—Está usted mejor sin Kiely —le dijo a Donaju.

—¿Para vigilar un parque de munición? —dijo Donaju con amargura—. Habría sido mejor que nos hubiéramos quedado en Madrid.

—¿Para que los consideraran traidores? —preguntó Sharpe mientras se ponía la casaca—. Escúcheme, Donaju, usted está vivo y Kiely no. Tiene usted una buena compañía que comandar. ¿Qué más da si está usted guardando la munición? ¿Cree que eso no es importante? ¿Y si los gabachos se abren paso hasta el parque?

A Donaju no parecían entusiasmarle las opiniones de Sharpe.

—Nos han apartado —dijo con autocompasión—. A nadie le preocupa lo que nos ocurra.

—¿Y por qué quiere que alguien se preocupe? —preguntó Sharpe sin dar rodeos—. Usted es un soldado, Donaju, no un chiquillo. Le dieron una espada y una pistola para que pudiera cuidarse por sí mismo, y no para que otros se ocupen de usted. Pero resulta que sí se preocupan. Se preocupan lo bastante como para enviarlos a todos ustedes a Cádiz, y yo me preocupo lo bastante como para decirle que tiene usted dos opciones. Puede irse a Cádiz deshonorado y con sus hombres sabiendo que han sido deshonorados, o puede regresar con su orgullo intacto. Elija usted, yo tengo claro qué elegiría de estar en su lugar.

Era la primera vez que Donaju oía hablar de la opción de enviar a la Real Compañía Irlandesa a Cádiz, y frunció el ceño mientras intentaba descubrir si Sharpe estaba hablando en serio.

—¿Está seguro de eso de Cádiz?

—Por supuesto que estoy seguro —dijo Sharpe—. El general Valverde ha estado moviendo los hilos. No cree que usted deba estar aquí, así que ahora lo enviarán a reunirse con el resto del ejército español.

Donaju rumió la noticia durante unos segundos, después mostró su conformidad.

—Bien —dijo entusiasmado—. Tendrían que habernos enviado allí desde el principio. —Dio un trago a su taza de té e hizo un mal gesto después de saborearlo—. ¿Y ahora qué será de usted?

—Me han ordenado que permanezca con usted hasta que alguien me diga que me vaya a otro sitio —dijo Sharpe. No quería admitir que se enfrentaba a una comisión investigadora, no porque estuviera avergonzado por su conducta, sino porque no quería que los demás se compadecieran. La comisión era una batalla a la que tendría que hacer frente cuando llegara el momento.

—¿Está usted vigilando la munición? —Donaju parecía sorprendido.

—Alguien tiene que hacerlo —dijo Sharpe—. Pero no se preocupe, Donaju, me apartarán de usted antes de enviarlo a Cádiz. Valverde no me quiere allí.

—Entonces, ¿qué hacemos hoy? —preguntó Donaju inquieto.

—Hoy —dijo Sharpe—, cumplimos con nuestro deber. Hay cincuenta mil franchutes haciendo sus necesidades en algún sitio más allá de esa colina, Donaju, y su deber y nuestro deber entrarán en sangrienta contradicción.

—Va a ser una mala cosa —dijo Donaju, sin que fuera una afirmación, pero tampoco una pregunta.

Sharpe captó el nerviosismo. Donaju nunca había estado en una auténtica batalla, y cualquier hombre, por valiente que fuera, hacía bien poniéndose nervioso con la perspectiva.

—Será una mala cosa —dijo Sharpe—. Lo peor es el ruido, eso y la humareda de pólvora, pero recuerde siempre esto: es igual de malo para los franceses. Y le diré otra cosa. No sé por qué, y puede que sólo sea mi imaginación, pero los franchutes siempre parecen rendirse antes que nosotros. Justo cuando uno piensa que ya no puede aguantar ni un minuto más, cuenta hasta diez y para cuando ha llegado al seis, los puñeteros franchutes se habrán dado la vuelta y estarán largándose. Ahora preste atención, que aquí llegan los problemas.

Los problemas se hicieron evidentes con el acercamiento de un mayor, alto, delgado y con anteojos, con la casaca azul de la Artillería Real. Llevaba un fajo de papeles que se le iban cayendo mientras intentaba encontrar una hoja en concreto. Las hojas caídas iban recogiénolas dos nerviosos reclutas de casaca roja, uno de ellos con un brazo en un sucio cabestrillo, mientras que el otro caminaba apoyándose en una muleta. El mayor saludó a Sharpe y a Donaju, dejando caer al hacerlo otra estela de papeles.

—El caso es —dijo el mayor sin hacer ni un intento de presentarse— que las divisiones tienen sus propios parques de munición. Uno u otro, les dije, ¡decídense! ¡Pero no! ¡Las divisiones tienen que ser independientes! Lo que nos deja a nosotros, como ustedes comprenderán, con la reserva central. Así la llaman, aunque Dios sabe que raras veces está en el centro ni, desde luego, en el meollo de las cosas, y nunca se

nos cuenta qué suministros trae cada una. Que piden más, pues se lo damos, hasta que de repente no queda nada. Es un problema. Tengamos esperanzas y recemos por que los franceses hagan peor las cosas. ¿Eso es té? —El mayor, que tenía un pesado acento escocés, miró esperanzado la taza que Donaju tenía en la mano.

—Sí, señor —dijo Donaju—, pero es asqueroso.

—Déjeme que lo pruebe, se lo ruego. Gracias. Agárreme ese papel, Magog, la batalla del día podría depender de él. Gog y Magog —presentó a los dos desafortunados reclutas—. Gog está privado de un brazo, Magog de una pierna, y los dos granujas son galeses. Juntos suman un galés y medio, y nosotros tres, o nosotros dos y medio si hay que ser exacto, somos el personal complementario de la reserva central. —El mayor sonrió de golpe—. Alexander Tarrant —se presentó a sí mismo—. Mayor de artillería, pero destacado como personal de intendencia general. Me considero el ayudante del ayudante del ayudante del intendente general, y ustedes, sospecho, son los nuevos ayudantes del ayudante del ayudante del ayudante del intendente general, ¿no? Lo que quiere decir que ahora Gog y Magog son los ayudantes de los ayudantes del ayudante del ayudante del ayudante del intendente general. ¡Degradados, por Dios! ¿Alguna vez se recuperarán sus carreras? Este té está delicioso, aunque tibio. Usted debe de ser el capitán Sharpe.

—Sí, señor.

—Es un honor, Sharpe, por mi vida que es un honor —Tarrant le tendió una mano, dejando caer una cascada de papeles—. Oí eso del pajarraco, Sharpe, y le confieso que me emocionó profundamente —Sharpe necesitó unos segundos para entender que Tarrant estaba hablando del águila que había capturado en Talavera, pero antes de que pudiera responder, el mayor ya estaba hablando otra vez—. Y usted debe de ser Donaju, de la guardia real. ¡Por mi vida, Gog, que estamos en una compañía de nivel! ¡Hoy tendrán ustedes que cuidar sus modales!

—Soldado Hughes, señor —Gog se presentó a Sharpe—, y ése es mi hermano. —Hizo un gesto con su brazo sano hacia Magog.

—Los hermanos Hughes —explicó Tarrant— fueron heridos al servicio de su país y reducidos a servirme. Hasta ahora, Sharpe, habían sido la única guardia para la munición. Gog pateaba a los intrusos y Magog los amenazaba con la muleta. Por supuesto que, en cuanto se recuperen, volverán a prestar servicio, de modo que a mí me enviarán más tullidos para proteger la pólvora y los proyectiles. Aunque hoy, Donaju, tengo a sus excelentes muchachos. ¡Revisemos sus tareas del día!

No se podía decir que fuesen tareas pesadas. La reserva central era eso, un lugar al que divisiones, brigadas o incluso batallones en apuros podían solicitar más munición. Una variopinta colección de carreteros del Real Cuerpo de Suministros, incrementada con muleros y otros arrieros reclutados entre la población local, estaba preparada para distribuir los cartuchos de la infantería, porque la artillería solía enviar

sus propios carros. Según decía Tarrant, la dificultad de su trabajo radicaba en diferenciar qué solicitudes eran frívolas y cuáles eran desesperadas.

—Me gusta mantener intactos los suministros —dijo el escocés— hasta que llegamos al final de un enfrentamiento. Todo el que solicita munición en las primeras horas, o ya ha sido derrotado o es que sólo está nervioso. Se supone que esos papeles dan cuenta de las reservas de cada división, aunque sólo lord Wellington conoce la precisión que tienen. —Le arrojó los papeles a Sharpe, pero se los arrancó de inmediato de las manos por miedo a que Sharpe los desordenara—. En último término, desde luego —prosiguió Tarrant—, siempre está el problema de asegurarse de que la munición llega a su destino. Los repartidores pueden ser... —Se detuvo mientras buscaba la palabra exacta— ¡cobardes! —dijo al fin, pero luego frunció el ceño por la severidad de su juicio—. No todos, claro está, y algunos son maravillosamente tenaces, pero esa cualidad no es la constante. Señores, cuando el combate se vuelva sangriento, ¿podría confiar quizás en sus hombres para que reafirmen la valentía de los repartidores? —Hizo la pregunta nervioso, como si temiera que Sharpe o Donaju pudieran negarse. Cuando ninguno de los dos puso ninguna objeción, son ¡Bien! Bueno, Sharpe, ¿le gustaría entonces inspeccionar el terreno? No se puede despachar munición sin saber a dónde tiene que ir.

La oferta dio a Sharpe una libertad temporal. Sabía que tanto Donaju como él habían sido apartados por resultar molestos, y que Tarrant tampoco los necesitaba; sin embargo, había que hacer frente a una batalla y cuanto más conociese Sharpe el terreno donde se llevaría a cabo, mejor.

—Porque si las cosas van mal, Pat —le dijo a Harper mientras los dos caminaban hacia la línea de artillería, en la brumosa cresta de la meseta—, estaremos en medio de todo. —Los dos llevaban sus armas, pero habían dejado sus morrales y gabanes en los carros de munición.

—Sigue pareciéndome extraño —dijo Harper— no tener nada de verdad que hacer.

—Los malditos franchutes nos encontrarán —dijo Sharpe, adusto. Los dos estaban en la línea de cañones ingleses apuntados hacia el este, hacia el sol naciente, que hacía brillar la bruma sobre el arroyo Dos Casas. Ese arroyo corría hacia el sur a los pies de la elevada planicie donde estaban Sharpe y Harper, y que servía de barrera a las rutas de los franceses hacia Almeida. Habría sido un suicidio para los franceses atacar directamente cruzando el arroyo y subiendo la empinada escarpadura para luchar delante de los cañones ingleses, pero aparte de esa improbable autodestrucción, sólo quedaban otras dos rutas para librar del asedio a la guarnición de Almeida. Una se dirigía al norte rodeando la elevación, aunque ese camino estaba bloqueado por las aún formidables ruinas del fuerte Concepción, de modo que Wellington había decidido que Masséna probaría suerte por la carretera que iba hacia

el sur a través de Fuentes de Oñoro.

El pueblo se alzaba donde la cresta caía hacia una llanura amplia y pantanosa, sobre la que ahora la neblina matinal se abría y disipaba. Desde Ciudad Rodrigo, el camino real corría blanco y derecho atravesando terreno llano hasta que vadeaba el arroyo Dos Casas. Tras cruzar el arroyo, la calzada subía por una colina entre las casas del pueblo hasta llegar a la meseta, donde se dividía en dos. Una de ellas llevaba a Almeida, a unos veinte kilómetros al noroeste, y la otra seguía hasta Castello Bom y a su angosto puente sobre la profunda garganta del Coa. Si los franceses querían llegar a cualquiera de las dos carreteras y así auxiliar a la ciudad sitiada y obligar a los casacas rojas a retroceder hasta el embudo del estrecho puente, primero tendrían que luchar cuesta arriba por las empinadas callejuelas de Fuentes de Oñoro, donde estaba la guarnición formada por una mezcla de casacas rojas y fusileros.

Tanto la cresta como el pueblo exigían que el enemigo luchara cuesta arriba, pero había una segunda opción mucho más atractiva al alcance de los franceses. Una segunda carretera corría hacia el oeste atravesando el llano al sur del pueblo. Ese camino atravesaba terreno llano y llevaba a los accesibles vados que cruzaban el Coa más hacia el sur. Esos vados eran el único lugar por el que Wellington tenía esperanzas de poder retirar sus cañones, sus carros y a sus heridos si se veía obligado a retirarse a Portugal, y, si los franceses amenazaban con flanquear Fuentes de Oñoro rodeándolo por la llanura del sur, entonces Wellington tendría que bajar de la meseta para defender su ruta de escape. Si elegía no bajar de las alturas, estaría abandonando la única ruta que le ofrecía una forma segura de cruzar el río Coa. La decisión de permitir que los franceses cortaran la carretera del sur obligaría al ejército de Wellington a conseguir la victoria o a sufrir la destrucción completa. Una decisión que Sharpe no hubiera querido tener que tomar.

—¡Dios salve a Irlanda! —dijo Harper de repente—, ¿quiere echarle un vistazo a eso?

Sharpe había estado mirando hacia el sur, hacia los sugerentes prados que ofrecían una fácil vía de escape alrededor del flanco de Fuentes de Oñoro, pero ahora miró hacia el este, hacia donde Harper señalaba.

Donde la bruma se había aclarado hasta revelar una extensa y oscura arboleda de alcornoques y encinas, y, fuera de esa arboleda, justo donde la blanca carretera se alejaba de los oscuros árboles, estaba apareciendo un ejército. Los hombres de Masséna debían de haber estado vivaqueando entre los árboles más alejados, y por la mañana el humo de sus hogueras se habría mezclado con la neblina confundándose con la bruma, pero ahora, en un ominoso y amenazante silencio, el ejército francés avanzaba por el llano que se extendía ampliamente cerca del pueblo.

Algunos artilleros ingleses saltaron a sus cañones y empezaron a moverlos a

mano para que las bocas apuntaran al lugar en el que la carretera salía de entre los árboles, pero un coronel de artillería recorrió la línea al trote y gritó a sus hombres que no se les ocurriera empezar a disparar.

—¡Dejen que se acerquen! ¡No disparen! ¡Veamos dónde colocan sus baterías! No malgasten la pólvora. ¡Buenas, John! ¡Bonita mañana! —gritó el coronel a algún conocido. Después se tocó el sombrero saludando cortésmente a los dos desconocidos fusileros—. Muchachos, hoy van a tener bastante trabajo, no lo dudo.

—Usted también, coronel —dijo Sharpe.

El coronel espoleó a su montura, y Sharpe volvió a mirar hacia el este. Sacó su catalejo y se apoyó en una rueda de un cañón para estabilizar el largo cuello de su lente.

La infantería francesa estaba formando al borde de la arboleda, justo detrás de las baterías que estaba desplegando la artillería francesa. Los grupos de bueyes y caballos que tiraban de los cañones estaban siendo devueltos a la cobertura que proporcionaban los árboles, mientras escuadrones de artilleros sacaban los muñones de las pesadísimas armas de los arzones de transporte y los colocaban en las cureñas de combate, donde otros hombres usaban martillos para clavar las sobremuñoneras sobre los muñones recién colocados. Otros artilleros amontonaban munición cerca de los cañones: chaparros cilindros de balas ya atadas a bolsas de lienzo llenas de pólvora.

—Parece munición sólida —dijo Sharpe a su sargento—. Dispararán hacia el pueblo.

Cerca de Sharpe, los artilleros ingleses hacían sus propios preparativos. Las cargas ya preparadas de los cañones consistían en una mezcla de balas y metralla. Las balas eran sólidas bolas de hierro que penetraban con brutalidad en las líneas de avance de infantería, mientras que las balas de metralla eran el arma secreta de Inglaterra: el único proyectil de artillería que ninguna otra nación había aprendido a fabricar. Se trataba de una esfera de hierro hueca rellena de balas de mosquete apretadas alrededor de una pequeña carga de pólvora que se encendía con una mecha. Cuando la pólvora explotaba, reventaba la carcasa exterior y diseminaba las balas de mosquete en un letal abanico. Si se empleaba bien, la carcasa explotaría justo en el aire y encima de una avanzada de infantería. El secreto de aquel horror residía en la mecha del proyectil. Las mechas eran tubos de madera o caña con pólvora dentro y con marcas a lo largo; cada pequeña división de la longitud marcada representaba medio segundo de tiempo de ignición. Las mechas se cortaban según el tiempo requerido, después se introducían en la carcasa y se encendían al mismo tiempo que la mecha del cañón, pero una mecha que quedara demasiado larga haría que el proyectil pasara silbando por encima de la cabeza de sus enemigos sin causar daño, y una demasiado corta explotaría prematuramente. Los sargentos de artillería estaban

cortando mechas de diferentes longitudes y, después, dejaban la munición en montones que representaban diferentes alcances. Los primeros proyectiles tenían mechas de más o menos un centímetro, que retrasarían la explosión hasta que la carcasa hubiese recorrido unos mil metros, mientras que las mechas más cortas eran cabos diminutos que harían explotar la carga a unos quinientos metros. Una vez que la infantería enemiga estuviera dentro de ese alcance, los artilleros pasarían a usar únicamente proyectiles sólidos y, después de eso, cuando los franceses estuviesen a unos trescientos metros, los cañones emplearían metralla suelta: cilindros de latón embutidos entre balas de mosquete que se diseminaban desde la boca del cañón, mientras el delgado latón se convertía en esquirlas por la explosión de la carga de pólvora.

Los cañones dispararían cuesta abajo y por encima del arroyo, así que la infantería francesa estaría expuesta a la metralla o a las balas sólidas durante todo su avance. Ahora esa infantería estaba formando en columnas. Sharpe intentó contar las águilas, pero había tantos estandartes y tanto movimiento en las filas del enemigo que era difícil hacer un cálculo certero.

—Hay por lo menos una docena de batallones —dijo.

—¿Y dónde están los demás? —preguntó Harper.

—Sabe Dios —dijo Sharpe. Durante su reconocimiento con Hogan la noche anterior, había calculado que los franceses estaban marchando hacia Almeida con al menos ochenta batallones de infantería, pero ahora sólo podían ver una fracción del total formando en columnas de ataque en el límite de los alejados bosques—. ¿Unos doce mil hombres? —conjeturó.

Los restos de bruma se dispersaron del pueblo justo cuando los franceses abrieron fuego. La salva de arranque atronó al mismo tiempo que capitanes de artillería disparaban sus cañones por turnos para poder observar la caída de las balas y así hacer ajustes en su orientación. El primer cañonazo cayó corto, después rebotó por encima de unas casas y sus jardines vallados de la orilla más alejada, para acabar incrustándose en un tejado a mitad de la pendiente del pueblo. El sonido del cañonazo llegó después del estruendo de tejas rotas y vigas astilladas. El segundo cañonazo destrozó un manzano en la orilla oriental del arroyo, y produjo una pequeña lluvia de pétalos blancos antes de rebotar hasta el agua, pero en las siguientes andanadas ya habían corregido los cálculos, y trituraron unas casas del pueblo. Los artilleros ingleses farfullaron a regañadientes apreciando la pericia de los artilleros enemigos.

—Me pregunto a qué pobres diablos habrán dejado defendiendo el pueblo —dijo Harper.

—Pues vayamos a enterarnos.

—Si le soy sincero, señor, no tengo tanta curiosidad —protestó Harper, pero acabó siguiendo a Sharpe por la cima de la meseta. La planicie elevada terminaba

justo encima del pueblo, donde caía en ángulo recto para extenderse hacia el oeste de vuelta a las colinas. En el ángulo de la caída, justo por encima del pueblo, había dos lomas rocosas y, encima de una de ellas, se levantaba la iglesia del pueblo, con su andrajoso nido de cigüeña posado con precariedad sobre el campanario. El cementerio de la iglesia ocupaba la ladera que daba al este entre la iglesia y el pueblo, y allí se agazapaban los fusileros detrás de los montículos de las tumbas y de las lápidas; también estaban agazapados entre los afloramientos de la segunda loma. Entre los dos montículos rocosos, en un collado lleno de corta hierba primaveral donde crecía la amarilla ambrosía, y donde la carretera de Almeida llegaba al terreno elevado tras zigzaguear cuesta arriba junto al cementerio, un puñado de oficiales del Estado Mayor permanecían sentados en sus caballos y estudiaban el cañoneo francés, que había empezado a nublar la vista con una sucia humareda, que se revolvió cada vez que un proyectil la atravesaba. Los proyectiles destrozaban el pueblo sin remordimientos, aplastando tejas y paja, y haciendo añicos vigas y paredes. El estruendo de los cañonazos era como un martilleo que hacía palpar el tibio aire de primavera, pero aquí, en el terreno que se elevaba por encima de Fuentes de Oñoro, casi daba la impresión de que la batalla por el pueblo era algo que sucedía muy lejos.

Sharpe condujo a Harper por un amplio desvío por detrás del grupo de oficiales.

—El narizotas está ahí —le explicó a Harper—, y no necesito que me ponga los ojos encima.

—Estamos en su lista negra, ¿no es eso?

—Es más que eso, Pat. Me enfrento a una puñetera comisión de investigación — Sharpe no quería confesarle la verdad a Donaju, pero Harper era un amigo, así que le contó la historia, y no pudo evitar que la amargura de su situación impregnara su relato—. ¿Qué se supone que tenía que hacer, Pat? ¿Dejar vivos a esa mierda de violadores asesinos?

—¿Y qué hará esa comisión con usted?

—Sabe Dios. ¿En el peor de los casos? Organizar un consejo de guerra y sacarme del ejército a patadas. ¿En el mejor? Degradarme a teniente. Pero eso acabaría conmigo. Me convertirían otra vez en guarda almacenes, y después me pondrían a cargo de las puñeteras listas en algún maldito depósito donde podré beber hasta la muerte.

—¡Primero tienen que probar que usted ordenó ejecutar a esos hijos de puta! Dios salve a Irlanda, ninguno de nosotros dirá una sola palabra. ¡Jesús, mataré a cualquiera que diga otra cosa!

—Pero hay otros, Pat. Runciman y Sarsfield.

—No dirán una palabra, señor.

—De todas formas puede que ya sea demasiado tarde. El condenado general Valverde lo sabe, y eso es lo único que importa. Ya está afilando su cuchillo para

usarlo contra mí, y no puedo hacer una mierda para arreglarlo.

—Yo podría disparar a ese cabronazo —dijo Harper.

—No lo pillaré solo —dijo Sharpe. Ya había soñado con disparar a Valverde, pero dudaba de llegar a tener una oportunidad—. ¡Y Hogan dice que el mierda de Loup incluso podría enviar una reclamación oficial!

—No es justo, señor —se quejó Harper.

—No, Pat, no es justo, pero aún no ha ocurrido, y puede que Loup se encuentre hoy con una bala de cañón. Pero no diga una palabra a nadie, Pat. No quiero que la mitad del puñetero ejército se ponga a discutirlo.

—Lo mantendré en secreto, señor —prometió Harper, aunque no podía creer que la noticia no hubiese llegado ya a todo el ejército, y tampoco podía creerse que nadie pensara hacer justicia sacrificando a un oficial por haber fusilado a dos cabrones franceses. Pasó con Sharpe entre dos carros estacionados y una brigada de infantería que estaba sentada. Sharpe reconoció las vueltas verde claro del 24.º, un regimiento de Warwickshire, y más allá de ellos estaban los Highlanders del 79.º, con sus *kilts* y sus gorros. Los gaiteros de los Highlanders estaban tocando una melodía enloquecida con redoble de tambores, intentando rivalizar con la profunda percusión explosiva de los cañonazos franceses. Sharpe supuso que los dos batallones formaban la reserva preparada para bajar por las callejas de Fuentes de Oñoro a la primera señal de que los franceses pudiesen capturar el pueblo. Un tercer batallón acababa de unirse a la brigada de reserva cuando Sharpe se volvió al oír el estruendo de tejas rotas y piedra resquebrajada.

—Bien, bajemos por aquí —dijo Sharpe. Había localizado un sendero que corría junto al muro sur del cementerio. Era un camino escabroso, probablemente hecho por el paso de las cabras, y los dos hombres tuvieron que usar sus manos para equilibrarse en la parte más escarpada de la pendiente; después bajaron corriendo los últimos metros hasta la escasa cobertura de un callejón, donde fueron recibidos por la repentina aparición de un nervioso casaca roja que dobló una esquina con su mosquete levantado.

—¡Alto el fuego, hombre! —gritó Sharpe—. Cualquiera que baje por aquí estará seguramente de tu lado, y si no lo está, será porque estás en peligro.

—Lo siento, señor —dijo el chico y luego se agachó cuando la esquirla de una teja le pasó silbando por encima de la cabeza—. Es que están bastante animados, señor —añadió.

—Cuando dejen de disparar será cuando haya que preocuparse, muchacho —dijo Sharpe—, porque eso quiere decir que su infantería está en camino. ¿Quién está al mando aquí?

—No lo sé, señor, a menos que sea el sargento Patterson.

—Lo dudo, pero gracias de todas formas —Sharpe y Harper corrieron desde el

fondo del callejón, doblaron por una calle lateral, viraron directamente a otra calle, saltaron un empinado tramo de escalones cubiertos de tejas rotas y se encontraron por fin en la calle principal, que corría colina abajo en una serie de vueltas cerradas. Un cañonazo alcanzó el centro de la calle justo al mismo tiempo en que él y Harper se arrastraban hasta detrás de una pila de estiércol. La bala levantó un montón de piedra y tierra, y después se elevó para acabar destrozando una cuadra techada con cañas, mientras otro cañonazo partía en dos unas vigas al otro lado de la calle. Siguieron cayendo más cañonazos, pues los artilleros franceses empezaron a disparar con un ritmo frenético. Sharpe y Harper se refugiaron por un momento en un portal en el que se veían las apagadas marcas de tiza de oficiales de ambos ejércitos allí alojados; una marca decía «5/4/60», lo que significaba que cinco hombres de la compañía número cuatro del 60.º de Rifles se había alojado en aquella casita, mientras que justo encima había una leyenda que decía que siete franceses, pues la marca llevaba la extraña barra cruzada del enemigo en el pie del 7, del 82.º de Línea habían estado destacados en la casa, a la que ahora le faltaba el tejado. El polvo flotaba como si fuese niebla en lo que había sido la habitación delantera, donde una rasgada cortina de arpillera colgaba desolada en una ventana. Los habitantes del pueblo y sus pertenencias habían sido transportados en carros del ejército hasta la vecina ciudad de Frenada, pero inevitablemente algunas de las posesiones de los pueblerinos habían quedado atrás. En un portal habían levantado una barricada con la cuna de un niño, y en otro había dos bancos a modo de paso de fuego. La guarnición de la ciudad era una mixtura de fusileros y casacas rojas, que se estaban protegiendo de los cañonazos agazapándose tras las paredes más gruesas de las casas abandonadas. Los muros de piedra no podrían detener todos los disparos de los franceses, y Sharpe ya había pasado al lado de tres hombres muertos tendidos en la calle y había visto una media docena de heridos dirigiendo sus vacilantes pasos hacia la meseta.

—¿De qué unidad son ustedes? —preguntó a un sargento que se refugiaba detrás de la cuna al otro lado de la calle.

—¡Tercera División de Compañías Ligeras, señor! —respondió el sargento con un grito.

—¡Y de la Primera División! —añadió otra voz—. ¡No se olvide de la Primera División!

Al parecer, el ejército había reunido la flor y nata de las dos divisiones, sus hostigadores, y la había desplegado en Fuentes de Oñoro. Los hostigadores eran los hombres más brillantes, los únicos entrenados para luchar de manera independiente, y aquel pueblo no era lugar para hombres que sólo sabían mantenerse en la línea de batalla disparando andanadas. Aquello iba a convertirse en un escenario de tiros certeros y peleas callejeras, un lugar en el que los hombres estarían lejos de sus oficiales y obligados a luchar sin instrucciones.

—¿Y quién está al mando de todos ustedes? —preguntó Sharpe al sargento.

—El coronel Williams del 60.º, señor. Está ahí abajo, en la posada.

—¡Gracias! —Sharpe y Harper bajaron poco a poco por un lateral de la calle. Un cañonazo pasó retumbando sobre sus cabezas para acabar atravesando un tejado. Sonó un grito que enseguida quedó interrumpido. La posada era la misma taberna en la que Sharpe había conocido al Castrador y donde ahora, en aquel mismo jardín con la misma parra medio cortada, encontró al coronel Williams con su pequeño Estado Mayor.

—Es usted Sharpe, ¿no es cierto? ¿Viene a ayudarnos? —Williams era un galés genial del 60.º de Rifles—. A usted no lo conozco —le dijo a Harper.

—Sargento Harper, señor.

—Parece usted bueno para tenerlo en una pelea, sargento —dijo Williams—. Hoy están haciendo bastante ruido, ¿eh? —añadió quejándose ligeramente del cañoneo. Estaba de pie sobre un banco, desde el que podía ver por encima del muro del jardín y de los tejados de las casas más bajas—. ¿Y qué les trae por aquí, Sharpe?

—Sólo estaba asegurándome de saber a dónde tenemos que enviar la munición, señor.

Williams dedicó a Sharpe una solemne mirada de sorpresa.

—No me diga que le han puesto a recoger y a repartir. Me parece un desperdicio de tiempo para un hombre de su talento, Sharpe. Y no creo que encuentre usted mucha clientela por aquí. Mis muchachos están todos bien abastecidos. Ochenta cartuchos cada hombre, dos mil hombres y otra vez el mismo número de cartuchos apilado en la iglesia. ¡Por Cristo! —Esta última imprecación fue provocada por un cañonazo que debió de pasar a unos dos pies de la cabeza del coronel, obligándole a agacharse de golpe. La bala se estrelló en una casa, hubo un estruendoso caer de piedras y después se hizo un repentino silencio.

Sharpe se puso tenso. El silencio posterior al estallido de los cañonazos y de los destructores impactos de sus proyectiles resultaba enervante. Pensó que quizá sería una pausa extraña, como el repentino silencio casual que podía hacerse en una habitación de alegres conversadores en ese momento en el que se decía que un ángel había pasado por la habitación; quizá hubiese pasado un ángel entre el humo de los cañones, y todos los cañones franceses estaban, justo en ese momento, descargados. Sharpe se sorprendió al darse cuenta de que casi estaba rogando que los cañones empezaran a disparar de nuevo, pero el silencio se alargaba y se alargaba, amenazando con ser reemplazado por algo mucho peor que los cañonazos. En algún lugar del pueblo un hombre tosió, luego pudieron oír el chasquido de la llave de chispa de un mosquete. Un caballo relinchó arriba, donde tocaban los gaiteros. Unos escombros cayeron dentro de una casa, donde se lamentaba un hombre herido. Afuera, en la calle, una bala de cañón francés rodó lentamente cuesta abajo y después

quedó parada junto a una viga caída.

—Sospecho que muy pronto tendremos compañía, señores —dijo Williams. Se bajó del banco y sacudió el polvo blanco de su desvaída casaca verde—, muy pronto. No puedo ver nada desde aquí. Por el humo de la pólvora, ¿lo ven? Es peor que la niebla. —Estaba hablando para llenar el funesto silencio—. Bajemos al arroyo, creo yo. No es que vayamos a poder detenerlos allí, no hay suficientes troneras, pero una vez entren en el pueblo la vida se les hará un poco difícil. Al menos eso espero. —Hizo un simpático gesto a Sharpe y después se escabulló por la puerta. Su Estado Mayor salió detrás de él.

—No nos vamos a quedar aquí, ¿verdad, señor? —preguntó Harper.

—Nos convendría ver lo que está pasando —dijo Sharpe—. No tenemos nada mejor que hacer. ¿Ha cargado sus armas?

—Sólo el rifle.

—Pues yo en su lugar cargaría también ese pistolón suyo —dijo Sharpe—. Sólo por si acaso. —Y empezó a cargar su propio rifle justo cuando los cañones ingleses de la meseta abrían fuego. El humo llegaba a casi veinte metros del borde de la elevación, y el ruido sacudía el pueblo herido mientras los proyectiles pasaban silbando por encima de la vanguardia de los batallones franceses que avanzaban.

Sharpe se puso de pie sobre el banco para ver las oscuras columnas de infantería, que salían del humo de los cañones franceses. El primer proyectil de metralla inglés explotó en el aire encima de las columnas, y cada explosión llenaba el aire con una mancha de humo blanco grisáceo con estrías de fuego. Las balas sólidas penetraban ardientes las apretadas filas, pero ninguno de los proyectiles parecía marcar diferencia alguna. Las columnas seguían avanzando: doce mil hombres bajo sus águilas eran conducidos a través de la llanura hacia el martilleo de la artillería, los mosquetes y los rifles, que esperaban dispuestos al otro lado del arroyo. Sharpe miró a izquierda y derecha, pero no vio más enemigos aparte de un puñado de dragones con casacas verdes que patrullaba los campos del sur.

—Vienen directos hacia aquí —dijo—, sin rodeos. Un ataque, Pat, tan duro como el pueblo. De momento no hacen ni puto caso al flanco. Parece que creen que pueden atravesar directamente por aquí. Habrá más brigadas detrás, y lanzarán una detrás de otra hasta que tomen la iglesia. Después de eso, todo el camino hasta el Atlántico es cuesta abajo, así que si no los detenemos aquí no los detendremos de ninguna manera.

—Bueno, señor, como dice usted, no tenemos nada mejor que hacer —Harper terminó de cargar su pistola de siete cañones, después cogió un muñeco de trapo que había sido abandonado bajo el banco del jardín. El muñeco tenía el torso rojo, y una madre había bordado un arnés blanco para imitar el uniforme de un soldado inglés de infantería. Harper encajó el muñeco en un hueco del muro—. Ahora te encargas tú de

la vigilancia —le dijo al bulto de trapo.

Sharpe desenvainó a medias su espada y comprobó su filo.

—No hice que la afilaran —dijo. Antes de una batalla le gustaba hacer que un armero de caballería afilara su espadón como Dios manda, pero no había tenido tiempo. Esperaba que no fuera un mal augurio.

—Pues tendrá que aporrear a esos cabrones hasta que se mueran —dijo Harper, después se persignó antes de hurgar en su bolsillo para asegurarse de que su pata de conejo estaba en el lugar apropiado. Echó la vista atrás, al muñeco de trapo, y de repente lo superó la certeza de que su propio destino dependía de que el muñeco sobreviviera en aquel nicho del muro—. Y tú cuídate, ¿eh? —le dijo al juguete, y luego dio un empujón al destino cuando agarró un fragmento de piedra y lo incrustó en el hueco para dar una oportunidad al muñeco de trapo.

Un sonido crepitante, como el de un lienzo al ser rasgado, anunció que los hostigadores ingleses habían abierto fuego. Los *voltigeurs* franceses habían avanzado unos cien pasos por delante de sus columnas, pero ahora eran frenados por el fuego de los fusileros escondidos en los jardines y casuchas de la otra orilla del arroyo. Durante unos minutos, el fuego de la escaramuza traqueteó bien fuerte; después los *voltigeurs*, que superaban en número a los hostigadores ingleses, amenazaron con rodearlos, y los silbatos de oficiales y sargentos resonaron chillones para indicar a los fusileros que se retiraran por los jardines. Dos fusileros cojeaban y un tercero era llevado en volandas por dos de sus compañeros, pero la mayoría se dispersó cruzando el arroyo y subiendo por el intrincado laberinto de casitas y callejuelas.

Los *voltigeurs* franceses se parapetaron tras los muros de los jardines de la otra orilla del arroyo y empezaron a intercambiar disparos con los defensores del pueblo. El arroyo fue nublándose con el velo de encaje del humo de pólvora, que se iba desplazando hacia el sur con la brisa del día. Sharpe y Harper, esperando aún en la posada, podían oír a los tamborileros tocando el *pas de charge*, el ritmo que había hecho marchar a los veteranos de Napoleón por media Europa para derribar a sus enemigos como si fuesen bolos. De repente, los tambores se detuvieron e, instintivamente, Sharpe y Harper pronunciaron las palabras junto con doce mil franceses.

—*Vive l'Empereur*. —Los dos se rieron cuando los tambores volvieron a redoblar.

Los cañones de la cresta habían abandonado las balas de metralla y estaban disparando balas sólidas contra las columnas, y ahora que las principales formaciones del enemigo estaban casi en los jardines orientales del pueblo, Sharpe pudo ver el daño que causaban las bolas de hierro cuando atravesaban las filas arrojando hombres a los lados como si fueran trapos ensangrentados, antes de botar entre salpicaduras de sangre y volver a destrozar más filas de hombres. Una y otra vez, los proyectiles abrían tajos en las apretadas filas, y una y otra vez, obstinados e imparables, los

franceses cerraban filas y seguían avanzando. Los tamborileros seguían tocando y las águilas brillaban al sol, tan relumbrantes como las bayonetas caladas en los mosquetes de las primeras filas.

Los tambores volvieron a detenerse.

—*Vive l'Empereur!* —gritó la masa de franceses, pero esta vez alargaron la última sílaba convirtiéndola en un largo vítor que sostuvieron mientras se lanzaban al ataque. Las columnas no podrían marchar en orden cerrado por el laberinto de jardines vallados que había en la orilla del este del pueblo, así que la infantería atacante se dispersó a la orden de atacar sin orden ni concierto a través de terrenos verdes y huertas, cruzando el arroyo y subiendo directa hacia el fuego de mosquetería de los hombres del coronel Williams.

—Que Dios nos ampare —dijo Harper sobrecogido mientras el ataque francés engullía la otra orilla del arroyo como una ola oscura. El enemigo lanzaba gritos de ánimo mientras corría, pasaba por encima de vallas y pisoteaba los cultivos de primavera, chapoteando en el agua poco profunda.

—¡Fuego! —gritó una voz, y mosquetes y rifles dispararon desde las troneras de las casas. Un francés cayó y su sangre empezó a enturbiar el agua. Otro cayó en el puente de losas de piedra y, sin más ceremonia, fue arrojado al Vado por los hombres que se apelotonaban detrás. Sharpe y Harper dispararon desde el jardín de la posada y sus balas pasaron girando por encima de los tejados más bajos para perderse en la masa de atacantes, que ahora estaban protegidos de las baterías inglesas de más arriba por el propio pueblo.

Los primeros atacantes franceses se lanzaron contra los muros del este del pueblo. Las bayonetas chocaban contra las bayonetas. Sharpe vio cómo un francés aparecía en lo alto de un muro y después saltaba dentro de un jardín oculto. Detrás de él, otros franceses saltaron el muro.

—Desenvaine, Pat —dijo Sharpe, y desenvainó su propia espada mientras Harper calaba la bayoneta en su rifle. Salieron por la puerta del jardín y corrieron por la calle principal para encontrarse con que su avance quedaba bloqueado por una doble hilera de casacas rojas que esperaban con sus mosquetes cargados y sus bayonetas caladas. Veinte metros calle abajo había más casacas rojas disparando por encima de una improvisada barricada de postigos, puertas, ramas de árboles y un par de carretillas requisadas. La barricada temblaba por las embestidas de los franceses que había al otro lado, y, cada pocos segundos, un mosquete atravesaba aquella maraña y escupía fuego, humo y una bala contra los defensores.

—¡Prepárense para abrir las filas! —gritó el teniente casaca roja. Parecía estar a punto de cumplir dieciocho años, pero su acento del suroeste de Inglaterra era firme. Hizo un gesto de saludo a Sharpe y después volvió a mirar la barricada—. ¡Cuidado ahora, muchachos, cuidado!

Sharpe comprendió que aún no iba a necesitar la espada, así que la envainó y se puso a cargar de nuevo su rifle. De un bocado sacó la bala del cartucho, mantuvo la bala en la boca mientras amartillaba el percutor del rifle a medio recorrido. Notó el sabor acre y salado de la pólvora en la boca cuando vertió una pizca de la que había en el cartucho en la cazoleta abierta. Mantuvo bien apretado el resto del cartucho mientras levantaba del todo el rastrillo para cerrar la cazoleta; después, con el rifle ya cebado, apoyó la culata recubierta de latón en el suelo. Vertió el resto de pólvora en la boca del cañón, atacó el vacío cartucho encerado encima de la pólvora para que sirviera de taco, y después inclinó la cabeza para escupir la bala dentro del arma. Con la mano izquierda, sacó la baqueta metálica, le dio la vuelta y la introdujo con fuerza en el cañón. La sacó, volvió a atacar y después dejó que se deslizara en sus soportes. Luego levantó el rifle con la mano izquierda, lo sujetó por debajo del cerrojo con la mano derecha y tiró del pie de gato hacia atrás hasta oír un segundo chasquido, indicación de que el arma estaba cargada del todo y preparada para disparar. Había tardado doce segundos y no había pensado ni una sola vez en lo que estaba haciendo, ni siquiera había mirado el arma mientras la recargaba. Aquella maniobra era una destreza básica en su oficio, la habilidad necesaria que había que enseñar a los nuevos reclutas y después practicar y practicar hasta que fuese algo completamente instintivo. Como nuevo recluta, de sólo dieciséis años de edad, Sharpe había llegado a soñar con que cargaba su mosquete una y otra vez. Le habían obligado a hacerlo sin cesar, día tras día, hasta que se quedó rígido de aburrimiento por la maniobra y dispuesto a escupir a los sargentos por hacerle repetirlo una vez más; después, un húmedo día en Flandes, se encontró haciéndolo de verdad, y de pronto se le cayó el cartucho, perdió la baqueta y olvidó cebar el mosquete. De alguna manera sobrevivió a aquel combate, y después volvió a practicar hasta que por fin aprendió a hacerlo sin pensar. Era la misma habilidad en la que había intentado instruir a la Real Compañía Irlandesa durante su infeliz estancia en el fuerte San Isidro.

Ahora, mientras veía que los defensores se retiraban de la barricada a punto de ceder, se preguntó cuántas veces habría cargado un arma. Pero esta vez no había tiempo para hacer una suposición, pues los defensores de la barricada se alejaban corriendo calle arriba, y el grito de victoria de los franceses crecía mientras desmantelaban las últimas piezas del obstáculo.

—¡Abran filas! —gritó el teniente, y las dos filas de hombres se abrieron obedientemente desde el centro para dejar que los atacantes atravesaran la barricada. En la calle quedaban al menos tres casacas rojas tendidos. Un hombre herido cayó y se arrastró hasta un portal. Entonces un capitán de rostro enrojecido y patillas grises atravesó el hueco y gritó a sus hombres que cerraran filas.

Las filas se cerraron de nuevo.

—Fila frontal, ¡de rodillas! —gritó el teniente cuando sus hombres volvieron a

colocarse en formación cortando la calle—. ¡Esperen! —gritó, y esta vez la voz se le quebró por los nervios—. ¡Esperen! —gritó de nuevo con más firmeza, luego desenvainó su espada y dio un par de sablazos de calentamiento. Tragó saliva al ver que los franceses conseguían finalmente atravesar el parapeto y cargaban colina arriba con sus bayonetas caladas.

—¡Fuego! —gritó el teniente, y los veinticuatro mosquetes dispararon al unísono obstruyendo el camino con su humo. Un hombre gritó en algún lugar. Sharpe disparó su rifle y oyó el choque inconfundible de una bala contra la culata de un mosquete—. Fila frontal, ¡en pie! —gritó el teniente—. ¡Paso ligero! ¡Adelante!

El humo se disipó para dejar a la vista media docena de cuerpos vestidos con casacas azules caídos sobre las piedras y la tierra del camino. Restos encendidos de los tacos brillaban como velas encendidas. El enemigo se retiraba deprisa de la amenaza de las bayonetas, pero apareció otra oleada de uniformes azules en el extremo del pueblo.

—¡Estoy listo, Pollard! —gritó una voz detrás de Sharpe, y el teniente, al oírla, detuvo a sus hombres.

—¡Atrás, muchachos! —gritó, y la formación, incapaz de avanzar contra la nueva masa enemiga, rompió filas y se retiró colina arriba. Los nuevos atacantes tenían sus mosquetes cargados y algunos se detuvieron para hincar la rodilla al suelo y disparar. Harper descargó sobre ellos su pistola de siete cañones y después subió por la colina detrás de Sharpe, mientras la humareda de su pistolón se extendía entre las casas.

El capitán de patillas grises había formado una nueva línea de defensa que se abrió para dejar pasar a los hombres del teniente. El teniente, a su vez, hizo formar a sus hombres en dos filas unos pasos por detrás de los hombres del capitán, y ordenó a sus casacas rojas que cargaran. Sharpe recargó con ellos. Harper, consciente de que no tendría tiempo de volver a cargar su pistolón, se lo colgó a la espalda y escupió una bala en su rifle.

Los tambores seguían tocando el *pas de charge*, mientras que en la cresta que quedaba por encima de Sharpe las gaitas competían con su fiero sonido. Los cañones de arriba seguían disparando, enviando sus balas de metralla contra la distante artillería francesa. El pueblecito apestaba a humo de pólvora, retumbaba por los disparos de los mosquetes, y los gritos y lamentos de hombres aterrorizados levantaban ecos en todas partes.

—¡Fuego! —ordenó el capitán, y sus hombres dispararon una andanada calle abajo. Los franceses respondieron con otra descarga. El enemigo había decidido emplear el fuego en vez de intentar barrer a los defensores, y era una batalla que el capitán sabía que iba a perder—. ¡Acérquese a mí, Pollard! —gritó, y el joven teniente hizo bajar a sus hombres para unirse a las tropas del capitán.

—¡Fuego! —gritó Pollard, y después hizo un sonido quejumbroso que fue

ahogado momentáneamente por la descarga de los mosquetes de sus hombres. El teniente retrocedió tambaleándose, con sangre tiñéndole las vueltas blancas de su elegante casaca. Volvió a tambalearse y dejó caer su espada, que cayó repiqueteando sobre el escalón de una puerta.

—Lléveselo, Pat —dijo Sharpe—. Luego reúnanse conmigo en lo alto del cementerio.

Harper levantó al teniente como si fuera un niño y subió corriendo por la calle. Los casacas rojas estaban recargando, y sus baquetas asomaban por encima de sus oscuros chacós y después bajaban. Sharpe esperó a que el humo se aclarase y buscó algún oficial enemigo. Vio a un hombre con mostacho que blandía una espada, apuntó, disparó y alcanzó a ver que el hombre caía hacia atrás retorciéndose, pero el humo le impidió confirmarlo y después una gran carga de franceses se precipitó calle arriba.

—¡Bayonetas! —gritó el capitán.

Un casaca roja refuló. Sharpe le puso la mano en los riñones y lo empujó con fuerza de vuelta a su fila. Se colgó el rifle y desenvainó su espada de nuevo. La carga francesa se detuvo delante de las intactas filas con sus funestas hojas de acero, pero el capitán sabía que los superaban en armas y en número.

—¡Retrocedan! —ordenó—. ¡Espacio y con calma! ¡Espacio y con calma! Si tienen su arma cargada, muchachos, dispárenles.

Una docena de mosquetes abrió fuego, pero al menos el doble de franceses devolvieron la descarga y los hombres del capitán se estremecieron cuando las balas alcanzaron sus objetivos. Ahora Sharpe estaba actuando como sargento, manteniendo las filas en su sitio desde detrás, pero también estaba mirando calle arriba, donde un grupo de casacas rojas y casacas verdes se retiraban desordenadamente desde un callejón. Su azarosa retirada sugería que los franceses no estaban muy lejos de ellos y, en unos instantes, calculó Sharpe, la pequeña compañía del capitán podría quedar aislada.

—¡Capitán! —gritó, y después apuntó con su espada cuando el hombre le miró.

—¡Retirada, muchachos, retirada! —El capitán entendió el peligro enseguida. Sus hombres se dieron la vuelta y corrieron calle arriba. Algunos ayudaban a sus compañeros, unos pocos corrieron con todas sus fuerzas para ponerse a salvo, pero la mayoría se mantuvo agrupada para unirse a un grupo mayor de tropas inglesas que estaba formando en el pequeño espacio empedrado del centro del pueblo. Williams había mantenido tres compañías de reserva en las casas más seguras del extremo superior del pueblo, y ahora esos hombres habían bajado para frenar la creciente marea de franceses.

Los franceses salieron en tromba del callejón justo cuando la compañía pasaba ante ellos. Un casaca roja cayó bajo una bayoneta, después el capitán dio una salvaje

estocada con su espada, que partió en dos la cara del francés. Un enorme sargento francés intentó dar un culatazo al capitán con su mosquete, pero Sharpe lanzó una estocada con su espada al rostro del francés y, aunque el golpe fue desequilibrado y flojo, sirvió para detener al hombre mientras el capitán se alejaba. El francés embistió contra Sharpe con su bayoneta, pero fue esquivado y después Sharpe le hincó la espada por lo bajo y con fuerza, retorciendo la hoja para evitar que quedara atrapada en el cuerpo del tipo. La sacó rasgando el vientre del francés y subió corriendo por la colina, un paso, dos más, vigilando un posible nuevo ataque, hasta que una mano lo metió de un tirón entre las filas inglesas recién formadas en el espacio abierto.

—¡Fuego! —gritó alguien, y los oídos de Sharpe zumbaron con el ensordecedor bramido de la apretada andanada de mosquetería disparando alrededor de su cabeza.

—¡Quiero que despejen ese callejón! —gritó la voz del coronel Williams—. ¡Adelante, Wenworth! Baje con sus hombres. ¡No permita que mantengan esa posición!

Un grupo de casacas rojas cargó. Había mosquetes franceses disparando desde las ventanas de las casas, y algunos de los hombres reventaron las puertas para sacar a los franceses. Más enemigos subían por la calle principal. Llegaban en pequeños grupos, se detenían a disparar y después corrían a la esquina, donde la batalla era ya desesperada y sin orden. Un pequeño grupo de casacas rojas fue alcanzado por una multitud de franceses que salieron de un callejón lateral, y hubo alaridos y maldiciones cuando las bayonetas de los enemigos se levantaron y cayeron sobre ellos. Un muchacho consiguió escapar de la masacre y se derrumbó sobre el empedrado.

—¿Dónde está su mosquete, Sanders? —gritó un sargento.

El muchacho maldijo, se volvió para buscar su arma caída y recibió un disparo en la boca. Los franceses, animados por su victoria sobre el pequeño grupo, cargaron por encima del cuerpo del muchacho para atacar al gran grupo de hombres que intentaba conservar la salida del callejón recobrado. Fueron recibidos por las bayonetas. El choque de acero contra acero y de acero contra madera sonaba más alto que los mosquetes, pues ahora pocos hombres tenían tiempo para cargar sus armas, así que usaban sus bayonetas o las culatas de sus mosquetes en lugar de las balas. Los dos bandos mantenían sus posiciones separados apenas por unos pasos, y de vez en cuando un grupo de hombres aguerridos reunía todo su coraje para lanzar una carga contra las filas del enemigo. Entonces las voces se transformaban en ásperos gritos, y se alzaba de nuevo el sonido del acero. Uno de aquellos asaltos lo encabezaba un oficial francés alto y con la cabeza descubierta, que se llevó a dos casacas rojas por delante con rápidas estocadas de su espada y después arremetió contra un oficial inglés que buscaba a tientas su pistola. El oficial de casacas rojas dio un paso atrás y Sharpe apareció tras él. Cuando el francés se dio cuenta de la arremetida, fintó hacia

la izquierda y consiguió alejar la espada de Sharpe al rechazarla, después cambió la dirección de su golpe y ya estaba apretando los dientes para la estocada mortal, pero Sharpe no luchaba según las reglas de algún maestro de esgrima parisino, así que dio una patada en la entepierna al francés y después descargó el pesado pomo de hierro de su espada en su cabeza. Apartó al hombre con otra patada y arremetió con la parte posterior de su espada contra un soldado francés que intentaba arrancar un mosquete con bayoneta de las manos de un casaca roja inglés. La hoja sin afilar de su espada servía más como garrote que como filo, pero el francés se alejó mientras se llevaba las manos a la cabeza.

—¡Adelante! —gritó una voz, y la improvisada línea de los ingleses avanzó calle abajo. El enemigo se alejaba de la reserva de Williams, que ahora amenazaba con volver a tomar toda la parte baja del pueblo, pero entonces el capricho del viento barrió una nube de polvo y humo, y Sharpe vio toda una nueva oleada de atacantes franceses que se acercaban en manada cruzando los jardines y los muros bajos de la orilla oriental del arroyo.

—¡Sharpe! —gritó el coronel Williams—. ¿Quién es su superior?

Sharpe se abrió paso a codazos entre las apretadas filas de casacas rojas para llegar hasta él.

—¿Señor?

—Le estaría agradecido de narices si fuera usted a buscar a Spencer allá arriba y le preguntara si podemos contar con refuerzos.

—Enseguida, señor.

—Ya ve que he perdido a un par de mis ayudantes... —empezó a explicar Williams, pero Sharpe ya se había marchado a cumplir su tarea—. ¡Eso es eficiencia, soldados! —gritó Williams desde atrás, y después regresó a la lucha, que había degenerado en una serie de sangrientas y desesperadas reyertas en los mortales límites de callejones y jardines traseros. Williams temía perder aquella plaza, pues los franceses habían comprometido sus propias reservas y una nueva multitud de infantería uniformada de azul entraba ahora en el pueblo como una tromba.

Sharpe corrió, dejando atrás a algunos heridos que se arrastraban colina arriba. El pueblo estaba lleno de polvo y de humo, y el fusilero giró por una calle equivocada y se encontró en un callejón sin salida de muros de piedra. Volvió atrás, encontró de nuevo la calle correcta y salió ala pendiente por encima del pueblo, donde una masa de heridos esperaba auxilio. Estaban demasiado débiles como para subir la cuesta, y algunos gritaron cuando Sharpe pasó corriendo.

Ignorándolos, subió por el sendero que rodeaba el cementerio. Al lado del camposanto había un grupo de inquietos oficiales, y Sharpe preguntó a gritos si alguno sabía dónde estaba el general Spencer.

—¡Tengo un mensaje para él! —gritó.

—¿De qué se trata? —respondió un hombre—. ¡Soy su ayudante!

—Williams quiere refuerzos. ¡Demasiados gabachos!

El oficial de Estado Mayor se volvió y corrió hacia la brigada que esperaba pasada la cresta, mientras Sharpe se detenía para recuperar el aliento. Aún tenía la espada en la mano y la hoja estaba pegajosa por la sangre. Limpió el acero en el borde de su casaca, y después se agazapó alarmado cuando una bala se incrustó silbando en el muro de piedra que tenía detrás. Se volvió, y vio que una nubecilla de humo de mosquete aparecía entre unas vigas rotas en la parte superior del pueblo; los franceses ya habían tomado esas casas, y ahora estaban intentando aislar a los defensores que aún estaban dentro de Fuentes de Oñoro. Los casacas verdes del cementerio abrieron fuego, y sus rifles tumbaban a todo enemigo lo bastante estúpido como para asomarse demasiado tiempo por una ventana o una puerta.

Sharpe envainó su espada y después pasó por encima del muro y se agachó detrás de una lápida de granito, en la que habían grabado una burda cruz. Cargó su rifle y apuntó con él hacia el tejado roto donde había visto el humo de mosquete. El pedernal se había torcido en el pie de gato, así que aflojó la tuerca, ajustó la tira de cuero que afirmaba el pedernal y después volvió a apretarlo. Tiró del percutor hacia atrás con el pulgar. Tenía una sed atroz, la suerte habitual de cualquiera que hubiese estado mordiendo cartuchos de salada pólvora. El aire apestaba por el hedor del humo.

Entre las vigas apareció un mosquete y, un segundo después, asomó la cabeza de un hombre. Sharpe disparó primero, pero el humo del rifle ocultó el blanco de la bala. Harper se dejó caer por la pendiente del cementerio para aterrizar junto a Sharpe.

—Jesús —dijo el irlandés—. Jesús.

—Se está poniendo mal ahí abajo —Sharpe señaló hacia el pueblo con la cabeza. Cebó el rifle, después lo apoyó sobre su culata para cargarlo por la boca del cañón. Había dejado su baqueta convenientemente apoyada contra la tumba.

—Y llegan más cabrones de esos cruzando el arroyo —dijo Harper. Mordió una bala y se vio obligado a permanecer en silencio hasta que pudo escupirla dentro del rifle—. Ese pobre teniente. Muerto.

—Fue una herida en el pecho —dijo Sharpe mientras atacaba con fuerza la bala y su carga cañón abajo—. No hay muchos que sobrevivan a una herida así.

—Me quedé con el pobre diablo —dijo Harper—. Me contó que su madre es viuda. Vendió la vajilla de la familia para comprarle el uniforme y la espada, y luego le dijo que fuera tan buen soldado como ninguno.

—Era bueno —dijo Sharpe—. Controlaba sus nervios. —Amartilló el rifle.

—Eso le dije. Y recé una oración por él. Pobre cabroncete. En su primera batalla, para colmo —Harper apretó el gatillo—. Ya te tengo, hijo de puta. —Disparó, y enseguida pescó un cartucho nuevo en su bolsillo, mientras amartillaba el percutor a

medio recorrido. Entre las casas aparecían más defensores ingleses, obligados a salir del pueblo por el abrumador peso de las tropas francesas—. Deberían enviar más hombres ahí abajo —dijo Harper.

—Están en camino —contestó Sharpe. Apoyó el cañón del rifle en la lápida y buscó un nuevo objetivo.

—Pues se están tomando su tiempo —objetó el sargento de fusileros. Esta vez no escupió la bala dentro del rifle, sino que primero la envolvió en el parchecito de cuero engrasado que se ajustaría al ánima del cañón del rifle y así haría girar la bala al dispararla. Se tardaba más en cargar una bala así, pero hacía que el rifle Baker fuese más preciso. El irlandés gruñó al empujar la bala y su parche por el cañón, que ahora estaba lleno de incrustaciones formadas por depósitos de pólvora—. Tienen agua hirviendo al otro lado de la iglesia —le dijo a Sharpe, indicándole dónde acudir para limpiar las costras de pólvora del cañón de su arma.

—Mearé por el cañón si lo necesito.

—Ay, si me quedara algo que mear. Estoy tan reseco como una rata muerta. Jesús, qué cabrón. —Aquello iba dirigido a un francés barbudo que apareció entre dos de las casas, donde hostigaba a un casaca verde con un hacha de guerra. Sharpe, que ya había cargado, apuntó a través del repentino chorro de sangre del agonizante fusilero y apretó el gatillo, pero al menos otra docena de los casacas verdes del cementerio habían presenciado el incidente, y el barbudo francés pareció temblar cuando una andanada de balas hizo blanco en él—. Así aprenderá —dijo Harper, y dejó su rifle sobre la piedra—. ¿Dónde demonios están esos refuerzos?

—Lleva tiempo prepararlos —dijo Sharpe.

—¿Y van a perder una batalla sólo porque quieren que las filas estén bien alineadas? —preguntó Harper en son de burla. Buscó alguien a quien disparar—. Venga, que aparezca alguno.

Más hombres de Williams salían en retirada del pueblo. Intentaban formar filas en el áspero terreno a los pies del cementerio, pero al abandonar las casas habían cedido sus muros de piedra a los franceses, que podían esconderse mientras cargaban, disparar y después volver a ocultarse de nuevo. Unos pocos ingleses seguían luchando en el interior del pueblo, pero el humo de los mosquetes revelaba que su lucha se había reducido a un pequeño grupo de casas en lo más alto de la calle principal. Un esfuerzo más de los franceses, pensó Sharpe, y el pueblo estaría perdido; después habría un amargo combate cementerio arriba por el dominio de la iglesia y la rocosa loma. Si se perdían esas dos atalayas, pensó, la batalla estaría perdida.

Los redobles de tambor de los franceses alcanzaron un nuevo entusiasmo. De las casas salían franceses y formaban pequeños escuadrones, que intentaban rodear a los ingleses en retirada. Los fusileros del camposanto disparaban contra las osadas

avanzadillas, pero había demasiados franceses e insuficientes rifles. Uno de los heridos intentaba apartarse a rastras del avance enemigo, y recibió un bayonetazo en la espalda por tomarse la molestia. Dos franceses registraron su uniforme, buscando la pequeña reserva de monedas que la mayoría de soldados escondía. Sharpe disparó a los saqueadores, y después apuntó su rifle hacia los franceses que amenazaban con refugiarse tras el murete del cementerio. Cargó y disparó, cargó y disparó, hasta que sintió su hombro derecho como una sola y masiva contusión que llegaba al hueso por el brutal retroceso del rifle; entonces, sin previo aviso, se oyó una melodía de gaitas, y un torrente de hombres con *kilts* apareció por encima de la cresta, entre la iglesia y las rocas, para cargar por la calle principal y entrar a sangre y fuego en el pueblo.

—¡Mire a esos cabrones! —dijo Harper orgulloso—. Les van a dar una buena a esos gabachos.

Los de Warwick aparecieron a la derecha de Sharpe e, igual que los escoceses, simplemente pasaron por encima del borde de la meseta y arremetieron por la empinada pendiente que llevaba a Fuentes de Oñoro. Los atacantes franceses que iban en cabeza se detuvieron un momento para calcular el peso del contraataque, y después volvieron corriendo a la protección de las casas. Los Highlanders ya estaban en el pueblo, donde el eco de sus gritos de guerra retumbaba entre los muros. Después, los de Warwick entraron en los callejones del oeste y se metieron a fondo y con fuerza en la maraña de casas.

Sharpe sintió cómo su tensión iba desapareciendo. Estaba sediento, dolorido y cansado, y su hombro era una agonía.

—Jesús —dijo—, y eso que ni siquiera fue un combate en condiciones.

La sed resultaba mortificante y había dejado su cantimplora en los carros de munición, pero se sentía demasiado cansado y desanimado para ir a buscar agua. Observó el pueblo destruido, dándose cuenta de que el humo de los disparos marcaba el avance de los ingleses, que parecían haber conseguido llegar hasta la orilla del arroyo, pero no se sintió muy eufórico. Tenía la sensación de que todas sus esperanzas se habían atascado. Se enfrentaba al deshonor. Peor aún, tenía sensación de derrota. Había sido osado confiar en que podría convertir a la Real Compañía Irlandesa en auténticos soldados, pero al mirar hacia el humo y las casas destrozadas, entendió que los irlandeses necesitaban otro mes de instrucción y buena voluntad, mucha más que la que Wellington hubiera estado dispuesto a darles. Sharpe les había fallado exactamente igual que había fallado a Hogan, y los dos fracasos dañaban su moral; entonces se dio cuenta de que estaba cayendo en la autocompasión, de la misma forma en que Donaju había sentido pena por sí mismo aquella mañana brumosa.

—¡Por Dios! —gritó en un susurro, asqueado de sí mismo.

—¿Señor? —preguntó Harper, que no podía entender a qué se refería Sharpe.

—No es nada —dijo Sharpe. Sintió la amenaza del deshonor y la picadura del remordimiento. Era capitán de mala gana y ahora nunca llegaría a mayor—. Que se jodan todos, Pat —dijo, y se puso de pie con esfuerzo—. Vamos a buscar algo para beber.

Abajo, en el pueblo, un casaca roja agonizante había encontrado el muñeco de trapo de Harper empotrado en el hueco del muro y se lo había llevado a la boca para dejar de llorar de dolor. Murió, y su sangre llenó su garganta y la desbordó, de manera que el pequeño muñeco raído cayó en un charco rojo. Los franceses se habían retirado de nuevo al otro lado del arroyo, donde se refugiaron detrás de los muros bajos de los jardines para abrir fuego contra los Highlanders y los de Warwick, que estaban dando caza a los últimos grupos de supervivientes franceses atrapados en el pueblo. Una desconsolada fila de prisioneros franceses subía en desorden por la pendiente bajo la vigilancia de una guardia formada por Highlanders y fusileros. El coronel Williams había sido herido en el contraataque, y ahora sus fusileros lo llevaban hacia la iglesia, que había sido convertida en hospital. El nido de cigüeña del campanario seguía siendo una descuidada maraña de ramas, pero las aves adultas se habían alejado por el ruido y el humo de la batalla, dejando morir de hambre a sus crías. El sonido de los mosquetes repiqueteó durante un tiempo al otro lado del arroyo, después se apagó cuando los dos bandos empezaron a estudiar el resultado del primer ataque.

Que no sería, ambos bandos lo sabían, el último.

CAPÍTULO 8

Los franceses no volvieron a atacar. Permanecieron en la orilla oriental del arroyo, a la espera de que, detrás de ellos, en la lejana línea de árboles que bordeaba la blanca carretera recta, el resto de su ejército se desplegara. Al anoecer, toda la fuerza de Masséna estaba acampada, y el humo de sus hogueras se elevaba formando una estela gris que se oscureció hasta ser de un negro infernal cuando el sol se ocultó tras la elevación de los ingleses. En el pueblo la lucha se había detenido, pero la artillería mantuvo una desgana batalla hasta el ocaso. Los ingleses disponían de una posición ventajosa. Sus cañones estaban emplazados justo detrás de la cresta de la meseta, de modo que a lo único que los franceses podían apuntar era al mismísimo horizonte, y la mayoría de sus disparos eran demasiado altos y pasaban silbando impotentes sobre la infantería inglesa que se ocultaba tras la cresta. Los disparos demasiado bajos simplemente hacían blanco en la pendiente del promontorio, que era demasiado empinada para que las balas de cañón alcanzaran de rebote sus objetivos. En cambio, los artilleros ingleses tenían un amplio panorama de las baterías enemigas, y una a una sus balas de metralla de mecha larga fueron o bien silenciando a la artillería francesa, o bien convenciendo a los artilleros de que debían arrastrar sus cañones de vuelta a la protección que ofrecían los árboles.

El último cañón disparó al ponerse el sol. El eco sordo del cañonazo atronó y se fue apagando por toda la planicie en sombras, mientras el humo se rizaba y se perdía en el viento. Pequeñas fogatas titilaban en las ruinas del pueblo, y sus llamas brillaban trémulas en los muros caídos y las vigas partidas. Las calles estaban llenas de hombres muertos y heridos, que gritaban a la noche pidiendo ayuda. Detrás de la iglesia, donde habían sido evacuados los heridos más afortunados, las mujeres buscaban a sus maridos, los hermanos a sus hermanos y los amigos a sus amigos. Las partidas de entierro buscaban zonas de tierra en las rocosas pendientes, mientras los oficiales subastaban las pertenencias de sus desgraciados compañeros caídos y se preguntaban cuánto tiempo pasaría hasta que sus propias posesiones fuesen rematadas a precios ridículos. En lo alto de la meseta, los soldados guisaban carne recién sacrificada en sus calderos de campaña, bajo el son de canciones sentimentales sobre bosques verdes y muchachas alegres.

Los ejércitos dormían con sus armas cargadas y a punto. Había piquetes vigilando la oscuridad, mientras los grandes cañones se enfriaban. Las ratas correteaban entre las ruinas de Fuentes de Oñoro y mordisqueaban a los muertos. Pocos de entre los vivos durmieron bien. Algunos soldados, envenenados por la Iglesia metodista, se reunieron en grupos para una oración de medianoche, hasta que un oficial de la División de Guardia les gritó que le dieran a Dios y se dieran a sí mismos un puñetero descanso. Otros hombres se escabulleron en la oscuridad para buscar muertos y

heridos de los que obtener algún botín. De vez en cuando, un hombre herido protestaba a gritos y una bayoneta relumbraba un segundo a la luz de las estrellas; después, un chorro de sangre salpicaba el suelo, mientras registraban el uniforme del hombre que acababa de morir en busca de monedas.

El mayor Tarrant acabó enterándose de que Sharpe iba a ser sometido a una comisión de investigación. Hubiera sido muy difícil que no se enterara por la sucesión de oficiales que pasaron por el parque de munición para presentar a Sharpe sus condolencias, y quejarse de que un ejército que perseguía a un hombre por haber matado al enemigo debía de ser un ejército dirigido por idiotas y administrado por imbéciles. Tampoco Tarrant entendía la decisión de Wellington.

—¿Acaso no estaba claro que los dos hombres merecían morir? Estoy de acuerdo en que no pasaron por los adecuados cauces de la justicia, pero aun así, ¿hay alguien que pueda poner en duda su culpabilidad? —El capitán Donaju, que compartía la tardía cena de Tarrant junto con Sharpe, estaba de acuerdo.

—No se trata de la muerte de dos hombres, señor —dijo Sharpe—, sino de la maldita política. No cabe duda de que di motivos a los españoles para que desconfiaran de nosotros, señor.

—¡Pero si no murió ningún español! —protestó Tarrant.

—Ya, señor, pero sí demasiados buenos portugueses, así que el general Valverde está proclamando a diestro y siniestro que no se puede confiar en nuestro comportamiento con soldados de otras naciones.

—¡Todo este embrollo es de lo más enojoso! —dijo Tarrant frunciendo el ceño—. Entonces, ¿ahora qué va a ser de usted?

Sharpe se encogió de hombros.

—Se ha formado una comisión de investigación y, si me encuentra culpable, habrá un consejo de guerra. Lo peor que pueden hacerme, señor, es degradarme.

El capitán Donaju arrugó el ceño.

—¿Y si hablo yo con el general Valverde?

Sharpe hizo un gesto de negación.

—¿Y arruinar su carrera también? Gracias, pero no. En realidad, la cuestión radica en quién debería convertirse en generalísimo de España. Nosotros consideramos que debería ser el narizotas, pero Valverde no parece estar de acuerdo.

—¡Está claro que lo que pretende es recibir él tal honor! —dijo Tarrant con desdén—. Y esto tampoco está nada bien, Sharpe, nada bien. —El escocés miró con el ceño fruncido el plato de hígado y riñones que habían cocinado Gog y Magog para la cena. Era tradición que los oficiales recibieran las vísceras del ganado recién sacrificado, privilegio que Tarrant hubiera dejado pasar con gusto. Lanzó un pedazo de riñón especialmente nauseabundo a uno de los muchos perros que se habían unido al ejército, y después sacudió la cabeza—. ¿Hay alguna posibilidad de que pudiera

usted librarse de esa ridícula comisión de investigación? —preguntó a Sharpe.

Sharpe pensó en el sarcástico comentario de Hogan, cuando dijo que la única esperanza de Sharpe residía en una victoria francesa, que borraría todo recuerdo de lo que había sucedido en el fuerte de San Isidro. Parecía una solución más que dudosa; sin embargo, aún había otra esperanza, una muy remota, pero en la que Sharpe había estado pensando durante todo el día.

—Adelante —dijo Tarrant al darse cuenta de que Sharpe estaba dudando sobre si ofrecer una respuesta.

Sharpe hizo una mueca.

—Wellington tiene fama de perdonar a los hombres que consiguen destacar en combate. Hubo un tipo del 83.9 al que pillaron con las manos en la masa robando dinero de un cepillo en Guarda, y que fue condenado a la horca, pero su compañía luchó tan bien en Talavera que el narizotas lo dejó pasar.

Donaju hizo un gesto con su cuchillo hacia el pueblo, que ahora quedaba oculto en las sombras del horizonte oriental.

—¿Por eso estuvo luchando todo el día ahí abajo? —preguntó.

Sharpe negó con la cabeza.

—Sólo la casualidad hizo que nos encontráramos ahí abajo cuando se inició el ataque —dijo con desdén.

—Pero, ¡usted capturó un águila, Sharpe! —protestó Tarrant—. ¿Qué mayor demostración de valentía tiene que hacer usted?

—Tantas otras más, señor —Sharpe hizo una mueca cuando su maltrecho hombro le dio una punzada de dolor—. Yo no soy rico, coronel, así que no puedo comprar una Capitanía, menos aún el grado de mayor, así que tengo que sobrevivir por mis méritos. Y un soldado es tan bueno como lo ha sido su última batalla, ya sabe, señor, y mi última batalla fue en el fuerte de San Isidro. Tengo que borrar esa mancha en mi expediente.

Donaju arrugó el entrecejo.

—Pues fue mi única batalla —dijo en voz baja y sin dirigirse a nadie en concreto.

Tarrant despreció el pesimismo de Sharpe.

—¿Me está diciendo, Sharpe, que tiene que llevar a cabo algún ridículo acto de heroísmo para sobrevivir?

—Sí, señor. Eso exactamente, coronel. Así que si mañana tiene algún encargo suicida, lo quiero yo.

—Por el buen Dios, hombre —Tarrant quedó consternado—. ¡Por el buen Dios! ¿Que lo envíe a usted a la muerte? ¡No puedo hacer eso!

Sharpe sonrió.

—¿Qué estaba usted haciendo hace diecisiete años, señor?

Tarrant pensó durante un segundo o dos.

—¿En el noventa y cuatro? Déjeme pensar... —Contó con los dedos durante unos segundos más—. Estaba en la escuela. Interpretando a Horacio en una lúgubre clase bajo los muros de Stirling Castle, y recibiendo palos cada vez que cometía un error.

—Pues yo estaba luchando contra los franceses, señor —dijo Sharpe—. Y llevo luchando contra unos cabrones u otros desde entonces, así que no se preocupe por mí.

—Aun así, Sharpe, aun así... —Tarrant frunció el ceño y sacudió la cabeza—. ¿Le gustan los riñones?

—Me encantan, señor.

—Pues son todo suyos —Tarrant le pasó su plato a Sharpe—. Recobre sus fuerzas, Sharpe, me parece que va a necesitarlas. —Se volvió para mirar el brillo rojizo de llamas que iluminaba la noche sobre los fuegos de los campamentos franceses—. A menos que no ataquen —dijo con anhelo.

—Esos mierdas no se van a ir, señor, no hasta que les echemos —dijo Sharpe—. Lo de hoy sólo ha sido una primera escaramuza. La verdadera batalla aún no ha empezado; no dude de que los franchutes volverán, señor, volverán a atacarnos.

Durmieron cerca de los carros de munición. Sharpe se despertó una vez cuando una fina llovizna hizo sisear las brasas de la hoguera, después se durmió de nuevo hasta una hora antes del alba. Al despertar, vio que una ligera neblina se aferraba a la meseta y desdibujaba las figuras grises de los soldados que se ocupaban de sus fuegos. Sharpe compartió una escudilla de agua caliente para afeitarse con el mayor Tarrant, después se puso su casaca, se colocó sus armas y caminó hacia el oeste buscando al regimiento de caballería. Encontró un campamento de húsares de la Legión Alemana del rey, y cambió media pinta del ron asignado por el afilado de su espada. El armero alemán se inclinó sobre su rueda mientras las chispas volaban y, cuando acabó, el filo de la pesada espada de caballería de Sharpe centelleaba a la débil luz de la mañana. El capitán de fusileros deslizó con cuidado la hoja dentro de su vaina, y volvió caminando despacio hacia las figuras de difuminada silueta del parque de carros.

El sol salió atravesando una nube del humo que producían los franceses al cocinar. El enemigo de la ribera oriental saludó el nuevo día con una descarga de mosquetes que traqueteó entre las casas de Fuentes de Oñoro, pero se apagó sin que hubiese ningún grito en respuesta. Sobre la cresta, los artilleros ingleses cortaban nuevas mechas y apilaban en las cajas de munición los proyectiles de metralla, pero ninguna infantería francesa parecía prepararse para avanzar desde los distantes árboles y ser beneficiaria de su trabajo. Una gran fuerza de caballería francesa cabalgaba hacia el sur por la llanura pantanosa y era seguida por los jinetes de la Legión Alemana del rey como si fueran su sombra, pero según iba subiendo el sol y los últimos jirones de niebla se evaporaban de las vegas, en su espera, los ingleses llegaron a la conclusión de que Masséna no estaba planeando ningún ataque

inmediato.

Dos horas después del amanecer, un *voltigeur* francés que estaba de piquete en la orilla este del arroyo hizo una tentativa de saludar al centinela inglés oculto, según él sabía, detrás de una valla derruida de la orilla oeste. No podía ver al soldado inglés, pero sí podía ver el humo azulado de su pipa.

—*Goddam!* —gritó, utilizando el apodo que aplicaban los franceses a todas las tropas inglesas—. *Goddam!*

—¿Franchute?

Un par de manos vacías aparecieron por encima del muro controlado por el francés. Nadie disparó, y un momento más tarde apareció un nervioso rostro con bigote. El francés sacó un cigarro sin encender e indicó por gestos que quería lumbre.

El piquete casaca verde salió de su escondite con el mismo recelo, pero al ver que ningún enemigo le disparaba, fue caminando hasta el puente de losas, y tendió su pipa de barro al francés por encima de un hueco.

—Aquí la tienes, franchutito.

El *voltigeur* caminó por el puente y se inclinó sobre la pipa, que usó para encender su cigarro. Después, le ofreció al fusilero un pedacito de salchichón. Los dos hombres fumaron en compañía, disfrutando del sol de primavera. Otros *voltigeurs* se desperezaban y se ponían de pie, igual que los casacas verdes se relajaban en sus posiciones. Unos hombres se quitaron las botas y se mojaron los pies en el arroyo.

En las calles de Fuentes de Oñoro los ingleses no podían relajarse, ocupados como estaban en llevarse a los muertos y a los heridos de los atestados callejones. Los hombres se cubrían la boca con trozos de tela para arrastrar los cuerpos ennegrecidos por la sangre e hinchados por el calor desde los montones que indicaban dónde había sido más encarnizada la lucha. A media mañana, el intercambio sobre el arroyo se volvió oficial, y una compañía de infantería francesa desarmada llegó para llevarse los cadáveres de los suyos al otro lado del puente, que había sido reparado con una plancha tomada del molino de agua de la orilla inglesa. Los carros destinados al transporte de heridos esperaban en el vado para llevar a sus hombres al improvisado hospital de campaña. Los vehículos habían sido construidos especialmente para transportar heridos, y tenían una amortiguación tan espléndida como la de los coches de los nobles en las ciudades. El ejército inglés prefería usar carros de granja que traqueteaban dolorosamente en el cuerpo de los heridos.

Un mayor francés se sentó a beber vino y a jugar al ajedrez con un capitán de casacas verdes en el jardín de la taberna. Fuera de la taberna una partida de fajina cargaba un carro de bueyes con los muertos que iban a ser subidos hasta la cresta y enterrados en una fosa común. Los jugadores de ajedrez arrugaron el ceño cuando se oyó bien alta una escandalosa explosión de risas, y el capitán inglés, molesto porque

la risa no parecía perder intensidad, fue hasta la entrada y le exigió una explicación a un sargento.

—Fue Mallory, señor —dijo el sargento, señalando a un avergonzado fusilero inglés que era el motivo de la diversión de ingleses y franceses—. El idiota se quedó dormido, señor, y los gabachos lo estaban cargando con los fiambres.

El mayor francés ganó una de las torres del inglés, y contó que una vez él mismo casi había enterrado a un hombre vivo.

—Ya estábamos echándole tierra a su tumba cuando estornudó. Eso fue en Italia. Ahora es sargento.

Puede que el capitán de rifles estuviera perdiendo aquella partida de ajedrez, pero decidió que no lo iban a superar en cuanto a anécdotas.

—Pues yo conocí a dos hombres que sobrevivieron a la horca en Tyburn —comentó—. Los bajaron del Cadalso demasiado pronto y vendieron sus cuerpos a los médicos. Los doctores pagan cinco guineas por un cadáver, o eso me han dicho, para poder mostrar sus malditas técnicas a los aprendices. Siempre hay una prisa indecorosa en torno a los cadalsos, pues la familia del ahorcado intenta bajar el cuerpo antes de que los doctores le pongan encima sus asquerosas manos, y allí no parece que haya ninguna autoridad para asegurarse de que el villano está bien muerto antes de que lo descuelguen. —Movié un alfil—. Supongo que sobornarán a las autoridades.

—Con la guillotina no se cometen esos errores —dijo el mayor mientras adelantaba un peón—. Es la muerte científica. Muy rápida y certera. Creo, de hecho, que es jaque mate.

—Maldita sea —dijo el inglés—, sí que lo es.

El mayor francés se guardó su juego de ajedrez. Sus peones eran balas de mosquete, debidamente talladas, la mitad de ellas encaladas y la otra mitad con su color natural; las piezas importantes estaban talladas en madera, y el tablero era un cuadrado de lienzo pintado en el que envolvía con cuidado las piezas.

—¿Tal vez podríamos jugar mañana otra vez?

En lo alto de la cresta, los ingleses observaron que las tropas francesas marchaban hacia el sur. Estaba claro que Masséna intentaría ahora sobrepasar el flanco derecho inglés, así que Wellington ordenó a la Séptima División que se desplegara hacia el sur, y reforzara de esta forma la poderosa fuerza de partisanos españoles que bloqueaba las carreteras necesarias para que los franceses hicieran avanzar su artillería como parte de su maniobra envolvente. El ejército de Wellington estaba ahora dividido en dos partes: la más numerosa, en la meseta de detrás de Fuentes de Oñoro, bloqueaba el acercamiento a Almeida, mientras que una sección más pequeña estaba a cuatro kilómetros hacia el sur, cerca de la carretera por la que los ingleses necesitarían retirarse si eran derrotados. Masséna se acercó un catalejo a su único ojo

para observar cómo marchaba hacia el sur la pequeña división inglesa. Se quedó esperando, para comprobar si la división se detenía antes de dejar la protección de la artillería inglesa de la meseta, pero las tropas siguieron marchando y marchando.

—Está cagándola —le dijo a un edecán mientras la Séptima División salía por fin del campo de tiro de la poderosa artillería inglesa. Masséna plegó el catalejo—. Monsieur Wellington la está cagando.

André Masséna había iniciado su carrera militar como recluta en las filas del ejército de Luis XVI, y ahora era mariscal de Francia, duque de Rivoli y príncipe de Essling. Los hombres lo llamaban «Su Majestad», aunque en el pasado había sido una rata portuaria medio muerta de hambre en la pequeña ciudad de Niza. También había tenido dos ojos, pero el emperador le había sacado uno de un tiro en un accidente de caza. Napoleón nunca reconocería su responsabilidad, pero tampoco el mariscal Masséna llegaría siquiera a soñar con culpar a su amado emperador por la pérdida de su ojo, pues debía su estatus real, y su alto rango militar al líder francés, que había reconocido las destrezas como soldado de aquella rata de puerto. Esas destrezas habían hecho famoso a André Masséna dentro del Imperio, pero su prestigio también había cruzado las fronteras de todo país civilizado. Había pisoteado Italia consiguiendo victoria tras victoria, había machacado a los rusos en las fronteras de Suiza y había hecho tragar una sangrienta derrota a las gargantas austríacas antes de Marengo. El mariscal André Masséna, duque de Rivoli y príncipe de Essling, no era un soldado guapo, pero por Dios que sabía luchar; por eso había sido enviado, a los cincuenta y dos años, a cobrarse los desastres que amenazaban a los ejércitos del emperador en España y Portugal.

Ahora, aquella rata portuaria convertida en príncipe veía, incrédulo, cómo el hueco entre las dos partes del ejército inglés se hacía aún más amplio. Por unos segundos, incluso jugueteó con la idea de que quizá los cuatro mil o cinco mil hombres de infantería que marchaban hacia el sur eran los regimientos irlandeses que el mayor Ducos se había comprometido a amotinar antes de la batalla, pero Masséna nunca había puesto demasiada esperanza en la estratagema de Ducos, y el hecho de que esos nueve batallones hicieran ondear sus colores mientras marchaban ponía aún más en duda esa posibilidad. En vez de eso, y como si fuera un milagro, daba la impresión de que los ingleses los estaban ofreciendo como sacrificio al aislarlos en la llanura del sur, donde estarían lejos de cualquier ayuda. Masséna observó al contingente hasta que los soldados enemigos se detuvieron por fin a poca distancia de un lejano pueblo hacia el sur. De acuerdo con su mapa, el pueblo se llamaba Nave de Haver y quedaba a cerca de ocho kilómetros de Fuentes de Oñoro.

—¿Nos estará engañando Wellington? —preguntó Masséna a un edecán.

El edecán se mostró tan sorprendido como su superior.

—¿Será que cree que puede derrotarnos sin ceñirse a las normas? —sugirió.

—Pues por la mañana le daremos una lección sobre las normas de la guerra. ¡Esperaba más de ese inglés! Mañana por la noche, Jean, tendremos a todas sus putas como si fueran nuestras, porque Wellington tiene putas, ¿verdad?

—No lo sé, Su Majestad.

—Pues entérese. Y asegúrese de que yo consiga la mejor de todas antes de que algún asqueroso granadero le pegue unas purgaciones, ¿me ha oído?

—Sí, Su Majestad —contestó rápidamente el edecán.

La pasión de su superior por las mujeres era tan infatigable como su apetito, y si la victoria llegaba mañana, tal como parecía, él tendría que ocuparse de satisfacerle.



A media tarde, era ya evidente que aquel día los franceses no iban a acercarse. Doblaron el número de piquetes de guardia, y todos los batallones mantuvieron al menos tres compañías preparadas para entrar en combate. Reunieron el ganado en la meseta y lo sacrificaron para la cena, trajeron pan de Vilar Formoso y se distribuyó la prescriptiva ración de ron.

El capitán Donaju solicitó y recibió permiso de Tarrant para llevarse a una veintena de hombres y asistir al entierro de lord Kiely, que estaba teniendo lugar a seis kilómetros de Fuentes de Oñoro. Hogan insistió en que además asistiera Sharpe, y Harper también quiso ir. Sharpe se sentía extraño en compañía de Hogan, especialmente porque el irlandés parecía ignorar alegremente su delicada situación ante la próxima comisión de investigación.

—Invité también a Runciman —le contó Hogan a Sharpe mientras recorrían el polvoriento camino al oeste de Vilar Formoso—, pero se ha negado a venir. Pobre hombre.

—¿Está mal, señor? —preguntó Sharpe.

—Está hundido —dijo Hogan con crueldad—. Sigue afirmando que no tuvo culpa de nada. Parece que no acaba de entender el porqué de todo esto.

—Y no la tuvo, ¿no es cierto? El porqué es que usted prefiere que el condenado Valverde esté contento.

Hogan sacudió la cabeza.

—Preferiría enterrar a Valverde, vivo mejor que muerto, pero lo que de verdad quiero es que Wellington sea generalísimo.

—¿Y me sacrificará por eso?

—¡Por supuesto! Todo soldado sabe que tendrá que perder hombres valiosos si quiere ganar un premio mayor. Además, ¿qué más le da a usted perder su rango? Podrá largarse, unirse a Teresa y convertirse en un famoso partisano: ¡El Fusilero! —Hogan sonrió jubiloso, y después se volvió hacia Harper—. ¿Sargento? ¿Me haría un gran favor y me concedería un momento de privacidad con el capitán Sharpe?

Obediente, Harper se adelantó a una distancia desde la que intentó enterarse de la conversación entre los dos oficiales, pero Hogan hablaba en voz baja, y la exclamación de sorpresa de su capitán no ofreció a Harper ninguna pista. Tampoco tuvo oportunidad de preguntar nada a Sharpe antes de que los tres oficiales doblaran una curva y se encontraran con los sirvientes de lord Kiely y los veinte hombres del capitán Donaju, de pie ante una tumba recién cavada en un huerto que colindaba con el cementerio. El padre Sarsfield había pagado a los enterradores del pueblo para que cavaran la fosa a unos pasos de la tierra consagrada; aunque las leyes de la Iglesia insistían en que los pecados de lord Kiely lo excluían a la fuerza de un entierro en terreno bendecido, Sarsfield creyó conveniente colocar el cuerpo lo más cerca que pudo de tierra consagrada, de modo que el día del Juicio Final el alma del exiliado irlandés no se viese totalmente privada de cristiana compañía.

Habían envuelto el cuerpo en una mortaja de sucio lienzo blanco. Cuatro hombres de la Real Compañía Irlandesa lo introdujeron en la profunda fosa; después Hogan, Sharpe y Harper se quitaron sus sombreros mientras el padre Sarsfield decía sus oraciones en latín. Luego se dirigió en inglés a los veinte guardias. Lord Kiely, dijo el sacerdote, había sufrido el pecado de orgullo, y ese orgullo no le había permitido resistir la decepción. Pero todos los irlandeses, dijo Sarsfield, tenían que aprender a vivir con la decepción, pues era una parte de su herencia tan segura como que las pavesas de una hoguera vuelan hacia arriba. Sin embargo, continuó, la respuesta adecuada a la decepción no era abandonar toda esperanza y renunciar al don de Dios que era la vida, sino mantener la esperanza bien encendida y brillante.

—Ni ustedes ni yo tenemos hogar —dijo a los entristecidos guardias—, pero algún día todos nosotros heredaremos nuestro hogar terrenal, y si a nosotros no nos es concedido, será para nuestros hijos o para los hijos de nuestros hijos. —El sacerdote quedó en silencio y bajó la mirada a la tumba—. Tampoco debe preocuparles que milord se suicidara —continuó por fin—. El suicidio es un pecado, pero en ocasiones la vida resulta tan insoportable que tenemos que arriesgarnos a cometer un pecado en vez de afrontar el horror. El propio Wolfe Tone hizo esa misma elección hace trece años. —La mención del patriota rebelde irlandés hizo que uno o dos de los guardias miraran fijamente a Sharpe, después volvieron a mirar al sacerdote, que siguió contando, con su voz suave y persuasiva, cómo Wolfe Tone estuvo prisionero en una mazmorra inglesa y cómo, antes de enfrentarse al cadalso del enemigo, decidió abrirse la garganta con un cortaplumas—. Puede que las razones de lord Kiely no fuesen tan puras como las de Tone —dijo Sarsfield—, pero no conocemos las razones que le llevaron a pecar y, en nuestra ignorancia, debemos por lo tanto rezar por su alma y perdonarle. —Había lágrimas en los ojos del sacerdote cuando tomó una pequeña ampolla de agua bendita del morral que tenía al lado y salpicó unas gotas sobre la solitaria tumba. Ofreció su bendición en latín y luego se retiró cuando los

guardias levantaron sus mosquetes para disparar una salva por encima de la fosa abierta. Los pájaros volaron asustados desde los árboles del huerto, describieron un círculo y volvieron a posarse mientras el humo se disipaba entre las ramas.

Hogan recobró el mando en cuanto sonaron los disparos. Insistió en que aún había peligro de un ataque francés al anochecer, por lo que todos los soldados debían regresar a la meseta.

—Yo iré enseguida —le dijo a Sharpe, y ordenó a los sirvientes de Kiely que regresaran al acuartelamiento del lord.

Los soldados y los sirvientes se fueron, y el sonido de sus pasos se perdió en el aire del atardecer. Hacía bochorno en el huerto en el que los dos enterradores esperaban con paciencia la señal para rellenar la fosa junto a la que Hogan estaba ahora, con el sombrero en la mano, mirando el cuerpo amortajado.

—Durante mucho tiempo —le dijo al padre Sarsfield—, he llevado un pastillero con tierra irlandesa, de modo que, si moría, descansaría con un poco de Irlanda para toda la eternidad. Pero creo que la he perdido, padre, y es una lástima, pues me hubiera gustado espolvorear un poquito de tierra de Irlanda sobre la tumba de lord Kiely.

—Generoso pensamiento, mayor —dijo Sarsfield.

Hogan miró de nuevo la mortaja de Kiely.

—Pobre hombre. He oído que tenía esperanzas de casarse con Juanita.

—Hablaban de eso —dijo secamente Sarsfield, en un tono que implicaba su desaprobación con respecto a ese enlace.

—Sin duda, la dama estará llorando su muerte —dijo Hogan, y luego volvió a ponerse el sombrero—. O puede que no esté lamentando nada en absoluto. ¿Ha oído eso de que volvió con los franceses? El capitán Sharpe dejó que se marchara. Ese hombre es un inútil con las mujeres, pero lady Juanita puede volver inútiles a los hombres con facilidad. Es lo que hizo con el pobre Kiely, ¿no cree? —Hogan se detuvo y después estornudó—. Jesús —dijo, mientras se sonaba la nariz y se enjugaba los ojos con un gran pañuelo rojo—. Y era una mujer terrible —continuó—. ¡Por Dios, decir que iba a casarse con Kiely mientras mantenía relaciones con el brigadier Guy Loup! ¿La fornicación es un pecado venial en estos tiempos?

—La fornicación, mayor, es un pecado mortal —Sarsfield sonrió—. Como sospecho que usted sabe muy bien.

—Alzar el grito al cielo en busca de venganza sí lo es, ¿no? —Hogan le devolvió la sonrisa, y luego volvió a mirar hacia la tumba. Las abejas zumbaban entre las flores del huerto por encima de la cabeza de Hogan—. Pero, ¿y fornicar con el enemigo, padre? —preguntó—. ¿Eso no es un pecado aún peor?

Sarsfield se quitó la estola del cuello, la besó y después dobló cuidadosamente la banda de tela.

—¿Por qué le preocupa tanto el alma de doña Juanita, mayor? —preguntó.

Hogan todavía estaba mirando el áspero sudario del muerto.

—Preferiría preocuparme por el alma de este pobre hombre. ¿Cree usted que fue el hecho de descubrir que su dama se estaba tirando a un gabacho lo que le indujo a... matarse?

Sarsfield se estremeció por la crudeza de Hogan.

—Si descubrió eso, mayor, es probable que no añadiera nada a su felicidad. Aunque no era un hombre que hubiera conocido muchos días felices, y rechazó la mano de la Iglesia.

—¿Y qué podría haber hecho la Iglesia? ¿Cambiar la naturaleza de esa zorra? —preguntó Hogan—. Y no me diga que doña Juanita de Elia no es una espía, padre, porque sé que lo es y usted sabe lo mismo que yo.

—¿Yo? —Sarsfield frunció el ceño con perplejidad.

—Usted, padre, lo sabe, y que Dios le perdone por ello. Juanita es una ramera y una espía, y es mejor ramera, creo yo, que espía. Pero era la única persona que tenía usted a mano, ¿no es cierto? Sin duda, usted hubiera preferido alguien menos extravagante, pero, ¿qué otra opción le quedaba? ¿O fue el mayor Ducos quien hizo la elección? Con todo, fue una mala elección, una gran equivocación. Juanita le falló a usted, padre. La encontramos cuando estaba intentando llevarle un buen montón de éstos —Hogan metió la mano en el bolsillo de su faldón y sacó uno de los periódicos falsificados que Sharpe había capturado en San Cristóbal—. Estaban envueltos en partituras de música sacra, padre, y yo pensé para mis adentros: «¿Por qué harían eso? ¿Por qué música de iglesia? ¿Por qué no otros periódicos?». Pero, por supuesto, si se encontraba con una patrulla y la registraban superficialmente, ¿quién iba a ver extraño que llevara una pila de salmos a un hombre de Dios?

Sarsfield miró el periódico, pero no lo cogió.

—Creo que quizá la congoja —dijo con cautela— ha trastornado su mente.

Hogan rió.

—¿Congoja por Kiely? La mínima, padre. Lo que sí debe haberme trastornado es todo el trabajo que he tenido que hacer estos últimos dos días. He leído mi correspondencia, padre, y proviene de todo tipo de extraños lugares. Alguna carta de Madrid, alguna de París, alguna incluso de Londres. ¿Le gustaría saber de qué me he enterado?

El padre Sarsfield estaba jugueteando con la estola, doblando y volviendo a doblar la banda de tela con bordados.

—Si insiste usted —dijo con cierta cautela.

Hogan sonrió.

—Oh, insisto, padre. Por supuesto que insistiré. Porque he estado pensando en ese tipo, Ducos, y en lo listo que todo el mundo dice que es, pero lo que de verdad me

preocupa es que ha puesto a otro tipo listo detrás de nuestras líneas, y yo me he devanado los sesos preguntándome tan sólo quién podría ser ese nuevo tipo listo. Y también me estaba preguntando, ya ve usted, por qué los primeros periódicos que llegaron a los regimientos irlandeses eran supuestamente de Filadelfia. Una elección muy extraña. ¿Me sigue?

—Continúe —dijo Sarsfield. La estola había quedado suelta, y él estaba doblándola meticulosamente de nuevo.

—Yo nunca he estado en Filadelfia —dijo Hogan—, aunque he oído que es una ciudad espléndida. ¿Quiere un pellizco de rapé, padre?

Sarsfield no respondió. Simplemente miró a Hogan y continuó doblando la tela.

—¿Por qué Filadelfia? —preguntó Hogan—. ¡Entonces caí en ello! En realidad no caí en nada en absoluto; un hombre de Londres me envió algo que me dio que pensar. En Londres toman nota de todas estas cosas. Lo tienen todo escrito en un libro inmenso, y una de las cosas escritas en ese libro inmenso es que fue en Filadelfia donde Wolfe Tone consiguió su carta de presentación al gobierno francés. También fue allí donde conoció a un fervoroso sacerdote llamado padre Mallon. Mallon era más un soldado que un sacerdote, y estaba haciendo todo lo que estaba al alcance de su mano para reclutar un ejército de voluntarios con el que combatir a los ingleses, pero como no estaba teniendo mucho éxito, decidió abandonar al grupo de Filadelfia. Tone era protestante, ¿verdad?, y nunca sintió mucho apego por los sacerdotes, pero Mallon le gustaba bastante, porque Mallon era un patriota irlandés antes que sacerdote. Y creo que Mallon también se hizo amigo de Tone, porque permaneció con él en todos los pasos del camino después de aquel encuentro inicial en Filadelfia. Fue a París con Tone, reclutó a los voluntarios con Tone, después zarpó a Irlanda con Tone. Navegó hasta llegar a Lough Swilly. Eso fue en 1798, padre, en caso de que lo haya olvidado, y nadie ha vuelto a saber de Mallon desde aquel día. El pobre Tone fue capturado y los casacas rojas recorrieron toda Irlanda buscando al padre Mallon, que por lo visto desapareció del mapa. ¿Está seguro de que no quiere un pellizco de rapé? Es Irish Blackguard^[1], muy difícil de encontrar.

—Preferiría un cigarro, si es que tiene usted uno —dijo Sarsfield tranquilamente.

—No tengo, padre, pero debería probar el rapé un día de estos. Es un buen remedio contra las fiebres, o eso decía siempre mi madre. A ver, ¿por dónde iba? Ah, sí, por el pobre padre Mallon huyendo de los ingleses. Estoy convencido de que consiguió pasar de nuevo a Francia, y pienso que desde allí fue enviado a España. Los franceses no podían usarlo contra los ingleses, al menos no hasta que los ingleses hubieran olvidado los sucesos del 98, pero Mallon sin duda también fue muy útil en España. Sospecho que conoció a la anciana lady Kiely en Madrid. ¡He oído que era una vieja bruja temible! Vivía para la Iglesia y para Irlanda, a pesar de que había visto demasiado de la primera y nunca había estado en la segunda. ¿Cree usted que Mallon

usó las influencias de ella mientras espiaba a los españoles para Bonaparte? Yo sospecho que sí, pero entonces los franceses asumieron el trono español y alguien debió de preguntarse dónde podría ser más útil emplear al padre Mallon; aunque sospecho que el padre Mallon suplicó a sus superiores franceses que lo emplearan contra el verdadero enemigo. Al fin y al cabo, ¿acaso algún inglés recordaría al padre Mallon por lo del 98? Ahora su cabello estaría blanco, sería un hombre diferente. Tal vez habría engordado unos kilos, como yo —Hogan se dio una palmadita en la barriga y sonrió.

El padre Sarsfield miró ceñudo su estola. Pareció sorprenderse de tener aún en las manos la Vestidura, así que la guardó con cuidado en el morral que llevaba colgado del hombro y después sacó una pequeña pistola con la misma delicadeza.

—Puede que el padre Mallon sea un hombre diferente —dijo mientras abría el rastrillo para comprobar que la pistola estuviera cebada—, pero me gustaría pensar que, si aún está vivo, seguirá siendo un gran patriota.

—Imagino que lo es —dijo Hogan, sin parecer preocupado por la pistola—. ¿Un hombre como Mallon? Su lealtad no cambiaría tanto como su pelo y su panza.

Sarsfield frunció el ceño al mirar a Hogan.

—¿Y usted no es un patriota, mayor?

—Quiero pensar que sí lo soy.

—Aun así, lucha por Inglaterra.

Hogan se encogió de hombros. La pistola del sacerdote estaba cargada y cebada, pero de momento la mano de Mallon no parecía sujetarla con premura. Hogan había mostrado sus cartas al sacerdote, unas cartas con las que esperaba ganar, aunque esta prueba de su victoria no producía placer alguno al mayor. De hecho, mientras se daba cuenta de que su triunfo se hacía patente, la ironía de Hogan se fue tiñendo de amargura.

—Me preocupa la lealtad —dijo Hogan—, se lo aseguro. A veces me quedo despierto en la cama y me pregunto si tengo razón al pensar que lo mejor para Irlanda es ser parte de Gran Bretaña. Pero sí sé una cosa, padre, y es que no quiero ser gobernado por Bonaparte. Tal vez no sea un hombre tan bravo como Wolfe Tone, pero tampoco estuve nunca de acuerdo con sus ideas. Usted sí, padre, y lo admiro por eso, pero no es ésa la razón por la que va usted a morir. La razón por la que va a morir, padre, no radica en que usted luche por Irlanda, sino en que lucha prestando apoyo a Napoleón. Esa diferencia es nefasta.

Sarsfield sonrió.

—¿Yo voy a morir? —preguntó con un gesto divertido.

Amartilló su pistola y luego apuntó con ella a la cabeza de Hogan.

El sonido del disparo retumbó en todo el huerto. Los dos enterradores se sobresaltaron aterrorizados, mientras el humo se elevaba desde el seto desde el que el

asesino había disparado, a sólo veinte pasos de donde discutían Hogan y Sarsfield. Ahora el sacerdote estaba tirado sobre el montón de tierra excavada; su cuerpo aún se estremeció un par de veces, y finalmente, con un suspiro, quedó inmóvil.

Sharpe se incorporó desde detrás del seto y se acercó a la tumba para ver que su bala había ido justo a donde él había apuntado, directa al corazón del hombre ahora muerto. Bajó la vista hacia el sacerdote, y se dio cuenta de lo oscura que se veía la sangre sobre la tela de la sotana. Una mosca ya se había posado allí.

—Me caía bien —le dijo a Hogan.

—Está permitido, Richard —dijo Hogan. El mayor estaba alterado y pálido, tan pálido que por unos momentos parecía estar a punto de desvanecerse—. Una de las mayores autoridades de la humanidad nos exige que amemos a nuestros enemigos, pero no dice nada sobre que ellos dejen de ser nuestros enemigos sólo porque los amemos. Tampoco me acuerdo de ningún mandamiento específico en las Sagradas Escrituras contrario a disparar al corazón de nuestros enemigos —Hogan se detuvo y de repente su ligereza habitual pareció abandonarle—. A mí también me caía bien —dijo simplemente.

—Pero iba a dispararle —dijo Sharpe. En su conversación privada con Sharpe de camino al entierro, Hogan había advertido al fusilero de lo que podía suceder; Sharpe reaccionó mostrando sus dudas: no podía creer que Sarsfield fuera el legendario padre Mallon. Aun así, desde su escondite en el seto tuvo que acabar aceptándolo, y entonces hizo su parte.

—Merecía una muerte mejor —dijo Hogan, antes de empujar el cadáver con el pie y arrojarlo a la fosa. El cuerpo del sacerdote aterrizó de manera extraña, de manera que parecía como si estuviera sentado sobre la amortajada cabeza del cadáver de Kiely. Hogan lanzó el periódico falsificado sobre el cuerpo, después sacó una cajita redonda de su bolsillo.

—Ese certero disparo no cambiará las cosas para usted, Richard —dijo Hogan con severidad mientras abría la tapa de la cajita—. Digamos que por ahora le perdono el haber dejado escapar a Juanita. Ese daño ha sido reparado. Pero su sacrificio es aún necesario para conseguir la aquiescencia de los españoles con respecto a Wellington.

—Sí, señor —dijo Sharpe resentido.

Hogan captó el resentimiento en la voz del fusilero.

—Por supuesto que la vida no es justa, Richard. Pregúntele a él. —Indicó con un gesto al canoso sacerdote muerto, y después espolvoreó el contenido de su cajita sobre la raída y ensangrentada sotana.

—¿Qué es eso? —preguntó Sharpe.

—Tierra, Richard, sólo tierra. Nada importante —Hogan tiró el pastillero vacío sobre los dos cuerpos, después llamó a los enterradores—. Era un afrancesado —les dijo en portugués, seguro de que tal explicación haría que estuvieran de acuerdo con

la ejecución que acababan de presenciar. Dio una moneda a cada uno y se quedó observando cómo cubrían con tierra la doble tumba.

Hogan emprendió con Sharpe el camino de vuelta a Fuentes de Oñoro.

—¿Dónde está Patrick? —preguntó el mayor.

—Le dije que esperara en Vilar Formoso.

—¿En la posada?

—Sí. Donde conocí a Runciman.

—Bien. Necesito emborracharme, Richard —Hogan parecía desamparado, como si estuviera a punto de llorar—. Un testigo menos de su confesión en San Isidro, ¿no le parece? —añadió con una triste sonrisa.

—No lo hice por eso, mayor —protestó Sharpe.

—Usted no hizo nada, Richard, nada en absoluto —Hogan habló con encono—. Lo que ha sucedido en ese huerto no ha sucedido nunca. Usted no vio nada, no oyó nada y no hizo nada. El padre Sarsfield está vivo, Dios sabe dónde, y su desaparición se convertirá en un misterio que nunca será explicado. O tal vez lo cierto es que el padre Sarsfield nunca existió, Richard, en cuyo caso usted no pudo haberlo matado, ¿no cree? Así que no diga ni una sola palabra más sobre esto, ni una sola. —Respiró hondo y luego miró hace el cielo azul de la tarde, en el que no se apreciaba rastro alguno de humo de pólvora—. Los franceses nos han concedido un día de paz, así que celebrémoslo emborrachándonos hasta los tuétanos. Y mañana, que Dios asista a los pobres pecadores, lucharemos.



El sol se hundió entre las capas de nubes del oeste, haciendo que el cielo pareciera cargado de gloria. Por un momento, las sombras de los cañones ingleses se volvieron monstruosas en la llanura, mientras se extendían hacia los árboles y el ejército francés, y fue entonces, en los minutos en que la luz agonizaba, cuando Sharpe apoyó su catalejo sobre el lomo frío de un cañón de nueve libras y recorrió con la lente las tierras bajas hasta que pudo ver a los soldados enemigos alrededor de sus fogatas. No era la primera vez aquel día que inspeccionaba las líneas enemigas a través del cristal. Había pasado toda la mañana moviéndose sin descanso entre el parque de munición y la línea de artillería, desde donde había observado meticulosamente al enemigo, y ahora, al volver de Vilar Formoso con el estómago revuelto y la cabeza atontada por el exceso de vino, miró una vez más las líneas de Masséna.

—No van a venir ahora —dijo un teniente de artilleros, creyendo que el capitán de rifles temía un asalto al anochecer—. A los franchutes no les gusta luchar de noche.

—No —admitió Sharpe—, no vendrán por ahora. —Pero mantuvo el ojo pegado a su catalejo mientras recorría con él, centímetro a centímetro, la sombría línea de

árboles y hogueras y hombres. Y entonces, de repente, detuvo el catalejo.

Acababa de verlos uniformes grises. Finalmente, era cierto: Loup estaba aquí, y su brigada era parte del ejército de Masséna, que había pasado el día preparándose para el ataque que sin duda arrancarían en cuanto volviera el sol.

Sharpe observó a su enemigo, después se apartó del cañón y plegó el catalejo. La cabeza le daba vueltas por los efectos del vino, pero no estaba tan borracho como para no sentir un estremecimiento de temor cuando pensó en la ingente cantidad de soldados que atravesarían aquellos campos marcados por los cañonazos en cuanto el siguiente sol brillara sobre España.

Mañana.

CAPÍTULO 9

Los jinetes salieron de la bruma como criaturas de pesadilla. Los franceses montaban grandes caballos que galopaban a través del pantanal, haciendo estallar el agua con cada zancada. Poco después, los escuadrones que iban a la cabeza llegaron a la elevación cercana al pueblo de Nave de Haver donde los partisanos españoles estaban acampados, y el sonido de los cascos de la caballería francesa se convirtió en un estruendo que hizo temblar hasta la tierra. Un clarín animaba a los jinetes. Amanecía, y el sol era un bajo disco plateado en el banco de niebla que velaba los campos orientales desde los que estaba llegando la muerte.

Los centinelas españoles dispararon una apresurada descarga, y luego se retiraron ante la abrumadora superioridad numérica del enemigo. Algunos de los partisanos estaban dormidos tras haber montado guardia toda la noche, y se despertaron justo a tiempo para salir dando tumbos de sus casas requisadas y caer bajo golpes de espadas y cuchilladas de lanzas. La brigada partisana se había desplegado en Nave de Haver para vigilar el flanco sur de los aliados, y nadie esperaba que tuvieran que hacer frente a un ataque francés de semejantes dimensiones, pero ahora los dragones llegaban en tropel por las callejas y destrozaban con sus enormes caballos los jardines y los huertos que había junto a aquel lejano grupo de casas al sur de Fuentes de Oñoro. El comandante partisano gritó a sus hombres que se retiraran, pero los franceses entraron en tropel cuando aquéllos, desesperados, intentaban llegar a sus aterrorizados caballos. De modo que muchos de los hombres, en vez de retirarse, corrieron hacia el enemigo con todo el odio desatado de los guerrilleros. La sangre corría por las calles y salpicaba los muros de las casas. Una calle quedó bloqueada cuando un partisano disparó al caballo de un dragón y la bestia se derrumbó golpeando el empedrado. El español acuchilló con su bayoneta al jinete, y en un instante fue arrollado por un segundo caballo, que incapaz de detener su embestida, tropezó y cayó sobre los cadáveres ensangrentados. Un grupo de españoles se lanzó a su vez sobre el segundo caballo y su jinete. Cuchillos y espadas cayeron sobre él, después otros partisanos se apostaron sobre las bestias moribundas y llenas de sangre para disparar a los jinetes que habían quedado atrapados en aquel *cul-de-sac*. Más franceses cayeron de sus sillas, hasta que una tropa de lanceros entró en la calle por detrás de los defensores españoles y bajaron las puntas de sus lanzas a la altura de la cintura mientras los caballos reculaban. Los españoles, atrapados entre dragones y lanceros, intentaron contraatacar, pero ahora era el turno de los franceses, que se cebaron sin piedad, diezmando al piquete de españoles. Unos pocos partisanos escaparon por las casas, pero sólo para encontrarse con que las calles a las que daban las puertas traseras también estaban llenas de jinetes con brillantes uniformes y sedientos de sangre, a quienes las frenéticas y entusiastas notas de los clarines

animaban a continuar la masacre.

La mayoría de los españoles que defendían Nave de Haver huyeron hacia la niebla al oeste del pueblo, donde fueron perseguidos por los *cuirassiers*, con sus cascos de penachos negros y sus refulgentes petos. Los espadones caían como hachas de carnicero; golpes así podían dejar tullido a un caballo o aplastarle el cráneo a un hombre. Al norte y al sur de los *cuirassiers*, tropas ligeras de *chasseurs à cheval* galopaban como en una carrera de obstáculos para aislar a los españoles. Hacían resonar sus cuernos de caza. Los *chasseurs* llevaban sables curvos y ligeros que producían graves heridas en la cabeza y los hombros de sus enemigos. Los españoles desmontados se tambaleaban agonizantes por los prados, y eran derribados por jinetes que practicaban sus estocadas o su destreza con las lanzas.

Mientras tanto, en el pueblo, dragones desmontados registraban las casas y las cuadras de Nave de Haver, y disparaban a los supervivientes con carabinas o pistolas. Un pequeño grupo de partisanos se hizo fuerte en la iglesia, pero los dragones se abrieron paso por la puerta y cayeron con sus espadas sobre los defensores. Era domingo por la mañana, y el sacerdote había tenido la esperanza de poder decir una misa por las tropas españolas, pero ahora estaba muerto junto con su congregación, mientras los franceses saqueaban la pequeña y ensangrentada iglesia en busca de bandejas y candelabros.

Una partida de faena francesa empezó a arrastrar los cuerpos fuera de la calle principal del pueblo para que su artillería pudiera cruzarla. Tuvieron que trabajar duro más de media hora hasta que los cañones pudieron pasar traqueteando entre las casas con sus paredes encaladas salpicadas de sangre; cañones de seis libras arrastrados por caballos que guiaban artilleros con resplandecientes uniformes dorados y azules. Detrás llegaban cañones más grandes, pero la artillería montada encabezaría el ataque sobre el siguiente pueblo río arriba, donde la Séptima División inglesa había asentado su posición. Las columnas de infantería seguían a la artillería montada, batallón tras batallón, marchando bajo sus deslumbrantes águilas. La bruma se retiró para mostrar un pueblo ensangrentado y humeante por los fuegos abandonados en las cocinas. Los victoriosos dragones estaban montando otra vez sus caballos para unirse a la persecución. Algunos de los soldados de infantería intentaron marchar a través del pueblo, pero los oficiales del Estado Mayor les obligaron a rodear Nave de Haver por su flanco sur para que ninguno de los batallones se retrasara en un saqueo menor. Los primeros edecanes galoparon de vuelta al cuartel general de Masséna para decirle que Nave de Haver había caído, y que el pueblo de Poço Velho, a menos de tres kilómetros río arriba, ya estaba bajo fuego de artillería. Una segunda división de infantería marchaba para servir de apoyo a los hombres que ya estaban rodeando el flanco sur de los aliados y ahora marchaban hacia el norte, hacia la carretera que llevaba de Fuentes de Oñoro a los vados que cruzaban el río Coa.

Ante los huertos de Fuentes de Oñoro las principales baterías de cañones franceses abrieron fuego de nuevo. Los cañones habían sido arrastrados hasta el borde de la arboleda, y habían sido aspillerados toscamente con troncos caídos para dar cierta protección a sus equipos frente a las baterías inglesas de la cresta. Los franceses disparaban proyectiles comunes, bolas de hierro con una mecha que hacía estallar la carcasa y arrojaba sus fragmentos sobre la meseta, mientras que los cañones cortos de los obuses lanzaban sus balas en las calles destruidas de Fuentes de Oñoro, llenando el lugar con el hedor de la pólvora quemada y el repiqueteo del hierro reventado. Durante la noche, una batería mixta de cañones de cuatro y seis libras había sido desplegada en los jardines y casas de la orilla este, y ahora esos cañones abrían fuego con tiros redondos con un pronunciado ángulo de caída, que impactaban con virulencia en los muros de protección de los defensores. Los *voltigeurs* de los jardines disparaban a las aspilleras de los ingleses, y lanzaban vítores cuando un cañonazo derrumbaba un tramo de muro o hundía un tejado ya roto sobre una habitación llena de casacas rojas acurrucados. Un proyectil prendió fuego a un techado de paja derribado y las llamas crepitaron, extendiendo su espeso humo por la parte alta del pueblo, donde los fusileros se parapetaban tras las lápidas del cementerio. Los cañonazos franceses llegaban a la zona de las sepulturas, hacían saltar las lápidas y removían la tierra alrededor de las tumbas, por lo que parecía que una piara de cerdos monstruosos hubiese estado hozando en el suelo para alcanzar a los muertos enterrados.

Los cañones ingleses devolvían esporádicamente el fuego. Reservaban el grueso de su munición para el momento en que las columnas francesas se lanzaran a través del llano en dirección al pueblo, aunque de vez en cuando una bala de metralla explotaba sobre la línea de árboles y hacía que los artilleros franceses se agacharan y maldijeran. Uno a uno, los cañones franceses fueron cambiando su blanco, de la cresta al pueblo en llamas, donde la creciente humareda daba pruebas del daño infligido. Detrás de la cresta, los batallones de casacas rojas escuchaban los cañonazos y rezaban por que no les ordenaran bajar a aquel infierno de fuego y humo. Los capellanes alzaban la voz por encima de los disparos de los cañones, mientras leían la oración matinal a los inquietos batallones. Había consuelo en aquellas viejas palabras, aunque hubo sargentos que llamaron al orden a sus hombres cuando éstos se burlaron por aquella línea de la epístola del día que conminaba a la congregación a abstenerse de la lujuria de la carne. Después rezaron por Su Majestad el rey, por la familia real y por el clero, y sólo entonces algunos capellanes añadieron una oración para que Dios preservara la vida de sus soldados en aquel día sagrado en la frontera hispano-portuguesa.

A cinco kilómetros al sur de Fuentes de Oñoro, *cuirassiers*, *chasseurs*, lanceros y dragones se dieron de bruces con una fuerza de dragones ingleses y húsares

alemanes. Los jinetes chocaron en una repentina y sangrienta refriega. Los caballos aliados estaban en desventaja numérica, pero estaban bien formados y luchaban contra una fuerza enemiga desplegada por el entusiasmo de la persecución. Los franceses flaquearon y luego emprendieron la retirada, pero a ambos flancos de los escuadrones aliados otros jinetes franceses pasaron a la carrera encaminándose al lugar donde dos batallones de infantería, uno inglés y otro portugués, esperaban tras los muros y setos de Poço Velho. La caballería inglesa y alemana, temiendo ser rodeada, intentó enseguida interceptar el ataque, pero los excitados caballos franceses los ignoraban y cargaban contra los que defendían el pueblo.

—¡Fuego! —gritó un coronel *caçador*, y, de inmediato, irregulares ráfagas de humo relampaguearon desde los jardines vallados. Cayeron varios caballos entre relinchos, y los hombres eran arrancados de las sillas por las balas de mosquete y rifle, que atravesaban los petos de metal de los *cuirassiers*. Se oyó una frenética llamada de trompeta, y la carga de los caballos franceses se detuvo, dio la vuelta y se alejó para volver a formar, dejando detrás un enredo de caballos nerviosos y hombres sangrando. Llegaban más jinetes franceses para unirse al ataque: guardias imperiales montados en poderosas monturas y armados con carabinas y espadas, mientras más allá de la caballería la avanzadilla de artillería a pie desplegaba sus cañones en los prados y abría fuego para añadir sus proyectiles más pesados a los de los cañones de seis libras de la artillería montada. Las primeras balas del cañón de doce libras se quedaron cortas, pero las siguientes andanadas castigaron a los defensores de Poço Velho y abrieron grandes huecos en sus muros de protección. La caballería francesa se había apartado a un lado para formar de nuevo sus filas y despejar el camino para la infantería, que apareció ahora detrás de los cañones. Los batallones formaron en dos columnas de ataque que avanzarían como una marea humana hacia la delgada línea de los aliados en Poço Velho. Los tamborileros franceses ajustaban la piel de sus tambores, mientras más allá de Poço Velho los siete batallones restantes de la Séptima División inglesa esperaban el ataque que inspirarían los redobles. La artillería montada cuidaba de los flancos de la infantería, pero los franceses estaban trayendo aún más caballos y aún más cañones contra los aislados defensores. La caballería inglesa y alemana, que había sido alejada hacia el oeste, trotaba ahora en un amplio círculo para reunirse con la asediada Séptima División.

Los hostigadores franceses empezaron a correr delante de las columnas de ataque. Levantaron pequeñas cortinas de agua al atravesar un riachuelo, pasaron la línea de cañones de artillería y corrieron hacia el lugar donde los caballos muertos y los hombres malheridos marcaban el límite del primer ataque de caballería. Allí los hostigadores se separaron en parejas para abrir fuego. Hostigadores ingleses y portugueses se enfrentaron a ellos, y el crepitar de mosquetes y rifles atravesó los campos encharcados hasta el lugar desde el que Wellington miraba ansioso hacia el

sur. A sus pies, el pueblo de Fuentes de Oñoro era una escombrera humeante machacada por continuos cañonazos, pero su mirada siempre se dirigía hacia el sur, adonde había enviado a su Séptima División, más allá de la protección del rango de tiro de los cañones ingleses de la meseta.

Wellington había cometido un error, y lo sabía. Su ejército se había partido en dos y el enemigo amenazaba con aplastar la más pequeña de las dos partes. Los mensajeros le trajeron noticias sobre una pequeña fuerza española que había sido derrotada, y después del número cada vez mayor de soldados de infantería francesa que cruzaban el arroyo en Nave de Haver para unirse al ataque contra los nueve batallones de la Séptima División. Al menos dos divisiones francesas habían marchado hacia el sur para aquel ataque, y cada una de esas divisiones era más fuerte que la recién formada y aún poco poderosa Séptima División, que no sólo estaba bajo el ataque de la infantería, sino que también parecía sufrir el asalto de todos los jinetes franceses que había en la Península.

Los oficiales de infantería francesa ordenaron que las columnas avanzasen, y los tamborileros respondiendo tocando el *pas de charge* con desenfrenada energía. El ataque francés había sometido Nave de Haver, había barrido a la caballería aliada, y ahora tenía que mantener el impulso si quería aniquilar el flanco derecho de Wellington. Sólo entonces podría lanzarse un ataque victorioso contra la retaguardia de la fuerza principal de Wellington, mientras el resto del ejército francés seguía machacando sus dañadas defensas en Fuentes de Oñoro.

Los *voltigeurs*, superiores en número, hicieron retroceder a los hostigadores aliados, que corrieron para unirse a la principal línea defensiva, ahora hecha trizas y jirones por la metralla francesa. Los heridos gateaban de vuelta a las callejuelas de Poço Velho, donde intentaban encontrar algún tipo de protección contra la terrible tormenta de metralla. Los hombres de la caballería francesa esperaban a los costados del pueblo; esperaban con sus espadas y sus lanzas para caer sobre los destrozados fugitivos, que pronto tendrían que correr en masa alejándose del ataque de las columnas.

—*Vive l'Empereur!* —gritaban los atacantes. La niebla se había disipado ya, siendo reemplazada por la clara luz del sol que resplandecía en miles de bayonetas francesas. El sol cegaba a los defensores, con un brillo deslumbrante, y las enormes y oscuras formas de las columnas francesas que pisoteaban los campos al ritmo de tambores y gritos, y el estruendo de las botas en marcha, parecían agigantarse en su indefinición. Los *voltigeurs* empezaron a disparar contra la línea principal de ingleses y portugueses. Los sargentos gritaron para que cerraran filas, después miraron nerviosos a la caballería enemiga que esperaba para cargar desde los flancos.

Los batallones ingleses y portugueses se cerraban hacia el centro, mientras muertos y heridos abandonaban las filas.

—¡Fuego! —ordenó el coronel inglés, y sus hombres comenzaron a disparar ráfagas a través de la humareda, que subía y bajaba a lo largo de la línea cuando las compañías disparaban por turnos. El batallón portugués continuó con las descargas, de forma que toda la parte occidental del pueblo se encendió por las llamaradas. Cayeron hombres en las primeras posiciones de las columnas francesas, y éstas se dividieron para que las filas pudiesen rodear a muertos y heridos, volviéndose a cerrar de inmediato: los entusiasmados franceses seguían avanzando impasibles. Las descargas inglesas y portuguesas se hicieron más irregulares cuando los oficiales permitieron que sus hombres dispararan nada más cargar. La espesa humareda se cernía sobre el pueblo. Un cañón móvil francés fue desplegado en el flanco norte y barrió con un disparo las filas de los *caçadores*. Los tamborileros interrumpieron el *pas de charge* y las columnas dejaron escapar su grito de guerra: «*Vive l'Empereur!*». Después los tambores arrancaron de nuevo, redoblando aún más deprisa, mientras las columnas arrasaban a su paso los delicados huertos de las afueras. Otro cañonazo cayó desde el norte, masacrando las líneas enemigas.

—¡Retirada! ¡Retirada! —Los dos batallones no tenían posibilidades de defender aquel lugar, así que, casi superados por el enemigo, los casacas rojas y los portugueses corrieron en retirada a través del pueblo, un lugar pobre con una diminuta iglesia no más grande que una capillita. Las compañías de granaderos de ambos batallones formaron filas al lado de la iglesia. Las baquetas empezaron a raspar el interior de los cañones. Los franceses ya estaban en las calles, sus columnas se estaban desperdigando mientras la infantería se abría su propio camino por callejones y jardines. La caballería cerraba su abrazo mortal sobre los flancos del pueblo, en busca de soldados en desbandada para cargar contra ellos y diezmarlos. Los primeros atacantes franceses ya estaban a la vista de la iglesia, y un oficial portugués dio la orden de disparar. Las dos compañías descargaron una andanada que bloqueó la angosta calleja con heridos y cadáveres franceses.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó el oficial portugués—. ¡Vigilen los flancos!

Un proyectil destrozó parte del tejado de la iglesia, haciendo caer una lluvia de pedazos de tejas sobre los granaderos en retirada. La infantería francesa apareció en un callejón y se desplegó para formar una improvisada línea de fuego que tumbó a dos *caçadores* y un casaca roja. La mayor parte de los dos batallones ya había salido del pueblo y se retiraba hacia donde los otros siete batallones habían formado en cuadro para detener el movimiento envolvente de la caballería francesa. Esa misma caballería temía que su presa se le escapara, y algunos de los jinetes cargaron apresuradamente contra la guarnición en retirada de Poço Velho.

—¡Reunión! ¡Reunión! —gritó un oficial de casacas rojas cuando vio que un escuadrón de *cuirassiers* daba la vuelta para cargar contra sus hombres. Su compañía se unió a la formación en cuadro, una acumulación de hombres formando un

obstáculo lo bastante grande como para detener la carga de un caballo—. ¡No abran fuego! ¡Dejen que esos cabrones se acerquen!

—¡Déjelo ahí donde está! —gritó un sargento cuando un hombre intentó salir del cuadro para auxiliar a un compañero herido.

—¡En cuadro! ¡En cuadro! —gritó otro capitán, y sus hombres se reunieron en un precipitado cuadro—. ¡Fuego! —Cerca de un tercio de sus hombres tenían sus armas cargadas, y dispararon una descarga irregular que hizo que un caballo relinchara y retrocediera. El jinete cayó a tierra pesadamente, arrastrado por todo el peso de su peto y armadura trasera. Otro jinete cabalgó alejándose de las balas de mosquete y pasó a galope tendido por el frente de la formación. Un casaca roja se abalanzó para atacar al francés con su bayoneta, pero el jinete se inclinó alejándose de la silla y gritó triunfante al tiempo que daba un tajo con su espada en el rostro del soldado de infantería.

—¡Maldito imbécil, Smithers! ¡Es usted un maldito imbécil! —gritó el capitán al casaca roja, ahora medio ciego, que gritaba y se agarraba el rostro, convertido en una máscara de sangre.

—¡Atrás! ¡Atrás! —apremiaba el coronel portugués a sus hombres. La infantería francesa había atravesado el pueblo y ahora estaba formando una columna de ataque en su extremo norte. Un cañón móvil inglés disparó hacia ellos, y la bala rebotó en el suelo y se elevó para acabar empotrándose en las casas del pueblo.

—*Vive l'Empereur!* —gritó un coronel francés, y los tamborileros empezaron a tocar el temido *pas de charge* que haría avanzar a la infantería del emperador. Los dos batallones aliados corrieron en grupos por los campos, perseguidos por las avanzadillas de infantería y hostigados por los jinetes. Un pequeño grupo cayó bajo las armas de los lanceros, otro fue presa del pánico y corrió hacia los cuadros, sólo para ser cazado por dragones que sostenían sus espadas como si fueran lanzas para apuñalar a los casacas rojas por la espalda. Las dos grandes masas de jinetes eran las que habían acosado a los portaestandartes, esperando la primera señal de pánico que abriera la apretada formación de infantería para permitir una carga atronadora. Los estandartes de los dos batallones eran señuelos para la gloria, trofeos que harían famosos a sus captores por toda Francia. Los dos juegos de estandartes estaban rodeados por bayonetas y los defendían sargentos con espontones, las largas y pesadas picas con cabeza de lanza ideadas para matar a cualquier caballo u hombre que se atreviese a intentar capturar los trofeos de seda con flecos.

—¡En marcha! ¡En marcha! —gritó el coronel inglés a sus hombres—. ¡Mantengan la formación, muchachos, manténganla! —Y sus hombres se abrieron camino con firmeza hacia el este, mientras la caballería hacía amagos de carga con la intención de forzarles a disparar. Una vez que se hubiera disparado la descarga, los lanceros encabezarían una auténtica carga que podría superar las bayonetas de la

infantería y los descargados mosquetes, para matar a las filas exteriores de los defensores—. No disparen, muchachos, no disparen —gritó el coronel. Sus hombres pasaron cerca de uno de los afloramientos de roca que tachonaban la llanura, y por unos segundos parecía que los casacas rojas se aferraban a aquel pedacito de terreno elevado, como si la piedra cubierta de líquen les ofreciera un refugio seguro; después, los oficiales y sargentos les hicieron avanzar hacia la siguiente pradera. Un territorio abierto como aquél era una bendición del cielo para los jinetes, terreno perfecto para que un soldado de caballería se entregara a la matanza.

Los dragones habían desenfundado sus carabinas para abrir fuego contra los portaestandartes. Otros jinetes disparaban con pistolas. Quedaba un rastro sangriento tras la marcha de casacas rojas y *caçadores*. La apresurada infantería francesa gritaba a sus propios jinetes que despejaran una línea de fuego, de modo que una ráfaga de mosquetes pudiera derribar a los desafiantes portaestandartes, pero los jinetes no renunciarían a la gloria de capturar un estandarte enemigo por unos soldados a pie, así que rodearon las banderas e impidieron el fuego de infantería que podría haber arrollado a los infantes aliados en retirada. Entre los ingleses y los portugueses, los francotiradores eligieron sus objetivos, dispararon y después recargaron sin dejar de caminar. Los dos batallones habían perdido todo el orden; ya no había filas ni líneas, sino hombres desesperados que se apiñaban, pues sabían que la salvación residía en permanecer bien juntos, mientras se retiraban poco a poco hacia la dudosa protección que ofrecían los restantes batallones de la Séptima División, aún formados en cuadro y horrorizados testigos del hirviente torbellino de caballería y humo de cañonazos que poco a poco se acercaba cada vez más.

—¡Fuego! —gritó una voz desde uno de aquellos batallones, y el frente de uno de los cuadros se inundó de humo para destruir a una ansiosa tropa de *chasseurs* armados con sables. En su retirada, la infantería se había acercado a los otros batallones, y los jinetes vieron cómo se esfumaba su oportunidad inicial de alcanzar la fama.

Unos *cuirassiers* se apretaron bien las correas de sus espadas, se dieron ánimo unos a otros y después picaron espuelas a sus grandes caballos para salir a galope tendido cuando un trompeta lanzó la carga con sus notas aceradas. Cabalgaron pegados unos a otros, en una falange de acero y carne de caballo pensada para derribar a los protectores de los estandartes más cercanos, y que así iban a ser sacrificados como ganado. Era una lotería: cincuenta jinetes contra doscientos hombres aterrorizados, y si los jinetes conseguían romper el cuadro en marcha, uno de los *cuirassiers* supervivientes cabalgaría hasta llegar junto al mariscal Masséna con un estandarte del rey Jorge, y otro llevaría los restos chamuscados por las balas del pendón amarillo del 85.º, y ambos se harían famosos.

—Línea de frente, ¡de rodillas! —gritó el coronel del 85.º.

—¡Apunten! ¡Esperen! —gritó un capitán—. ¡No se impacienten! ¡Esperen!

Los casacas rojas eran de Buckinghamshire. Unos habían sido reclutados en las granjas de los Chilterns y de los pueblos del valle de Aylesbury, aunque la mayoría provenía de las fétidas barriadas y pestilentes prisiones de Londres, que se extendían por el condado del extremo sur. Ahora sus bocas estaban secas por la pólvora salada de los cartuchos que llevaban mordiendo toda la mañana, y su batalla se había reducido a una terrorífica franja de una tierra extranjera rodeada por un enemigo triunfante, enloquecido y salvaje. Pero todos los hombres del 85.º sabían que podían ser las últimas tropas inglesas con vida, y ahora se enfrentaban a los caballos del emperador, que cargaban contra ellos con hombres con penachos armados con inmensas espadas. Detrás de los *cuirassiers* venía una turbamulta de lanceros, dragones y *chasseurs* para no dejar escapar a los restos de la formación en cuadro que cuidaba de los estandartes. Un francés lanzó su grito de guerra mientras clavaba sus espuelas con fuerza en los flancos de su caballo y, justo cuando parecía que para los casacas rojas era demasiado tarde, su coronel dio la orden.

—¡Fuego!

Los caballos se vinieron abajo en una ensangrentada agonía. Un caballo y su jinete sin vida siguieron avanzando, aunque en un instante pasaron de ser los más impresionantes carniceros de guerra a una carnaza con ropa de más; pero aquella carne aún podía aplastar el frente del cuadro sólo con su peso muerto. Cayó todo el frente de la carga de caballería, esparciendo su sangre por la hierba. Los jinetes gritaban al ser aplastados por sus propios caballos. Los que venían detrás no pudieron esquivar la carnicería que tenían delante, y la segunda fila aplastó los restos agitados de la primera, con los caballos relinchando al romperse las patas y cayendo hasta deslizarse a sólo unos metros del humo de los disparos ingleses.

El resto de la carga quedó bloqueada por el horror que tenían delante, de modo que se dividieron en dos grupos de jinetes que pasaron galopando sin causar daño junto a los flancos del cuadro en marcha. Los casacas rojas dispararon a la caballería mientras ésta pasaba, y así terminó aquella ominosa carga, y el coronel ordenó a sus hombres que siguieran avanzando hacia el oeste.

—¡En formación, muchachos, en formación! —gritaba. Un hombre salió corriendo y arrancó un casco empenachado con pelo de caballo del cadáver de un francés, y luego volvió de prisa a su posición en el cuadro. Llegó otra descarga de los batallones que esperaban en los otros cuadros, y de pronto los castigados y acosados fugitivos de la defensa de Poço Velho estaban ya entre el resto de la Séptima División. Formaron en el centro de la división, justo sobre una ancha carretera que conducía hacia el sur y hacia el oeste entre profundas cunetas. Era la carretera que llevaba a los seguros vados del Goa, el camino que llevaba a casa, el camino hacia la seguridad, pero todo lo que quedaba para protegerlo eran los nueve cuadros de

infantería, una batería de cañones ligeros y la caballería que había sobrevivido al combate que se había iniciado al sur de Poço Velho.

Los dos batallones de Poço Velho formaron pequeños cuadros. Habían sufrido en las callejuelas del pueblo y sobre la hierba primaveral de los prados de los alrededores, pero sus estandartes aún ondeaban: cuatro brillantes pendones en medio de las dieciocho banderas ondeantes de la división, mientras alrededor de ellos daba vueltas la caballería del imperio y, a su lado, hacia el norte, marchaban dos divisiones completas de infantería. Los dos batallones asediados se habían puesto a salvo, pero daba la impresión de que sería por poco tiempo, pues sólo habían sobrevivido para unirse a una división que seguramente ya estaba condenada. Dieciséis mil franceses amenazaban ahora a cuatro millares y medio de portugueses e ingleses.

Los jinetes franceses dieron la vuelta para alejarse del fuego de los mosquetes y volver a formar unas filas ya reducidas por la carga de la mañana. La infantería francesa se detuvo y formó para un nuevo ataque; al mismo tiempo, desde el este y por encima del arroyo, llegaba nuevo fuego de la artillería de Masséna, que intentaba reducir a picadillo los nueve cuadros que esperaban.

Habían transcurrido dos horas desde el amanecer, y en los pastos del sur de Fuentes de Oñoro, lejos de cualquier tipo de ayuda, un ejército parecía estar a punto de sucumbir bajo las dentelladas de los franceses.



—Tiene una opción —comentó el mariscal Masséna al mayor Ducos.

En realidad, el mariscal no quería pasar aquella gloriosa mañana hablando con un simple mayor, pero Ducos era un tipo espinoso que tenía una inexplicable influencia con el emperador, por lo que André Masséna, mariscal de Francia, duque de Rivoli y príncipe de Essling, encontró un momento después del desayuno para asegurarse de que Ducos comprendía las oportunidades del día y, lo que era más importante, a quién corresponderían los laureles de esa victoria.

Ducos había salido cabalgando de Ciudad Rodrigo para ser testigo de la batalla. Oficialmente, el ataque de Masséna era sólo un esfuerzo para llevar suministros a Almeida, pero todo francés sabía que se jugaban mucho más que el auxilio de una pequeña guarnición abandonada tras las líneas inglesas. El auténtico premio era la oportunidad de aislar a Wellington de su base, y después destruir su ejército en un glorioso día de derramamiento de sangre. Una victoria semejante terminaría para siempre con el desafío inglés en España y Portugal, y como consecuencia traería toda una lista oficial de nuevos nombramientos para la rata portuaria que se había alistado como soldado raso en el ejército real francés. ¿Conseguiría Masséna un trono? El emperador había redistribuido la mitad de los asientos reales de Europa al hacer reyes a sus hermanos, por lo tanto, ¿por qué no iba a convertir al mariscal Masséna,

príncipe de Essling, en rey de uno u otro sitio? El trono de Lisboa necesitaba un par de posaderas para mantenerse caliente, y Masséna consideraba su trasero tan bueno para aquella tarea como el de cualquiera de los hermanos de Napoleón. Y todo lo que se necesitaba para que esa gloriosa visión se hiciese por fin realidad era una victoria aquí, en Fuentes de Oñoro, una victoria que parecía estar muy cerca. La batalla se había iniciado tal como Masséna había previsto, y ahora se cerraría como él preveía.

—¿Dice usted, Su Majestad, que Wellington tiene una opción? —instó Ducos al mariscal, que había caído en un momentáneo ensoñamiento.

—Tiene una opción —confirmó Masséna—. Puede abandonar a su ala derecha, lo que significa que también abandona toda posibilidad de retirada, en cuyo caso romperemos su centro en Fuentes de Oñoro y acabaremos con su ejército en las colinas antes de la semana que viene. O puede abandonar Fuentes de Oñoro e intentar rescatar su flanco derecho, en cuyo caso lo combatiríamos hasta la muerte en la llanura; pero no lo hará. Ese inglés sólo se siente a salvo cuando tiene una colina que defender, así que se quedará en Fuentes de Oñoro, y su ala derecha irá directa al infierno que le preparemos.

Ducos estaba impresionado. Hacía mucho tiempo que no oía a un oficial francés hablar con tanto optimismo de España, y también había pasado muchísimo tiempo sin que las águilas marcharan a una batalla con tanta confianza y entusiasmo. Masséna merecía un aplauso, y Ducos ofreció alegremente al mariscal las alabanzas que deseaba oír, aunque también añadió una advertencia.

—Ese inglés, Su Majestad —señaló—, tiene también destreza defendiendo colinas. Defendió Fuentes de Oñoro el pasado viernes, ¿no es así?

Masséna resopló ante el comentario. Ducos había elaborado enrevesados planes para socavar la moral inglesa, pero sólo se fundamentaban en su carencia de fe en los soldados, igual que la presencia de Ducos en España se fundamentaba en la carencia de fe del emperador en sus mariscales. Ducos tenía que aprender que, cuando un mariscal de Francia ponía toda su mente en la victoria, entonces la victoria era segura.

—El viernes, Ducos —explicó Masséna—, hice unas cosquillas en Fuentes de Oñoro con un par de brigadas, pero hoy enviaremos tres divisiones completas a ese pueblucho. Tres grandes divisiones, Ducos, llenas de hombres hambrientos. ¿Qué posibilidades cree que tiene ese pueblecito?

Ducos consideró la pregunta a su habitual manera pedante. Podía ver Fuentes de Oñoro con bastante claridad; el pueblo era una exigua extensión de casuchas campesinas que habían sido reducidas a polvo por la artillería francesa. Más allá del polvo y el humo, Ducos podía ver el cementerio y la maltrecha iglesia colina arriba, donde la carretera giraba hacia la meseta. Para ser sinceros, la colina tenía bastante pendiente, pero no era muy alta, y el sábado los atacantes habían vaciado el pueblo de

defensores y habían ganado una protección entre las piedras más bajas del cementerio; con un ataque más, seguramente habrían llevado sus águilas más allá del borde de la cresta y las habrían clavado en la blanda panza del enemigo. Ahora, fuera del campo de visión de ese enemigo, tres divisiones completas de la infantería francesa estaban esperando para atacar, y a la vanguardia de ese ataque Masséna planeaba poner a la élite de sus regimientos, las amplias compañías de granaderos con sus gorros de piel de oso con penachos y su temible reputación. Lo mejor de Francia marcharía contra un decaído ejército de hombres medio derrumbados.

—¿Y bien, Ducos? —Masséna retó a Ducos a que diera su veredicto.

—Debo felicitar a Su Majestad —dijo Ducos.

—Lo que supongo que significa que aprueba mi humilde plan, ¿cierto? —preguntó Masséna sarcástico.

—Toda Francia lo aprobará, Su Majestad, siempre y cuando consiga su victoria.

—A la mierda la victoria —dijo Masséna—, siempre y cuando consiga a las putas de Wellington. Estoy cansado de las que tengo ahora. La mitad de ellas están sifilíticas, la otra mitad preñadas, y la gordita pone los ojos en blanco cada vez que le digo que se desnude para el asunto.

—Wellington no tiene putas —dijo Ducos en tono helador—. Controla sus pasiones.

El tuerto Masséna estalló en carcajadas.

—¡Que controla sus pasiones! Por la cruz de Cristo, Ducos, usted hace que una sonrisa sea un crimen. Controla sus pasiones, ¿verdad? Entonces es un imbécil, es más, es un imbécil derrotado. —El mariscal alejó a su caballo del mayor y chascó los dedos a un edecán que andaba cerca—. Suelte las águilas, Jean, ¡suéltelas!

Los tambores tocaron a reunión, y tres divisiones se prepararon para entrar en acción. Los hombres apuraron los posos del café, metieron cuchillos y platos de latón en sus morrales, revisaron sus cartucheras y recogieron sus mosquetes de sus montones piramidales. Habían pasado dos horas desde el amanecer de aquel domingo, y era hora de cerrar las fauces de la batalla mientras, a lo largo de la línea del mariscal, desde el sur en la llanura hasta el norte, donde el pueblo humeaba bajo sus entumecedores cañonazos, los franceses se olían la victoria.



—Santo Dios, Sharpe, pero es que es injusto. ¡Injusto! ¿Usted y yo ante un tribunal?

—El coronel Runciman había sido incapaz de resistir el señuelo de ser testigo del gran drama del día, así que había ido a la meseta, aunque se cuidaba mucho de no acercarse demasiado al borde de la cresta, que, de vez en cuando, era sacudida por los cañonazos franceses. Una pira humeante señalaba el lugar donde el pueblo resistía el bombardeo, mientras que más hacia el sur, llanura abajo, un segundo borrón de humo

de mosquetes delataba dónde estaba teniendo lugar el ataque del flanco francés en la tierra baja.

—Es una pérdida de tiempo quejarse de las injusticias, general —dijo Sharpe—. Sólo los ricos pueden permitirse las lamentaciones sobre lo injusto. El resto de nosotros tomamos lo que podemos y nos esforzamos para no perder lo que tenemos.

—Aun así, Sharpe, ¡es injusto! —dijo Runciman a modo de recriminación. El coronel estaba pálido y desmejorado—. Es una deshonra, ya ve. Un hombre vuelve a Inglaterra y espera que lo traten con decencia, pero en vez de eso me vilipendiarán. —Se agachó levemente cuando un proyectil francés pasó retumbando muy por encima de sus cabezas—. ¡Yo tenía esperanzas, Sharpe! ¡Tenía esperanzas!

—¿El Toisón de Oro, general? ¿La Orden de Bath?

—No sólo eso, Sharpe, sino también de matrimonio. Como usted comprende, hay damas de fortuna en Hampshire. No tengo la intención de quedarme soltero toda la vida, Sharpe, Mi querida madre, que Dios dé paz a su alma, nunca dejó de afirmar que yo sería un buen marido, siempre y cuando la dama tuviera una mediana fortuna. No una gran fortuna, uno no debe ser poco realista, sino una suficiente para mantenernos con comodidad. Un par de coches, unos establos decentes, cocineras que conozcan su oficio, un coto de caza menor, una lechería, ya sabe el tipo de lugar a que me refiero.

—Hace que añore mi hogar, general —dijo Sharpe.

El sarcasmo se perdió en el aire por encima de la cabeza de Runciman.

—Pero, ahora, Sharpe, ¿puede usted imaginar a una mujer de alguna familia decente que desee aliarse con un nombre infamado? —Pensó en eso por un instante, después movió la cabeza lenta y desesperadamente—. ¡Dios mío! ¡Tendré que desposar a una metodista!

—Eso no ha ocurrido todavía, general —dijo Sharpe—, y hoy, precisamente, podrían cambiar muchas cosas.

Runciman pareció alarmarse.

—¿Se refiere a que podrían matarme?

—O podría usted ganarse un nombre por su valentía, señor —dijo Sharpe—. El narizotas siempre perdona a los hombres que destacan en combate.

—Oh, por Dios santo, ¡no! Dios mío, no. Por mi alma, Sharpe, no. No soy de ese tipo. Nunca lo fui. Me hice militar porque mi querido padre no pudo encontrar ningún otro sitio para mí, ¡en ningún lado! Él pagó para que yo entrara en el ejército, ¿entiende?, porque decía que era la mejor posición que podría esperar de la sociedad, pero no soy de los que luchan. Nunca lo fui, Sharpe. —Runciman prestó atención al terrible ruido de los cañonazos que castigaban Fuentes de Oñoro, un ruido que empeoraba al acompasarse con el crepitar de los mosquetes de *voltigeurs* que disparaban desde la otra orilla del arroyo—. No estoy orgulloso de ello, Sharpe, pero

no creo que pueda soportar este tipo de cosas. No creo que pueda en absoluto.

—No puedo culparle, señor —dijo Sharpe, que justo en aquel momento vio al sargento Harper que intentaba llamar su atención—. ¿Me disculpará, general?

—Márchese, Sharpe, márchese.

—Faena, señor —dijo Sharpe indicando con la cabeza al mayor Tarrant, que estaba gesticulando al conductor de un carro.

Tarrant se volvió cuando Sharpe se acercó a él.

—La Infantería Ligera está formada al sur, Sharpe, pero su reserva de munición ha quedado bloqueada al norte. Tenemos que encontrar el modo de hacerle llegar un carro. ¿Le importaría que sus rifles lo acompañaran?

A Sharpe no le importaba. Instintivamente quería estar donde la batalla fuera más encarnizada, y eso era en Fuentes de Oñoro, aunque no podía decirle todo eso a Tarrant.

—Claro que no, señor.

—Sólo en caso de que se vean desbordados, ya sabe, y tengan que pasarse el día contrarrestando a los franceses, así que el general quiere que dispongan de munición en abundancia. Cartuchos para rifle y para mosquete, ambos. La artillería ya se ocupa de sí misma. Bastará con un carro, pero se necesita una escolta, Sharpe. Al parecer, la caballería francesa está muy animada por allí.

—¿Podemos ayudar? —El capitán Donaju había oído la apresurada explicación de la tarea de Sharpe.

—Los necesitaremos más tarde, capitán —dijo Tarrant—. Tengo la corazonada de que probablemente hoy vamos a tener jaleo en todas partes. Nunca había visto a los gabachos tan crecidos.

—Hoy andan con la cabeza bien alta, mayor —coincidió Sharpe. Miró al conductor del carro—. ¿Está preparado?

El carretero asintió. El carro era un vehículo de granja con cuatro ruedas y altos laterales separados al que habían atado tres caballos Cleveland Bay en fila de a uno.

—Antes tenía cuatro bestias —hizo saber el conductor a Sharpe cuando éste se sentó a su lado—, pero un proyectil franchute se llevó a Bess, así que ahora sólo tengo tres. —El conductor había trenzado lana roja y azul en las crines de los caballos y había decorado los flancos de su carro con placas de sombreros desechadas y herraduras viejas que había clavado en las tablas—. ¿Sabe usted a dónde vamos? —le preguntó a Sharpe mientras Harper ordenaba a los fusileros que se acomodaran sobre las cajas de munición apiladas en la plataforma del carro.

—Detrás de ellos —Sharpe señaló hacia su derecha, donde la meseta bajaba en una suave pendiente hacia las tierras bajas del sur y donde la División Ligera marchaba hacia sus estandartes. Era la antigua división de Sharpe, constituida por fusileros e infantería ligera, que se consideraba a sí misma la división de élite del

ejército. Ahora marchaba para evitar que la Séptima División fuese aniquilada.

A más de un kilómetro, al otro lado del arroyo Dos Casas y cerca del ruinoso granero que le servía de cuartel general, el mariscal André Masséna vio que las tropas inglesas de refresco dejaban la protección de la meseta para marchar hacia el grupo de casacas rojas y portugueses asediados más al sur.

—Menudo idiota —se dijo a sí mismo, y después en voz alta y llena de júbilo repitió su exclamación—: ¡Menudo idiota!

—¿Su Majestad? —preguntó un edecán.

—La primera regla de la guerra, Jean —dijo el mariscal—, es no reforzar nunca los fracasos. ¿Y qué está haciendo ese inglés al que no le gustan las putas? ¡Está enviando más tropas para que sean masacradas por nuestra caballería! —El mariscal volvió a llevarse el catalejo al ojo. Pudo ver cañones y caballería en marcha hacia el sur con las nuevas tropas—. ¿O es que se está retirando? —reflexionó en voz alta—. Quizá se está asegurando de que puede volver a Portugal. ¿Dónde está la brigada de Loup?

—Justo al norte de aquí, Su Majestad —contestó el ayudante.

—Estará con su puta, ¿no? —preguntó Masséna con resentimiento. La presencia de la extravagante Juanita de Elia en la Brigada Loup había llamado la atención y despertado los celos de todos los franceses del ejército.

—Así es, Su Majestad.

Masséna cerró el catalejo con un solo movimiento. No le gustaba Loup. Respetaba sus ambiciones, y sabía que aquel hombre pasaría por encima de cualquiera para satisfacer esas ambiciones. Loup quería ser un mariscal igual que Masséna, incluso había perdido un ojo, como Masséna, y ahora quería esos grandes títulos con los que el emperador recompensaba a los bravos y afortunados. Si él podía evitarlo, Loup no satisfaría esas ambiciones. Un hombre se mantenía como mariscal eliminando a sus rivales, no animándolos, así que hoy el brigadier Loup recibiría un encargo de poca categoría.

—Avisé al brigadier Loup —le dijo Masséna al edecán— de que se desenganche de su puta española y se prepare para escoltar los carros a través de Fuentes de Oñoro cuando nuestros soldados hayan abierto la carretera. Dígale que Wellington está desplazando su posición hacia el sur, y que la carretera a Almeida debe estar abierta para mediodía; el trabajo de su brigada será escoltar los suministros hasta Almeida mientras el resto de nosotros rematamos al enemigo —Masséna sonrió. Hoy era el día en que los franceses se ganarían la gloria, un día para capturar los colores del enemigo y para empapar la orilla del río con la sangre de los ingleses, pero el mariscal había decidido que Loup no compartiría ni una parte de todo esto. Loup sería un simple guardia del bagaje, mientras que Masséna y las águilas harían que toda Europa temblara de miedo.



La Séptima División se dirigía hacia una ligera elevación de terreno por encima del arroyo Dos Casas. Estaban retirándose hacia el norte, pero mirando hacia el sur, pues intentaban bloquear el avance de la masiva fuerza francesa que había sido enviada para rodear el flanco del ejército. A lo lejos podían ver las dos divisiones de infantería enemigas reagrupando sus filas delante de Poço Velho, pero el peligro inmediato provenía del inmenso número de tropas de la caballería francesa que esperaban justo fuera del alcance efectivo de los mosquetes de la Séptima División. La ecuación a la que se enfrentaban los nueve batallones aliados era bastante simple. Podían formar en cuadros, pues sabían que incluso la caballería más osada se perdería si intentaba cargar contra la masa compacta de mosquetes y bayonetas, pero sabían que la infantería en cuadros era cruelmente vulnerable a la artillería y la mosquetería; en cuanto la Séptima División se contrajera en cuadros, los franceses arrasarían las filas aliadas a cañonazos hasta que portugueses y casacas rojas quedaran triturados, y entonces la caballería podría arremeter contra los trastornados supervivientes sin que éstos pudieran hacerles frente.

Las caballerías inglesa y alemana fueron las primeras en acudir al rescate. Los caballos aliados eran menores en número, y sabían que nunca podrían derrotar a la arremolinada masa de franceses con sus penachos y petos decorados, pero tanto húsares como dragones lanzaban una carga tras otra para evitar que la caballería enemiga hostigara a su infantería.

—¡Manténganlos a distancia! —gritaba un mayor de la caballería inglesa a sus escuadrones—. ¡Manténganlos a distancia! —Temía que sus hombres se dejaran llevar y se arrojaran a una temeraria carga hacia la gloria, en vez de retirarse después de cada breve ataque para reagruparse y cargar de nuevo, así que seguía alentándoles para que fueran precavidos y respetaran su disciplina. Los escuadrones se turnaban para mantener a raya a la caballería francesa, y uno atacaba mientras los otros se retiraban tras la infantería. Los caballos sangraban, sudaban y parecían temblar por la tensión, pero una y otra vez trotaban para formar y esperaban a que las espuelas los lanzaran de nuevo al combate. Los hombres agarraban con fuerza espadas y sables y vigilaban al enemigo, que los insultaba a gritos con la intención de atraer a ingleses y alemanes en un loco asalto a galope tendido que abriera sus ordenadas filas, y convirtiera las controladas cargas en un frenético desorden de espadas, lanzas y sables. En un tumulto semejante, la superioridad numérica de los franceses sería ventajosa, pero los oficiales aliados mantenían a sus hombres alejados del enemigo.

—¡Maldito ansioso! ¡Controle a su yegua, contrólela! —gritaba un capitán a un soldado cuyo caballo rompió a trotar demasiado pronto.

Los dragones eran la caballería pesada de los aliados. Eran hombretones montados en grandes caballos, y llevaban pesadas espadas de hoja recta. No solían

cargar al galope porque preferían esperar hasta que un regimiento enemigo amenazara con atacar: sólo entonces contraatacaban al paso. Los sargentos gritaron a sus hombres que mantuvieran la formación, que no se separaran y que refrenaran a sus caballos, y sólo en el último momento, cuando el enemigo estaba a tiro de pistola, un trompeta dio la señal de carga y espolearon a sus caballos para que galoparan, mientras los jinetes lanzaban sus gritos de guerra al tiempo que golpeaban a los jinetes enemigos. Las grandes espadas podían hacer horribles estragos. Arrancaban los sables de los *chasseurs* franceses, que eran más ligeros, y obligaban a los jinetes a agacharse por debajo del pescuezo de sus monturas para intentar eludir el tajo de aquellas hojas carniceras. Los aceros chocaban, los caballos heridos relinchaban y reculaban, y entonces el trompeta tocó retirada y los caballos aliados se apartaron y dieron la vuelta. Unos pocos franceses iniciaron una persecución, pero ingleses y alemanes no se habían alejado mucho de su propia infantería, de modo que cualquier francés que se sintiera tentado de acercarse demasiado a los batallones portugueses e ingleses se convertiría en una presa fácil para una compañía de mosquetes. Era un trabajo duro, disciplinado y sin gloria, y cada contracarga pagaba su precio en hombres y caballos, pero era la única forma de poner freno a la amenaza de la caballería enemiga, y los nueve batallones de infantería podían marchar a paso constante hacia el norte gracias a ello.

El fuego de la artillería montada cubría los flancos de la Séptima División en retirada. Los artilleros disparaban metralla, que podía convertir a un caballo y a su jinete en un horrendo montón de carne, tela, acero y sangre. Los cañones dispararon cuatro o cinco andanadas mientras se retiraba la infantería, después los equipos de caballería avanzaron deprisa, los cañones se colocaron de nuevo en sus armones y los artilleros montaron en sus caballos y arrearon a los animales en una carrera frenética, antes de que los vengativos jinetes franceses pudieran capturarlos. En cuanto el grupo alcanzaba la protección de los mosquetes de infantería, daba la vuelta para hacer que las ruedas sobre las que iban montados los cañones, al derrapar, levantaran un surtidor de lodo o de polvo, y los artilleros se dejaban caer del lomo de sus caballos antes incluso de que éstos hubieran dejado de trotar. Desenganchaban los cañones, se llevaban los caballos y los armones y, en pocos segundos, la siguiente andanada de metralla volaba silbando por el campo para masacrar a los hombres de otro escuadrón francés.

La artillería francesa concentraba su fuego sobre la infantería. Sus balas y proyectiles atravesaban las filas y hacían saltar sangre y carne a cuatro metros de altura cuando las balas alcanzaban su objetivo.

—¡Cierren filas! ¡Cierren filas! —gritaban los sargentos, rezando por que la ansiosa caballería enemiga bloqueara el tiro de sus propios cañones y detuviera así el bombardeo; pero la caballería estaba aprendiendo a dejar que los artilleros y la

infantería francesa hicieran parte del trabajo antes de que los jinetes se llevaran la gloria. Se había hecho a un lado para dejar que mosquetes y cañones lucharan aquella batalla, y para que sus caballos descansaran mientras las infanterías portuguesa e inglesa eran machacadas.

Y los infantes fueron muriendo. Los cañonazos destrozaron poco a poco las columnas, y el fuego de mosquetes diezmó las filas, disminuyendo así la velocidad de la ya agonizante retirada. Los menguantes nueve batallones dejaban un rastro de hierba aplastada y ensangrentada mientras se arrastraban hacia el norte, y el lento avance amenazaba con convertirse en una detención total, donde todo lo que quedaría de la división serían nueve bandas de supervivientes apelonados en torno a sus preciosos pendones. La caballería francesa veía languidecer a sus enemigos, y se conformaba con esperar el momento adecuado para abalanzarse y dar el *coup de grâce*. Un grupo de *chasseurs* y *cuirassiers* cabalgó hacia una suave elevación del terreno donde había un bosque alargado. El comandante de caballería pensó que el bosque podría ocultar a sus hombres mientras se abrían camino hacia la retaguardia de los moribundos batallones, y que le daría la oportunidad de lanzar un ataque sorpresa con el que podría capturar media docena de estandartes en una sola carga gloriosa. Conducía a sus dos tropas cuesta arriba, con sus hombres detrás, cuando la línea de árboles estalló entre humo de disparos. Se suponía que no habría tropas enemigas entre los árboles, pero los disparos sembraron el caos entre la avanzadilla de caballería. El comandante de *cuirassiers* cayó hacia atrás sobre la grupa de su caballo con tres agujeros en su coraza. Una de sus botas estaba enganchada en el estribo, y él iba dando alaridos mientras su caballo, herido y aterrorizado, lo arrastraba dando botes por la hierba y dejando grandes salpicaduras de sangre. Finalmente su pie se liberó, y él cayó dando vueltas por la hierba: su agonía había acabado. Cayeron otros ocho jinetes; algunos sólo habían sido desmontados y corrieron para encontrar otra montura que no hubiese sido herida, mientras sus compañeros se daban la vuelta y picaban espuelas para ponerse a salvo.

Los fusileros casacas verdes salieron corriendo de entre los árboles para saquear y acabar con los soldados muertos o heridos. Los abombados petos que llevaban los *cuirassiers* eran muy apreciados como escudillas para el afeitado o como sartenes, e incluso un peto agujereado por una bala podía ser parcheado por algún amigo herrero. Aparecieron más casacas verdes en el extremo sur del bosquecillo, y después apareció un batallón de casacas rojas tras ellos, y con los casacas rojas llegaba un escuadrón de caballería de refresco y otra batería de artillería montada. Una banda de regimiento tocaba «Over the Hills and Far Away» al tiempo que más casacas rojas y verdes salían del bosque.

Había llegado la División Ligera.



El carro de munición avanzaba pesado por los campos en la estela de la rápida marcha de la División Ligera. Uno de los ejes del carro gemía como un alma en el purgatorio, molestia por la que el conductor se disculpó.

—Y eso que lo engrasé —le dijo a Sharpe—, y lo engrasé otra vez. Lo he engrasado con la mejor manteca de cerdo fundida, pero ese chirrido sigue sin querer desaparecer. Empezó el día que mataron a nuestra Bess, y yo creo que ese chirrido son sus relinchos, que nos dicen que aún está dando coces en algún sitio.

Durante un buen trecho, el carretero siguió un rastro de ruedas, después Sharpe y sus fusileros tuvieron que desmontar y empujar con los hombros la parte trasera del carro para ayudar a que el vehículo superara un bache y entrara en un prado. Cuando volvieron a saltar sobre las cajas de munición, los casacas verdes decidieron que el carro era un coche de línea, y empezaron a imitar las cornetas de posta y a anunciar las paradas.

—¡Red Lion! Excelentes cervezas y buena comida. Cambiamos los caballos y salimos ¡en un cuarto de hora! Las damas encontrarán dónde refrescarse en el pasillo de detrás de la sala. —El conductor del carro ya había oído todo eso antes y no mostró ninguna reacción, pero Sharpe, después de que Harris hubiese estado berreando diez minutos acerca de mear en un pasillo, se dio la vuelta y les dijo a todos que cerraran la boca, con lo que éstos fingieron sentirse intimidados por él y Sharpe sintió una repentina punzada de pesar por las cosas que echaría de menos si perdía su nombramiento. Delante del carro, los rifles y los mosquetes disparaban. Algún ocasional cañonazo francés que había sido disparado demasiado alto caía y rebotaba por los campos cercanos, pero los tres caballos avanzaban con tanta paciencia como si estuvieran enganchados a un arado, en vez de adentrándose en una batalla. Sólo hubo una amenaza enemiga, que obligó a la compañía de fusileros de Sharpe a bajar del carro para formar una fila junto a la carretera. Una tropa de cincuenta dragones de uniformes verdes apareció por el este, desde donde su comandante había localizado el carro y había enviado a sus hombres para atacarlo. El carretero detuvo el vehículo y esperaba preparado con un cuchillo, por si era necesario cortar los arreos.

—Nos llevamos los caballos —aconsejó a Sharpe—, y dejamos que los franchutes saqueen el carro. Eso mantendrá ocupados a esos cabrones mientras salimos pitando. —Sus caballos mordisqueaban la hierba satisfechos por la inesperada parada, mientras Sharpe calculaba la distancia hasta los dragones franceses, cuyos cascos de cobre brillaban dorados a la luz del sol.

Entonces, justo cuando había decidido que se vería forzado a aceptar el consejo del conductor del carro y tendría que retirarse, un escuadrón de soldados de caballería intervino. Los recién llegados eran dragones ligeros ingleses, que tentaron a los franceses a una lucha a la carrera de espadas contra sables. El carretero se guardó el

cuchillo y chascó la lengua, haciendo así que los caballos retomaran la marcha. Los fusileros volvieron a subir, mientras el carro traqueteaba hacia una línea de árboles que ocultaba la fuente de la creciente humareda de pólvora que blanqueaba el cielo del sur.

Después llegó desde el norte el estallido de cañones pesados, y Sharpe se volvió sobre la caja del carro para ver el borde de la meseta donde estaban los ingleses cubierta por el humo, proveniente de los atronadores cañonazos que las principales baterías disparaban hacia el este.

—Los gabachos están atacando el pueblo otra vez —dijo Sharpe.

—Es un sitio muy feo para luchar —dijo Sharpe—. Alégrense de estar aquí en vez de allí, muchachos.

—Recemos por que esos hijos de puta no nos dejen aquí aislados —añadió sombrío el sargento Latimer.

—Cualquier sitio es bueno para morir, ¿no es cierto, señor Sharpe? —preguntó Perkins.

—Mejor en su propia cama, Perkins, y con Miranda a su lado —contestó Sharpe—. ¿Está cuidando bien a esa chica?

—Ella no se queja, señor Sharpe —dijo Perkins, provocando de ese modo un coro de chascarrillos. A Perkins aún le faltaba su casaca verde, y estaba muy susceptible por la pérdida de su casaca con su distinguido brazalete negro que indicaba que era Soldado de Preferencia, un cumplido que sólo se hacía a los fusileros más destacados y responsables.

El carro se bamboleaba avanzando por los profundos surcos de una pista que seguía hacia el sur entre los árboles, en dirección a los distantes pueblos en manos francesas. La Séptima División marchó hacia el norte desde los árboles, de regreso hacia la meseta, mientras que la División Ligera recién llegada se desplegaba por la ancha carretera que llevaba de vuelta a Portugal. Los batallones en retirada marchaban despacio, obligados a ir a paso de caracol por el número de heridos entre sus filas, pero al menos marchaban invictos bajo sus ondeantes colores.

El conductor del carro tiró de las riendas para detener los caballos entre los árboles, donde la División Ligera había establecido un depósito temporal. Dos cirujanos estaban preparando sus cuchillos y sierras sobre unas lonas extendidas bajo las encinas, mientras una banda de regimiento tocaba a unos pocos metros de allí. Sharpe ordenó a sus fusileros que se quedaran junto al carro mientras él pedía instrucciones.

La División Ligera formó en cuadros en el llano entre los árboles y los humeantes pueblos. La caballería francesa trotaba delante de los frentes de los cuadros, intentando provocar ráfagas de disparos inútiles por la distancia. La caballería inglesa reservaba sus fuerzas, esperando a que los caballos franceses se acercaran demasiado.

Seis cañones de la artillería montada disparaban al cañón francés, en tanto que unos grupos de fusileros ocupaban posiciones en los afloramientos rocosos que tachonaban los campos. El general Crauford, el irascible comandante de la División Ligera, había acudido con tres mil quinientos hombres al rescate de la Séptima División, y ahora esos tres mil quinientos hombres tenían enfrente a cuatro mil soldados de caballería y doce mil de infantería. Una infantería que avanzaba en columnas de ataque desde Poço Velho.

—¿Sharpe? ¿Qué demonios está haciendo usted aquí? Pensé que habría desertado, que habría ido a unirse a esos bujarrones de la división de Picton. —El brigadier general Robert Crauford, con el ceño fruncido y gesto de enojo, había identificado a Sharpe.

El capitán de fusileros le explicó que había traído un carro cargado de munición que ahora esperaba entre los árboles.

—Es una pérdida de tiempo traernos munición —le espetó Crauford—. Tenemos de sobra. ¿Y qué demonios hace usted repartiendo munición? Le han degradado, ¿no es eso? Oí que había caído usted en desgracia.

—Me encargo de labores administrativas, señor —dijo Sharpe. Había conocido a Crauford en la India y, como cualquier otro hostigador del ejército inglés, Sharpe tenía sentimientos encontrados sobre Black Bob, pues a veces aún le molestaba el recuerdo de la dura e inolvidable disciplina de aquel hombre, aunque también reconocía que el ejército tenía en Crauford a un soldado con casi el mismo talento que el propio Wellington.

—Van a sacrificarle, Sharpe —dijo Crauford sin ocultar su deleite. No estaba mirando a Sharpe, sino a la gran horda de caballería francesa que se preparaba para lanzar una carga conjunta contra sus batallones recién llegados—. Fusiló usted a un par de gabachos, ¿no es así?

—Sí, señor.

—No me extraña que haya caído en desgracia —dijo Crauford, y después lanzó una carcajada que sonó como un ladrido. Sus ayudantes colocaron sus caballos en apretado grupo detrás del general—. ¿Vino usted solo, Sharpe? —preguntó Crauford.

—Tengo aquí a mis fusileros, señor.

—¿Y esos mierdecillas se acuerdan de cómo luchar?

—Creo que sí, señor.

—Pues harán de hostigadores para mí. Ésas son sus nuevas tareas administrativas, señor Sharpe. Tengo que mantener a la división a una distancia segura de la infantería gabacha, lo que quiere decir que tendremos que aguantar las atenciones de su artillería y caballería, pero espero que mis rifles acosen a sus caballos y acaben con esos malditos cañones, y usted puede ayudarles —Crauford se giró sobre su silla—. ¿Barratt? Distribuya la munición y envíe el carro de vuelta con los heridos. ¡Póngase

a ello, Sharpe! Y manténgase atento, no queremos abandonarlo aquí a su suerte.

Sharpe dudaba. Hacer preguntas o poner objeciones a Black Bob era un asunto arriesgado, pues era un hombre que esperaba obediencia instantánea, pero las palabras del general le habían intrigado.

—Entonces, ¿no vamos a quedamos aquí, señor? —preguntó—. ¿Vamos a volver a la cresta?

—¡Diantre, por supuesto que vamos a volver! ¿Por qué demonios cree que hemos salido a terreno abierto? ¿Sólo para suicidarnos? ¿Se cree que volví de mi permiso para ser blanco de las prácticas de tiro de los gabachos? ¡Lárguese ahora mismo de aquí, Sharpe!

—Sí, señor —Sharpe volvió corriendo a reunir a sus hombres y sintió de repente una mezcla de temor y esperanza.

Porque Wellington había abandonado las carreteras para volver a Portugal. Ahora ya no habría huida segura ni retirada a través de los vados del Coa, pues el general había cedido esas carreteras al enemigo. Ahora ingleses y portugueses tendrían que defender su posición y luchar, y si perdían, morirían, y con ellos morirían todas las esperanzas de victoria en España. La derrota ahora no sólo significaba que Almeida sería liberada, sino también que los ejércitos inglés y portugués serían aniquilados. Fuentes de Oñoro se había convertido en una batalla a muerte.

CAPÍTULO 10

El primer ataque del domingo sobre Fuentes de Oñoro lo llevaron a cabo los mismos soldados de la infantería francesa que habían atacado dos días antes, y que desde entonces habían estado ocupando los huertos y casas de la ribera oriental del arroyo. Se concentraron en silencio, aprovechando los muros de piedra de huertos y jardines para ocultar sus intenciones, y después, sin descargas de arranque y sin siquiera molestarse por enviar una línea de hostigadores, la infantería de uniforme azul avanzó en tromba por encima de los muros y saltó al arroyo. Los defensores escoceses tuvieron tiempo para una primera descarga; poco después, los franceses ya estaban en el pueblo, tumbando las barricadas o encaramándose a los muros derribados por los obuses que habían caído entre las casas durante las dos horas posteriores al alba. Los franceses empujaron a los escoceses al interior de Fuentes de Oñoro, donde una oleada atrapó a dos compañías de *highlanders* en un callejón sin salida. Los atacantes se volvieron enloquecidos contra los hombres acorralados, y desencadenaron una tormenta de mosquetes sobre los angostos confines del callejón. Algunos escoceses intentaron escapar derribando la pared de una casa, pero los franceses estaban esperando al otro lado y recibieron el derrumbe del muro con una andanada de mosquetería. Los *highlanders* supervivientes levantaron barricadas y se protegieron en las casas que bordeaban el arroyo, pero los franceses abrieron fuego contra ventanas, troneras y puertas, y después trajeron cañones móviles para disparar por encima del arroyo hasta que, por fin, con todos sus oficiales muertos o heridos, los confundidos *highlanders* se rindieron.

El ataque contra los acorralados *highlanders* había atraído a los supervivientes del primer ataque colina arriba, al ver que los franceses se habían atascado en el centro del pueblo. Los de Warwick, de nuevo en reserva, bajaron desde la meseta para ayudar a los restantes escoceses, y juntos detuvieron primero a los franceses, y luego los empujaron de vuelta al arroyo. El combate se libró con tan poca distancia que resultaba mortal. Los mosquetes llameaban a pocos pasos de sus objetivos, y después de disparar los hombres usaban sus armas como mazas o bien lanzaban cuchilladas con sus bayonetas. Estaban roncando de gritar y respirar el polvo humeante que flotaba en el aire de las estrechas y retorcidas callejuelas, por cuyos desagües corría la sangre y donde los cuerpos apilados bloqueaban puertas y entradas. Los escoceses y los de Warwick se abrían camino a cara de perro colina abajo, pero cada vez que intentaban expulsar a los franceses de las últimas casas, los cañones recién emplazados en los huertos abrían fuego, y la metralla llenaba las calles y callejones más bajos del pueblo con una lluvia repiqueteante de muerte. La sangre corría hasta el arroyo. El eco de los mosquetes y las explosiones de la artillería en las calles ensordecían a los defensores del pueblo, pero no estaban tan sordos como para no oír los siniestros redobles de los

tamborileros que se acercaban. Nuevas columnas francesas cruzaban la llanura. Los cañones ingleses de encima de la cresta disparaban sus balas de metralla contra el avance de aquellas tropas, así como proyectiles explosivos que reventaban sobre sus cabezas, pero las columnas eran inmensas y los cañones de los defensores escasos, así que la gran masa de hombres marchó por los huertos del este del pueblo, desde donde, con un grito estruendoso, una horda de hombres con sombreros de piel de oso cruzó el arroyo y subió por las callejuelas.

Estos últimos atacantes eran una tromba de granaderos: los luchadores más grandes y valientes que podían convocar las divisiones enemigas. Llevaban mostachos, charreteras y sombreros de piel de oso con penacho como marcas de su estatus especial, y entraron como una tormenta en el pueblo con un bramido de triunfo que mantuvieron mientras barrían las calles con bayonetas y fuego de mosquetes. Los de Warwick, cansados, retrocedieron, y los escoceses no se quedaron atrás. Más franceses seguían cruzando el arroyo en una oleada de uniformes azules que parecía interminable; entraban en los callejones y pasaban por las casas detrás de los granaderos. El combate en la parte baja de la ciudad era el más difícil para los atacantes, porque, aunque por mero empuje conseguían acercar la lucha al corazón del pueblo, los muertos y heridos eran un obstáculo constante. Los granaderos resbalaban en las traicioneras piedras manchadas de sangre, aunque la abundancia del contingente empujaba a los atacantes hacia arriba, y los defensores eran ahora demasiado pocos para detenerlos. Algunos casacas rojas intentaban despejar las calles con sus disparos, pero los granaderos se movían por callejuelas traseras o saltaban los muretes de los jardines para rodear las compañías de casacas rojas, que sólo podían retroceder colina arriba a través del polvo, las tejas rotas y la paja incendiada de la parte superior del pueblo. Los heridos gritaban lastimeros, suplicando a sus compañeros que los pusieran a salvo, pero el ataque progresaba demasiado deprisa, y escoceses e ingleses se retiraban lo más rápidamente que podían. Abandonaron el pueblo todos juntos, huyendo de las casas más altas para buscar refugio en el cementerio.

Los granaderos franceses más adelantados cargaron desde el pueblo hacia la iglesia de la colina y fueron recibidos con una ráfaga de disparos de los hombres que esperaban tras el muro del cementerio.

Los hombres que iban delante cayeron, pero los de detrás saltaron sobre sus moribundos compañeros para tomar también el muro del cementerio. Bayonetas y culatas de mosquetes se enfrentaban por encima del obstáculo de piedra, después los enormes soldados franceses asomaron por encima del muro e incluso derribaron algunas partes de éste para empezar a perseguir a los supervivientes entre tumbas, lápidas caídas y cruces de vieja madera astillada. Llegaban más y más franceses desde el pueblo para reforzar el ataque, y entonces una lluvia crepitante de fuego de

rifles y mosquetes relampagueó desde las peñas que se cernían sobre la pendiente resbaladiza por la sangre. Los granaderos franceses caían y rodaban colina abajo. Una segunda ráfaga de los ingleses barrió las tumbas chamuscadas por cañonazos, y más casacas rojas llegaron al borde de la cresta y dispararon sus andanadas desde la iglesia y el prado, entre los montículos donde Wellington observaba preocupado cuando la oleada de franceses casi había llegado hasta los cascos de su caballo.

Y allí, por un momento, el ataque se detuvo. Los franceses primero habían llenado el pueblo de muertos y heridos, y después lo habían tomado; y ahora también tenían el cementerio en su poder. Sus soldados se agazapaban detrás de las lápidas o detrás de los montones de muertos de sus enemigos. Estaban a sólo unos pasos de la cima de la cresta, a sólo unos pasos de la victoria, tras ellos, por una llanura agujereada por las balas de cañón, ennegrecida por los proyectiles explosivos y cubierta con los cuerpos de muertos y heridos agonizantes, llegaba aún más infantería francesa para ayudar a que el ataque continuara.

Aquella batalla sólo necesitaba un empujoncito más, y luego las águilas de Francia volarían en libertad.



La División Ligera había formado a sus batallones en apretadas columnas por compañías, de modo que cada compañía formaba un rectángulo de cuatro hileras de largo y de entre doce y veinte filas de ancho; entonces las diez compañías de cada batallón desfilaron en columna de manera que, desde el cielo, cada batallón recordaba un montón de finos ladrillos rojos. Después, de una en una, las columnas de batallones dieron la espalda al enemigo y empezaron a marchar hacia el norte en dirección a la meseta. La caballería francesa salió inmediatamente a perseguirlos, y el aire retumbó con una cacofonía de latón cuando una trompeta tras otra anunciaron el avance.

—¡División de frente! ¡Formen en cuadro! —gritó el coronel del batallón de casacas rojas más cercano a Sharpe.

El mayor que comandaba la principal división de compañías del batallón dio el alto a los ladrillos primero y segundo para que formaran juntos, de forma que ahora dos de los ladrillos se habían convertido en un largo muro de hombres de cuatro hileras de largo y cuarenta hombres de ancho.

—¡Alinear! —gritaban en cadena los sargentos a medida que los hombres se juntaban y miraban a la derecha para asegurarse de que su fila estaba derecha como una regla. Mientras las dos primeras compañías alineaban sus filas, el mayor daba órdenes a las siguientes compañías:

—¡Secciones, giro hacia fuera! ¡Secciones de retaguardia, avancen al frente!

Las trompetas y los clarines franceses seguían con su fanfarria y la tierra vibraba

con el trote de los caballos, pero las voces de sargentos y oficiales resonaban tranquilas por encima de la amenaza.

—¡Giro hacia fuera! ¡Atención! ¡Secciones de retaguardia, al frente!

Las seis compañías centrales del batallón se dividieron ahora en seis secciones cada una. Dos secciones viraron como puertas en sus bisagras hacia la derecha, y otras dos hacia la izquierda, y los hombres del interior de cada sección redujeron su paso de setenta a cincuenta centímetros, mientras que los hombres que viraban en los extremos lo aumentaron a ochenta centímetros, de forma que toda la sección pivotó formando las caras gemelas del cuadro cuyo lado anclado eran las dos primeras compañías. Los oficiales montados se apresuraron para llevar a sus caballos al interior del cuadro que tan deprisa se estaba formando, y que en realidad era un rectángulo. La cara del norte la habían formado las dos compañías de vanguardia, y ahora los dos costados más largos los estaban formando las siguientes seis compañías, que viraban hacia el exterior y se cerraban en apretada formación, mientras las últimas compañías simplemente rellenaron el cuarto lado que faltaba.

—¡Alto! ¡Vista a la derecha! —gritó el mayor al mando de la división de retaguardia a las dos últimas compañías.

—¡Preparados para recibir caballería! —gritó el coronel diligentemente, como si la visión de aquella masa de caballos franceses no fuese aviso suficiente. El coronel desenvainó su espada, y luego mató un tábano con la mano libre. Junto a él permanecía la partida de banderas, dos alféreces adolescentes que enarbolaban las preciadas banderas protegidos por un escuadrón de hombres elegidos, comandados por curtidos sargentos armados con espontones.

—¡Retaguardia! ¡Preparen armas! —gritó el mayor. La fila interior del cuadro no abriría fuego y actuaría como reserva del batallón. La caballería estaba a un centenar de pasos y se acercaba a toda velocidad, en un inmenso torbellino de caballos agitados, espadas en alto, cornetas, estandartes y truenos.

—¡Fila de frente! ¡De rodillas! —ordenó un capitán. La fila frontal se arrodilló e incrustó en el suelo sus mosquetes con la bayoneta calada para formar una defensa continua de acero alrededor de la formación.

—¡Preparados! —Las dos filas del interior amartillaron sus armas cebadas y apuntaron. Toda la maniobra se había desarrollado a paso firme, sin perder la concentración, y la repentina visión de los mosquetes levantados con sus bayonetas caladas persuadió a los primeros jinetes, que esquivaron aquel cuadro uniforme, impasible y silencioso. La infantería formada en cuadro estaba casi tan a salvo de la caballería como si estuviesen todos en casa, arrojados en sus camas, y al formar en cuadro tan deprisa y con tanta calma, el batallón de casacas rojas había vuelto impotente la carga francesa.

—Muy bien —dijo el sargento Latimer alabando la profesionalidad del batallón

—. Muy bien hecho. Igual que si fuera un desfile en Shorncliffe.

—Cañón a la derecha, señor —dijo Harper. Los hombres de Sharpe estaban ocupando uno de los afloramientos rocosos que salpicaban la llanura y proporcionaban protección a los fusileros frente a los merodeos de la caballería. Su tarea era disparar contra la caballería, en especial contra la artillería montada francesa, que estaba intentando sacar provecho de los cuadros ingleses. Los hombres de los cuadros estaban a salvo de la caballería, pero eran terriblemente vulnerables a los cañonazos, aunque los artilleros eran igual de vulnerables a la precisión de los rifles Baker. Un cañón móvil se había situado a unos cien pasos de Sharpe, y el equipo de artilleros estaba apuntando el cañón hacia el cuadro recién formado. Dos hombres bajaron la caja de munición del armón, mientras un tercero preparaba una doble carga en la ennegrecida ánima atacando una ronda de metralla encima de una sólida bala.

Dag Hagman fue el primero en disparar, y el hombre que estaba atacando el arma cayó redondo, después se aferró en el mango del atacador, que sobresalía aún en parte, como si estuviera agarrándose a su propia vida. Una segunda bala rebotó en el cañón dejando un brillante arañazo en el oscuro metal. Cayó otro artillero, y después uno de los caballos de artillería fue herido y se encabritó, coceando a otro caballo que estaba atado cerca de él.

—Sin prisa —dijo Sharpe—, apunten, muchachos, apunten bien. No malgasten los disparos.

Otros tres casacas verdes dispararon y sus balas obligaron a los atribulados artilleros a agacharse detrás del cañón y su armón. Los artilleros gritaron a unos dragones de uniforme verde que fueran allí y sacaran a aquellos malditos fusileros de su atalaya de roca.

—Que alguien se ocupe de ese capitán de dragones —dijo Sharpe.

—¡El cuadro se marcha, señor! —advirtió Cooper a Sharpe mientras Horrell y Cresacre disparaban al alejado jinete.

Sharpe se volvió y vio que el cuadro de casacas rojas estaba convirtiéndose otra vez en una columna para reanudar su retirada. No quería alejarse demasiado de la protección de los mosquetes de los casacas rojas. El peligro que corrían todos los pequeños grupos de fusileros que cubrían la retirada radicaba en que sus hombres quedaran aislados por la caballería, y Sharpe sospechaba que los sufridos jinetes franceses no tendrían muchas ganas de hacer prisioneros ese día. Lo más probable era que cualquier casaca verde que fuese sorprendido en terreno abierto fuese empleado como blanco para practicar con las espadas o las lanzas.

—¡Vámonos! —gritó Sharpe, y sus hombres se alejaron a rastras de las rocas y corrieron a buscar la protección del batallón de casacas rojas. Los dragones volvieron a su persecución, y justo en ese momento las primeras filas de jinetes fueron barridas

hacia los lados y quedaron cubiertas de sangre cuando las alcanzó una ráfaga de metralla disparada por un cañón móvil inglés. Sharpe vio una arboleda justo a la izquierda de la línea de marcha del batallón de casacas rojas, y gritó a Harper que pusiera a los hombres a cubierto en aquel bosquecillo.

En cuanto estuvieron protegidos entre los chaparros, los casacas verdes recargaron y buscaron nuevos objetivos. A Sharpe, que ya había servido en una docena de campos de batalla, aquel llano le ofrecía una vista excelente de la situación: una masa de caballería se agitaba y se extendía entre los batallones en continua retirada, aunque, pese a todo el barullo y el entusiasmo, los jinetes no estaban consiguiendo nada. La infantería se mantenía firme y, en silencio, llevaba a cabo la intrincada maniobra que habían practicado durante horas y horas, y que ahora les estaba salvando la vida. Y lo hacían con la convicción de que sólo un error por parte del comandante de un batallón sería fatal. Si una columna tardaba un par de segundos más de lo previsto en formar el cuadro, los enloquecidos *cuirassiers* atravesarían el hueco con sus pesados caballos y despanzurrarían el imperfecto cuadro desde dentro. En un instante, un batallón disciplinado se convertiría en una multitud de fugitivos presas del pánico que serían derribados por dragones o destripados por lanceros; pero hasta el momento ningún batallón había cometido ningún error, así que los franceses estaban siendo frustrados por la superior demostración de eficacia militar.

Los franceses seguían buscando su oportunidad. Cuando un batallón formaba en una columna de compañías y parecía a punto para continuar la marcha, una repentina oleada de caballos atravesaba el campo a galope y los cornetas convocaban aún más caballos para que se unieran a la estrepitosa carga, pero entonces la columna de casacas rojas maniobraba de nuevo, giraba y formaba en cuadro con la misma precisión con la que lo hacían en la plaza de armas de su propio cuartel. Las tropas marcaban el paso por un instante mientras se formaba el cuadro, después la fila exterior se arrodillaba, toda la formación se erizaba de bayonetas y los jinetes tenían que desviarse con una rabia impotente. Siempre había algunos franceses impetuosos que intentaban derramar sangre y galopaban demasiado cerca del cuadro, con lo que sólo conseguían que los arrancaran de sus sillas; o quizás un cañón móvil inglés convertía en un charco de sangre a toda una tropa de dragones o *cuirassiers* con una descarga de metralla, pero entonces la caballería salía de su campo de tiro a galope tendido y los caballos descansaban, mientras el cuadro volvía a convertirse sin dificultad en columna y seguía marchando impasible. Los jinetes observaban su marcha hasta que otra fanfarria de clarines y cornetas convocaba a toda la muchedumbre de hombres montados para que buscaran otra oportunidad al otro lado de la llanura, y de nuevo otro batallón se contraía en un cuadro, y una vez más los jinetes se daban la vuelta para alejarse con sus espadas aún sedientas de sangre.

Y siempre, en todas partes, delante, detrás y entre los batallones en lenta retirada, grupos de casacas verdes disparaban, hostigaban y mataban. Los artilleros franceses se resistían a avanzar, en tanto que los jinetes más sobrios se cuidaban de evitar los pequeños nidos de fusileros que picaban con tanta saña. Los franceses no tenían rifles porque el emperador despreciaba aquella arma por ser demasiado lenta para ser usada en batalla, pero hoy los rifles estaban consiguiendo que los soldados del emperador maldijeran frustrados.

Porque ahora también estaban muriendo soldados del emperador. Los tranquilos batallones de casacas rojas apenas dejaban cuerpos detrás, pero la caballería era despellejada por los rifles y los cañones. Soldados de caballería descabalgados renqueaban hacia el sur, algunos arrastrando sus sillas de montar, otros sólo su armamento. Algunos caballos sin jinete, llevados por la inercia de la costumbre, seguían a sus regimientos, y formaban en las filas cuando un escuadrón se reagrupaba; cargaban con los otros caballos cuando las trompetas daban la señal de ataque al escuadrón, y volvían a reagruparse de nuevo como si llevaran jinete. Lejos, muy por detrás de la activa caballería, las divisiones francesas de infantería se apresuraban a unirse a la batalla, pero la División Ligera marchaba más deprisa que la infantería francesa. Cuando un batallón formaba en columna para continuar la retirada, marchaba a la velocidad de rifle de ciento ocho pasos por minuto, más rápida que cualquier otra infantería del mundo. El paso de marcha de los franceses era más corto que el inglés, y la velocidad de su marcha mucho más lenta que la de las tropas especialmente entrenadas de la División Ligera de Crauford, así que, a pesar de la necesidad de detenerse y formar en cuadro para burlar una y otra vez a la caballería, los hombres de Crauford aún seguían siendo más veloces que la infantería que los perseguía. Lejos, al norte de la División Ligera, la principal línea de frente inglesa se estaba recomponiendo, de forma que la defensa de Wellington seguía ahora el borde de la meseta para formar un ángulo recto con Fuentes de Oñoro en su vértice. Todo lo que ahora necesitaban era que la División Ligera llegara sana y salva allí, y el ejército volvería a estar otra vez completo, resguardado en lo alto de las pendientes y retando a los franceses a atacar.

Sharpe retiró a sus hombres quinientos metros más, hasta llegar a un pequeño roquedal donde sus fusileros podían ponerse a cubierto. Había un par de cañones ingleses cerca de las rocas disparando balas sólidas y otros proyectiles a una batería francesa recién emplazada justo al lado de la arboleda que Sharpe acababa de abandonar. La caballería francesa empezaba a congregarse en aquella parte del campo, esperando que algún batallón fuera vulnerable. Dos regimientos, uno de casacas rojas y otro portugués, se estaban retirando más allá de la batería, y los sudorosos jinetes acosaban a las dos columnas. Al final, la presión de los caballos se hizo tan insistente que las dos columnas empezaron a marchar en cuadro.

—Esos cabronazos están por todas partes —dijo Harper al mismo tiempo que disparaba a un oficial *chasseur* con su rifle. Los dos cañones ingleses habían cambiado su objetivo para disparar metralla a la caballería, con la intención de alejarlos de los dos cuadros de infantería. Los cañones retrocedían al disparar, levantando las ruedas del suelo. Los artilleros refregaron el ánima del cañón, atacaron una nueva carga y más metralla, pincharon el saco de pólvora por el oído del cañón y luego retrocedieron hacia un lado después de aplicar el botafuego a la mecha de la pólvora. La explosión de los cañones fue ensordecedora: el humo se proyectó a unos dos metros de las bocas, y la hierba quedó aplastada por unos instantes mientras la descarga silbaba sobre sus cabezas. Un caballo relinchó cuando las balas de mosquete se dispersaron e hicieron blanco en él.

Una oleada en remolino en la masa de caballos presagiaba otro movimiento, pero en vez de atravesar el campo a galope para hostigar a las columnas en marcha, de repente la caballería se volvió hacia los dos cañones. La sangre goteaba de los flancos de los caballos, pues los jinetes picaban las espuelas con fuerza mientras corrían hacia los desesperados artilleros, que ahora levantaban las cureñas, subían los cañones y los enganchaban a los armones. Acercaron el tiro de caballos, ataron sus arneses y, acto seguido, los artilleros saltaron a los cañones o a los caballos, pero la caballería francesa había calculado bien su carga, y los artilleros aún estaban arreando a sus cansados animales para ponerlos en movimiento cuando los primeros *cuirassiers* llegaron a la batería.

Una carga de los dragones ligeros ingleses salvó las armas. Los jinetes de uniforme azul cayeron desde el norte, lanzando cuchilladas con sus sables a los cascos empenachados y esquivando espadazos. Llegó más caballería inglesa para flanquear a los artilleros, que ahora se movían a galope hacia el norte. Los pesados cañones saltaban sobre el áspero terreno, con los artilleros agarrados a las asas de los armones, mientras los látigos chascaban, y alrededor de los caballos a galope y las borrosas ruedas la caballería se enfrentaba en un combate a la carrera. Un dragón inglés salió tambaleándose de la refriega con el rostro convertido en una máscara de sangre, al tiempo que un *cuirassier* caído de su silla era destrozado por los cascos de los caballos de tiro y después aplastado por las ruedas metálicas de armón y cañón. Poco después, una crepitante ráfaga de fuego de mosquetes anunció que aquel caos andante de cañones, caballos, espadachines y lanceros había entrado en el campo de tiro de uno de los flancos del cuadro portugués, y la caballería francesa, engañada, se alejó de un bandazo, al tiempo que los dos cañones saltaban tras el galope de los caballos de tiro para ponerse a salvo. Los dos cuadros aliados lanzaron vítores por el éxito de la retirada de los artilleros, y luego los cañones derraparon levantando una erupción de hierba y polvo para prepararse y abrir fuego de nuevo contra sus antiguos perseguidores.

Los hombres de Sharpe, en su labor de hostigadores, se habían alejado de las rocas para unirse a otro batallón de casacas rojas. Marcharon entre las compañías durante unos minutos, y luego se apartaron para tomar posiciones en una maraña de espinos y peñas. Una partida de *chasseurs* con gabanes verdes, chacós negros con lazos de plata y carabinas colgadas de ganchos en sus bandoleras blancas, pasó trotando cerca de allí. Los franceses no habían visto al pequeño grupo de fusileros escondidos entre los espinos. Se quitaban los chacós cada poco tiempo, y se enjugaban el sudor del rostro en sus raídos puños rojos. Sus caballos estaban blancos por el sudor. Uno tenía una pierna cubierta de sangre seca, pero de alguna manera se mantenía al ritmo de sus compañeros. El oficial detuvo a la tropa, y uno de los hombres desenganchó su carabina, amartilló el arma y apuntó a un cañón inglés que estaba emplazado hacia el este. Hagman metió una bala de rifle en la cabeza de aquel hombre antes de que éste pudiera apretar el gatillo, y de pronto los *chasseurs* se vieron maldiciendo y espoleando a sus caballos para salir del campo de tiro de los rifles. Sharpe disparó, y el estallido de su rifle se perdió en un ruido atronador, pues sus hombres descargaron una andanada contra la tropa enemiga. Media docena de *chasseurs* salieron al galope de su alcance, pero dejaron atrás el mismo número de cuerpos.

—¿Da su permiso para saquear a esos cabrones de ahí, señor? —preguntó Cooper.

—Adelante, pero a partes iguales —dijo Sharpe, refiriéndose a que todo botín que se encontrase tenía que ser compartido por todo el escuadrón.

Cooper y Harris corrieron a campo abierto para hurgar entre los cuerpos, mientras Harper y Finn se llevaban las cantimploras vacías para llenarlas en un arroyuelo cercano. Empezaron a llenar las cantimploras cuando Cooper y Harris cortaban ya las costuras de los gabanes verdes de los muertos, rajaban los bolsillos de sus chalecos blancos, rebuscaban en los forros de los chacós y les sacaban los cortos botines blancos con borlas. Los dos fusileros regresaron con un chacó francés medio lleno con una variopinta colección de monedas francesas, portuguesas y españolas.

—Pobres como ratones de iglesia —se quejaba Harris mientras distribuía las monedas en montoncitos—. ¿Se lleva usted una parte, señor?

—¡Claro que se la lleva! —dijo Harper mientras repartía las preciadas cantimploras llenas de agua. Todos los hombres estaban sedientos. Tenían las bocas secas y agriadas por la acre y salada pólvora de los cartuchos, y ahora se enjugaban y escupían el agua ennegrecida antes de beber el resto.

Un lejano sonido crepitante hizo que Sharpe se volviera. Ahora el pueblo de Fuentes de Oñoro estaba a kilómetro y medio, y aquel sonido parecía provenir de sus mortales y asfixiantes callejuelas, desde donde grandes volutas de humo se elevaban hacia el cielo. Se veía más humo de pólvora en el filo de la meseta, lo que hacía

suponer a Sharpe que los franceses aún estaban atacando el pueblo. El capitán de fusileros se dio la vuelta para observar a los cansados y acalorados jinetes que estaban repartidos por el llano. Buscaba uniformes grises, pero no vio ninguno.

—¿Hora de irse, señor? —preguntó Hagman, temiendo que los fusileros quedaran aislados si Sharpe no se retiraba pronto.

—Allá vamos —dijo Sharpe—. Corran hacia esa columna —señaló a unos soldados de la infantería portuguesa.

Corrieron y alcanzaron con facilidad a los portugueses, antes de que una desanimada persecución de vengativos *chasseurs* pudiera acercarse a los fusileros; sin embargo, la pequeña carga de los *chasseurs* atrajo a otro grupo de caballería, lo bastante grande como para obligar a la columna portuguesa a formar en cuadro. Sharpe y sus hombres permanecieron en el interior del cuadro y vieron cómo la caballería pasaba corriendo alrededor del batallón. El brigadier general Crauford también se había refugiado en aquel cuadro, y ahora observaba a los franceses desde debajo de los colores del batallón. Parecía estar orgulloso, lo que no era de extrañar. Su división, a la que él mismo había instruido para que se transformara en la mejor de todo el ejército, estaba ejecutando su tarea magníficamente. Los superaban en número, estaban rodeados, y aun así nadie se había dejado llevar por el pánico, ni un solo batallón había sido sorprendido en formación de columna, y ni un solo cuadro se había puesto nervioso por la proximidad del enemigo. La Ligera había salvado a la Séptima División, y ahora se estaba salvando a sí misma con una deslumbrante demostración de eficiencia militar. Aquella competente maniobra estaba derrotando el brío francés, y el ataque de Masséna, que había intentado barrer el flanco derecho inglés con una fuerza abrumadora, había resultado completamente ineficaz.

—¿Le gusta esto, Sharpe? —preguntó Crauford desde su caballo.

—Formidable, señor, simplemente formidable. —El elogio de Sharpe fue sincero.

—Son unos sinvergüenzas —dijo Crauford refiriéndose a sus hombres—, pero estos diablillos saben combatir, ¿no es cierto? —Su orgullo era comprensible, e incluso había conseguido que el irascible Crauford se relajara y se diera el gusto de una conversación. Hasta fue una conversación amistosa—. Hablaré bien de usted, Sharpe —dijo Crauford—, porque un hombre no debería ser sancionado por matar al enemigo, aunque no creo que mi ayuda le haga a usted ningún bien.

—¿Por qué, señor?

—Valverde es un cabrón inoportuno —dijo Crauford—. No le gustan los ingleses, y no quiere que se le conceda a Wellington el sombrero de generalísimo español. Valverde cree que él mismo sería mejor generalísimo, pero la única vez que ese mierda luchó contra los franceses se meó en sus pantalones amarillos y perdió tres buenos batallones al hacerlo. Aunque éste no es un asunto militar, Sharpe, se trata de política, de la maldita política, y lo único que todo soldado debería saber es no

enredarse en política. Son unos cabrones resbaladizos, unas sabandijas; todos los políticos deberían ser ejecutados. Yo ataría a toda esa piara de cabrones mentirosos a las bocas de unos cañones y los volaría, ¡los volaría! Para fertilizar un campo con esa mierda, y estercolar el mundo con los de su clase. A ellos y a los abogados. —Pensar en aquellas profesiones gemelas había puesto a Crauford de mal humor. Frunció el ceño a Sharpe, y después tiró de sus riendas para llevar a su caballo de vuelta al grupo de estandartes del batallón—. Hablaré bien de usted, Sharpe.

—Gracias, señor —dijo Sharpe.

—No le ayudará —repitió Crauford cortante—, pero lo intentaré. —Vio cómo la caballería francesa más cercana se alejaba—. Creo que esos hijos de puta están buscando otra presa —dijo al coronel del batallón portugués—. Pongámonos en marcha. Deberíamos estar de vuelta en las líneas para el almuerzo. Buena caza, Sharpe.

Hacía un rato que la Séptima División había alcanzado la seguridad de la meseta, y ahora los primeros batallones de la División Ligera subían la pendiente bajo la protección de la artillería inglesa. Las caballerías inglesa y alemana, que habían cargado una y otra vez para frenar a las hordas de jinetes franceses, avanzaban ahora con sus caballos cansados y heridos colina arriba, junto a fusileros con la boca seca, los hombros magullados y los cañones de los rifles al rojo vivo, que caminaban tambaleándose hacia la seguridad del grueso del ejército. La caballería francesa sólo podía observar la marcha de su enemigo y preguntarse por qué, en cinco kilómetros de persecución a través de un terreno creado por Dios para los jinetes, ellos no habían sido capaces de acabar con un solo batallón. Habían tenido éxito capturando y matando a un puñado de hostigadores casacas rojas en terreno abierto debajo de la cresta, pero el precio total de la lucha de la mañana había sido de docenas de soldados de caballería muertos y veintenas de caballos masacrados.

Las últimas columnas de la División Ligera subieron la colina bajo sus colores hasta donde unas bandas tocaban para celebrar el regreso del batallón. El ejército inglés, que había sido dividido con gran peligro, ahora estaba completo otra vez, pero seguía aislado del cuartel general y todavía se enfrentaba al mayor de los dos ataques franceses.

Pues en Fuentes de Oñoro, cuyas calles ya estaban teñidas de sangre, todo un nuevo contingente francés atacaba siguiendo los tambores.



El mariscal Masséna se sintió irritado cuando comprobó con su catalejo que las dos partes del ejército enemigo se reunían de nuevo. Por Dios, él había enviado dos divisiones de infantería y a toda su caballería ¡y aun así habían dejado que el enemigo escapara! Pero al menos todas las fuerzas inglesas y portuguesas tenían ya bloqueada

la retirada por el Coa, de forma que ahora, cuando fuera derrotado, todo el ejército de Wellington debería intentar encontrar refugio en las salvajes colinas y profundas gargantas del alto territorio fronterizo. Iba a ser una masacre. La caballería que tan inútilmente había empleado la mañana daría caza a los supervivientes en las colinas, y todo lo que se necesitaba para dar comienzo a una persecución tan salvaje y asesina era que la infantería de Masséna diezmara las últimas defensas sobre Fuentes de Oñoro.

Ahora los franceses tenían en su poder el pueblo y el cementerio. Sus soldados más adelantados estaban sólo a unos pies por debajo de la cima de la cresta, coronada por casacas rojas y portugueses disparando ráfagas que levantaban el suelo entre las tumbas y resonaban con estrépito entre los muros del pueblo. Los *highlanders* supervivientes se habían retirado a la cresta con los hombres de Warwickshire que habían resistido la dura lucha en las calles, y ahora se habían unido a ellos *caçadores* portugueses, casacas rojas de los valles ingleses, hostigadores de los valles de Gales y hannoverianos leales al rey Jorge III; todos mezclados mientras luchaban hombro con hombro para defender la elevación y anegar Fuentes de Oñoro con humo y plomo. En el pueblo, las calles estaban llenas de infantería francesa a la espera de la orden de lanzar el último y victorioso ataque colina arriba, fuera de las casas humeantes, a través del derruido muro del cementerio, por encima de los montículos de las tumbas y de las lápidas rotas del cementerio y, después, por encima del borde de la cresta hasta la vulnerable retaguardia del enemigo. A la izquierda de su carga, quedarían los muros blancos y con marcas de balas de la iglesia sobre su saliente de roca, mientras que a la derecha estarían las grises peñas caídas de la rocosa cima, donde acechaban los fusileros ingleses; entre esos dos hitos, la carretera subía por el herboso y ensangrentado desnivel por el que la infantería de uniforme azul necesitaría atacar para darle la victoria a Francia.

Masséna intentaba ahora asegurarse la victoria enviando diez frescos batallones de infantería. Sabía que Wellington sólo podría defender la pendiente que ascendía desde el pueblo si llevaba allí hombres que estaban defendiendo otras partes de la elevación. Si Masséna podía debilitar otra sección de la cresta, abriría así un acceso alternativo a la meseta, pero para hacerlo primero tendría que convertir en un infierno el paso que quedaba por encima del pueblo. Los refuerzos franceses estaban cruzando la llanura en dos grandes columnas, y su aparición hizo que todos los cañones ingleses de la cresta dispararan. Los proyectiles explosivos cruzaban sobre el arroyo para explotar en una pálida humareda, las balas sólidas atravesaban las filas, mientras que los disparos cortos de los obuses silbaban dejando un rastro de humo en forma de arco en el cielo, antes de reventar en medio de las columnas.

A pesar de todo, las columnas francesas avanzaban. Los tamborileros tocaban sus redobles y las águilas brillaban sobre ellos mientras marchaban dejando atrás a los

muertos de ataques anteriores. A algunos de los franceses les parecía estar caminando hacia las mismísimas puertas del infierno o hacia unas humeantes fauces que escupían llamaradas y apestaban después de tres días de muerte. Al norte y al sur, los prados mostraban una frescura primaveral, pero en las orillas del arroyo de Fuentes de Oñoro no había más que árboles destrozados, casas quemadas, muros derruidos y hombres muertos, agonizantes y heridos, y sobre la cima de la meseta que se alzaba sobre el pueblo sólo había humo y más humo, mientras cañones y rifles y mosquetes machacaban a los hombres que esperaban lanzar su poderoso asalto.

La batalla se había reducido a este único lugar, a este último tramo de la pendiente que subía desde Fuentes de Oñoro. A mediodía, cuando el sol calentaba con fuerza y las sombras eran cortas, los diez nuevos batallones rompieron filas, atravesaron corriendo los huertos y cruzaron el arroyo desde la ribera oriental. Chapotearon en el agua y subieron por las calles plagadas de cuerpos ensangrentados y heridos que se arrastraban entre lamentos. Los nuevos atacantes gritaban mientras corrían, animándose a sí mismos y a la infantería francesa que esperaba aquel último y supremo esfuerzo. Llenaron las calles, y después salieron en tropel por los pasadizos y callejones de lo alto del pueblo, y había tantos atacantes que la última de las columnas recién llegadas aún estaba cruzando el arroyo cuando las primeras compañías se lanzaban sobre el muro del cementerio y se metían en la zona de fuego. Caían hombres bajo los disparos aliados, pero detrás llegaban aún más hombres para pasar por encima de los muertos y moribundos y abrirse camino entre las tumbas. Otros hombres subían a la carrera por la carretera que bordeaba el cementerio. Todo un batallón viró de golpe a la derecha para disparar contra los fusileros del montículo rocoso; el fuego de sus mosquetes abrumó a los casacas verdes, e hizo que se apartaran de los peñascos. Un francés trepó hasta la cumbre de la peña, desde donde saludó con su sombrero antes de caer con un balazo en los pulmones. Otros franceses se encaramaron alas rocas, desde donde podían ver la gran fuerza victoriosa de sus compañeros, que luchaban por dominar el último tramo ensangrentado de la cuesta. Los atacantes pasaron al lado de los franceses muertos en los ataques previos, subieron por fin a un parche de hierba que no había tocado la sangre, y después alcanzaron el lugar donde los disparos de los mosquetes aliados habían ennegrecido y chamuscado la hierba; y avanzaron aún más, y sus oficiales y sargentos seguían gritándoles para que siguieran adelante, y los tamborileros tocaban sus redobles de asalto para que la ingente multitud subiera y cruzara el borde de la meseta. La infantería de Masséna estaba haciendo todo lo que el mariscal quería que hiciera. Subían hasta el infierno de disparos y pasaban por encima de sus propios muertos, tantos muertos había que los vivos parecían haberse bañado en sangre. Ingleses, portugueses y alemanes estaban siendo forzados a retroceder paso a paso, pues más hombres seguían llegando desde el pueblo para empujar desde detrás y reemplazar a

los hombres que habían sucumbido a las atroces descargas.

Estallaron vítores cuando los primeros franceses ganaron la cima de la cresta. Toda una compañía de *voltigeurs* había llegado corriendo a la iglesia, y estaba usando sus muros y cimientos como protección contra los mosquetes; ahora esos hombres avanzaron unos pocos pasos más, y con sus bayonetas acabaron con unos casacas rojas que guardaban la puerta del recinto sagrado, después entraron de golpe para encontrarse el suelo embaldosado cubierto de heridos. Los doctores aserraban brazos destrozados y piernas sangrantes, mientras los *voltigeurs* corrían hacia las ventanas y abrían fuego. Uno de los *voltigeurs* fue alcanzado por una bala de rifle y dejó un rastro de sangre en la pared encalada al deslizarse hacia el suelo. Sus compañeros se agachaban para recargar, pero cuando apuntaban desde los marcos de las ventanas podían ver ya, al otro lado de la meseta, la posición central de Wellington. Cerca de allí, los carros del parque de munición quedaban a la vista, y uno de los *voltigeurs* soltó una risotada al hacer que un oficial inglés correteara en busca de refugio con un disparo que arrancó grandes astillas del lateral de un carro. Los doctores protestaban a gritos porque el ruido y el humo de los mosquetes estaban llenando la iglesia, pero el comandante *voltigeur* les dijo que cerraran el pico y se dedicaran a su trabajo. En la carretera que corría junto a la iglesia, una oleada de atacantes franceses reforzó a los héroes que habían capturado el borde de la cresta, y ahora amenazaban con romper en dos al ejército enemigo antes de dejárselo a las despiadadas hojas de la frustrada caballería.

Masséna vio desde lejos que sus uniformes azules ganaban el horizonte, y sintió que su alma se desembarazaba de una pesada carga. Hay veces, pensó, en que la parte más dura de ser general está en la necesidad de ocultar la preocupación. Durante todo el día había fingido una seguridad que no sentía en absoluto, porque el miserable mayor Ducos tenía razón cuando había dicho que no había nada que a Wellington le gustara más que defender una colina. Masséna había contemplado con inquietud aquella maldita colina de Fuentes de Oñoro, y le había preocupado que sus bravos hombres nunca llegaran a cruzar el borde que los llevaría a cosechar una rica victoria al otro lado. Ahora que ya lo habían cruzado, la batalla estaba ganada, y Masséna ya no tenía necesidad de seguir ocultando su nerviosismo. Soltó una estruendosa carcajada, sonrió a su séquito y aceptó una petaca de brandy para brindar por su victoria. Una victoria dulce, muy dulce.

—Envíe ahora a Loup —ordenó Masséna—. Dígale que despeje la calzada que atraviesa el pueblo. No podemos transportar los suministros por calles llenas de muertos. Dígale que la batalla está ganada, así que puede llevarse a su fulana con él si no puede soportar salir de debajo de sus faldas. —Y volvió a reír porque, de pronto, la vida volvía a ser muy muy buena.



Dos batallones se mantenían preparados cerca de la iglesia: uno era legendario, el otro, infame. El batallón cuyas hazañas eran conocidas por todos era el 74.º de *highlanders*, conocido por su recia determinación en la batalla. Los escoceses estaban ansiosos por vengar las pérdidas sufridas por su regimiento hermano en las ensangrentadas calles de Fuentes de Oñoro, y para ayudarles estaba el 88.º, el batallón infame, que era considerado uno de los regimientos más ingobernables del ejército, aunque nadie se había quejado nunca de su pericia en la batalla. El 88.º era un regimiento que peleaba duro, pues sus hombres se preciaban tanto de sus informes de combate como de su patria, y esa patria no era otra que el agreste, inhóspito y hermoso oeste de Irlanda. El 88.º lo formaban las tropas de asalto de Connaught y ahora, junto con el 74.º de las tierras altas de Escocia, iban a ser enviados a salvar al ejército de Wellington.

El dominio francés del borde de la cresta iba fortaleciéndose, pues cada vez más hombres alcanzaban la parte alta de la carretera. No había tiempo de desplegar a escoceses e irlandeses en línea, sólo podían lanzarlos en columnas de sección contra el mismo centro de las líneas enemigas.

—¡Calen bayonetas, muchachos! —gritó un oficial, y después los dos batallones embistieron hacia delante. Las gaitas animaban el avance de los escoceses, y un salvaje griterío el de los de Connaught. Ambos regimientos marchaban de prisa, ansiosos por acabar con su tarea. La delgada línea mixta de aliados se abrió para dejar pasar a las columnas, y después volvieron a formar cuando los frentes de irlandeses y escoceses arremetían contra el avance francés. No hubo tiempo para usar los mosquetes ni oportunidad de que ningún hombre se retirara de la refriega cuerpo a cuerpo. Los franceses sabían que la victoria era suya si conseguían derrotar aquel último esfuerzo enemigo, mientras que escoceses e irlandeses sabían que su única oportunidad de victoria dependía de que ellos expulsaran a los franceses del borde de la cresta.

Y así fue como alcanzaron su objetivo. La mayoría de soldados de infantería habría detenido su carga a unos pasos de la línea enemiga para descargar una andanada de sus mosquetes, con la esperanza de que el enemigo se retirase antes de aceptar el desafío y el horror de un combate cuerpo a cuerpo, pero los *highlanders* y los hombres de Connaught no dieron esa opción a los franceses. Los soldados del frente embistieron a lo bruto contra los atacantes franceses y usaron sus bayonetas. Lanzaban sus gritos de guerra en gaélico irlandés y escocés, y atizaban y escupían y golpeaban y coceaban y apuñalaban, y al mismo tiempo los montones de hombres iban creciendo detrás de ellos mientras la retaguardia de las columnas caía sobre la lucha. Los oficiales *highlanders* daban mandobles con sus pesadas claymores, mientras los oficiales irlandeses acuchillaban a diestro y siniestro con la espada de infantería, más ligera. Los sargentos hundían con dureza sus espontones en la masa

de franceses, ensartándolos con la cabeza de pica, y después giraban el arma para liberarla y volvían a arremeter. El contraataque avanzaba centímetro a centímetro. Éste era el combate que los *highlanders* siempre habían conocido, cuerpo a cuerpo y oliendo la sangre del enemigo al matarlo, y era el tipo de lucha por el que los irlandeses eran temidos tanto dentro de su propio ejército como entre el enemigo. Embestían hacia delante, a veces tan pegados al enemigo que era más el mero peso de los hombres que el filo de sus armas lo que hacía que progresaran. Los hombres resbalaban y caían sobre los cuerpos que se apilaban en el límite del paso, pero el empuje de los que llegaban detrás impulsaba a los infantes hacia delante, y de pronto los franceses estaban bajando otra vez de la empinada colina, y su obligada retirada se convirtió en una huida en masa para conseguir refugio en las casas.

Los fusileros volvieron a tomar los montículos rocosos, mientras los soldados portugueses daban caza y mataban a los *voltigeurs* del interior de la iglesia. Irlandeses y escoceses encabezaban el salvaje, atronador y sangriento contraataque que bajaba atravesando el cementerio, y por un momento parecía que la cresta, la batalla y el ejército se habían salvado.

Entonces los franceses golpearon de nuevo.



El brigadier Loup había comprendido que Masséna no le ofrecería una oportunidad de lograr renombre en la batalla, pero eso no significaba que fuese a aceptar la animadversión del mariscal sin más. Loup entendía la desconfianza de Masséna y no le molestaba especialmente, pues creía que un soldado tomaba sus propias decisiones. El arte de ascender en el escalafón residía en esperar con paciencia hasta que una oportunidad surgía por sí misma, y entonces había que moverse tan deprisa como una serpiente al atacar, y ahora que a su brigada se le había ordenado la tarea menor de despejar la carretera principal que atravesaba el pueblo de Fuentes de Oñoro y seguía más allá, el brigadier buscaría cualquier oportunidad que le permitiera desplegar a sus hombres, duros luchadores de excelente instrucción, para una tarea más adecuada a sus habilidades.

Su trayecto por la llanura fue plácido. La lucha arremetía en lo alto del paso sobre el pueblo, y los cañones ingleses parecieron ignorar el avance de una pequeña brigada. Un par de cañonazos golpearon a su infantería, y un proyectil de metralla explotó lejos de sus dragones grises, pero aparte de eso el avance de la Brigada Loup no sufrió más obstáculos por parte del enemigo. Los dos batallones de infantería de la brigada marchaban en columnas a ambos lados de la carretera, los dragones los flanqueaban en dos grandes escuadrones, mientras que el propio Loup, bajo su salvaje estandarte de colas de lobo, cabalgaba en medio de la formación. Juanita de Elia cabalgaba con él. Había insistido en ser testigo de los momentos finales de la

batalla, y la confiada seguridad del mariscal Masséna en que estaba ganada había convencido a Loup de que era bastante seguro que Juanita cabalgara al menos hasta la orilla oriental del Dos Casas. La escasez de fuego de la artillería inglesa parecía reafirmar la confianza de Masséna.

Loup ordenó desmontar a sus dragones a las afueras de las huertas del pueblo. Los caballos fueron atados en un maltrecho huerto, donde permanecerían hasta que los dragones despejaron la carretera al este del arroyo. Aquí no había muchos obstáculos que entorpecieran el avance de los pesados carros de bagaje que transportaban los suministros de auxilio para Almeida, tan sólo un muro derrumbado y un par de cadáveres ennegrecidos por los cañonazos ingleses, así que, en cuanto los dragones despejaron el paso, se les ordenó que cruzaran el vado y comenzaran el trabajo mayor de adecuar el pueblo. Loup ordenó a Juanita que se quedara con los caballos, mientras él marchaba con sus dos batallones de infantería alrededor del flanco norte de Fuentes de Oñoro para que pudieran empezar a quitar los obstáculos de la calle principal desde lo alto de la colina, abriéndose camino hacia abajo para encontrarse con los dragones que subían desde el arroyo.

—No tienen que ser cuidadosos con los heridos —les dijo a sus hombres—, no somos una puñetera misión de rescate. Nuestro trabajo es despejar las calles, no hacer de enfermeras para los heridos, así que aparten a los heridos hasta que lleguen los doctores. Sólo tienen que despejar la calle, eso es todo, porque cuanto antes esté despejada, antes podremos emplazar unos cañones en esa cresta para acabar con esos *goddams*^[2]. ¡Manos a la obra!

Condujo a sus hombres alrededor del pueblo. Unas balas desperdigadas de rifles hostigadores llegaron desde las alturas para recordar a la infantería de gris que la batalla aún no había concluido, y Loup, avanzando ansioso a grandes Zancadas delante de sus hombres, se dio cuenta de que la lucha aún estaba muy cerca del borde de la meseta; entonces un jubiloso griterío desde la cresta anunció que aún podían perder la batalla.

Pues los vítores marcaban el momento en que una falange de infantería de uniforme rojo arremetía contra el ataque francés y lo expulsaba del borde de la cresta. Ahora, bajo sus brillantes pendones, el contraataque inglés estaba barriendo la pendiente en dirección al pueblo. Los *voltigeurs* franceses estaban abandonando las rocas altas y huían cuesta abajo para buscar la seguridad de los muros de piedra del pueblo. De repente, los granaderos franceses que iban en cabeza cayeron presas del pánico y empezaron a ceder terreno a los vengadores casacas rojas, pero Loup no sentía nada más que euforia. Al parecer, Dios seguía un plan diferente al del mariscal André Masséna. El desbloqueo de la calle podía esperar, porque de pronto se había presentado la oportunidad de Loup.

La providencia había situado a su brigada en el flanco izquierdo del contraataque

irlandés. Los casacas rojas bajaban gritando de la colina, acometiendo a sus enemigos con las bayonetas y las culatas de sus mosquetes, ajenos a los dos batallones de infantería que esperaban. Tras los irlandeses, venía una turbamulta de infantería aliada, atraída sin orden ni concierto hacia la nueva batalla por dominar las calles empapadas en sangre de Fuentes de Oñoro.

—¡Calen bayonetas! —gritó Loup, al tiempo que desenvainaba su recta espada de dragón. ¿Y Masséna creía que iba a mantener a su brigada apartada de la gloria? Loup se volvió para mirar su estandarte pagano de colas de lobo, mantenido bien en alto, y después, mientras las tropas inglesas que contraatacaban se desperdigaban por las calles del pueblo, dio la orden de avanzar.

Como un remolino que se traga hasta el último resto de desechos flotantes, el pueblo se había convertido de nuevo en un lugar de lucha a brazo partido.

—*Vive l'Empereur!* —gritó Loup, y se lanzó a la batalla.



Sharpe desabrochó la casaca verde del fusilero muerto. El hombre había sido uno de los tiradores del montículo rocoso, pero un *voltigeur* lo había derribado en el momento álgido del ataque francés, y ahora Sharpe sacó de un tirón la casaca levemente ensangrentada de sus rígidos brazos.

—¡Perkins! ¡Aquí tiene! —Lanzó la casaca verde al fusilero—. Dígale a su chica que le acorte las mangas.

—Sí, señor.

—O hágalo usted mismo, Perkins —añadió Harper.

—No soy bueno... con la aguja, sargento.

—Sí, eso es lo que dice Miranda —dijo Harper, y los fusileros estallaron en carcajadas.

Sharpe caminó hasta las rocas que se alzaban sobre el pueblo. Había regresado con todos sus fusileros indemnes de su misión con la División Ligera, para encontrarse con que el mayor Tarrant no tenía nuevas órdenes para él. La batalla se había transformado en una lucha despiadada por el dominio del pueblo, su camposanto y la iglesia, y los hombres estaban usando menos las armas de fuego que las espadas, las bayonetas y las culatas. El capitán Donaju había pedido permiso para unirse a los hombres que disparaban contra los franceses desde el borde de la cresta, pero Tarrant estaba tan preocupado por la cercanía de los atacantes que había ordenado a la Real Compañía Irlandesa que permaneciera cerca de los carros de munición, que estaban siendo enganchados a toda prisa a sus caballos o bueyes.

—Si tenemos que retirarnos —le había dicho a Sharpe—, ¡esto va a ser un caos! Y hay que estar preparados para afrontarlo.

La Real Compañía Irlandesa se desplegó en una fina línea entre los carros y el

combate, pero después el ataque del 74.º de Highlanders y de las tropas de asalto de Connaught habían apaciguado la urgencia de Tarrant.

—Por el amor de Dios, Sharpe, ¡qué calor hace! —El coronel Runciman había estado merodeando por los carros de munición, ansioso y preocupado, pero ahora avanzó para echar un vistazo al tumulto del pueblo. Tendió las riendas de su caballo a uno de los fusileros, y miró nervioso por encima de la cresta a la lucha que tenía lugar allí abajo. De hecho, las cosas se habían puesto muy calientes. El pueblo, que apestaba y humeaba tras los anteriores combates librados en sus calles, era otra vez una vorágine de humo de mosquetes, alaridos y sangre. El 74.º y el 88.º se habían introducido en el corazón del laberinto de calles, pero ahora su progreso se había visto frenado al engrosarse las defensas francesas. Los obuses franceses de la otra orilla del arroyo habían empezado a lanzar de nuevo sus proyectiles sobre el cementerio y las casas de arriba, incrementando el humo y el ruido. Runciman se estremeció ante la horrenda visión, después, al dar dos pasos atrás, tropezó con un *voltigeur* muerto cuyo cuerpo marcaba el punto de penetración que habían alcanzado los franceses. Runciman frunció el ceño al ver el cuerpo—. ¿Por qué los llaman saltadores? —preguntó.

—¿Saltadores? —preguntó Sharpe, que no entendía la pregunta.

—*Voltigeur*; Sharpe —explicó Runciman—. Quiere decir «saltador» en francés.

Sharpe meneó la cabeza.

—Sabe Dios, señor.

—Porque saltan como pulgas, señor, cuando les disparas —sugirió Harper—. Pero no se preocupe por ese de ahí, general —Harper había visto el gesto de preocupación en el rostro de Runciman—. Ése de ahí es un buen *voltigeur* porque está muerto.

Wellington no estaba muy lejos de Sharpe y Runciman. El general estaba montado en su caballo sobre la franja de tierra embebida en sangre donde la carretera cruzaba el paso entre la iglesia y las rocas, y detrás de él no quedaba nada más que la impedimenta del ejército y el parque de munición. Hacia el norte y el oeste, sus divisiones protegían la meseta de la amenaza francesa, pero allí, en el centro, hasta donde hacía poco había penetrado el enemigo, no quedaba nada más. No quedaban ya más reservas, y él no podía reducir las otras líneas de defensa de la cresta, pues de esa forma abriría una puerta trasera a la victoria francesa. La batalla tenían que ganarla sus *highlanders* y sus irlandeses, y hasta ahora éstos estaban recompensando su confianza al capturar de nuevo el pueblo casa tras casa, cuadra tras cuadra.

Cuando, de pronto, vio a la infantería de lobos grises atacando desde el flanco.

Sharpe vio el estandarte de colas de lobo entre el humo. Por un instante, se quedó congelado. Quería fingir que no lo había visto. Quería una excusa, cualquier excusa, para no bajar por aquella macabra cuesta a aquel pueblo que soltaba tal hedor por los

muertos que sólo el aire podía hacer vomitar a un hombre. Ya había luchado una vez dentro de Fuentes de Oñoro, y con una vez había tenido bastante, pero sus dudas sólo duraron un abrir y cerrar de ojos. Sabía que no había excusas. Su enemigo había llegado a Fuentes de Oñoro para proclamar su victoria, y Sharpe tenía que detenerlo. Se volvió.

—¡Sargento Harper! Salude de mi parte al capitán Donaju y pídale que forme una columna. ¡Vamos! ¡Deprisa! —Sharpe miró a sus hombres, a su puñado de buenos hombres del maldito y luchador 95.º—. Carguen, muchachos. Es hora de ponerse a la faena.

—¿Qué está haciendo, Sharpe? —preguntó Runciman.

—¿Quiere que nos sacudamos de encima esa comisión, general? —preguntó Sharpe.

Runciman miró boquiabierto a Sharpe sin entender por qué le había hecho esa pregunta.

—Pues, sí, por supuesto —consiguió decir.

—Pues vaya donde está Wellington, general —dijo Sharpe—, y pídale permiso a milord para llevar a la Real Compañía Irlandesa a la batalla.

Runciman se puso blanco.

—¿Se refiere a...? —comenzó, pero no pudo articular el terror que sentía. Bajó la mirada hacia el pueblo, que se había convertido en un matadero—. ¿Se refiere a...? —volvió a empezar de nuevo, y su boca se quedó abierta del todo sólo de pensar en bajar a aquel infierno humeante.

—Se lo preguntaré yo si usted no lo hace —dijo Sharpe—. ¡En el nombre de Cristo, señor! ¡La gallardía hace que se perdone todo! La gallardía significa que es usted un héroe. La gallardía le conseguirá una esposa. Ahora, en el nombre de Cristo, ¡hágalo! —le gritó a Runciman como si el coronel fuese un recluta bisoño.

Runciman parecía estar abrumado.

—¿Usted vendrá conmigo, Sharpe? —Le atemorizaba tanto acercarse a Wellington como ir al encuentro del enemigo.

—¡Vamos! —soltó Sharpe, y condujo al turbado Runciman hacia el sombrío grupo de oficiales de Estado Mayor que rodeaban a Wellington. Hogan estaba allí, observando nervioso mientras la oleada de violencia en el pueblo se volvía una vez más en contra de los aliados. Los franceses avanzaban lentamente colina arriba, obligando a los casacas rojas y a las infanterías portuguesa y alemana a salir en retirada del pueblo, aunque esta vez no había líneas de mosquetes esperando al borde de la cresta, para disparar contra el enemigo cuando éste subiera por la carretera y atravesara corriendo el arrasado cementerio.

Runciman vaciló cuando los dos llegaron junto a los oficiales de Estado Mayor, pero Sharpe se abrió camino entre los caballos y tiró del reacio coronel.

—Pídaselo —dijo Sharpe.

Wellington pudo oír aquellas palabras, y miró ceñudo a los dos hombres. El coronel Runciman dudó, se arrancó el sombrero, intentó hablar y sólo consiguió emitir un balbuceo incoherente.

—El general Runciman solicita permiso, milord... —comenzó a decir Sharpe fríamente.

—... para llevarme a los irlandeses a la batalla —consiguió decir Runciman, completando la frase con un apuro apenas coherente—. ¡Por favor, milord!

Algunos oficiales del Estado Mayor sonrieron ante la idea del general vaguemaestre liderando tropas, pero al volverse sobre su silla de montar, Wellington, con el ceño fruncido de preocupación, vio que la Real Compañía Irlandesa, con sus casacas rojas, había formado una columna. La unidad era tan pequeña que resultaba patética, pero allí estaba, formada, armada y evidentemente ansiosa. Y no había nadie más. El general miró a Sharpe y levantó una ceja. Sharpe asintió.

—Adelante, Runciman —dijo Wellington.

—Vayámonos, señor —Sharpe tiró de la manga del hombre obeso para alejarlo del general.

—¡Un momento! —La voz de Wellington sonaba gélida—. ¿Capitán Sharpe?

Sharpe se dio la vuelta.

—¿Milord?

—La razón, capitán Sharpe, por la que no ejecutamos prisioneros enemigos, sin que importe lo vil que haya sido su comportamiento, es porque el enemigo nos devolvería el favor con nuestros hombres, sin que importe lo pequeña que haya sido su provocación. —El general lanzó una mirada a Sharpe tan fría como un riachuelo en invierno—. ¿Me he explicado con claridad, capitán Sharpe?

—¡Sí, señor! Milord.

Wellington hizo un levísimo gesto con la cabeza.

—Váyanse.

Sharpe se alejó tirando de Runciman.

—¡Vamos, señor!

—¿Qué estoy haciendo, Sharpe? —preguntó Runciman—. Por el amor de Dios, ¿qué estoy haciendo? ¡Si yo no soy un luchador!

—Permanezca en nuestra retaguardia, señor —dijo Sharpe—, y déjeme todo lo demás a mí —Sharpe desenvainó su larga espada con un solo movimiento—. ¡Capitán Donaju!

—¿Capitán Sharpe? —Donaju estaba pálido.

—¡El general Wellington solicita —Sharpe gritó lo bastante como para que todos los hombres de la Real Compañía Irlandesa lo oyeran— que el cuerpo de guardia del rey de España baje al pueblo y mate a todos los puñeteros franceses que se encuentre!

Las tropas de asalto de Connaught están ahí abajo, capitán, y necesitan un poco de ayuda irlandesa. ¿Está listo?

Donaju desenvainó su propia espada.

—¿Nos haría usted el honor de guiarnos, capitán?

Sharpe indicó a sus hombres que se unieran a las filas. Esta vez no habría hostigadores ni minuciosa matanza a larga distancia, sólo habría una refriega ensangrentada en un pueblo olvidado por Dios allí donde acababa España, una refriega a la que el enemigo jurado de Sharpe había acudido para convertir la derrota en victoria.

—¡Calen bayonetas! —gritó Sharpe. Por uno o dos segundos, le asaltó el extraño pensamiento de que así era exactamente cómo habría querido lord Kiely que lucharan sus hombres. El lord sólo quería lanzar a sus hombres a una batalla suicida, y aquel lugar era tan bueno como cualquier otro para un gesto de esa índole. Ninguna instrucción podía preparar a un hombre para esa batalla. Aquello era una bronca callejera y, o estaba ya en los tuétanos de un hombre, o no lo estaría nunca—. ¡Marchen! —gritó Sharpe—. ¡A paso ligero! —Condujo a la pequeña unidad por la carretera hasta el borde de la cresta, donde el suelo estaba levantado por los cañonazos enemigos; después cruzaron la línea de horizonte y bajaron. Bajaron hacia el humo, la sangre y la masacre.

CAPÍTULO 11

En la parte superior de la pendiente yacían cuerpos en desorden. Algunos estaban inmóviles, otros aún se movían ligeramente con lo poco que les quedaba de vida. Un *highlander* vomitó sangre, y después se derrumbó sobre una tumba tan removida por los cañonazos y las explosiones que los huesos de la pelvis y de un brazo de un cadáver sobresalían del suelo. Un tamborilero francés estaba sentado junto a la carretera sujetándose con las manos las tripas, que se desparramaban entre sus dedos. Las baquetas de su tambor aún estaban sujetas en su bandolera. Miró inexpresivo a Sharpe cuando éste pasó corriendo a su lado, y después rompió a llorar. Un casaca verde yacía muerto desde uno de los primeros ataques. Tenía una bayoneta francesa clavada y doblada entre las costillas, justo por encima de su vientre distendido, ennegrecido y cubierto de moscas. Un proyectil estalló cerca del cuerpo, y algunas esquirlas de su carcasa pasaron silbando junto a la cabeza de Sharpe. Uno de los guardias fue alcanzado y cayó, arrastrando a dos hombres con él. Harper les gritó que dejaran solo al herido.

—¡Sigán corriendo! —gritó con aspereza—. ¡Sigán corriendo! ¡Dejen que ese desgraciado se ocupe de sí mismo! ¡Vamos, los cabrones que nos machacaron en San Isidro están ahí!

A medio camino del pueblo, la carretera viraba bruscamente hacia la derecha. Sharpe salió aquí de la carretera, saltando desde un pequeño terraplén a una zona de matorrales. No muy lejos podía ver a la brigada Loup. La infantería gris había penetrado en el pueblo desde el norte y ahora estaba amenazando con dividir en dos al 88.º. El ataque de Loup había detenido primero el impulso del contraataque inglés, y luego lo había vuelto contra ellos; a su derecha, Sharpe pudo ver a unos casacas rojas que se retiraban del pueblo para cubrirse tras los restos del muro del cementerio. Un enjambre de franceses empujaba hacia arriba desde las casas de la parte baja, animados a hacer un último y bravo esfuerzo por el ejemplo de la brigada de Loup.

Pero ahora la brigada de Loup tenía su propio enemigo, un enemigo pequeño, pero que tenía algo que demostrar. Sharpe condujo a la Real Compañía Irlandesa a través de los matorrales hasta un pequeño huerto de judías; después saltó otro terraplén y corrió a toda velocidad hacia el flanco del batallón de la infantería gris que estaba más cerca.

—¡Mátenlos! —gritó Sharpe—. ¡Mátenlos! —Era un grito de batalla horrible, salvaje y aparentemente inapropiado, pues superaban en número a la Real Compañía Irlandesa y, a menos que cayeran sobre el enemigo con hambrienta ferocidad, serían repelidos y destrozados. La lucha iba a depender de su salvajismo—. ¡Maten a esos cabrones! —bramó Sharpe. Sentía un miedo enorme, y eso hizo que su voz sonara bronca y desesperada. Notaba el estómago revuelto por el terror, pero había

aprendido hacía tiempo que el enemigo sufría justo el mismo miedo, y que ceder ante él era una invitación al desastre. La clave de la supervivencia en la lucha residía en acercarse deprisa al enemigo, en cruzar los espacios abiertos donde sus mosquetes resultaban letales, y así hacer que sus hombres cayeran con dureza sobre las filas enemigas, donde la lucha degeneraría en una reyerta barriobajera.

Así que pronunció su espantoso grito de ánimo incluso aunque se preguntaba si su coraje se vendría abajo y le haría refugiarse detrás de uno de los muros derruidos, pero al mismo tiempo estaba sopesando al enemigo que tenía delante. Justo enfrente de Sharpe había un callejón abarrotado de enemigos, y a su izquierda una tapia baja cercaba un pequeño huerto. Algunos hombres de Loup habían entrado en el huerto por una sección derrumbada de la tapia, pero la mayoría avanzaban por el callejón hacia la gran refriega que arreciaba en el centro del pueblo. Sharpe se dirigió al callejón. Los franceses se volvieron y dieron la voz de alarma. Un hombre disparó su mosquete para velar con el humo blanco la entrada a la Calleja, entonces Sharpe arremetió contra la retaguardia de la tropa gris con su espada por delante. El alivio que le procuró el contacto fue enorme, y liberó una terrible energía que él dirigió hacia la punta perversamente afilada de la hoja de su espada. Llegaban hombres con bayonetas por sus dos flancos. Gritaban y acuchillaban, hombres en los que el terror se estaba transformando de la misma forma en un frenesí bárbaro. Otros guardias habían ido a despejar el huerto, mientras que Donaju luchaba por abrirse camino en una calle que estaba más abajo.

Fue una lucha callejera, y, si en los primeros momentos los hombres de Sharpe la habían encontrado más fácil de lo que esperaban, fue porque habían sorprendido a la retaguardia de las tropas de Loup, la posición en la que habían encontrado refugio los hombres con menos entusiasmo por luchar en angostas callejuelas como unos animales. Pero cuanto más luchaban los hombres de Sharpe, más se acercaban a los mejores combatientes de Loup, por lo que la lucha se fue volviendo más y más encarnizada. Sharpe vio a un enorme sargento con mostacho que volvía hacia atrás atravesando las filas y agrupando a sus hombres según se acercaba. El sargento gritaba, golpeaba a los hombres, obligaba a los cobardes a dar la vuelta y a usar sus bayonetas contra los nuevos atacantes, pero de pronto su cabeza cayó hacia atrás y, por un momento, quedó rodeado por una niebla roja de gotitas de sangre cuando una bala de rifle lo mató. Hagman y Cooper habían encontrado un tejado desde el que combatir como francotiradores.

Sharpe caminó pisando cuerpos, apartó los mosquetes de un golpe y después acuchilló con su espada. No había espacio para lanzar estocadas, sólo pequeñas angosturas en las que apuñalar, golpear y retorcer la hoja. La única autoridad que se esperaba de él ahora era ser visto luchando, y la Real Compañía Irlandesa lo seguía de buen grado. Era como si les hubieran soltado la trailla que los sujetaba antes de la

cacería. Ahora luchaban como amigos, mientras barrían de enemigos una calleja y después la siguiente. Los franceses se retiraron del implacable ataque, buscando algún lugar más fácil de defender. Donaju, con el rostro y el uniforme salpicados de sangre, se reunió con Sharpe en la placita triangular donde convergían las dos callejuelas. Un francés muerto había caído sobre un montón de estiércol, y otro bloqueaba una puerta. Había cuerpos embutidos en los desagüaderos, apilados dentro de las casas y amontonados contra los muros. Las pilas de muertos mostraban el progreso de la batalla, pues había hostigadores del primer día cubiertos por franceses, después *highlanders*, luego granaderos franceses con sus inmensos chacós de piel de oso debajo de más casacas rojas, y ahora los uniformes grises de Loup añadían una nueva capa arriba del todo. El hedor de la muerte es tan espeso como la niebla. Cuando se podían ver entre los cadáveres, los surcos en el suelo de tierra estaban inundados de sangre. Las calles estaban saturadas de muerte y llenas de hombres que buscaban saturarlas aún más.

Hagman y Cooper saltaron de un tejado medio derruido a otro.

—¡Cabronazos a su izquierda, señor! —gritó Cooper desde su nido de águila, señalando una calleja que bajaba sinuosa por la colina desde la placita triangular. Los franceses se habían retirado lo bastante lejos como para dar a los hombres de Sharpe un momento para recargar o para envolver con sucias tiras de tela manos y brazos heridos. Algunos bebían de su reserva particular de ron. Unos pocos ya estaban borrachos del todo, pero lucharían mejor aún por eso, y a Sharpe no le importaba—. ¡Esos cabrones se acercan, señor! —gritó Cooper para avisar.

—¡Bayonetas! —gritó Sharpe—. Ahora, ¡adelante! —Escupió la última palabra mientras metía a sus hombres en la calleja. No llegaba apenas a los dos metros de ancho, no había espacio para mover la espada. El primer recodo estaba sólo a tres metros, y Sharpe lo alcanzó al mismo tiempo que una muchedumbre de franceses. Notó que una bayoneta se hincaba en su casaca, oyó cómo se rasgaba la tela y acto seguido estaba ya golpeando con la empuñadura de hierro de su espada una cara con mostacho. Estaba peleando con un granadero que resoplaba entre sus labios sangrantes, mostrando dientes amarillos y podridos, mientras intentaba patear la entrepierna de Sharpe. El capitán de fusileros descargó su espada hacia abajo, pero la negra y grasienta piel de oso del grueso chacó amortiguó el golpe. El aliento de aquel hombre era fétido. El granadero había dejado caer su mosquete y estaba intentando estrangular a Sharpe, pero éste agarró la parte de arriba de la hoja con la mano izquierda, agarró con fuerza la empuñadura con la derecha y la empujó con fuerza contra la garganta del francés. Empujó la cabeza del granadero tan hacia atrás que podía ver el blanco de sus ojos, y aun así el hombre seguía sin soltarle el cuello, así que Sharpe hizo correr la espada hacia su derecha, sólo una vez, y su mundo se tiñó de rojo cuando la espada seccionó la yugular del francés.

Pasó por encima del tembloroso cuerpo del agonizante granadero. Guardias enajenados por el ron arremetían con sus bayonetas, golpeaban con las culatas, daban patadas y gritaban a un enemigo que no podía igualarlos en ferocidad. Al guardia Rourke se le había roto su mosquete, y había agarrado una viga ennegrecida con la que ahora embestía contra las caras de los franceses. El enemigo empezó a recular. Un oficial de la brigada de Loup intentó volver a reunir a sus hombres, pero desde un tejado Hagman lo eligió como blanco, y la retirada a regañadientes del enemigo se convirtió en una súbita desbandada. Un francés se refugió en una casa y firmó su sentencia de muerte al disparar desde una ventana contra los guardias que avanzaban. Un grupo de irlandeses entró en tropel en la casa y mató a todos los fugitivos franceses que había dentro.

—¡Dios salve a Irlanda! —Harper se dejó caer al lado de Sharpe—. Jesús, esto es un trabajo bien duro —respiró con dificultad—. Por Cristo, señor, ¿se ha visto usted? Empapado en sangre, así es como está.

—No es mía, Pat —Sharpe se enjugó la sangre que caía sobre sus ojos con el puño de la casaca. Había alcanzado la esquina de una calle que conducía al corazón del pueblo. Un oficial francés muerto yacía en medio de la calle, con la boca abierta convertida en un hervidero de moscas. Alguien ya le había rajado bolsillos, costuras y morral, y había descartado un tosco juego de ajedrez con un tablero de lienzo pintado, las piezas reales talladas en madera, y los peones hechos con balas de mosquete. Sharpe podía oler el cadáver cuando se agachó en la esquina de la calle e intentó adivinar el curso de la batalla por el barullo de ruido y humo. Intuyó que ahora estaba detrás del enemigo, y que si podía atacar hacia su derecha, entonces aislaría a la gris infantería de Loup y a los granaderos de chacós de piel de oso, que ahora estaban mezclados del todo. Si el enemigo pensaba que estaba a punto de ser rodeado, probablemente se retiraría, y esa retirada podía conducir a una retirada completa de los franceses. Algo que podía llevar a los aliados a la victoria.

Harper echó un vistazo desde la esquina.

—Hay miles de esos hijos de puta —dijo. Llevaba un espontón que le había quitado a un sargento de Connaught que había muerto. Había cortado metro y medio del asta, lo que hacía que el arma fuera más manejable para la nefasta tarea de matar en un espacio reducido. Miró el cuerpo saqueado del oficial francés—. No valía nada ese juego de ajedrez —dijo con gravedad—. ¿Recuerda aquel sargento en Busaco que encontró unas piezas de ajedrez de plata? —Levantó el espontón—. Por favor, Dios, envíame un oficial muerto que sea rico.

—Nadie se hará rico conmigo —dijo Sharpe con expresión adusta, después echó un vistazo desde la esquina y vio que, detrás de una barricada de granaderos muertos que bloqueaba la calle, había una multitud de infantería francesa esperando—. ¿Quién tiene el arma cargada? —preguntó Sharpe a los hombres que estaban

agazapados detrás de él—. Al frente —ordenó a la docena de hombres que habían levantado la mano—. ¡Iremos deprisa! Doblamos la esquina —les dijo—, ustedes esperan mi orden, se arrodillan, disparan y luego cargan como demonios. ¿Pat? Usted viene con los demás cinco pasos por detrás —Sharpe estaba comandando una extraña mezcla de fusileros, tropas de asalto de Connaught, *highlanders*, guardias y *caçadores*—. ¿Preparados, muchachos? —Les dedicó una sonrisa con su rostro cubierto de sangre enemiga—. Pues, ¡adelante!

Gritó la última palabra mientras doblaba la esquina con sus hombres. Los franceses de detrás de la barricada recibieron a Sharpe disparando de inmediato, pero aterrados por los horrendos gritos de los atacantes dispararon demasiado pronto y demasiado alto.

—¡Alto! ¡De rodillas! —Sharpe permaneció en pie entre los hombres arrodillados—. ¡Apunten! —Harper ya estaba haciendo salir de la calle a la segunda carga—. ¡Fuego! —gritó Sharpe, y la descarga voló sobre los granaderos muertos, al tiempo que los hombres de Sharpe cargaban atravesando el humo y se lanzaban por encima del tibio montón de hombres muertos. Los franceses que estaban delante de Sharpe recargaban con desesperación, pero las bayonetas caladas entorpecían el uso de las baquetas, y aún estaban intentando cargar sus mosquetes cuando la carga de Sharpe llegó a su destino y la matanza comenzó de nuevo. El brazo con el que Sharpe esgrimía la espada estaba cansado, su garganta estaba irritada de tanto gritar y le escocían los ojos por el humo de la pólvora, el sudor y la sangre, pero no podía descansar. Atacó con su espada, la retorció, la liberó y volvió a atacar con ella. Un francés apuntó con su mosquete a Sharpe, apretó el gatillo y fue recompensado con un fracaso, pues la pólvora de la cazoleta se encendió, pero no disparó la carga del interior del cañón. El hombre gritó cuando cayó bajo la espada del oficial de fusileros. Sharpe estaba tan cansado de matar que ya agarraba la espada con las dos manos, su mano derecha en la empuñadura y la izquierda en la parte más baja de la hoja, para poder acuchillar bien con ella la masa de hombres. La aglomeración de hombres era tan grande que a veces no se podía mover, así que arañó las caras que tenía más cerca, dio patadas, mordiscos y cabezazos, hasta que los malditos franceses se movieron o cayeron o murieron, y él pudo pasar por encima de otro cuerpo y avanzar entre gruñidos con su espada ensangrentada goteando.

Harper se unió a él. La afilada punta de lanza de casi medio metro de su espontón tenía un pequeño tope en su base para impedir que el arma se hundiera demasiado en el enemigo o en su caballo, y Harper había hincado el filo repetidas veces hasta ese tope, y después golpeaba, pateaba y retorció para aflojar el arma antes de embestir de nuevo. Una de las veces, cuando un sargento francés intentaba reunir un grupo de hombres, Harper levantó a un hombre moribundo con la punta de su lanza truncada y usó su maltratado cuerpo como ensangrentado ariete, con el que embistió contra las

filas enemigas. Un par de soldados de asalto de Connaught con los rostros ensangrentados acompañaban a Harper, y los tres iban lanzando sus gritos de guerra en irlandés.

Una oleada de *highlanders* salió de una calle a la derecha de Sharpe. Presentía que la suerte de la batalla estaba cambiando. Ahora ellos atacaban bajando de la colina, no la defendían desde arriba, y la infantería gris de la brigada de Loup se estaba retirando junto con el resto. Soltó su mano izquierda de la hoja de su espada, y vio que se había cortado en la palma. A su izquierda, un mosquete disparó desde una ventana y un guardia cayó al suelo, jadeando. El capitán Donaju dirigió una carga contra aquella casa sin tejado, que se llenó con el eco de los gritos mientras los fugitivos franceses eran perseguidos por los diminutos cuartos y la pocilga de atrás. Un terrible bramido de triunfo se elevó a la derecha de Sharpe, cuando una compañía de las tropas de Connaught atrapó a dos compañías de franceses en un callejón sin salida. Los irlandeses empezaron su sangriento avance hasta el fondo del callejón, y ningún oficial se atrevió a detener la carnicería. En los prados al norte de Poço Velho, aquella batalla había visto cómo las más delicadas maniobras salvaban a la División Ligera, y ahora estaba asistiendo a una primitiva lucha salvaje salida de la más horripilante pesadilla, pero que aún podía salvar a todo el ejército.

—¡A la izquierda! —gritó Harper, y Sharpe se volvió para ver a una manada de franceses con uniforme gris que llegaba por una Calleja. Los guardias ya no necesitaban órdenes para contraatacar, simplemente entraron en tromba en la calleja lanzando un grito salvaje y penetrante, al tiempo que se empujaban unos a otros contra el enemigo. La Real Compañía Irlandesa había recuperado el gozo de una victoriosa lucha a muerte. Uno de los hombres recibió una bala en el pecho y no sintió nada: en vez de caer lamentándose de su suerte, siguió acuchillando y embistiendo con su mosquete. Hacía rato que Donaju había dejado de intentar ejercer el control. Ahora luchaba como sus hombres, con una horrible sonrisa en un rostro que sangre, humo, sudor y esfuerzo convertían en un espanto.

—¿Ha visto a Runciman? —le preguntó Sharpe.

—No.

—Saldrá de ésta —dijo Sharpe—. No es de los que mueren en batalla.

—¿Y nosotros sí lo somos? —preguntó Donaju.

—Sabe Dios —Sharpe descansó por un momento en un ángulo del muro. Respiraba con profundos jadeos—. ¿Ha visto a Loup? —preguntó a Harper.

—Ni rastro de ese hijo de puta, señor —respondió Harper—. Pero estoy reservando esto para él. —Tocó el haz de cañones de su pistolón, que llevaba colgado a la espalda.

—Ese cabrón es mío —dijo Sharpe.

Unos vítores anunciaron otro progreso en algún lugar del pueblo. Los franceses se

retiraban en todas partes, y Sharpe sabía que era el momento de evitar que el enemigo mantuviera su posición o se reagrupara. Entró en una casa con un escuadrón de hombres, pasaron por encima de dos franceses y un *highlander* muertos para salir a un jardincillo trasero. Abrió de una patada la puerta del jardín, y vio a unos franceses a unos cuantos metros de su posición.

—¡Vamos! —Gritó al mismo tiempo que salía corriendo a la calle y se arrojaba con sus hombres contra los restos de una barricada. Unos mosquetes dispararon, algo golpeó contra la culata del rifle que Sharpe llevaba colgado; poco después, él estaba lanzado estocadas con su espada por encima de la barricada y los guardias hacían a un lado los carros, bancos y balas de paja medio quemadas. No lejos de allí había una casa ardiendo, el humo hizo que Sharpe tosiera mientras se abría camino a puntapiés entre los últimos obstáculos y esquivaba una bayoneta con la que un enjuto sargento francés intentaba acuchillarle. Harper ensartó al hombre con su espontón. El arroyo estaba sólo a unos pocos pasos. Un cañón francés disparó, escupiendo metralla carretera arriba, y derribando a una docena de *highlanders*; después, los artilleros franceses se vieron impotentes cuando una estampida de franceses apareció intentando escapar del vengativo contraataque aliado volviendo a cruzar el arroyo Dos Casas.

Un grito destemplado sonó a la derecha de Sharpe, y vio que se trataba de Loup, que intentaba reagrupar a los franceses. El brigadier estaba de pie sobre los restos del antiguo puente de losas, desde donde insultaba a los franceses que huían, en un intento de que dieran la vuelta amenazándoles con su espada. Harper descolgó su pistola de siete cañones, pero Sharpe hizo que la bajara.

—Ese hijo de puta es mío, Pat.

Unos casacas rojas perseguían a los franceses por el arroyo cuando Sharpe salió corriendo hacia el puente.

—¡Loup! ¡Maldito cabrón! ¡Loup! —gritaba—. ¡Loup!

El brigadier se volvió y vio al fusilero cubierto de sangre que corría hacia él. Loup saltó del puente cuando Sharpe entró chapoteando en el arroyo, y los dos hombres se encontraron a medio camino, hundidos hasta los muslos en una poza formada por una represa de cadáveres teñida por su sangre. Las espadas chocaron, Loup arremetió, pero Sharpe lo esquivó y contraatacó sólo para ver detenido su propio golpe. Lanzó una patada a una de las rodillas de Loup, pero la profundidad del agua se lo impidió y casi perdió el equilibrio, quedando descubierto para una estocada de la recta espada de Loup; sin embargo, Sharpe se recuperó en el último momento y desvió el golpe con la empuñadura de su espada, con la que golpeó a Loup en su ojo velado. El brigadier retrocedió veloz y tropezó, pero recuperó el equilibrio con otro malintencionado ataque de su espada. La batalla aún se estaba librando, pero tanto los ingleses como los franceses dejaron en paz a los

espadachines. Los franceses se refugiaban tras los muros y huertos de la orilla este del arroyo, de donde habían partido sus primeros ataques del día, al tiempo que los ingleses y los portugueses perseguían a los últimos enemigos hasta sacarlos del pueblo. Mientras tanto, en el arroyo, los dos hombres enloquecidos por la batalla empleaban sus embotadas espadas como si fueran garrotes.

Sus habilidades estaban más que equilibradas. Loup era el mejor espadachín, pero carecía de la altura y el alcance de Sharpe, y estaba más acostumbrado a luchar a lomos de un caballo que a pie. Los dos se arremetían, se lanzaban cuchilladas y se esquivaban en lo que era una grotesca burla del fino arte de la esgrima. Sus movimientos eran entorpecidos por el arroyo y por su fatiga; además, la delicadeza de la lucha con espada era desperdiciada con hojas tan largas y pesadas como las de las espadas de caballería. El sonido del choque de las espadas recordaba a la fragua de un herrero.

—Cabrón —dijo Sharpe, y lanzó una estocada—. Cabrón —dijo otra vez, y embistió con la punta de la espada.

Loup desvió el golpe.

—Esto es por mis dos hombres asesinados —dijo, y lanzó un tajo hacia arriba que obligó a Sharpe a detenerlo con un movimiento extraño. Loup escupió un insulto y después lanzó una cuchillada hacia el rostro de Sharpe, obligando al fusilero a apartarse hacia un lado. Sharpe devolvió la arremetida y gritó triunfante cuando su espada rebanó el estómago de Loup, pero en realidad sólo había conseguido atravesar el portapliegos del francés, y ahora la punta de su espada estaba trabada, circunstancia que Loup aprovechó para dar la estocada mortal. Sharpe también dio un paso adelante, reduciendo el espacio entre ellos para frenar el golpe, y le lanzó un cabezazo cuando estuvo cerca. El francés evitó la arremetida y levantó una rodilla. Sharpe le golpeó con la mano izquierda, después liberó su espada y atizó a Loup con la empuñadura, justo cuando la guarnición de la espada del brigadier chocaba con el lado izquierdo de su cabeza, provocándole un dolor punzante.

Los dos hombres se apartaron. Se miraban el uno al otro, pero ya no intercambiaban insultos, pues necesitaban todas sus fuerzas para luchar. Los disparos de los mosquetes silbaban por encima del arroyo, pero nadie interrumpía a los duelistas, pues reconocían que estaban librando una batalla de honor que sólo les incumbía a ellos. Un grupo de soldados de uniforme gris observaba desde la ribera oriental, mientras que una mezcla de fusileros, guardias, *highlanders* y tropas de asalto animaban a Sharpe desde el oeste.

Sharpe cogió un poco de agua con la mano izquierda y se la llevó a la boca. Se relamió los labios.

—Es hora de acabar contigo —dijo con voz esforzada al tiempo que avanzaba. Loup levantó su espada cuando Sharpe lanzó el golpe. Desvió la cuchillada y volvió a

desviarla. Sharpe había sacado una nueva y desesperada energía, y lanzaba estocada tras estocada contra el francés, poderosos golpes, grandes tajos con la pesada espada que desarmaba la guardia de Loup, y los encadenaba a tal velocidad que el francés no tenía tiempo de retroceder y levantar su propia hoja para atacar. Se tambaleó hacia atrás, impulsado por la fuerza de Sharpe, y golpe a golpe su defensa se fue debilitando mientras el fusilero, con los dientes apretados, seguía acometiendo. Un último golpe chocó con la espada que Loup mantenía en alto e hizo que el gris francés cayera de rodillas en el agua, y Sharpe lanzó un grito de victoria al tiempo que levantaba su espada para la última y terrible estocada.

—¡Cuidado, señor! —gritó Harper desesperado.

Sharpe levantó la mirada a su izquierda, y vio a un dragón con uniforme gris montado en un caballo gris y con un penacho de pelo negro y brillante que salía de debajo de su casco y le llegaba a la cintura. Mantenía una carabina de cañón corto apuntada hacia Sharpe. El fusilero dio un paso atrás, controlando su golpe asesino, y vio que aquel cabello negro no era el penacho del casco.

—¡Juanita! —gritó. Iba a salvar a Loup, igual que una vez había salvado la vida a Kiely a fin de tener una excusa para permanecer tras las líneas inglesas, aunque ahora salvaría la de Loup por amor—. ¡Juanita! —gritó Sharpe, apelando a aquel único recuerdo de un amanecer gris en una cama de lobo gris en lo alto de las colinas.

Ella sonrió... Y disparó. Luego se volvió para huir, pero Harper estaba cerca con su pistola de siete cañones en la mano, y la descarga derribó a Juanita de su caballo con gran efusión de sangre. Expiró con un gemido antes de que su cuerpo golpeará el suelo.

Sharpe también estaba cayendo. Había recibido un golpe terrible bajo el hombro derecho, y el dolor ya palpitaba como si por su mano, que de golpe se había quedado sin fuerzas, bajara una llamarada. Se tambaleó y cayó sobre una rodilla, y Loup se lanzó sobre él sin esperar, con la espada en alto. El humo de una casa en llamas flotaba sobre el arroyo cuando Loup lanzó su grito triunfal y empezó a descargar su espada.

Sharpe agarró el tobillo derecho del francés con la mano izquierda y tiró de él. Loup gritó al caer. El fusilero gruñó y se lanzó adelante, pasando por debajo de la espada que bajaba, y agarró su propia espada con su ensangrentada mano izquierda, de forma que sujetó la hoja de casi un metro de largo como si fuera una vara, y arremetió con ella contra el cuello de su enemigo. La sangre que manaba de su hombro se perdía en el arroyo mientras empujaba al brigadier debajo del agua, contra el fondo de grava del arroyo, y lo mantenía allí con su espada. Mantuvo su brazo derecho estirado y sujetó la punta de la espada con el izquierdo, apretando las mandíbulas para soportar el dolor del brazo mientras aprovechaba todo su peso para inmovilizar al hombre, que era más pequeño que él, bajo las rápidas aguas. En el

agua teñida de sangre se veían burbujas que después eran arrastradas corriente abajo. Loup lanzaba patadas y se revolvía, pero Sharpe lo mantuvo allí abajo, arrodillado en el arroyo de manera que sólo su cabeza y su hombro herido asomaban por encima del agua, y sujetaba su espada sobre la garganta del francés agonizante, para ahogar al brigadier igual que un hombre ahogaría a un perro rabioso.

Rifles y mosquetes seguían disparando desde la orilla occidental, mientras los hombres de Sharpe alejaban a la infantería de Loup de la orilla oriental. La infantería de uniforme gris había avanzado para rescatar a su brigadier, pero Loup estaba a punto de morir, ahogado por el agua y ensartado en el acero, desvaneciéndose bajo el arroyo. Una bala se hundió en el agua cerca de Sharpe, pero él no se movió. Ignorando el dolor, simplemente apretaba su espada con fuerza contra la garganta de su enemigo. Y despacio, muy despacio, las últimas burbujas se perdieron en la corriente; y despacio, muy despacio, cesó la agitación debajo de Sharpe; y despacio, muy despacio, Sharpe comprendió que había acabado con la bestia y que Loup, su enemigo, estaba muerto; y despacio, muy despacio, Sharpe soltó el cuerpo de aquel hombre, que subió a la superficie mientras él se tambaleaba, ensangrentado y dolorido, en dirección a la orilla oeste, donde Harper se reunió con él y lo llevó de prisa a cubierto tras un muro mordido por las balas.

—Dios salve a Irlanda —susurró Harper mientras cogía la mojada espada de la mano de Sharpe—. Pero, ¿qué ha hecho?

—Gané, Pat, gané por una puñetera cabeza —y, a pesar del dolor, sonrió. Porque era un soldado y había ganado por una puñetera cabeza.



—Estése quieto, hombre, por el amor de Dios. —La voz del cirujano sonaba pastosa y su aliento apestaba a brandy. Hizo una mueca mientras manipulaba la sonda, que estaba bien hundida en el hombro de Sharpe. El cirujano también sujetaba unas pinzas que metía y sacaba cada poco en la herida abierta, causando así punzadas de agudo dolor—. La maldita bala ha metido hilachas de su uniforme —dijo—. ¿Por qué demonios no viste usted seda? La seda no se deshace en hilachas.

—No me la puedo permitir —dijo Sharpe. La iglesia apestaba a sangre, pus, heces y orina. Era de noche, y la pequeña iglesia de Fuentes de Oñoro estaba hasta arriba de heridos de ambos ejércitos, tumbados a la ahumada luz de las velas de junco, mientras esperaban su turno con los cirujanos, que iban a estar ocupados toda la noche con sus ganchos, sus sierras y sus bisturíes.

—Sólo Dios sabe su vivirá usted. —El doctor arrancó otro jirón de lana ensangrentada de la herida y limpió las pinzas frotándolas en su sucio delantal. Sharpe notó su apestoso aliento con olor a brandy cuando el médico sacudió la cabeza con cansancio—. Es probable que esta herida se infecte. Es lo que suele pasar.

Va a apestar usted como la letrina de un leproso, se le caerá el brazo y, en diez días, estará usted muerto. Pero antes de eso tendrá mucha fiebre, farfullará como un lunático y sudará como un caballo, aunque será un héroe cuando vuelva a casa. ¡Claro que duele, hombre! Deje de quejarse como un puñetero crío, ¡por el amor de Dios! Nunca he podido soportar a los malditos críos llorones. ¡Y siéntese derecho, hombre!

Sharpe se enderezó. El dolor que le causaba la sonda era insoportable, como si tuviera clavado un gancho de carnicero al rojo vivo que se moviera en la articulación de su hombro. Cerró los ojos e intentó no prestar atención al crispante sonido que producía la sonda del cirujano al raspar el hueso mientras éste buscaba la bala de carabina.

—Ya tengo a esa cabrona. No se mueva. —El cirujano cogió unos fórceps de punta estrecha y los introdujo en la herida detrás de la sonda—. ¿Y dice que fue una mujer la que le hizo esto?

—Una mujer, sí —dijo Sharpe, manteniendo los ojos cerrados. Un prisionero de la brigada de Loup había confirmado que Juanita había avanzado junto con los dragones. En la brigada de Loup nadie imaginaba que los franceses iban a ser desalojados del pueblo y empujados al otro lado del arroyo, así que nadie había hablado a Juanita del peligro que corrían. Aunque no es que a ella le hubiese importado. Había sido una aventurera que amaba el olor del combate, y ahora estaba muerta.

También lo estaba Loup, y con su muerte había desaparecido la última posibilidad de que el general Valverde encontrara un testigo que refrendara la confesión de Sharpe de haber fusilado a unos prisioneros franceses, precipitando así la debacle del San Isidro. Sólo quedaba un testigo con vida, y había aparecido en la iglesia al anochecer, cuando Sharpe estaba esperando aún a que llegara el cirujano.

—Me han preguntado —le había dicho un nervioso Runciman a Sharpe. El coronel había estado en el pueblo durante todo el combate, y aunque nadie pudiera afirmar que el antiguo general vaguemaestre hubiera desempeñado un papel destacado en la batalla, tampoco había nadie que negara que el coronel Runciman había estado en el lugar más expuesto al peligro, donde ni se había acobardado ni había rehuido el enfrentamiento.

—¿Quién le ha preguntado qué, general? —había respondido Sharpe.

—Wellington y ese desgraciado general español —farfulló Runciman excitado—. Me preguntaron directamente, mirándome a la cara, si usted había admitido el fusilamiento de los dos franchutes. Eso es lo que me preguntaron.

Sharpe dio un respingo cuando un hombre dio un chillido bajo el cuchillo del cirujano. Brazos y pies amputados formaban un espeluznante montón junto al altar, que hacía las veces de mesa de operaciones.

—Le preguntaron —dijo entonces Sharpe—, y usted nunca miente.

—¡Y no mentí! —espetó Runciman—. Les dije que era una pregunta ridícula. Que ningún caballero haría algo semejante, y que usted era un oficial y, por lo tanto, un caballero, y que con el mayor de los respetos por milord, la pregunta me resultaba ofensiva. —Runciman no cabía en sí de gozo—. ¡Y Wellington me respaldó! Le dijo a Valverde que no quería volver a oír más acusaciones contra oficiales ingleses. ¡Y ya no habrá ninguna comisión de investigación, Sharpe! Nuestro comportamiento de hoy, me han dicho, ¿lo oye?, ¡nuestro comportamiento de hoy hace innecesaria cualquier pregunta sobre los tristes sucesos de San Isidro! ¡Lo que también es bastante bueno!

Sharpe había sonreído. Supo que estaba exonerado desde el momento en que Wellington, justo antes de que la Real Compañía Irlandesa contraatacara en el pueblo, le había reprendido por fusilar a los prisioneros franceses; aun así, las excitadas noticias de Runciman eran una bienvenida confirmación de esa exculpación.

—Felicidades, general —dijo Sharpe—. Y ahora, ¿qué?

—Vuelvo a casa, creo. A casa. A casa... —Runciman sonreía sólo de pensarlo—. Quizá pueda ser útil en la milicia de Hampshire. Así se lo sugerí a Wellington, y él fue lo bastante amable como para estar de acuerdo. La milicia, dijo, necesitaba hombres con experiencia marcial, hombres con visión de futuro y con experiencia de mando, y tuvo la consideración de insinuar que yo poseía las tres cualidades. Un hombre muy amable este Wellington.

¿No le parece a usted, Sharpe?

—Muy amable, sí, señor —dijo Sharpe secamente, mirando cómo unos ordenanzas sujetaban a un hombre cuya pierna se estremecía mientras los cirujanos la serraban por el muslo.

—¡Así que salgo para Inglaterra! —dijo Runciman con entusiasmo—. Mi querida Inglaterra, ¡toda ella buena comida y prudente religión! ¿Y usted, Sharpe? ¿Qué hay de su futuro?

—Seguiré matando gabachos, general. Es lo único para lo que soy bueno. —Miró al doctor y vio que casi había terminado con el paciente que le precedía, así que se preparó para el dolor que se avecinaba—. Y la Real Compañía Irlandesa, general —preguntó—. ¿Qué será de ellos?

—Se van a Cádiz. Pero marchan como héroes, Sharpe. ¡Una batalla ganada! Almeida sigue sitiada, y Masséna se escabulle de vuelta a Ciudad Rodrigo. Tiene mi palabra, Sharpe, de que ahora todos nosotros ¡somos héroes!

—Estoy seguro de que su padre y su madre siempre le decían que algún día sería usted un héroe, general.

Runciman lo había negado con un movimiento de cabeza.

—No, Sharpe, eso nunca me lo dijeron. Tenían esperanzas puestas en mí, eso no

lo niego, cosa que no me extraña, pues fueron bendecidos con un único hijo y fui yo su afortunada bendición, y grandes fueron los dones que me prometieron, Sharpe, muy grandes, pero creo que ninguno fue el heroísmo.

—Bueno, pues ahora es usted un héroe, señor —dijo Sharpe—, y puede usted decirle a quien pregunte que eso es lo que yo le dije —Sharpe levantó su brazo derecho y, a pesar del dolor, le dio la mano a Runciman. Harper acababa de aparecer por la puerta de la iglesia y levantó una botella para mostrar que había algo de consuelo esperando a que extrajeran la bala de Sharpe—. Lo veré fuera, señor —le dijo a Runciman—, a menos que quiera presenciar cómo me saca la bala el cirujano.

—¡Oh, Dios mío, Sharpe! Mis queridos padres nunca creyeron que yo tuviera estómago para estudiar medicina, y me temo que tenían razón —Runciman se había puesto pálido—. Dejaré que sufra en soledad —le dijo, y se retiró a toda prisa con la mirada extraviada al frente y un pañuelo puesto sobre la boca por si los nocivos efluvios del improvisado hospital le provocaban alguna arcada.



El doctor extrajo la bala de la herida, antes de apretar un trapo sucio contra el hombro de Sharpe para detener la hemorragia.

—No hay huesos rotos —dijo con voz decepcionada—, pero hay algunas esquirlas desprendidas que le dolerán por unos días. Puede que para siempre, si sobrevive. ¿Quiere conservar la bala? —le preguntó a Sharpe.

—No, señor.

—¿Ni como un recuerdo para las damas? —preguntó el doctor; acto seguido, sacó una petaca de brandy de un bolsillo de su costroso delantal, dio un trago largo y después usó una esquina de su ensangrentado delantal para limpiar las puntas del fórceps—. Conozco a un tipo de artillería que tiene docenas de balas usadas engastadas en oro y colgadas de cadenas —dijo el cirujano—. Dice que todas estuvieron alojadas cerca de su corazón. Y tiene la cicatriz para demostrarlo, ya ve usted, y le regala una bala a cada mujer a la que quiere impresionar, y le cuenta a cada una de esas zorritas que soñó con una mujer que era exactamente como ella cuando creía que se estaba muriendo. Dice que funciona. Es un canalla con cara de cerdo, pero dice que las mujeres no pueden esperar para arrancarle los calzones. —Volvió a ofrecerle la bala a Sharpe—. ¿Está seguro que no quiere esta puñetera cosa?

—Bastante seguro.

El doctor tiró la bala a un lado.

—Haré que le venden —dijo—. Mantenga la venda húmeda si quiere vivir, y no me eche a mí la culpa si se muere. —Se alejó vacilante y llamó a un ordenanza para que le vendara el hombro a Sharpe.

—Odio a esos malditos doctores —dijo Sharpe cuando se reunió con Harper fuera

de la iglesia.

—Mi abuelo decía eso mismo —dijo el irlandés al tiempo que ofrecía a Sharpe la botella de brandy requisada—. Sólo vio a un doctor una vez en toda su vida, y una semana después estaba muerto. Figúrese, de aquélla tenía ya ochenta y seis.

Sharpe sonrió.

—¿Es el mismo abuelo al que se le cayó un buey por un barranco?

—El mismo, y el bicho berreó durante toda la caída. Igualito que cuando el cerdo de Grogan se cayó dentro de un pozo. Creo que nos estuvimos riendo una semana, ¡pero el puñetero cerdo no se hizo ni un rasguño! Sólo se mojó.

Sharpe sonrió.

—Tiene que contarme eso alguna vez.

—Entonces, ¿se queda usted con nosotros?

—No habrá comisión de investigación —dijo Sharpe—. Eso me dijo Runciman.

—No tenían que haber organizado ninguna desde el principio —dijo Harper con desdén, después cogió la botella de manos de Sharpe y se la llevó a la boca.

Pasearon por un campamento impregnado por el humo de las hogueras y atormentado por los lamentos de los heridos que habían quedado en el campo de batalla. Los gritos se desvanecieron en la lejanía cuando Sharpe y Harper se alejaron del pueblo. Alrededor de las hogueras, los hombres cantaban sobre sus lejanos hogares. Eran canciones lo bastante sentimentales como para que incluso Sharpe sintiera una punzada de melancolía, aunque sabía bien que su hogar no estaba en Inglaterra, sino aquí, en el ejército, y no podía imaginarse dejando su hogar. Era un soldado, y marcharía a donde le ordenaran que marchase, y allí mataría a tantos otros enemigos del rey. Ése era su trabajo, y el ejército era su hogar, y amaba ambas cosas aunque supiera que tendría que luchar como un hijo de la calle por cada ascenso que otros hombres daban por hecho. También sabía que nunca le regalarían nada por su nacimiento, su inteligencia o su riqueza, pero esa convicción le hizo sonreír. Porque la última batalla del capitán de fusileros había sido contra el mejor soldado que tenía Francia, y Sharpe había ahogado a aquel cabrón como a una rata. Sharpe había vencido, Loup estaba muerto y todo lo que había llegado a su fin era la batalla de Sharpe.



NOTA HISTÓRICA

La guardia real de la Corona española en tiempos de Napoleón estaba formada por cuatro compañías: la española, la americana, la italiana y la flamenca; pero, ¡ay!, no había ninguna Real Compañía Irlandesa. Sí había, sin embargo, tres regimientos irlandeses al servicio de la Corona (de Irlanda, de Hibernia y de Ultonia), compuestos todos ellos por exiliados irlandeses y sus descendientes. También el ejército inglés estaba formado en buena parte por irlandeses; algunos de los regimientos de condados ingleses en la Península contaban con más de un tercio de irlandeses, y si los franceses hubiesen conseguido sublevar a aquellos hombres, el ejército se habría quedado en una situación desesperada.

En la primavera de 1811, la situación era de hecho bastante desesperada, pero no por culpa del desencanto, sino simplemente por el desequilibrio en el número de tropas entre ambos ejércitos. El gobierno inglés aún tenía que darse cuenta de que con Wellington, habían descubierto al fin a un general que sabía cómo luchar, y todavía eran muy mezquinos a la hora de enviarle soldados. La escasez fue remediada en parte por los excelentes batallones portugueses que estaban bajo el mando de Wellington. En algunas divisiones, como la Séptima, había más soldados portugueses que ingleses, y todos los relatos sobre la guerra rinden homenaje a las cualidades de lucha de aquellos aliados. La relación con los españoles nunca fue tan fácil ni tan fructífera, ni siquiera después de que el general Álava se convirtiese en el oficial de enlace para Wellington. Álava acabó siendo un buen amigo de Wellington, y de hecho estuvo a su lado en el campo de batalla de Waterloo. Los españoles terminaron por nombrar a Wellington generalísimo de sus ejércitos, pero esperaron hasta después de la batalla de Salamanca, en 1812, que expulsó a los franceses de Madrid y de la España central.

Sin embargo, en 1811 los franceses estaban aún muy cerca de Portugal, y lo habían ocupado dos veces en los tres años anteriores. Ciudad Rodrigo y Badajoz obstaculizaban los progresos de Wellington en España, y hasta que no cayeron esas dos fortalezas gemelas (a principios de 1812), nadie pudo estar seguro de que los franceses no fueran a intentar otra invasión de Portugal. Tal invasión se volvió mucho menos probable después de la batalla de Fuentes de Oñoro, pero no habría sido imposible.

Fuentes de Oñoro nunca fue una de las batallas favoritas de Wellington, que eran aquellas que podía recordar con cierto placer dentro de su propio generalato. La de Assaye, en la India, es la batalla de la que se sentía más orgulloso, y Fuentes de Oñoro es probablemente aquella de la que menos se enorgullecía. Cometió uno de sus escasos errores cuando permitió que la Séptima División marchara alejándose tanto del resto del ejército, pero fue rescatado por la brillante actuación de la División

Ligera bajo el mando de Crauford aquel domingo por la mañana. Fue una demostración de arte militar que impresionó a todos los que fueron testigos de ella; la división estaba muy alejada de cualquier auxilio, se veía rodeada, y aun así se retiró sana y salva y sólo sufrió un puñado de bajas. La lucha en el interior del pueblo fue de lejos mucho peor, poco más que una reyerta carnicera que dejó las calles inundadas de muertos y agonizantes heridos, si bien al final, pese a la bravura francesa y su único momento de gloria cuando capturaron la iglesia y la cima, los ingleses y sus aliados defendieron la cresta e impidieron a Masséna el acceso a la carretera de Almeida. Masséna, decepcionado, distribuyó las raciones destinadas a la guarnición de Almeida entre sus hambrientas tropas, y después marchó de vuelta a Ciudad Rodrigo.

Así que, a pesar de su error, Wellington se quedó con la victoria, aunque fue una victoria amarga porque la guarnición de Almeida acabaría escapando. Aquella guarnición había sido bloqueada por sir William Erskine, quien, lamentablemente, no tenía muchos «intervalos de lucidez». La carta de la Guardia Montada que describía la locura de Erskine es auténtica, y muestra uno de los problemas que tenía Wellington al intentar proseguir la guerra. Erskine no hizo nada cuando los franceses volaron las defensas de Almeida, y estaba durmiendo mientras la guarnición se escabullía en la noche. Toda aquella tropa tendría que haber sido capturada, pero burlaron el débil bloqueo y fueron a reforzar los ya numerosos ejércitos franceses de España.

La mayoría de aquellos ejércitos luchaban contra guerrilleros, no contra soldados ingleses, y un año después algunos de ellos estarían combatiendo a un enemigo aún más terrible: el invierno ruso. Pero para los ingleses también se avecinaban dificultades, dificultades que Sharpe y Harper compartirán, sufrirán y, felizmente, superarán.

Notas

[1] Irish Blackguard («canalla irlandés») era una marca de rapé. (*N. del T*) <<

[2] Apodo, mencionado antes, que daban los franceses a los ingleses. (*N. del T*) <<